

Patagonia

y otros relatos

¿Quién mató a Marcel Lahaut?

A ñales

El ojo de cristal

El tren

Paso de fronteras

José Manuel Fernández

ÍNDICE GENERAL

Patagonia.....	3
¿Quién mató a Marcel Lahaut?.....	174
A ñales.....	181
El ojo de cristal.....	196
El tren.....	226
Paso de fronteras.....	237

Patagonia

ÍNDICE

I.	Retablo de Tineo	9
II.	Telefónica.....	14
NEGRO ≈ Sombras		
III.	La guerra.....	16
IV.	La procesión	19
V.	La recepción	21
ROJO ≈ Llamas		
VI.	El cortejo	31
VII.	Paseos por la arboleda	35
VIII.	Confidencias	37
IX.	La pasión	38
X.	Primer viaje de Gabriel a Cuba.....	42
XI.	La muerte de María en Barcelona	46
XII.	La señora Angrill muere en Tineo.....	48
XIII.	El sermón del cura.....	49
XIV.	Destierro a la Patagonia	51
AZUL ≈ Mares		
XV.	La travesía.....	58
XVI.	Buenos Aires	65
XVII.	El viejo Expreso Patagónico.....	69
XVIII.	Bahía Blanca.....	71
MARRÓN ≈ Tierras		
XIX.	Acogida en Neuquén	73
XX.	Llegada a la hacienda	75
XXI.	El rancho	78
XXII.	La odisea de Alonso	82
XXIII.	Cruz y raya con España.....	90
XXIV.	La biblioteca	94
XXV.	El telescopio	96

XXVI.	Los gauchos	97
XXVII.	La doma.....	98
XXVIII.	El esquileo	99
XXIX.	Paisajes.....	103
XXX.	La caza	105
XXXI.	Añoranza de Gabriel.....	109
XXXII.	La fiesta de los peones	111
XXXIII.	Correrías por la hacienda.....	113
XXXIV.	Excursión a Neuquén	116
XXXV.	Nostalgia de la tierra	119
XXXVI.	El retorno	123

MORADO ≈ Castigo

XXXVII.	De nuevo con Gabriel.....	126
XXXVIII.	El anillo de compromiso.....	129
XXXIX.	La petición de mano	131
XL.	La fuga	136
XLI.	La boda en Zaragoza.....	139
XLII.	Consejo de familia	142
XLIII.	Gabriel.....	146
XLIV.	Secreto de familia	147
XLV.	La carta de Alonso.....	150

VERDE ≈ La última frontera

XLVI.	Cristina.....	155
XLVII.	El Arco Iris	158
XLVIII.	El sol se apaga en Tineo	160
XLIX.	Sal, mercurio y azufre	163
L.	La última frontera	170

*«A la Patagonia llaman
sus hijos la Madre Blanca.
Dicen que Dios no la quiso
por lo yerta y lo lejana,
y la noche que es su aurora
y su grito en la venteada
por el grito de su viento,
por su hierba arrodillada
y porque la puebla un río
de gentes aforesteradas».*

[...]

(Mistral, Gabriela: *Patagonia la lejana*, tomado del libro *Poema de Chile*, 1967: 196)

*«No vayas a equivocarte
no somos ni gente
ni tierra de conquista.
Somos amor que espera amor.
Desde siempre.
Desde lejanos tiempos».*

[...]

(Brion, Juan José: *A ti que recién llegas*, 1986)

[...]

*«Tal vez sea un sueño, apenas eso,
o tan solo un recuerdo que no me pertenece».*

(Massacese, Magda: *Sueño*, 1985)

Patagonia

Del autor al lector

Este libro es ficticio del principio al fin. Todo lo que en él se cuenta, proveniente de lecturas, de referencias orales y de fantasmagóricos recuerdos personales, no pudo haber acontecido, ni es verificable en la espesa selva de lo real, porque lo subjetivo es inverificable. Y más aún cuando han pasado cien años, un tiempo propicio a la añoranza, una pesadilla de la que estoy tratando de despertar. Con estas líneas he intentado poner en tinta los delirios de quienes se atreven a poner palabras en los sueños.

No sé si es una novela u otra cosa, pero está escrita con mi sangre y sobre el pergamino de mi propia piel. Igual que sus letras resbalaron de mi pluma, caerán una a una las que vayan leyendo tus ojos.

La novela se desmonta como una matrioska en la que se entrelazan los episodios de una vida contada en primera persona por su protagonista. Se abre ante el lector como una de las muchas rúas oscuras de Tineo, que invitan, a quien quiera perderse en ellas, a descubrir los secretos que se esconden tras sus ventanas; la Villa como metáfora viva, laberinto físico y mental donde conviven el amor y la crueldad, lo pasajero y lo duradero; plazas y callejuelas como día y noche del alma, en las que hay que perderse para encontrarse a uno mismo. Quisiera tomar de la mano al lector para atravesar juntos el bosque oscuro de una realidad de ayer y de hoy, y emprender con él la aventura del descubrimiento. Hebras de Historia van tejiendo las veredas por las que transitan sus protagonistas.

Los hombres y mujeres que aparecen en la narración no sólo tienen su propia personalidad, sino que además atesoran algo de la comarca en que nacieron, de la casa donde aprendieron a andar, de la comida que los alimentó, de las escuelas donde estudiaron y de los libros que leyeron. Cada una de esas cosas, juntas, hicieron de ellos lo que son. Todos han muerto hace tanto tiempo que no han dejado de su tránsito por la Tierra señales más profundas que las que sus pasos dejaron sobre la arena.

En aquel tiempo, fueron muchas las mujeres que tomaron la decisión de esquivar el destino para el que estaban predestinadas, y buscar su propio camino. Línea a línea,

como si de los peldaños de una escalinata se tratara, nos acercaremos a los sentimientos, emociones y vivencias de una mujer. Juntos podremos oír su voz, sus esperanzas, anhelos y lamentos.

Sólo atiendo al propio instante de escribir, un ejercicio que cumplo con esa suerte de ceguera con la que uno va reconociendo los lugares de la memoria.

Para ahorrar molestias a quienes viven aún, he dado a las personas que toman parte en sus innumerables historias nombres fingidos. Por eso lamento si algún semejante se siente herido por lo que escribo.

Se observará que la topografía de la narración es a menudo voluntariamente fantasiosa, como lo es la cronología que sirve de trasfondo a la ficción, en un mundo en que todo es incertidumbre, como han mostrado los novelistas de todo tiempo y lugar.

No pocas veces me he quedado absorto ante el blanco de una hoja de papel, atascado a falta de una imagen o un diálogo que me gustaría plasmar. Los clásicos de la literatura y los libros de historia acuden en mi auxilio y me acompañan, antes de volver a los estantes de mi biblioteca con marcas en las páginas, párrafos o palabras subrayados a lápiz.

Aquí está el libro, trenzado en el idioma de los recuerdos.

Bustarviejo, enero de 2021.

I

RETABLO DE TINEO

La soberbia torre maciza de la lóbrega cárcel de Tineo dominaba el pueblo desde lo alto de Cimadevilla, a pocos pasos de la iglesia. A sus pies dejaba el Ayuntamiento y la plaza como vasallos cautivos, vigilando el ir y venir de la gente como el águila acecha a su presa. Cualquiera que se asomara al mirador cercano podía contemplar los tejados de pizarra negruzcos y escalonados, los minúsculos pobladores en sus madrigueras. Abajo en el Valle, junto al fatigado andar de los labradores, chapoteando a veces en el lodo invernal, se veían los meandros del camino de carros que los bueyes conducían para cargar el preciado carbón de la mina de Rodical.

En la oscuridad de la iglesia, una vez traspasada la portada y sus tres arquivoltas, con sus herrajes y bisagras, sus columnas y capiteles labrados con figuras de plantas y animales caprichosos, el viejo párroco don Benito bautizó, casó y enterró con incienso y agua bendita a tres generaciones de tinetenses. Siempre puntual, el tañido de las campanas, azotadas por la porra del badajo, hacía temblar el aire y la piel de los feligreses, recordándoles quién mandaba en el cielo y la tierra. Los domingos, a la hora de la misa, los ricos copaban los primeros bancos. Detrás de ellos se sentaban la mayoría de los fieles y, en los bancos de atrás o de pie se apretaban los vecinos de los barrios bajos, tan pobres que no podían serlo más. A un lado, adornando una ventana de piedra, una vidriera representaba a San Martín en el momento de partir en dos su capa para darle media a un mendigo casi desnudo.

Cerca de allí, bajando por la Calle Mayor, alzábase una casona del siglo XIV, antaño de relumbrón, y hogaño de ruinosa techumbre y gastada fachada, patética con su escudo nobiliario labrado en la piedra.

La Plaza, donde bajaban todas las aguas, se llenaba de gente los días de mercado, las mujeres con pañoleta y los hombres con boina o sombrero si eran caballeros. Cuando llovía, la explanada se cubría de paraguas abiertos como hongos otoñales. Campesinos de las aldeas circundantes, algunos en madreñas, subían a Tineo para vender patatas, verduras y legumbres de su cosecha. Sentadas en taburete sobre una manta, algunas mujeres vendían mantequilla envuelta en grandes hojas de higuera. Al amparo o a la

sombra de los tenderetes las mujeres más parlanchinas repasaban los últimos chismorreos que circulaban en los mentideros de la ciudad.

En torno a la glorieta y sus bocacalles se alineaban las casonas de los ricos de alcurnia. Por las callejas más estrechas, se amontonaban sin orden ni concierto las viviendas de la gente corriente; aquéllas a sus anchas y éstas arrinconadas a codazos por las grandes. Más abajo, se distinguían en la lontananza los meandros del camino de carros que los bueyes conducían con elpreciado carbón de las minas de Rodical.

La explanada era el arrecife que separaba la opulencia de la miseria, pese a que se encontraban tan solo a tiro de piedra la una de la otra. Era también un paralelo que ponía cara a cara, como boxeadores antes del combate, a dos concepciones del mundo, una material y otra espiritual. Lindando con las fincas traseras del casco urbano se apiñaban las casuchas de los andrajosos, donde el hambre acechaba a toda hora.

Por poco que se guardara silencio, se oían los cencerros y las esquilas del ganado esparcido por los prados aledaños.

Nuestra casa, colindante con el palacio de Merás, era y es una de las mejores del pueblo, antigua y de buena piedra. Altiava desde sus cuatro plantas, se alzaba en la plaza más céntrica de la ciudad, como tirada a cordel sobre la acera. Tenía sillares de piedra y una gran puerta de madera labrada con aldabón. Las galerías acristaladas de las plantas superiores, protegidas por visillos blancos, filtraban la luz intensa los días de verano. Desde los balcones se contemplaba en la lejanía las huertas y los prados que caían hacia el valle en una pendiente de vértigo. Agazapada en los montes se escondía la mina de Rindión donde trabajaban los rebeldes de caras negras, enfebrecidos por las prédicas de igualdad e impermeables a los sermones de la iglesia que les ordenaba obediencia y resignación. Más allá, la Sierra de Rañadoiro erizada de cumbres y cubierta de robledales, miraba a Tineo frente a frente. A veces, las aves rapaces cruzaban la hondonada y sobrevolaban las techumbres de las casas pobres que jalonaban las faldas del pueblo.

Mi padre, Faustino Méndez de Luarca, había sido concejal y teniente alcalde a principios de siglo; luego procurador de nada escasa nombradía y a partir de los años veinte administrador de la estación telefónica y de alguna de las familias más pudientes del pueblo. Como era juez, le regalaban pollos, pavos... de todo. Era con su hermano Alonso el accionista principal de la mina de antracita de Rindión, en Rodical y, con el capital amasado, edificó ocho casas en el cogollo de la Villa. También compraba la hulla de los

chamizos de montaña a los pequeños propietarios y la transportaba en camiones con el carbón propio para venderlo en las carbonerías de la costa asturiana, a las poblaciones del interior y a intermediarios de la capital. Durante la primera Guerra Mundial, el precio del carbón quintuplicó, pero luego la minería entró en crisis y se produjeron algunas revueltas porque los mineros ganaban poco y trabajaban muchas horas, incluidos los domingos. De poco sirvió la visita del dictador Primo de Rivera al concejo en 1924, porque el crack de 1929 en Nueva York agravó la situación que llevó a la Revolución de Asturias en 1934.

De mediana estatura y cuerpo recio, era un hombre ancho de hombros y firme de piernas, con las orejas avisadas y como de escucha. Parco en comer y beber, los años habían plateado sus sienes, redondeado las mejillas sonrosadas y resaltado una papada saludable. Sus ojos negros, engarzados en los párpados alicaídos como las cejas, le daban un aire triste y melancólico. Tal era, para mal o para bien, el hombre que me había dado la vida. Llevaba el pelo corto y lucía bigote de estilo inglés, con el vello muy denso, que le ocultaba sutilmente la comisura del labio superior, y con las puntas ligeramente enroscadas curvándose hacia arriba, de forma elegante e imponente. Si en casa acostumbraba abrigarse con un albornoz hasta los tobillos, cuando cruzaba la puerta para salir a la calle o ejercer sus funciones, además de cubrir la cabeza con un sombrero Homburg de fieltro y corona mellada en canalón, tenía por obligación vestirse con trajes oscuros, camisa blanca y corbata de nudo estrecho triangular, de color igualmente sombrío, portando en su mano enguantada un bastón con puño de oro.

Mis tres hermanos eran como un trébol de tres hojas. Nunca llegaron a tener cuatro, pues de las cualidades requeridas para la suerte sólo tenían la esperanza, la fe y la fortuna, pero siempre les faltaría el amor fraterno conmigo. Los tres eran titulados. Bernardo ejercía de abogado en la mina de Rindión; era buena persona, aunque a veces bebía en demasía. Tenía un carácter débil, desorientado y carecía de voluntad para enfrentarse a las fuerzas telúricas de la sociedad. Danilo había estudiado Derecho en Oviedo y luego viajó a Francia para graduarse, alcanzando el cargo de procurador de los Tribunales en Tineo. Aún recuerdo el día en que nos trajo de París unas latas de paté y oca trufada, frutas confitadas y mercerías para las mujercitas de la casa. Al término de sus estudios, pasó un año sabático en Bruselas, viajando a Holanda y Luxemburgo, Colonia y Aquisgrán. En Lieja, a orillas del Mosa, tuvo que huir en agosto de 1914, cuando los invasores alemanes fusilaron a dos exportadores de naranjas valencianos en los muros de la Universidad para

aterrorizar a la población. A Danilo le había tocado el papel de una persona realista y práctica. Bernardo, el mayor, era tímido, sensible y taciturno. Era un idealista, el soñador de maravillosas fantasías. Zalo era más frío y estirado; ejercía de contable en la Mantequería de Tineo y tenía un carácter irascible, hasta el punto que dudo que fuera capaz de auténtica amistad. Según las malas lenguas, había logrado el título por antigüedad. Más de una vez tuve que soportar en casa sus risas y encogimientos de hombros, cuando no alguna burla trivial sobre la falta de buen juicio en las mujeres. Los tres me tomaban por tonta porque carecía de experiencia en la vida, cuando en realidad me bastaba mi instinto de felicidad natural. Decían que era una criatura ingenua, mediocre e indefensa, sin la menor seguridad en mí misma. Y llegué a creerles.

Mis padres les dieron estudios, por ser varones. A las cinco hijas, no. Sólo Macrina y yo pudimos emanciparnos, ella como enfermera y yo como operadora de Telefónica. Mi madre era especialmente estricta con las dos.

Mis hermanas regalaban mimos que los varones no les devolvían. Macrina era atractiva y delgada desde su infancia, aficionada al ejercicio físico y al deporte, las clases de gimnasia en el colegio y las peleas en el patio. Cuando obtuvo su diploma de enfermería, se casó con un joven empleado de la mina que, al no entenderse con Danilo, se trasladó a Galicia con su esposa.

La mayor, Celina, se casó con un maestro de izquierdas. Al acabar la guerra, su esposo huyó a Buenos Aires con pasaporte y dinero que les proporcionó mi padre. Encontró empleo como contable en la firma Nestlé y consiguió que su esposa y sus dos hijas se reunieran con él.

Edelmira, la segunda de mis hermanas, vivía en Zaragoza con su marido, un funcionario aragonés, aunque ese verano lo estaba pasando en casa con nosotras, un tiempo en el que nuestra cercanía cimentó el afecto que nos profesábamos.

Guillermina, nuestra madre, no era grande, aunque más alta que yo. De carnes abundantes, mejillas arreboladas y ojos verdes, tenía un rostro apacible bajo los cabellos rojizos, jaspeados de estrías plateadas. Su amor a la familia era demasiado fuerte para que no desertase de lo que estimaba un deber social. Siempre se mostró cariñosa y trató a sus hijos con igual ternura. La frialdad engolada de mi padre, con sus grandes bigotes y sus trajes con levita, era su contrapunto. Guillermina poseía todo lo necesario para hacer agradable una casa: mucha amabilidad y cariño unidos a cierta reserva y dignidad. Desde

niña me pareció descubrir en ella una preferencia hacia mí, que a mi padre molestaba y cuyos matices resultaban a veces perceptibles para mis hermanos.

La recuerdo sentada en una silla baja entre sol y sombra en la galería balconada, con un bastidor encima de las rodillas, bordando en pañuelos de seda blanca las iniciales de sus hijos, o haciendo encaje de bolillos que mi hermano Danilo le había comprado en una excursión a Brujas. ¡Cómo me acuerdo del sonoro bailoteo de los bolillos de boj, que al entrechocar rompían el silencio de la casa con su sonoridad hueca y extraña!

II

TELEFÓNICA

Decía Clara Campoamor que España era un país en el que la mujer solo podía ser maestra de niñas, telefonista, estanquera o Reina. Yo era telefonista. A falta de estudios, más allá de los elementales y unas clases particulares en casa, en 1928 había conseguido el puesto con mi amiga Amparo. Juntas habíamos viajado a Oviedo, donde aprobamos un examen de dicción, dictado, matemáticas elementales, cultura general y longitud de brazos, que debían ser capaces de separarse un mínimo de metro y medio. Si una operadora se casaba, tenía que renunciar a su empleo, mientras que los jefes, todos hombres, no tenían esa obligación. Los primeros años estuvimos militarizadas, con uniforme azul marino y cuello blanco de piqué. Teníamos más de cien abonados y ni un segundo de descanso. Un cornete colgaba de nuestro cuello como el ronzal asido a la cabezada de una bestia. Manejábamos un sistema de conmutación manual. En el cuadro de abonados, cada clavija tenía una luz apagada que solo se encendía durante la comunicación. Entonces la operadora abría la llave para que el abonado la oyera.

—Aló, aló. Diga. ¿Con qué número desea hablar?

—Póngame con *Fulanito* en Gijón.

—Le pongo. —Conectaba otra clavija correspondiente a Gijón, abría la llave de destino y le transmitía el número solicitado a la operadora gijonesa. Si el teléfono del destinatario estaba comunicando le informaba al abonado—: Ocupado —o bien— Demora, señor. No hay línea.

En cuanto los interlocutores iniciaban la conversación, cerrábamos la llave y el calculógrafo medía el tiempo que el abonado pagaría con su factura.

Éramos la sonrisa humana de la Compañía Telefónica Nacional de España. Oíamos secretos de negocios, desgracias y alegrías familiares, simples sucesos o románticas confidencias de enamorados. En este último caso, las conversaciones, salpicadas de bromas y risas, versaban sobre ellos mismos y sus planes, casi nunca sobre trabajo y preocupaciones.

Un invierno, tras registrarse algunas averías, los técnicos descubrieron que las ratas se comían los cables.

Por Navidad me faltaban manos para atender varias llamadas a la vez.

En aquellos años veinte, este oficio permitió a cientos de mujeres españolas incorporarse al mercado laboral y espabilar, saliendo del mundo pazguato en que habíamos vivido hasta entonces. El trabajo de las mujeres en la Fábrica de Quesos, como el mío en la centralita, fue su liberación. Si antes unas trabajaban en la huerta, alimentaban los cerdos y ordeñaban las vacas, además de atender la casa, y otras en el pueblo eran sirvientas de los ricos o limpiaban sus mansiones, ahora con su salario eran protagonistas e independientes. Habían quebrado el destino heredado de sus madres y abuelas, ganando su propio peso en la economía familiar.

Si no hubiera trabajado, hoy sería tan estúpida, falta de aplomo y condenada a la sumisión como mis amigas de juventud, una ignorante de las que iban un día a clase para faltar al siguiente.

NEGRO

Sombras

III

LA GUERRA

El 25 de agosto de 1936 por la tarde, mientras descansábamos en el salón o en nuestras habitaciones, oímos un rumor lejano que fue creciendo de hora en hora. A las seis escuchamos disparos al aire, cornetas militares y el paso inconfundible de caballos al trote. Treinta y ocho días después del Alzamiento de Franco, llegaban los nacionales por la carretera de Galicia. Primero la gente se asomó a las ventanas y balcones, luego se precipitó a la calle y corrió hacia la plaza. Tineo fue ocupado por las columnas gallegas al mando de Martín Alonso, un militar ferrolano calvo y pequeño, que ya había participado en el golpe fallido del general Sanjurjo en 1932. La tropa estaba formada una bandera del Tercio y un Tabor de Regulares.

Mi padre apenas tuvo tiempo de vestirse con su mejor traje, levita y corbata. Con el sombrero en la mano, se unió a un grupo de autoridades para recibir a las fuerzas de liberación. Otros concejales y el alcalde, republicanos y de izquierdas, habían huido hacia Cornellana o se habían escondido en casas de familiares o de correligionarios. Quizás debido a mi imaginación, creí ver en los ediles que rendían pleitesía a los vencedores una palidez más propia de un tísico. Los más jóvenes exhibían un bigote fino y recortado que habían dejado crecer en vísperas de la llegada de los moros.

Delante del Ayuntamiento, los soldados nacionales, arrodillados en la plaza como si fueran muñecos dotados de vida, asistieron a una misa de campaña oficiada por varios curas encaramados en las escaleras de la Casa consistorial engalanada con grandes colgaduras y banderas rojigualdas. Pese a que varios balcones de la plaza también se habían adornado con banderas para la ocasión, la gente, atemorizada, permaneció en sus

casas. Nada que ver con la plaza abarrotada de tinetenses que se habían reunido el 14 de abril de 1931 para festejar la llegada de la República.

Reinaba en el pueblo un silencio sepulcral, roto de vez en cuando por alguna trompeta militar.

Aquella noche de verano, los falangistas desfilaron por las calles a la luz de las antorchas. Frente al Ayuntamiento, sobre la parada de los ALSA, el balcón donde el general Rafael del Riego pronunció un famoso discurso contra el rey felón Fernando VII, las teas llameantes se reflejaban en aleteos siniestros.

Mi padre no comulgaba con ellos. Podía ser monárquico y católico; pero no era fascista. Cuando encontraron en una braña el cuerpo de José el carpintero cosido a balazos, la gente empezó a tener miedo. Era un joven pacífico que venía de La Felguera y su único delito había sido afiliarse a un sindicato obrero. Una niña pastora había presenciado su fusilamiento escondida en una zarza, con las bragas empapadas de orina. Los matones falangistas habían llegado con el joven maniatado en la caja abierta de una camioneta; pararon al lado del camino, le pegaron, le insultaron y lo acribillaron con sus escopetas y pistolas. Abandonaron el cuerpo y se fueron por donde habían venido. Cuando cesó de oírse el motor del vehículo y las canciones patrióticas de los asesinos, la niña corrió al pueblo, avisó a sus padres y éstos a la Guardia Civil para que recogiera el cadáver. Fueron a buscarlo a la braña y entregaron el cuerpo a la viuda, doblado y atado al lomo de un caballo.

A Faustino, por conservador que fuese, le horrorizaban la violencia y el olor dulzón de la sangre derramada. Durante varios meses siguieron apareciendo cuerpos expuestos a la intemperie o enterrados someramente a ras del suelo, de los que aún se distinguían los jirones de la ropa que llevaban en la hora de su muerte, fuera la pana de un labrador, el mono azul de un minero o el traje de un maestro.

Pero como buen hombre de negocios, se amoldaba a los cambios políticos. Un día nos reunió a todos en su despacho y nos aconsejó silencio y discreción.

—Ya me conocéis. No soy de aquellos quienes están de continuo lanzando pajas al aire para saber de dónde viene el viento ni observando sin cesar el vuelo de los pájaros por adivinar si me es favorable. Cuando las tropas se acercaban por la carretera de Galicia decidí por nuestro bien escoger mi bando y no me equivoqué. No lo hice por convicción,

ni porque los mineros se replegaran hacia Oviedo, sino porque sé por experiencia que el Orden siempre acaba por imponer su ley. Así que vosotros, ¡quieta la lengua! Las calles tienen oídos y nadie debe saber el fondo de mi pensamiento. Dejadme velar por vuestros intereses y los míos.

IV

LA PROCESIÓN

Había pasado un año desde la liberación de Tineo. La nueva Corporación, designada a dedo por el gobierno civil, organizó con el párroco una procesión nocturna de desagravio a Cristo Rey.

A su paso por la plaza, me asomé al balcón.

—¡Ya llegan! —gritó un chaval.

La entera plantilla de la Guardia Civil, se alineaba en cabeza con sus uniformes de gala. Los tricornos relucientes de charol reflejaban las llamas temblorosas de las velas. Seguía el alcalde junto a los concejales, custodiados por la Policía Municipal, y el cura vestido de una casulla morada cuyos largos faldones acariciaban sus pies.

Me eché atrás, al fondo de mi alcoba. De repente, miré hacia el ventanal y vi una cabeza ensangrentada que pasaba lentamente con su corona de espinas. Era el paso de Cristo portando la cruz, pero yo sólo veía su cabeza flotante y balanceante que recorría lentamente el balcón a la luz de los cirios.

Los tambores redoblaban fúnebres y amenazantes, acompañando las carracas y las trompetas en un mismo himno de muerte.

Salí de nuevo para ver cómo se alejaba el cortejo. Un grupo de señoras con mantones y peinetas se mezclaban con algunas mujeres sencillamente enlutadas. Eran viudas que desfilaban en recuerdo de sus maridos, unos muertos en la guerra por su fervor nacional, otros fusilados por los vencedores.

Saliendo de la plaza, la fúnebre comitiva embocó la calle Mayor y ascendió titubeando entre pendones rojos con su orla dorada, cruces y cirios llameantes. En la calle estrecha, la luz amarillenta y vacilante de las lamparillas y de los pábilos colocados en los balcones se anticipaba al crepúsculo. Las filas de hachas encendidas se alejaban, ascendiendo como una luciérnaga ondulante hacia el montículo en el que se alzaba la iglesia de San Pedro.

En casa votábamos a la derecha por miedo al comunismo que nos inculcaba la CEDA. Aunque mis padres no hablaban nunca de política, creían que si las izquierdas llegaban al poder les quitarían todo lo que poseían. Pero poco a poco se fueron conociendo los desmanes de Falange, en colaboración con la Guardia Civil y otros elementos indeseables, que actuaban como chivatos; se iba sabiendo de los cadáveres que aparecían en las cunetas y por el monte.

Un día me llamaron a la sede de Falange. Allí estaba la hija del carnicero y un profesor de gimnasia que al parecer era el jefe de la Delegación. Me propusieron ingresar en la Sección Femenina, pero les dije que lo pensaría, pues esperaba mudarme a Oviedo de un momento a otro. Pasaron los días y ya no insistieron más. Su Servicio Social formaba a las jóvenes para cuidar del hogar, del marido y de los hijos, encomendándoles la misión de sumisión y de ofrenda a su tarea: fregar el suelo, poner la mesa, cocinar, coser y rezar por los Caídos, España y el Caudillo como valores trascendentales, todo ello aderezado con la pertenencia a grupos de educación física y de danza.

V

LA RECEPCIÓN

Corría que se mataba el año 1942. Tres años antes, aún se mataban los españoles. ¡Hay que ver cómo una simple permuta de dos números altera el significado de una cifra hasta remontarse al descubrimiento de América en 1492!

El 18 de agosto, coincidiendo con el último día de las fiestas de San Roque, la nueva Corporación organizó una recepción en homenaje a los liberadores de Tineo, con motivo de los cinco años de la «salvación» de la capital del concejo. Mi padre me llevó de acompañante junto a mis hermanos, quizá porque al contrario de mi madre, yo era una chica elegante y de buen ver.

El nuevo Alcalde tuvo la desfachatez de planear la recepción en la casa Maldonado. El edificio, alzado en la Avenida del Conde Campomanes, a la salida del pueblo, lucía en su fachada el escudo familiar. Su planta baja tenía una puerta majestuosa, con dos portalones y dos ventanas pequeñas y estrechas. La primera planta, de techo alto, se adornaba de una balconada de hierro y dos grandes ventanales. Colgaba de una pared un cuadro representativo del soldado García de Tineo y Maldonado alanceando a muerte al pirata Barbarroja. El edificio culminaba con una terraza con vistas al barrio de Cimadevilla y, por detrás, al Valle y sierras de Rañadoiro, más lejanas y escarpadas. El palacete pertenecía al abogado José Maldonado, hasta entonces alcalde de Tineo y diputado en Cortes por Izquierda Republicana, y había sido incautado para convertirlo en cuartel de la Guardia Civil. Se decía que allí torturaban a los vencidos y sus gritos se oían en las casas más cercanas. Maldonado, miembro de una Logia masónica asturiana, que durante su mandato había abierto treinta escuelas en el concejo y cuarenta centros de formación de adultos, la mayoría mujeres, por temor a su fusilamiento tuvo que huir con lo puesto junto a su esposa Rosalía en un barco de pesca que salió de Gijón rumbo a Francia, acompañando al resto del Consejo Soberano de Asturias.

—Este *hijoputa* masón se nos escapó al extranjero —escupió un falangista con su camisa abombada como coraza sobre su pecho peludo.

La mansión, rodeada de verjas puntiagudas como lanzas, con una bandera como señal de acogida, estaba protegida a la entrada por una pareja de guardias civiles, que

comprobaban las acreditaciones. Observé que estábamos entre los últimos de la lista. Pese a su fortuna, en la Nueva España mi padre ya había sido relegado del papel de primer orden que hasta entonces había disfrutado, cuando a su paso se alzaban rápidamente los sombreros.

Los automóviles de las personalidades procedentes de Galicia y de Oviedo se detenían un instante junto a la acera y descargaban su indigno contenido. Los invitados de la Villa llegábamos a pie, solos, en parejas o en grupos. Algunos entraban a empujones, como si tuvieran miedo de ser excluidos de tan importante acontecimiento, decisivo para la conformación de las nuevas élites locales.

Subimos lentamente la escalera que llevaba al salón, sin resbalar sobre sus peldaños encerados. A medida que ascendíamos se escuchaba un concierto de voces, choques de copas, frivolidades que estallaban en el aire como burbujas de champán. La flor y nata de Tineo estaba allí. Debajo de la gran araña de cristales se agitaban los fracs, las levitas, los vestidos de organdí, de terciopelo o de raso carmesí.

A la entrada de la sala, un militar de rostro cuadrado y cejas pobladas nos acogía a voz en grito:

—¡Señores, son ustedes tantos que no es posible hacer su presentación! —decía, esforzándose por parecer alegre—. ¡Traben conocimiento ustedes mismos, sin ceremonias!

Pero el ambiente era frío y distante, más bien serio y con sonrisas forzadas y algunas, avergonzadas por la sangre reseca que aún manchaba la carretera de Galicia.

Nos colocamos al lado de un puñado de grandes propietarios, los que realmente seguían mandando, los dueños del dinero y del poder. Distraían la espera repasando la política y el mundo, pero también escrutaban el prisma del dinero y repasaban los vástagos casaderos, las bodas, las herencias y las comedias picantes de alcoba, bajando sin transición de la cima al abismo. Unos habían sido dinásticos, otros de Melquiades Álvarez. Mi padre era liberal, no en vano su abuelo había crecido en Tuña, la patria de Rafael del Riego. Pero su enriquecimiento lo había transmutado en conservador.

En aquella sala, de la que habían arrancado un medallón de yeso con la escuadra, el compás y la plomada, se habían celebrado hasta 1937 las reuniones masónicas, con sus rituales y reflexiones sobre los conocimientos científicos y las verdades universales. Sólo

eran liberales y reformistas, pero el Nuevo Régimen les perseguía con igual saña que a los socialistas. Se habían distinguido por su rechazo a la guerra colonial con Marruecos y habían cometido el grave delito de apoyar a la Triple Entente de Francia, Inglaterra y Rusia contra Alemania en la primera Guerra Mundial. Como circunstancia agravante, dicen que Franco odiaba a su padre, que también lo era. Lejos del ocultismo que les atribuyeron los nacionales, todo el mundo en Tineo sabía quién era masón.

A la puerta del espacioso salón se aglomeraba tanta gente que era casi imposible avanzar un poco. Los convidados seguían entrando. Algunos se saludaban con viriles apretones de manos y abrazos rematados con manotazos en la espalda. Otros hacían melifluas reverencias y la mayoría acogían con galantería a las damas que entraban en el salón acompañadas de sus esposos o amantes. Como meretrices de calleja, pronto habían aprendido a ajustar los músculos de la cara a la posición social de su interlocutor, serviles con los poderosos, altaneros con los de más baja condición. Cuando se topaban con un militar, el saludo era más obsequioso; con un falangista cedían el paso ante el corraje y la pistola al cinto. Todos conocían las consecuencias de los gestos y de las palabras. Los más educados sabían mostrarse serviles con elegancia y graves con ligereza.

Varios políticos locales habían girado como veletas. Quienes antes iban con los de la feria, volvían ahora con los del mercado.

Unos, con alardes de nuevos ricos que no eran, iban vestidos como si acudieran a una boda en Oviedo, pavoneándose embutidos en su esmoquin de alquiler. Otros, que antes de la guerra arrastraban deudas e hipotecas, habían ascendido como meteoros en la escala social, solo por declararse afectos al Régimen.

Aquella mezcla de uniformes y fracs, sus oropeles, me parecían obscenos en medio de la tristeza de un pueblo angustiado y desesperado.

Los últimos en entrar fueron las autoridades, el jefe de la Comandancia, el provincial de Falange y el cura. Unos pocos arribistas se disputaban a codazos el escaso espacio disponible, en su afán de situarse más cerca de quienes representaban el poder de la Nueva España. En sus rostros y gestos se adivinaba el escalón que ocupaban en la jerarquía. A su paso se bajaban las miradas a modo de genuflexiones.

Antes hijo del arroyo y ahora temido y respetado en su nueva condición y fortuna, el Jefe local de Falange, peinado a la gomina, se jactaba de su nueva camisa azul con el yugo y las flechas bordadas con hilo rojo en su pechera.

El cura era un hombre viejo, alto y afilado como un cuchillo. Su elocuencia en el púlpito era proporcional a la dosis de vino vertida en el cáliz, siempre oscilando entre lo divino y lo humano. En cuanto me vio, se acercó y me tendió la mano. La retiré al segundo, como si me hubiese quemado.

Por fin llegó Martín Alonso con paso marcial; entró en el salón como si fuera a atravesarlo, con una tremenda sensación de energía, y saludó con un taconeo de botas recién lustradas, puntiagudas y relucientes. Unas gruesas gafas de concha cabalgaban su nariz. Las lentes negras reverberaban el salón como si no tuviera ojos. Dando la espalda a un gran espejo que reflejaba la calvicie que coronaba su cabeza y ocultaba su frente, desdobló un papel que llevaba en el bolsillo, frunció el ceño y con su voz atiplada leyó un discurso salpicado de soflamas altisonantes:

—«Las Asturias de Tineo se unificaron en el año mil con las Asturias de Oviedo, cuando el reino del fin del mundo se perdía en la niebla de la Historia [...]»—comenzó el gallego, recitando un fragmento de un libro apresuradamente leído en la biblioteca del Cuartel.

Los asistentes creíamos que a continuación se lanzaría por los caminos del Imperio hacia Dios, y así fue. No cambió de tercio y prosiguió, cárdenas las orejas:

—Hoy el Ejército es la base de la Patria. Ha ascendido de la categoría de brazo ejecutor, ciego, sordo y mudo, a la columna vertebral sin la cual no es posible la vida. El que España siga siendo depende de nosotros. Nosotros debemos poner sus cimientos; nos corresponde por derecho propio frente a las absurdas propagandas de unos gobiernos que no han sabido cumplir su deber. Nuestros cañones victoriosos se tornarán en arados. Frente a la Anti-España. España, evangelizadora de la mitad del orbe, España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma y vanguardia del Reino de Cristo. ¡Por Dios y por España, Viva Franco, Arriba España!

—¡Viva!, ¡Arriba! —gritaron a coro la mayoría de los presentes con aplausos fervorosos.

Muy pocos aplaudimos con la punta de los dedos, los míos todavía enfundados en guantes blancos. Pero en el corrillo de los afectos al nuevo Régimen los ditirambos crecían y se multiplicaban a un ritmo frenético.

Aunque había un piano durmiente en una esquina, nadie estaba para tocarlo; si hubiese alguna música, habría sido militar. Todo en aquella casa era valioso, aunque ahora oliese a robo y usurpación.

Con el estímulo de los licores, los hombres recobraron su natural inclinación a hablar en voz alta, todos a la vez, envueltos en la humareda de los cigarros.

Los camareros subían de la cocina alicatada de azulejos blancos en el sótano de la casa, con ventanas a ras de suelo que daban al Valle. Si antes de la guerra estaba repleta de morcillas y chorizos, de jamones y choscas atados con fino cordel, a partir de la reconversión de la casa en cuartel fue la celda donde torturaban a los presos republicanos. Después de 1939 había recuperado su función original y en ella se cocinaban los platos ordinarios de los guardias, y en las grandes ocasiones como ésta, los manjares reservados a los invitados con la prodigalidad de los vencedores.

En el lunch se sirvieron varias clases de emparedados, fiambres y quesos, regados con vinos saqueados en la propia bodega de Maldonado. Habían traído unas barras de hielo que enfriaban unas botellas de champán en un gran recipiente de aluminio, como peces de colores en el estanque de un jardín.

Un militar se acercó con la mano tendida. No tuve más remedio que estrecharle su flácida mano. Llenó mi copa y bebí un sorbo con la mirada perdida, sin interés en la conversación. Con la voz enronquecida y el aliento marcado por relentes de alcohol, me dijo:

—Le presentaré algunas personalidades que le serán del mayor interés.

—Se lo agradezco, pero prefiero la compañía de mi padre que me cuida —contesté con una sonrisa forzada.

Se encogió de hombros y se fue a otro corro más divertido. Cuando se alejó, mi padre reprochó mi actitud en voz baja:

—Es absurdo, absurdo. Ese militar tiene mando en plaza. Sólo falta que me indispongas con estos señores que ahora tienen la sartén por el mango.

—No es la sartén, papá. Es la pistola.

De corro en corro se pavoneaba la famosa Eugenia, venida de Ferrol con su amante Vidiago, un veterano comandante africanista. Con el paso de los años se había convertido en una matrona, un mastodonte de edad canónica, luciendo unas greñas de pelo ensortijado y canoso, blanquecina de piel. Su cara daba miedo, una superficie aplanada, con los rasgos aplastados, chata y con mirada inexpresiva de color aguachirle. Su peligro era de todos conocido por su instinto, su olfato en detectar y delatar a izquierdistas, atenta a cualquier nota falsa que contradijera la versión oficial. Sus orejas de murciélago eran antenas de vigilancia que en aquellos días de agosto ya habían llevado a varios ferrolanos a la cárcel o a la muerte. Incluso en la recepción algunos le tenían miedo, pero nadie se atrevía a darle la espalda. En su presencia, sólo soltaban una frase después de haberla sopesado.

No podía faltar el comentario del cura, que escuchaban algunas beatas en torno a él. Hablaba de los mineros de Rodical:

—Esos caranegras son blasfemos como demonios. Y sus hijos van por el mismo camino. Siguen sus pasos en cuanto pueden levantar un cesto de carbón o empujar una vagoneta. Esa mala simiente se les incrusta en el cerebro para no salir de ahí, porque el mal está en la raíz que hay que arrancar. No es la antracita que escarban lo que temo, es la turba que nos sacará los hígados. Llevan el carbón en la sangre, el mismo que alimentará las calderas del infierno que Dios les tiene reservado. Ahora guardan silencio y a los cabecillas les han cortado la cresta. Pero volverán a las andadas, señoras; no les quepa la menor duda.

Algunos burgueses, no demasiado convencidos, agachaban la cabeza o dirigían al suelo su mirada al cruzarse con los matones que sacaban pecho con la pistola al cinto. Pero con el paso del tiempo se avenían a la realidad, como si llevaran dentro la necesidad de amoldarse a lo que se esperaba de ellos. La gente atenazada por el miedo acaba por volverse cruel sobre todo en defensa de su patrimonio. Cuanto más subían, más ansiaban subir.

Hasta entonces, mi padre y yo nos movíamos en aquella tela de araña como dos personas separadas que se hablan con un tono hueco e impersonal.

Me acerqué a un rincón de la estancia, donde mi padre conversaba con el responsable de la agencia local del Banco Herrero. Éste susurraba y no cesaba de vigilar su entorno, temeroso de oídos indiscretos:

—Los grandes roban. Los pequeños ahorran. Y quien no ha, no es. Dicen que el mundo es un negocio; y lo es desde que los humanos salieron del barro. Esos que nunca irán al frente en Rusia, atrincherados en la retaguardia, ya se erigen en vencedores y exigen su botín; mezquinos, egoístas y corruptos hasta la lid, traen listas de propiedades, casas y tierras de los rojos para que la fuerza se incaute de ellas y se las entregue en subasta. Pero no lo consentiré. Cuando salgan de la cárcel o vuelvan del exilio, sus propietarios podrán recuperarlas porque son suyas. A estos les huelo de lejos y no me taparé la nariz. Antes de que se alzarán los nacionales, se apresuraron a canjear los billetes de la República por su valor en lingotes de oro, en previsión de lo que pudiera ocurrir —y ocurrió— si fueran anulados por los vencedores. El hombre que cree en un ideal, confía en cambiar el mundo. Pero con los ideales solo se hacen castillos de naipes o de marfil. Los intereses creados siempre deciden la marcha del orbe.

Más que de costumbre, el pellejo reseco de las mujeres chorreaba de pintura y ungüentos varios. Entrechocando sus alas de cuervo, se acercaban a los hombres y desteñían sobre sus mejillas el rojo escarlata de sus labios, mientras cloqueaban y exhibían sus protuberancias y cavidades, sus joyas estridentes. Casi todas habían perdido la batalla contra los rigores de la edad. Hacía tiempo que la inocencia de las rosas se había marchitado y ahora reinaban las orquídeas, las azaleas y demás bestias vegetales que albergan más pesadillas que sueños.

La gorda Eugenia apareció como por encanto, la oreja atenta y vigilante, y nos miró a los tres, uno a uno. Su mirada fría de besugo nos traspasaba, por mucho que la pintura corriera por las comisuras de su boca sonriente.

—No sean quijotes, señores. Aquí mandamos nosotros y su dinero no es un salvoconducto. No se aparten del lado en el que están, que es el nuestro.

¿Nos había oído? Siempre nos quedará la duda. Por si acaso, tomamos nota de su advertencia, pues eran tiempos en que una sola palabra podía malograr tu vida.

Un camarero trajo a la mesa central unos tazones repletos de cerezas. Clara, la de la tienda de ultramarinos, se precipitó a probarlas. Sus labios se concertaban para aspirar

una a una cada fruto, tan similar al color y la materia de su boca. Sus dientes mordisqueaban la presa redonda y la desmenuzaban con ferocidad quirúrgica para expulsar el pipo y tragar la pulpa, mientras su mano izquierda toqueteaba las perlas blancas de su collar, pletóricas de luz, espejos esféricos donde se reflejaba la imagen de los comensales. A su lado sudaba su esposo, embutido en un traje demasiado estrecho para envolver su cuerpo graso y rechoncho. Observando su frente de búfalo, sus ojos saltones, estúpidos y astutos a la vez, su cráneo enorme, los pliegues de su papada y de su nuca, me pregunté lo que escondía en lo más recóndito de su cerebro.

Las mujeres estaban pendientes de sus hombres.

—Tráeme una copa de vino; enciéndeme un cigarro —ordenaban los esposos para dejar patente su autoridad.

La esposa de Martín Alonso, una gallega rubia más joven que él, brillaba como diamante en la oscuridad. Alta, delgada y angulosa, planeaba como una libélula entre los invitados. Más allá, una criatura arrugada, vieja y pintarrajeada, parecía una pitonisa ante su bola de cristal. Sus pendientes de aros eran tan pesados que alargaban los lóbulos decadentes. Un aparatoso collar trataba de esconder su escote descarnado. Pero comiendo, su boca era un embudo. Tragaba mientras otros rumiaban. Sus dientes descuartizaban las carnes como ave carroñera antes de engullirlas.

De un libro pequeño como un misal, el cura leía un párrafo a una beata que se apretaba a su lado:

—«La mujer ha de apegarse a su labor diaria, al hijo, a la cocina, al ajuar, a la huerta; tenemos que conseguir que encuentre allí toda su vida, y el hombre, su descanso» —susurró con voz queda—. Es la directriz de nuestra afligida Pilar Primo de Rivera.

Entre los murmullos de los comensales, entrecortados por alguna risa o las voces estentóreas de los guerreros, se oía un concierto de dentelladas, degluciones, lametadas y regüeldos de los glotones.

Así continuó el cenáculo, una ceremonia para renovar el gran pacto de sangre.

Asqueada y temblorosa, salí al balcón en busca de aire fresco. Fuera, la noche templada del verano ya se había acostado sobre los montes. Dentro de la sala, los candelabros iluminaban las caras de una luz mortecina.

Apoyado en la barandilla estaba don Lisardo, el anciano director de las escuelas elementales de Tineo. Me saludó cariñosamente, como cuando era su alumna. Al cabo de un momento, compartíamos la repugnancia que nos producía la grotesca velada. Bajo su pechera almidonada latía un bondadoso corazón. Al borde de las lágrimas, el pobre hombre me confesó:

—Esta época es rica en traiciones. Desde que éstos llegaron con sus cañones, todo cambió de estado, también de chaqueta. Y cuando sus escudos blasonados se desploman bajo el tronar de los morteros, caen tanto más bajo cuanto más alto es su ideal. Sentados confortablemente en sus aposentos, disfrutaban de sus riquezas. Para otros, los azules, el derramamiento de sangre roja, los cánticos patrióticos o castrenses. Para ellos el caudal atesorado, la materia amarillenta y vergonzosa que lo compra todo, en la que piensan sin cesar. Unos caminando por el Imperio hacia Dios; ellos por los salones tapizados de una cómoda realidad, las orejas oteando el cambio de los vientos y los ojos ávidos de ganancias. Yo soy republicano y nunca cambiaré. Pero daría la vida por volver atrás y ahorrar la de tantos hombres sacrificados en esta guerra sin cuartel. En ella, la vida de los menesterosos es tan corta como la de un mosquito.

—¡Ojalá llegue el día en que Tineo sea juzgado y cada uno pague el precio de su cobardía! —pensé.

Volví a la sala y contemplé por última vez aquél aquelarre pomposo y congestionado. Se me antojó el ombligo aislado de una burbuja monstruosa, volcado en sí mismo y muy lejos del mundo real donde los agricultores recogían la cosecha, doblados sobre la tierra; donde las mujeres vaciaban las ubres de las vacas y los mineros escarbaban carbón entre las rocas.

Me ahogaba en aquel ambiente. Me sentía de más. Me despedí de mis familiares, pretextando jaqueca y salí a la calle. El corazón me martilleaba y las manos me temblaban, mirando inquieta alrededor.

Cuando abandonaba el palacete, restallaron los primeros cohetes y los fuegos artificiales silbando como una advertencia ante los tiempos oscuros que nos quedaban por vivir. El cielo nocturno se inundó de chispas y estrellas sanguinolentas.

Sonaban las campanas de la iglesia, como en los tiempos medievales, en que por la Villa pasaban los peregrinos de la Ruta Jacobea primitiva. Por la acera del paseo oscuro, caminé a paso ligero hasta casa, entrechocando con las parejas que iniciaban su retirada.

ROJO

Llamas

VI

EL CORTEJO

Hacía poco que se había abierto una tintorería en Tineo y ya era renombrada por sus nuevas técnicas publicitarias. Días antes de su apertura, grupos de mozalbetes habían llenado los buzones de propaganda. Y en las fiestas de San Timoteo una de las carrozas más llamativas alegró el cortejo con su carga de flores y de chicas veinteañeras que agitaban una gran banderola con el nombre del establecimiento, El Arco Iris. Su propietario se llamaba Gabriel Fernández. Era de Lantero, una aldea de Bárcena del Monasterio, cercana a Tineo. Pronto se corrió el rumor de que había vuelto de Cuba y se había hecho masón y republicano, y por consiguiente ateo.

Muchos días me cruzaba con él de camino a casa. Al cabo de unas semanas, percibí que esperaba a mi paso, apoyado en el dintel de su tintorería. Era un hombre alto y bien parecido, piel bronceada, rostro rasurado, frente ancha y mentón voluntarioso; vestía con elegancia y lucía un hermoso pelo ondulado y unos bigotes que realzaban su prestancia. Sus ojos negros me encandilaban con su mirada directa y penetrante. Yo pasaba por la acera a un metro de él, solo por el placer de mirarle a los ojos y medir su cuerpo con el mío. Entonces se llevaba una mano al sombrero panameño y lo inclinaba levemente para saludarme.

—Buenas tardes, señorita Bella —me dijo la primera vez.

—Mi nombre es Isabel —protesté.

—Lo sé. Todo Tineo la conoce, por su trabajo en la centralita.

Me encontré muy turbada de encontrarme de pronto en la acera con aquel hombre tan apuesto y tan cerca de él. Me alejé a paso lento de sandalias blancas y eché una mirada furtiva en rededor, temerosa del qué dirán.

Crucé la calle y me vi reflejada en el cristal de un escaparate: una figura pequeña, con el pelo ondulado y rojizo con algún mechón ensortijado que se desmayaba en la frente. Sentí que la palma de las manos y las axilas estaban frías y húmedas, signos externos de un intenso tumulto interior.

Ningún joven se me había acercado hasta entonces para decirme cosa mayor en materia de amores, y tampoco había bailado más que con una silla, pese a que ahora lucía buen garbo y talle. Gabriel era el primer hombre que conocí y el primero por quien suspiré.

Al principio, tanto su porte como su voz me intimidaban. Escuchándole, yo bebía cada sílaba que pronunciaba. Su aspecto reciamente varonil me causaba miedo. Si no tenía nada que contar, no hablaba o me esforzaba por decir naderías para rellenar el silencio. Luego traté de ponerme a su altura, que era la de un buen conversador.

Otras veces me seducía con mayor audacia y la más exquisita educación. Siempre me pedía que le permitiera acompañarme.

Llegó el invierno y con él la nieve y las lluvias calando hasta los huesos.

—Buenas tardes, señorita, me complace saludarla —me dijo a media voz—. Está usted empapada y el agua estropeará su vestido. Mi paraguas la protegerá hasta su casa.

Sin decir palabra, me cogí a su brazo y comenzamos a caminar por la acera encharcada. Componían su traje una chaqueta oscura y pantalones con rayas grises. Cubría su cabeza un sombrero de ala ancha de fieltro gris y llevaba una corbata de seda rameada alrededor del cuello. Las punteras claveteadas de sus zapatos de piel resonaban sobre los adoquines. Su atuendo le daba una rara apostura, muy distinta del común de los viandantes. Sentí que tenía junto a mí un personaje insólito, ni rico ni pobre, ni burgués ni obrero, alguien indefinible como nunca había visto, un extraño en Tineo, que me atraía fuertemente desde aquel primer encuentro.

Tenía una manera singular de mirar mis manos, mi vestido. Si contemplaba mis ojos, su mirada era abrasadora y directa como si nos hubiéramos conocido siempre. Imaginé que albergaba escondidas pasiones en sus pupilas.

De repente un coche pasó raudo a nuestro lado y levantó una onda de agua que esquivamos de un salto, apretándonos una al otro. El incidente rompió el silencio hasta entonces reinante entre nosotros y nos hizo reír. Lo cierto es que a partir de ahí no paramos de hablar hasta la puerta de casa y no recuerdo ya lo que dijimos.

Su conversación era amena y divertida. Era la primera vez que oía hablar así de mi persona, de mi vida y de mis sueños como mujer, y aquellos requiebros despertaban los secretos deseos de mi adolescencia, dormidos hacía mucho tiempo. Le escuchaba y todo lo que decían sus ojos, su rostro, sus labios, todo aquello llegaba a mi corazón.

En el momento de decirnos adiós, sí me acuerdo que encontré para expresarme su emoción, unas cuantas palabras que no retuve, pero que me llegaron al corazón. Y al mismo tiempo tomó mi mano y la besó. Su gesto me conmovió hasta hacerme saltar las lágrimas, que solo derramé tras cruzar la puerta cuando él ya se había alejado.

Colorada como una cereza, un sentimiento sin nombre abrasó mi corazón aún sin estrenar. No entendía nada de lo que me estaba sucediendo. Pasé la noche acordándome de él, de su mirada fija en mí, de su expresión atenta al escucharme, y de aquel beso depositado respetuosamente sobre el dorso de mi mano.

Resistí durante tres o cuatro días, algo asustada. Salía de casa un cuarto de hora antes para no encontrarme con él; luego flaqueé y salí como de costumbre. Allí estaba él, a la puerta de su tintorería, observando cómo me acercaba, como si estuviera esperándome. Me vio desde lejos y se adelantó hacia mí, su sombrero de fieltro en la mano, lo mismo que el primer día. Repetimos el mismo trayecto, esta vez a la luz del sol, pero conversando acerca de nosotros.

No era como los demás; nunca decía palabra que hiciera sospechar en él la más mínima intención de divertirse a costa mía. Solamente atenciones silenciosas y sobre todo, aquel modo de escucharme con una especie de turbación cuando le contaba mi vida y desgranaba mis recuerdos al azar.

Durante varias semanas solo viví para esta aventura. Más de una vez me entregó flores y dulces. Nuestros paseos se prolongaron hasta la salida del pueblo, donde empezaban los verdes prados, la arboleda y las flores montaraces que salpicaban los bordes de los caminos.

Ignoraba que muy pronto me comprometería para toda mi vida, a tomar una decisión definitiva.

VII

PASEOS POR LA ARBOLEDA

Una tarde, en la centralita, mi compañera Amparo me dio a beber con ella unos sorbos de anís. Raramente había probado alcohol y me mareé ligeramente. Una sensación de bienestar y de placer invadió mi cabeza y mi cuerpo. Salí del trabajo, doblé la esquina y encontré a Gabriel recostado en el dintel de El Arco Iris. Le propuse que diéramos un paseo por la carretera de Galicia. Más allá de la Mantequería nos desviamos por un sendero bordeado de altos tilos y magnolios. Las hojas de los árboles parecían mariposas en su vuelo quebrado hasta el suelo. Fuera del pueblo abundaban frondosos bosquejuelos de carballedas, castañedos y abedules. Y junto a las casonas aisladas se divisaban algunos hórreos y llagares.

Nos escondimos como dos adolescentes bajo la copa de un árbol, amparados en las sombras cómplices de aquella noche de plata. La luna temblaba, como si quisiera salir de su órbita.

Desde su altura orgullosa mi amado me cogía tiernamente la mano y la besaba en el dorso y en el hoyo de la palma. Sus labios me hacían vibrar como un arco tenso. Apenas se inclinaba para cautivarme. Él era la seducción misma. En sus mejillas había llamas y en sus ojos dardos.

Me miraba; yo me sonrojaba y él se reía.

A medida que hablábamos, nos íbamos acercando lenta y sensualmente. Estábamos tan cerca que su aliento se confundía con el mío. Buscó mi mano y cuando se la ofrecí, la apretó con fuerza en la suya. En ese momento, hasta el aire se detuvo y el mundo se concentró en mis ojos cerrados. Durante el resto del paseo no cesamos de detenernos de trecho en trecho y besarnos con deleite en los labios.

—Me es usted preciosa. Sus ojos verdean más que todos los prados.

Un vivísimo rubor enrojeció mis mejillas y murmuré con una voz desfallecida:

—¡Oh! No me diga eso... se lo ruego. ¡No soy como me ve!

Me dio la impresión de que ya no me escuchaba. Miraba mi cara, mi cuello, mis manos y el vestido azul que llevaba ceñido al cuerpo. Sin saber por qué, mi corazón palpitaba aceleradamente. Me sentía alegre y llena de contento.

Sin quebrar la magia del momento, desandamos el camino en silencio. La declinante luz del sol lanzaba destellos blancos sobre el envés de las hojas de los álamos temblones.

Nos despedimos mirándonos tan solo, como si cada uno hubiese querido grabar para siempre su imagen en la memoria del otro.

VIII

CONFIDENCIAS

Me daba miedo encontrarme a solas con mis sentimientos. Un día, en un receso de la centralita, conté a Amparo mis encuentros furtivos con Gabriel.

—Pues te noto cambiada para bien, Mabel. Creo que le gustas bastante. Y si a ti te gusta también, no te prives de su compañía. Le veo abrir su tienda muy temprano. Desprende energía por todos los poros de la piel. Es encantador, guapo y fuerte. Haz como yo hice con Julio, quíerelo cuanto antes. Sabes que lo que no consigo enseguida, ya no lo quiero.

La abracé y le confesé cuanto la apreciaba:

—Dicen que nos parecemos, pero somos tan distintas en todo. Quizás porque somos solteras, y con nuestro empleo, mujeres libres como pocas hay en Tineo. Pero a ti el amor con Julio no te da miedo, y a mí con Gabriel me da vergüenza. ¿Qué dirán nuestros padres cuando se enteren?

Segura de sí misma, me contestó:

—No te importe lo que digan, nuestra felicidad es más importante. Quieren trazarnos el modelo de mujer que tendríamos que imitar. Pero no nos dejaremos clavar con alfileres como uno más de los escarabajos y mariposas que coleccionan en sus vitrinas.

IX

LA PASIÓN

Una tarde, después del trabajo, fue a esperarme.

—¿Quieres conocer mi casa?

—Sí, me gustaría.

—Pues acércate luego a la tintorería.

Fui a ducharme a casa, merendé y salí con el pretexto de pasear con mis amigas.

La primera vez que subí a la planta alta donde vivía Gabriel, encima de la tienda, me sorprendió su biblioteca, con los estantes atiborrados de libros, el cuarto de baño con una bañera de hierro del siglo pasado y una minúscula cocina que le permitía cocinar a su antojo. Pero lo más llamativo era su espaciosa habitación, en la que reinaba la enorme cama de matrimonio sin cabecero y sin crucifijo colgado en la pared. Sobre la cómoda antigua, una orquídea, viva, nacía de un vaso de bronce.

Allí respiré el aroma narcótico con que me abrazaba. El pulso me latía con violencia. Iba a descubrir con él un placer imaginado, hasta entonces turbido y turbador, limitado a besos furtivos e inocentes caricias.

Mi nuevo yo iba creciendo a la sombra del antiguo.

La delicadeza de sus movimientos esmaltaba su fuerza salvaje. Sin más preámbulos, me desnudó y me depositó suavemente en el lecho. Luego se desnudó, corrió las cortinas y se tumbó a mi lado, abrazándome y besándome enardecido.

—Yo... ¡la amo! —exclamó.

Me cogió la muñeca y me rodeó el talle, unió mis manos en la espalda y me abrazó con intensidad. Sentí el estremecimiento en todos mis miembros.

Antes de conocerle me resultaba más fácil controlar mi tibieza y sofocar las ascuas que anidaban en mi corazón.

En la atracción de nuestros cuerpos desnudos dejaba de existir la mayor o menor fortuna de cada uno de nosotros.

Su primer beso fue en el dorso de la mano, en estos dedos que ahora escriben. El segundo buscó mi frente y fallando a medias, se derramó sobre mis cabellos. Y el tercero lo depositó en mis labios, presionándolos en una caricia perfecta. Su beso loco vino a quemarme el sentimiento, mezclado y confuso. Luego caí en sus brazos como una espiga vencida en un entramado de susurros. Pronto mezclé mi saliva con la suya y nuestras lenguas jugaron mientras yo gemía de placer con sus caricias. Le permití mi boca, mi cuello y mi cintura. Mordisqueaba mi piel, tal si quisiera devorar mi cuerpo para incorporarlo al suyo. Como un gato el cuerpo se movía entre aristas sin herirse. Quemaban sus besos y caricias en el lóbulo de la oreja, en el hueco de las rodillas, en el contorno de los pechos y pezones, en los muslos y en su unión. Su boca mordió el racimo de mi viña y la lengua jadeante se adentró en lo más hondo de mi corazón. Perdimos el control, acompasé el ritmo de sus embestidas, mientras la estancia se llenaba del olor capitoso de nuestros embates.

—Espacio —le imploré, ansiosa de retener aquel momento delicioso.

No le opuse resistencia y me entregó lo que para mí tenía reservado para aplacar mi sed. Esparció sobre mis flores gotas de miel, néctar de nuestra pequeña muerte. Sin remanso en el que pudiera pensar, no cesé de saborear su nombre:

—Gabriel, Gabriel...

El deseo había destrozado al mundo, al espacio y al tiempo. Ya no había reposo ni guarida para su breve fulgor. Descubrí que el amor es un fuego que arde y quema el manzano y la cizaña. No es una copa de agua pura e insípida que solamente refresque; es un torrente de agua turbia, salvaje y violenta. Almizcle fluía de los sexos ayuntados, lavanda perfumaba las pieles, y mis manos estrujaban las sábanas arrugadas, entre lo animal y lo eterno.

Él es él, yo soy yo. Y los dos somos uno. Mientras nos amamos me doy cuenta que mis ojos no se cierran, sino que se van abriendo cada vez más y el techo de la habitación se va nublando y encendiendo como un arco iris, como la corola roja y amarilla de una flor enorme e imaginaria.

Cuando terminamos, apoyó la cabeza sobre mi hombro y resbaló de un último beso al sueño. Sentí los potentes latidos de su corazón, el galope de la sangre que recorría sus sienes y el cosquilleo del vello abundante que le cubría el torso.

Nada ilumina como el fósforo en mitad de la noche. Desvelada, miré el despertador sobre la mesita, la lámpara apagada en el techo, el cuadro en la pared. Parecía como si los objetos nos miraran sin envidia.

Gabriel se despertó. Mis rodillas anidaban en el hueco que formaban las suyas. Dos lunares salpicaban la belleza de su torso.

—Duerme, Bella.

—No puedo. Te amo hasta lo más profundo, ancho y alto que pueda alcanzar. —
Cerró los ojos y sonrió.

Me refugié en la calidez de su pecho, mientras carámbanos de hielo colgaban del tejado.

Al amanecer saltó de la cama y se vistió, canturreando. Aún entorpecida por el sueño, volví la cabeza para verle y distinguí el contorno oscuro de su cuerpo recortado a contraluz, mientras la claridad parpadeaba caprichosa en los visillos de la ventana. Motas de polvo danzaban en el haz de luz solar que se filtraba por ellos. Me hacía gracia cómo se escabullían cuando intentaba atraparlas.

Al poco, apareció con una bandeja en la que humeaba un tazón de chocolate que me supo a gloria. Bajó al taller y puso en marcha las máquinas de vapor. Apenas había pasado unas horas con él y, ebria de felicidad, ya me sentía como en casa y disponía de sus cosas como si fueran mías. Coloqué su ropa planchada en el armario, cambié las sábanas y alisé la manta y la colcha de su cama. Tras ducharme y asearme en el baño, me despedí de él con un beso y salí a la calle. Esa mañana llegué al trabajo adormilada y aturdida.

Así fue como Gabriel entró en mi vida, regalándome el gozo de la carne, el placer infinito de amar y ser amada.

Embriagada por la pasión a la que el azar me había llevado, no salía de mi asombro de que existiera felicidad semejante.

¿Y si todo fuera un sueño y aquel amor se desvaneciera? Al menos habría despertado en mí un destello de alegría de haber amado, también yo, una vez en la vida.

Por primera vez era feliz, plenamente feliz, porque a partir de ahora ya no habría en mi corazón y en mi vida, hasta mi último aliento, más que un solo pensamiento, una sola imagen, un solo nombre. Con él todo era sencillo y natural. Era el único ser en este mundo que había puesto su atención en mí para entregarme su afecto.

Fueron días de delirio, éxtasis y molicie, entregados al dulce encanto del amor con una furia indomable y febril como brasa ardiente. Después de ellos, nada podría llegar a despertar mi curiosidad.

X

PRIMER VIAJE DE GABRIEL A CUBA

Sin embargo, no sabía si lo conocía lo suficiente, aunque ya se había ganado mi confianza. Le pregunté por su vida, porque había páginas en blanco entre nosotros y palabras dormidas que no decía. Pero mi instinto me indicaba que decía, si no toda la verdad, al menos una parte.

Su pasado era indescifrable.

En la penumbra del anochecer, bajo un cielo de incontables estrellas y poca luz eléctrica, me fue contando la historia de su existencia.

Como tantos miles de asturianos, era el eco de dos continentes, de dos tierras, de dos emociones.

En 1921, cuando la guerra de Marruecos reclamó más carne de cañón y los ricos compraban otros hombres para que derramaran la sangre en lugar de sus hijos, su amigo Ramón Bueno le entregó su documentación de exento una falsa identidad con la que vivió diez años, hasta la llegada de la República.

—A los 18 años me fugué de casa. Abandoné la tierra firme. Solté las amarras y me hice a la mar con rumbo a la esperanza. Con algo de ropa, cien pesetas y efectos personales, embarqué como polizón en un barco alemán que hacía escala en Santander y transportaba automóviles Mercedes con destino a Cuba. Me escondí en un bote salvavidas; cuando agoté los víveres pagué a un grumete la comida diaria que me traía de las sobras del equipaje, principalmente queso, agua y tocino. Pasé unos días echado sobre unas almohadillas y chalecos salvavidas amontonados al fondo de la lancha. Pero al quinto día un marino me descubrió y durante el resto de la travesía fui obligado aregar el puente y a limpiar los automóviles almacenados en las bodegas, donde dormía sobre un colchón de hierba seca.

»Corría el año 1921 y unas semanas antes un ciclón tropical había hundido al *Valbanera* en los cayos de Florida con 488 emigrantes. En el buque que nos transportaba hacia La Habana, el miedo se adivinaba en los semblantes. Pero tenía una fe inquebrantable en el porvenir, aunque no supiera lo que el porvenir sería. El día que se

escriba la historia de nuestra emigración, habrá necesidad de orlar de negro muchas de sus páginas.

»En Cuba enseguida encontré trabajo cortando caña con machete en el ingenio azucarero Agramonte, en Camagüey; lo mismo daba que hiciera sol o lloviese. Un mulato se reía de los españoles cantando:

*Chupa la uva
deja la caña,
haz la maleta,
vete pa España.*

»No aguanté más de un año. Partí con un caudal de ilusiones en la cabeza y volví a casa con telarañas en el bolsillo. El dinero que aterrizaba en mis bolsillos se escurría de entre los dedos más aprisa de lo que hubiera querido. Pero si antes no sabía nada de la vida, allí lo aprendí todo del ser humano, de lo bueno y de lo malo. En el viaje de vuelta aposté con otros dos jóvenes, uno de las Brañas de Aristébano y otro de Belmonte, por ver cuál de los tres se casaría el primero. El ganador recibiría mil pesetas de los otros dos a partes iguales. El de Belmonte murió pronto de tanto deber, acribillado por las deudas; no tenía más bien ni más honra que su corbata. El de las Brañas había salido de la isla por piernas, tras tumbar a una mulata y dejarla sin honra y sin dinero. Se deprimió y se entregó a la bebida. Se alejó de sus amigos y alguno llegó a decir que a su muerte el coñac bajaría de precio. No todos triunfaban en América; la mayoría volvían con la huella del fracaso en las arrugas de la frente. Yo nunca estuve solo en el mundo. En el peor de los casos tuve la compañía del niño y del joven que fui.

»A los seis meses, no por la apuesta —que, pese a que la palabra en el campo significa mucho, no se pagó—, sino por amor, me casé con María de la Fuente, una hermosa chica con la que estaba comprometido antes de viajar a Cuba, como hicieron según el ripio muchos antes de mí:

*Tengo de irme a las Indias
Y tengo que volver indianu
Para casarme contigo
Que no doy palabra en vanu.*

»Recuerdo las letras de una habanera que estaba de moda en la Isla:

*Todos vuelven a la tierra donde nacieron,
Al embrujo incomparable de su sol.
Todos vuelven al rincón donde vivieron,
Donde acaso floreció un amor.*

»Pronto tuvimos una hija, que bautizamos con el nombre de Mari Luz, aunque murió a los cinco años. Uno no sabe lo que es el miedo hasta que tiene una niña que alimentar. Volví a Lantero, y ese año fallecieron mis progenitores en poco tiempo. Baldomero, mi padre, había trabajado de sereno en Madrid y ahorrado un pequeño capital. Una noche, cuando atravesaba el puente de Bárcena a lomos de su caballo, un rayo espantó a la bestia y los dos cayeron al río. Hubo que sacrificar al corcel y mi padre quedó ciego. No se arredró por ello y cada mañana salía a pasear con su bastón por los caminos de Troncedo, que conocía como la palma de la mano. Si alguien le preguntaba adónde iba, le contestaba con solemnidad: «Por el mundo, señor mío, por el mundo». Nunca dejó de querer a mi madre, a quien llamaba la Vizcaína por su fuerte carácter norteño.

»Meses después murió y pocas semanas más tarde falleció de pena mi madre. A su muerte, heredé sus propiedades en virtud del derecho de primogenitura o mayorazgo. Pagué a mis hermanos las partes correspondientes y vendí el solar de mis antepasados, buenas tierras, un hórreo y una casa muy linda, a la sombra de los cerezos y de las parras. Pero no quise ser aquél que con el duro arado voltea pesados terrones ni el soldado que vierte su sangre por causas injustas, ni comerciante esclavo de su negocio. Con ese dinero los tres viajamos a La Habana, donde abrí una céntrica tintorería: El Arco Iris. No habíamos salido por necesidad: en mi casa había pan; de boroña, bien, pero pan. Igual que en mi primer viaje a Cuba, sabía de qué huía, pero no lo que buscaba; quizás quería encontrarme a mí mismo. No podía ser hacendado y no quería ser tendero de mostrador.

»La Perla de las Antillas era una Antilla sin perlas. Desde el vértice de la pirámide social cubana, los patriotas españoles solo pretendían mantener los beneficios del antiguo imperio colonial con el sable militar o, llegado el caso, atesorando su capital en Estados Unidos o en Gran Bretaña. El Desastre de 1898 apagó el fervor patriótico que había encubierto sus negocios, hasta el punto en que algunos abogaron por que la perla fuera una estrella más en la bandera americana.

»Cinco años después de mi llegada a la isla, el asma se apoderó de mí y la humedad del Caribe atacó los bronquios de mi esposa. Teníamos ahorrada una pequeña fortuna y decidimos vender El Arco Iris para abrir otra en Barcelona, donde se preparaba la Exposición Internacional de 1929.

XI

LA MUERTE DE MARÍA EN BARCELONA

Con una expresión sombría, Gabriel reanudó su relato, adentrándose en el episodio más amargo de su vida.

—Su desgracia empezó por un *mal de costat* —decía el médico—, una pulmonía que en realidad era tuberculosis. Era un bacilo sin religión ni ideología, una mota microscópica que mató a millones de personas con la eficacia de un matarife. Algunos la llamaron el azote de Dios, pero llevaba una guadaña en la diestra y un reloj de arena en la izquierda.

»La enfermedad viajaba sin prisa, al son de las campanas, de garganta en garganta, de tos en tos, escondida en los pliegues de la piel o en el borde del vaso del bebedor.

»Los cortejos fúnebres surcaban las calles de Barcelona y ascendían hacia el camposanto de Montjuic tan numerosos como en los tiempos de la Gran Gripe de 1918, cuando los barceloneses se medían por el mismo rasero: todos tenían o tendrían, indefectiblemente, la enfermedad o la muerte en los pulmones. La tuberculosis mataba, implacablemente, con una especie de rutina administrativa y galopaba como un jinete del más duro de los apocalipsis. Abrasada por la fiebre, María cayó en una honda postración, sufriendo atroces dolores de cabeza que le dejaban el cuerpo tan flácido como un trapo mojado. Había perdido el apetito y solo tomaba caldos insípidos que le traía una enfermera. Una sed ardiente torturaba su cuerpo enfebrecido y sacudido por una tos espasmódica. Los sudores mortales sacaban de su piel las últimas ganas de vivir. De vez en cuando, recobraba la conciencia de sí, como náufrago que sale a la orilla. En el ocaso de su vida, soñaba con volver a Asturias y con el pastel de manzana que su madre horneaba en su casa de Navelgas. Escuchando como se ahogaba, yo llevaba una losa en el pecho. Un recrudecimiento de la enfermedad se la llevó de madrugada en el hospital de San Pablo. Falleció la víspera de San Juan, una noche que los barceloneses celebran con entusiasmo, encienden fogatas en toda la ciudad, comen las cocas, bailan y se divierten. Durante unos días, me negué a aceptar mi desamparo. Llegué a esperarla para la cena, doblando y desdoblando la servilleta, hasta que su recuerdo se convirtió en una sombra diáfana y blanca.

»Hay más llanto en el mundo que el que puedes conocer... Pero por vencido que se sienta un hombre, por desesperada que sea su vida, hay dentro de él una chispa capaz de alumbrar un incendio y, si se presenta la ocasión, de mostrar su valía.

»Mi soledad no hizo más que espolear un deseo furioso de continuar viviendo, negándome a enterrar mi vida en la misma sepultura del Cementerio del Este donde yacía enterrado el cuerpo de María.

Si de verdad fuese verdad cuanto decía, si su memoria fuese un granero de tan fulgurantes imágenes, habría conquistado mi confianza y yo ya estaba dispuesta a creerlo.

XII

LA SEÑORA ANGRILL MUERE EN TINEO

No dejaba de asombrarme la capacidad de Gabriel para renacer, una y otra vez, de las cenizas de lo que hasta entonces había sido su desdichada existencia. Tras unos instantes, logró salir de su ensimismamiento y reemprendió el vuelo hacia el ayer:

—Frente a mi tintorería, en la falda de Guinardó, vivía la viuda de un herrero apellidado Angrill, destrozado por un pedazo de metralla en un bombardeo sobre la ciudad. Antonia, su esposa, se quedó con un niño llamado Miguel, como su padre; era de muy buen ver, con un pelo negro muy bonito a sus cuarenta años. Era hacendosa, buena administradora, y vi que con ella podía reemprender una nueva vida. Enseguida tuve la idea de abrir una tintorería en Tineo y así salir de Barcelona, donde todavía reinaba el hambre de verdad. Me casé por lo civil y nadie vino a la ceremonia. Vendí el negocio y abrí esta nueva tintorería en Tineo, siempre con el nombre de El Arco Iris.

»Antonia no quería que otro niño mamara de su pecho y al caer encinta ella misma se provocó el aborto y se desangró por dentro, sin decirme nada. Sólo cuando ya no podía más lo confesó al médico, quien me avisó y salimos de inmediato en coche al hospital de Oviedo, recorriendo ochenta kilómetros. Murió inmediatamente, en la mesa de operaciones, y así dejó huérfano a su querido hijo.

»Pronto llegaron unos tíos de Miguel, muy serios, para llevárselo a Cataluña. Se portaron dignamente y no reclamaron nada. Hice el ridículo ofreciéndome a pagar su educación, pero rechazaron mi gesto con dignidad. Se lo llevaron y allí se acabó todo.

»Mis dos matrimonios habían sido fuentes de infortunio. La viudez es ácida o amarga, nunca dulce. La vida me llevó por mil caminos, pero no soy paja que arda al primer incendio. Soy como el salmón, nadando a contracorriente.

Así conocí un tramo de su vida, la realidad del mundo bajo su barniz, lo absurdo y lo terrible, lo grotesco y lo magnífico. Del pasado surgían tragedias antiguas. Ponía tanta pasión en su relato, que a sus cuarenta y pocos años, parecía diez años más joven, aunque su juventud se perdía en una madurez indescifrable.

XIII

EL SERMÓN DEL CURA

La iglesia había vuelto a llenarse. Las jóvenes, antaño bravas e incrédulas, se agolpaban ahora en torno al confesonario; luego, arrodilladas, expiaban sus pecados rezando en voz baja y santiguándose. Las beatas más asiduas pasaban la vida entre limosnas, avemarías, letanías, vigiliyas y novenas interminables que recitaban de memoria.

Los domingos, después de la misa oficiada en latín, las parejas pudientes se encontraban en el palacio de Merás, donde les servían un aperitivo. Allí se cocinaban los noviazgos entre las mejores familias y se amañaban los matrimonios, espantando a los pretendientes a la menor señal de peligro y evitando que los jóvenes se enamoraran a lo vivo.

Un día, al salir de misa, Don Benito, el cura —al que llamaban *tragajamones*—, me cogió del brazo y acercó su boca a mi oído:

—Me dicen que os han visto en el cine y paseando junto a la Mantequería. Hace dos años que vive aquí y nunca ha puesto los pies en la iglesia. ¿Qué familia quieres fundar con un ateo, un trotamundos, un hombre que ya enviudó dos veces? Es un ateo impío, que vive en las tinieblas.

»Recuerda que el padre es cabeza de la mujer como Cristo es cabeza de la Iglesia. Cristo tiene una dignidad superior a todos los miembros de la Iglesia y a cada uno de ellos. La esposa tiene carácter de auxiliar. El hombre tiene mayor vigor físico y mental. Así el padre es, en la familia, el representante de la paterna autoridad de Dios. Y la madre recibe la autoridad por participar en la de su esposo.

Buscaba motivos racionales para creer en el absurdo, pero no los encontraba sino en su religión. Hace falta una inmensa ignorancia para creer en dioses y temo que siempre he sabido demasiado.

El párroco se había afilado la lengua aquella mañana y vio el momento oportuno para recordarme mis deberes obligaciones como buena esposa:

—Ya lo sabes: cuando estés casada, callarás; cuando tu esposo grite, bajarás la cabeza sin replicar; cuando exija, cederás. Soportar es amar. Amar es soportar. Casarse y

ser madre es tu meta suprema. Cuanto mejor gobernada esté la casa, más feliz será tu familia. Ante todo, recuerda a Dios, soberano de todo lo que toque la luz del día.

No había escándalo que no llegara a sus oídos. Hacía tiempo que me tenía al ojo, vigilante ante mis transgresiones. Ese día llevaba una falda plisada de rayón a la altura de la rodilla, descubriendo las pantorrillas, y la blusa ceñida lucía un escote que robaba la atención. Para espanto de biempensantes, mi boca se coloreaba de rojo con un pintalabios comprado en Oviedo. Pero mi inquisidor era como un felino de andar silencioso. Pronunciaba mucho las erres y daba miedo a los más temerosos de Dios. Su aspecto era flaco y extenuado, de rostro macilento, mirada hundida, pero perspicaz y codiciosa. Llevaba una sotana de hechura antigua, ya perdida la memoria de su antiguo color. Le observé mientras recitaba su monserga, con tanto sentido del humor como un insecto. Sus rasgos se inclinaban hacia la derecha, en una oblicuidad sorprendente; de hecho, todo en su cara era desviado y oblicuo. Sus ojos miopes bizqueaban medio cerrados, brillantes por entre la ranura de los párpados, su boca torcida e incluso su nariz interminable, avanzada de sí mismo como el espolón precede al resto de una nave rasgando el aire, no cesaba de moquear. Su mirada era suave por lo general; pero en ocasiones salía de sus ojos un resplandor punzante que me provocaba inquietud y desconfianza en sus verdaderas intenciones. Entonces levantaba su ceja izquierda, arqueándola como la amenaza de una ballesta. Cuando se sentía descubierto, bajaba los párpados como el tendero sus persianas.

Reaccionando a su desfachatez, mi enojo subió a mi frente como un relámpago.

—¿Cómo se atreve usted a calumniar a Gabriel, como si lo conociera?

Las delgadas aletas de su nariz se estremecieron. Arrugó los párpados y por un segundo hundió su mirada punzante en la mía.

—Lo conozco muy bien; a él y a los de su calaña —contestó, enarcando las cejas.

XIV

DESTIERRO A LA PATAGONIA

En aquel limbo de espera a las decisiones de mis padres, mi repugnancia a pisar la calle era cada día mayor.

Una tarde mi madre me llamó con gesto serio:

—¿Me harás caso si te prohíbo salir con él? —me preguntó.

—No, mamá; ninguno —le respondí.

—Me lo suponía. En ese caso, no veo ninguna utilidad a mi prohibición. —Dio el caso por perdido—. Tu padre quiere hablarte de un asunto que te toca de cerca. Te aguarda en su despacho.

Faustino, el patriarca, me recibió atrincherado en su escritorio y me invitó a tomar asiento frente a él, como si fuera a discutir de negocios con un accionista.

—Me han dicho que sales desde hace tiempo con ese tintorero que ha vuelto de Cuba.

—Sí, padre, ya somos novios.

—¿Cómo te atreves? Aquí siempre has tenido cama y mesa. Nunca te hemos recordado lo que nos debes; aquí has gozado de todas las comodidades apetecibles, no nos pagues ahora con tu ingratitud.

—Mi destino está en sus manos, padre.

Sacó una nota de un cajón, y le echó un vistazo.

—Me he informado con el cura de Bárcena. Ese hombre no era nadie en Lantero, donde se acaba el mundo y el camino no lleva a ninguna parte. Era tan solo un *aplata-terrones* en su caserío. Antes de que se fuera a Cuba, era un tarambana, nadie le consideraba, no valía más de lo que vale una cáscara de cebolla. ¿De dónde viene? ¿De qué familia? ¿Dónde están sus tierras? Nadie lo sabe, porque no las tiene. No tiene posibles ni gran fortuna. No vale más de veinte mil pesetas. Si te empeñas en tu capricho, tendrás que salir de esta casa.

—¿Quieres decir que si sigo saliendo con él, me desterrarás?

—Sí. Eso quiero decir. Si no quieres atender a razones, es inútil seguir hablando.

Desvié la mirada hacia la chimenea y permanecí en silencio. El corazón me latía desaforadamente y mi enfado pareció avivar las chispas.

Entonces se levantó y, andando a grandes zancadas, abrió la puerta del salón e hizo entrar a su esposa y a mis hermanos, que habían sido avisados y esperaban fuera en fila india.

—El tintorero no era nadie antes de traer cuatro perras de Cuba y establecerse en Barcelona. Ahora ambiciona tener un nombre, ser reconocido como una persona digna de respeto. Ese apego caprichoso hay que cortarlo como a una mala hierba.

—Cuba, Barcelona, *pierre qui roule n'amasse pas mousse* —se atrevió a interrumpir Danilo, haciendo gala de su conocimiento del francés.

Bastó una mirada fulgurante de mi padre para hacerle callar. Los demás hermanos, clavados en las sillas, esperaban la fatídica sentencia de nuestro padre para darme mi merecido.

—Ese hombre es un mujeriego que enviudó dos veces. Lo suyo no es amor. Uno no se enamora de una mujer diez años menor que él... Solo es una aventura, o algo peor. Conoce las reglas del juego y sabe cómo interpretarlas. Si las viola, será su muerte civil. Ha abierto los ojos y ve lo que ocurre en las entrañas del concejo. Quiere que le abran todas las puertas. Es como un camaleón. Se interesa por la situación de cada vecino y si alguno tiene dificultades, le presta dinero para engatusarlo. No te casarás con el último *pelagatos* que doble la esquina. Si te desea, como no creo, tendrá que huir contigo. Y si te engaña, como parece, deseará mi muerte para arramplar con parte de nuestro patrimonio.

Lo pintaba como un aventurero sin escrúpulos, un mujeriego para quien las féminas solo eran bolos por tumbar, un cínico ambicioso que buscaba el *braguetazo* que asegurara su fortuna.

Mi hermano Bernardo, el rostro demudado, concentró su mirada en la punta de sus zapatos. Creo que me compadecía, pero no se atrevía a rechistar.

Mamá escuchaba atentamente. Nunca había pedido nada para ella; no existía para sí, sino para los demás. Quizás sin darse cuenta, ejercía su dominio con firmeza para doblegar cualquier atisbo de independencia en sus hijas, sin que me atreviera a poner en tela de juicio su autoridad sagrada y queridísima. La represión inconsciente que practicaba era tanto más paradójica cuanto de joven, al parecer, también a ella la obligaron sus padres a un matrimonio que no quería. Y ahora, como ama de la casa, reproducía el mismo engranaje triturador, convertida en el instrumento de Dios.

Sin embargo, en aquél trance, intentó salir a la palestra.

—Faustino, pero él la quiere...

—Llevándose a tu hija, se llevaría con ella parte de nuestra fortuna. —Atajó su esposo, cortándola de inmediato; y en un tono paternalista añadió—: Déjalo, mujer. Tu hija es como el mercurio, nadie puede sujetarla. Nunca sentará cabeza. ¿A qué perder tiempo en aconsejarla, si está decidida a arrojarse al río? Ha tomado por guía al Amor, que es ciego y se mueve como una veleta sobre un campanario.

Luego, dirigiéndose de nuevo a mí, prosiguió:

—¿Quieres casarte con un Donnadie, un tendero de mala muerte que te hará desgraciada toda tu vida?

—Sí, porque me quiere, papá. No querría ser la esposa de un rico avaricioso, un pez gordo. No quiero desposarme con alguien, por rico que fuere, si me considerase una más de sus propiedades. Soy una mujer libre. No quiero llegar a vieja, sola en esta casa, pensando que mi vida ha pasado en balde.

Me zumbaban los oídos. Los latidos de mi corazón se confundían con los del péndulo que se balanceaba prisionero del reloj de pared. Cada una de las palabras de mi progenitor era como en cámara lenta. Frunciendo el ceño, me sentenció.

—Pues tienes que dejarlo y no verle más; no es un hombre para ti. Te ha deslumbrado con su labia, prometiéndote el oro y el moro, pero no tiene un duro. Sólo persigue medrar abusando de tu credulidad. Cuando un hombre tiene a una mujer, tiene también su fortuna. Y aquí no hay más ricos que los que heredan o los que vuelven de América cargados de millones. Te casaremos con un propietario de tierras, un titulado con buena dote o, llegado el caso, con algún indiano que se deje engañar por un apellido

de relumbrón. Aprenderás como tu madre que, aunque no haya pasión, perduran el cariño y la costumbre.

No pude por menos que exclamar:

—Entonces, ¿esa será siempre mi vida? ¿Siempre, siempre? ¿Acaso una mujer no vale lo que sus fantasías?

—¡Rompe esa relación dañina, esa cadena que te sujeta como si fueras una pluma sin voluntad! Es lo mejor para ti y para los intereses de nuestra familia.

Sus palabras eran como espinas que se clavaban en mi paladar. Pasé la lengua por mis labios resecos, tragué saliva, tomé aire y me atreví a contradecirle:

—Gabriel no es ningún millonario, pero tampoco un pobre. Tiene dinero ahorrado y la única tintorería de Tineo —dije—. Sé que me quiere.

—Y yo sé que no te quiere. Por ti misma no vales nada. Y él sabe de negocios lo que yo de herrar moscas. Además, aquí soy yo el cabeza de familia. Soy el padre y asumo mi deber. Tú eres la hija, asume el tuyo.

Esto lo dijo en tono casi amenazador, y añadió sin pestañear:

—Mi hermano Alonso, tu tío y padrino, se me ha ofrecido para guardarte un año en su finca, allá en la Patagonia. Te hospedarás en su casa. No te faltará de nada, porque su hacienda es boyante. Allí encontrarás sosiego si no ahondas con él en un pasado que nunca vuelve.

Sentí que la sangre se helaba en mis venas y se paraba mi corazón. El destierro que me reservaba lo presentaba como una senda hacia mi felicidad. Decía que lo hacía por mi bien. Mas queriendo rebajar a Gabriel, me destrozó a mí.

Mis labios temblaban; me concentré, tratando de dar sentido a mis palabras:

—¿Y mi trabajo? ¿Lo perderé para siempre?

—Si te casaras, lo perderías igualmente. Telefónica solo admite solteras o viudas. Cambiar de aires te curará; cuando te repongas, volverás y te casarás con un hombre a la altura de nuestra estirpe. Prefiero que seas desgraciada unos meses que con ese hombre

toda la vida. Cuando llegue el momento, nosotros te arreglaremos noviazgo y casamiento como te mereces. Eres guapa y sabes tocar el piano.

Me di cuenta que perdía el tiempo hablando a oídos sordos. En aquella casa no pensaban en las personas, sólo en las cosas. Todos querían trazar el modelo de mujer que tenía que imitar. Mi sueño se desvaneció, como si abrazara a las sombras. Sus palabras me golpearon como un hacha que cae, cortando los hilos de mi ilusión. Me sentí como un mosquito que choca contra el vidrio de una lámpara encendida.

Tenía los pómulos como brasas y salí a la calle. Me pareció que los muros de la ciudad se habían derrumbado de golpe a mi alrededor. Los días siguientes tuve fiebre, guardé cama, creí que iba a volverme loca. Me sentía como una cáscara hermosa, pero vacía.

Ni siquiera conocía a mi tío Alonso, salvo unas fotografías de un álbum familiar. Un hombre joven, con el pelo rubio tirando a pelirrojo. Cada mes de abril, por mi cumpleaños, recibía puntualmente de Argentina un regalo suyo. Primero fueron muñecas y juguetes, luego broches, pendientes y cadenas de plata y oro que guardaba celosamente en mi habitación junto a sus tarjetas, henchidas de palabras cariñosas y redactadas con cuidada caligrafía.

Por encargo de mi padre, Danilo gestionó mi embarque a Buenos Aires.

La víspera de mi partida, Gabriel se despidió.

—Nunca te olvidaré. Piensa en mí. Mi corazón dice que no te vayas, pero entiendo que lo hagas. Contaré las horas, los días y los meses durante tu ausencia. Sabes que te esperaré cien años, aunque uno solo sea una eternidad.

—Ten paciencia —le dije, a modo de consuelo—. Te prometo que volveré a tus brazos. —Pero mi emoción fue más fuerte y estallé en sollozos.

Él se acercó a besarme y me susurró con ternura:

—Déjame beber de tu mejilla esa lágrima caída de tus ojos; nada está perdido.

Luego sacó de su gabán un minúsculo estuche.

—Toma este anillo de plata y guárdalo hasta nuestra boda, será tu talismán. Lo compré en Oviedo pero no me atreví a dártelo en presencia de tus hermanos.

Pesaba sobre nosotros la amenaza de no volvernos a vernos jamás, de no sentir de nuevo la mordedura de nuestra pasión. Los planes sobre cómo y cuándo podríamos reunirnos de nuevo tuvieron que ser necesariamente vagos. Quiso aliviar mi pena y mis temores, tratando con humor de restar importancia a mi partida.

—El amor es mal marinero y languidece durante una travesía tan larga. Ya verás que cuando más te adentres en el océano, lo leve que te resultará el dolor que antes de embarcar te parece insufrible —dijo, riéndose de mí—. Pero sabes que en mis noches soñaré que estás a mi lado.

Con el desenfreno de su frivolidad y de su verbo fácil, yo temía que ocultara su verdadero pensamiento. Pero acto seguido me preguntó por la sortija que llevaba en el anular, una fruslería que mi madre me había regalado. Me desprendí de ella, se la entregué y la guardó en la palma de la mano.

—Será la prenda que me recuerde tu amor, Mabel del alma. No te olvidaré. Escríbeme.

—Volveré para San Roque —le respondí con un nudo en la garganta.

—Te esperaré con impaciencia.

Le gustaba bromear, aunque fuese en las peores circunstancias.

—Cuando se está enamorado y ha de partir —me dijo—, se siente uno indeciblemente desgraciado. Pero te asombrará ver los milagros que el mar puede hacer.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté, intrigada.

—Pues que el amor es inconstante como la veleta que gira en la torre del Ayuntamiento. Y las olas de una larga travesía marean al enamorado y a su brújula.

Antes de entrar en la plaza, me apretó el talle furtivamente. Después de que me besara por última vez, se volvió con un gesto de amargura y una sonrisa forzada, como si todo el cuerpo le doliera. Al quedarme sola, me eché a llorar. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas y las sorbía, como si ya fueran gotas saladas del mar.

En la mañana de mi partida, cuando salí de casa con mi hermano y atravesé la plaza para subir al automóvil, crucé la mirada con la de Gabriel, que me observaba en silencio desde la puerta del café de Abelardo en la parada de los ALSA de la que salían los coches de

línea hacia la capital. Levantando levemente el paraguas, creí percibir una sonrisa y un gesto cariñoso de despedida esbozado con su mano derecha.

Arrancó el coche y las ruedas rechinaron en el pavimento desigual.

AZUL

Mares

XV

LA TRAVESÍA

Danilo me condujo a Gijón en su Panhard Dyna. Llovía a mares y las escobillas del parabrisas trabajaban a pleno rendimiento como un diapasón acelerado. Dos semanas antes me había comprado un billete de segunda clase en el vapor *Cap Polonio*, procedente de Hamburgo. El billete y los trámites tuvieron un altísimo precio, unas ocho mil pesetas.

El vapor pertenecía a la compañía Hamburg Sudamerikanische, que llamaban *La Hamburguesa*. En el dorso del billete, escrito en español y en alemán, un lema publicitario exaltaba las virtudes de la compañía: «Se promete un esmerado trato y todas las comodidades a los pasajeros».

Tres barcos distintos esperaban en las dársenas del Musel, a punto de zarpar. Cada uno tenía una historia distinta, siempre renovada con otra carga de asturianos, arrastrados a América en sus redes repletas de sueños y promesas de fortuna.

En la garita de policía presenté mi pasaporte, el billete de viaje y la autorización de mis padres firmada ante notario. Una vez facturado el baúl, guardé conmigo un maletín repleto de ropa, camisas de percal fino, un pantalón de lana escocesa, un par de zapatos y otras pertenencias.

Los últimos en embarcar fueron los pasajeros de tercera clase, que unos tripulantes uniformados condujeron en filas hasta esconderlos en las bodegas y asignarles la litera correspondiente. Sus ropas gastadas delataban su condición menesterosa, posiblemente agricultores de aldeas, prófugos del servicio militar o desheredados de las tierras a la muerte de sus padres, en beneficio del primogénito. Caminaban con la frente bien alta,

pletóricos de juventud, energías y esperanzas, hipnotizados por su lógica quimérica. Ateridos de frío, hambrientos y sedientos, llegaban vencidos de los cuatro confines de Asturias.

Uno de ellos se arrancó a cantar:

*Adiós, la villa de Llanes,
de lejos te estoy mirando,
aunque la cara va alegre
el corazón va llorando.*

El barco gimió y el movimiento hizo crujir las juntas de madera y los pernos de acero que las sujetaban. Empezó a zumbar y resoplar. Las hélices batieron las aguas, convirtiéndolas en nata montada. El barullo de la gente arreció y se apagó de repente con el aviso atronador de la sirena. Cuando el buque se apartó del muelle, los pasajeros se alinearon al borde de la cubierta, frente a la masa de gentes que les despedía deseándoles buen viaje y agitando sus pañuelos. Estábamos en camino y a medida que nos alejábamos en mar abierto, la muchedumbre empequeñecía como luego lo harían el puerto y la ciudad.

Mi camarote era cómodo y previo pago de un complemento extra tuve acceso a alguna de las estancias y servicios reservados a los viajeros de primera. Llamaba la atención la claraboya multicolor que agujereaba el techo del comedor y proyectaba la luz sobre el impecable uniforme blanco de los camareros alemanes, tiñendo sus trajes de pigmentos tornasolados como en un caleidoscopio.

El hombre a quien acababa de abandonar rondaba en mi memoria, donde aún persistía el polen de sus besos. Huía del fuego por no abrasarme y ahora era hija de la mar más fría, navegando a una tierra lejana.

Agua, y no Tierra: así debería llamarse nuestro planeta.

Un oficial se ofreció a enseñarme la sala de máquinas y accedí a su invitación. Bajamos al vientre del navío; tras una puerta que rezaba «Prohibido el paso» y su equivalente en alemán, se abría un abismo sin fondo. Apoyada en la barandilla de unas escaleras metálicas, avisté una decena de fogneros, torso desnudo, sudoroso y ennegrecido como el herrero de la forja de Vulcano; uno tras otro, con asombrosa destreza, arrojaban paladas de carbón para alimentar la enorme boca roja de la hornalla. Unas enormes bielas, relucientes de grasa, subían y bajaban incesantemente para mover los motores.

Pronto el cabeceo del buque, el balanceo y el olor penetrante del aceite y de las ascuas de carbón me dieron náuseas y tuvimos que subir apresuradamente al puente. De escalera en escalera, atravesamos los entrepuentes, donde los pasajeros de segunda y tercera se hacinaban en las tripas más profundas del transatlántico, entre ronquidos, canciones, vómitos y lágrimas.

El barco, como el arca de Noé, era una ciudad flotante, un mundo en miniatura. Los pasajeros vivían separados como en tierra; unos ricos, otros pobres. En cubierta lucían los alegres trajes blancos femeninos y los azules de los hombres; en las bodegas las gorras y los trajes de pana en amontonamiento humano. Por todas partes resonaban los idiomas europeos.

Abajo, en el casino, un matrimonio se enzarzó en una riña porque el marido no había hecho caso a su esposa en un envite de la ruleta; pasado el vendaval de recriminaciones, ganaron en el bingo una cadena de plata.

Mañana y tarde salía al puente. Apoyada en la barandilla, observaba la agitación de las olas y oteaba el horizonte. Allá en la lejanía la tenue frontera azul entre el agua y el cielo no era horizontal, como creía. Era una línea curvada como el filo de una guadaña. Tras la estela del buque, dejaba el tiempo que nos devora y un pasado tragado por el mar. Dos mástiles alegraban la cubierta. En el de proa ondeaba el pabellón alemán y en el de popa la bandera de la compañía marítima. Los pasajeros más audaces, en parejas casi siempre, se alargaban en las tumbonas, tendidos como lagartos al sol inexistente.

Durante tres días, bajo un cielo extrañamente nacarado, el navío cabalgó por mar gruesa mientras el viento bramaba y levantaba las olas, que lamían sus propias heridas.

Una muchacha gallega de Vilagarcía de Arousa que conocí a bordo trabajaba de prostituta en un burdel de Buenos Aires. Al verme sola me contó los peligros que acechaban a las mujeres desde el mismo momento en que pisaban el barco.

Había ganchos que actuaban en comandita con las compañías navieras para sacar tajada, se ofrecían para conseguirles documentación legal o falsificada y cobraban comisiones por los billetes. Otros tratantes de blancas las captaban a bordo, si detectaban que viajaban solas.

El barco mismo resultaba ser una escuela de corrupción. No es extraño, pues, que la moral y virtud de algunas pasajeras de tercera clase sufrieran notable quebranto durante la travesía.

Así descubrí la realidad oculta de las mujeres que con falsas promesas laborales para viajar a Argentina, fueron captadas por gavilanes sin corazón ni conciencia, o las que, una vez allí recién arribadas, caían en las garras de quienes se aprovechaban de sus necesidades económicas para clavar en las castas palomas sus despiadadas uñas y despedazarlas con el pico de su sensualidad insaciable.

Allí las llamarían *morochas*, *milongueras* y *percantas*. Y Carlos Gardel les dedicaría el tango *Galleguita*:

*Galleguita, la divina
la que a la playa argentina
llegó una tarde de abril,
sin más prendas ni tesoros
que tus negros ojos moros
y tu cuerpito gentil;
siendo buena eras honrada,
pero no te valió nada
que otras cayeron igual;
eras linda galleguita
y tras la primera cita
fuiste a parar al Pigall.*

*Sola y en tierras extrañas,
tu caída fue tan breve
que, como bola de nieve,
tu virtud se disipó...*

*Tu obsesión era la idea
de juntar mucha platita
para tu pobre viejita
que allá en la aldea quedó.*

Algunas eran inocentes prostitutas, casi niñas y con delicado aspecto de muñecas, víctimas de las circunstancias.

Pasado el ecuador, una tormenta sacudió al *Cap Polonio*. Rugía el viento furioso sobre las olas, cabalgando indómito sobre sus crestas. Crujían las cuadernas del buque, por lo que se nos ordenó permanecer en nuestros camarotes toda la tarde. Desde el ojo de buey de mi cabina vi pasar los días, siempre parecidos bajo un cielo y mar cambiantes.

Tras la distracción que nos habían brindado unas breves escalas en Vigo y Tenerife, para repostar y abastecerse en un trasiego de lanchones, nos adentramos en mar abierto hacia el Trópico de Capricornio. Las gaviotas, que en las inmediaciones de las costas pescaban pececillos y bebían el aliento salado del mar, habían desaparecido. Transcurrían los días sin ver otra cosa que agua y cielo.

El viento, que ensanchaba los pulmones, y la soledad del navío en la inmensidad del océano, me hicieron por momentos olvidar las preocupaciones que me agobiaban en tierra firme.

Lejos de Tineo, a bordo del buque, me sentía como un bote que ha perdido el ancla, como un galeón abandonado al flujo de los vientos. La melancolía se derramaba sobre el mar. La oscuridad de las profundidades marinas acentuaba mi angustia, pero más aún mi soledad.

No sé por qué, vino a mis labios un estribillo de un pasodoble que cantaba entonces Estrellita Castro en la película *Suspiros de España*:

*¡Ay de mí!, pena mortal
¿Por qué me alejo España de ti?
¿Por qué te arrancan de mi rosal?*

El transatlántico continuó su singladura, como un río humano flotando sobre el océano. Siguieron escalas en Pernambuco, Bahía, Río y Montevideo. A la altura de Porto Alegre nació a bordo una niña, a la que bautizaron como Argentina. Habían pasado doce noches y trece días, pero las hélices seguían su órbita imperturbables, como las ruedas de la vida que da vueltas sin cesar.

Asomada a la cubierta, miré de nuevo al cielo estrellado, luego al surco del barco en la popa, como arando el mar. La luna llena estaba hecha de sangre y oro y se delataba en el

mar. Sentí que mi vida oscilaba entre el fin de una etapa y el comienzo de otra. Entonces se levantó el viento y las sombras invadieron el lento navío que me transportaba al porvenir. Los pasajeros respiraban el olor del salitre y gustaban su sabor que el viento esparcía por la borda. Los nuevos aromas, dulzones y ahumados ensanchaban las narinas.

—Nos dará el alba en el puerto —vaticinó un marinero.

Al despertar en mi camarote, finalizando la travesía, un sol incierto se elevaba en la desembocadura del Río Grande, iluminando a los barcos que entraban y salían del puerto de Buenos Aires en un trasiego interminable de blancos paquebotes y de negros cargueros. Decenas de gaviotas asediaban el buque surcando el puro azul del cielo como los peces culebrean en el agua. Nada existía, todo se confundía. ¿Dónde estaba la tierra, dónde el mar?

Las olas que azotaban el buque habían cambiado de color; ahora eran rojizas por el barro que arrastraban en suspensión. Achicando los ojos, buscamos el horizonte para encontrarlo. Ya se veía el perfil de una costa por estribor y me dijeron que no estábamos en mar abierto, sino en el famoso río de la Plata. Vestí un pantalón de franela y cuadrícula escocesa, un suéter y una gorra francesa de terciopelo azul para proteger la cabeza de los vientos pamperos.

El cielo se había llenado de gaviotas y algún cormorán de pelaje negro y pico amarillo.

El barco viró en semicírculo, como una ballena metálica, avisando de su llegada con el bufido de la sirena exhalando vapor. El nerviosismo se apoderó de los pasajeros, velando por sus maletas, consultando los relojes con el ansia de la llegada y oteando el muelle en busca de familiares o conocidos.

—¡Buenos Aires! —gritaban a proa.

Y la cubierta se llenaba de gente. Querían ser los primeros en descubrir la ciudad de los sueños. El ancho río hervía de barcos, veleros, vapores, remolcadores y algún transatlántico.

Cerca de la costa, no reconocía olores ni colores. A medida que el navío se acercaba a tierra, la ciudad, cada vez más nítida y resplandeciente en una transparencia mágica, se erizaba con altos edificios; barrios ricos, barrios pobres que presentía hostiles, sucios, malévolos, donde la flor pierde sus pétalos, que imaginaba estrujada por el tango y agitada

por el viento lastimero del bandoneón. A un lado del puerto, una lepra herrumbrosa cubría varios barcos abandonados, algunos semihundidos en aguas negras, otros listos para chatarra. Detrás del puerto, una alfombra ondulante e inabarcable de casas bajas se recostaba a la sombra de los rascacielos que se esfumaban en el horizonte.

—¡Qué grande! —se exclamaban los pueblerinos, que sólo habían visto su aldea y, a todo lo más, Oviedo y Gijón.

Las máquinas redujeron el ritmo, el buque llegaba a su destino tras dieciséis días de navegación. Entonces subió a bordo un práctico del puerto para guiar el atraque.

El contraмаestre ordenó echar las amarras, las anclas, los cables y las cadenas, colocar los cabezales de madera que sujetaron el barco, mientras los obreros en tierra arrastraban las maromas y amarraban los cordajes en los grandes pilones de hierro doblados en su extremo superior como los gorros de los siete enanitos.

XVI

BUENOS AIRES

Bajé la improvisada pasarela y me abrí paso entre el griterío de la muchedumbre. Buenos Aires era entonces un tragadero de hombres, un caldero hirviendo de todas las razas, sedientas de maravillas y de fortunas amasadas vertiginosamente. ¡Cuántos sueños en esas frentes, que veían en La Argentina el único refugio de la Tierra!

Los muelles rebosaban de gente, como un hormiguero humano. A juzgar por la multitud de idiomas y de acentos que se distinguían en medio del bullicio, la mayoría de los viajeros que desembarcaban en racimos eran inmigrantes europeos, marcados por la errancia y la escasez. Era la flor de Europa, joven y henchida de esperanzas, la que llegaba desangrando sus naciones para regar la tierra argentina. Pero la mayoría quedarían exhaustos en el sendero, sin alcanzar la cumbre de la fortuna.

Los adoquines rezumaban de porteadores con sus carretillas, comerciantes, carteristas, familiares y curiosos, juntos y revueltos en un movimiento incesante de españoles, italianos, alemanes, galeses y argentinos de impura cepa. En un periquete, el desembarco vaciaba los buques en medio de multitudes abigarradas y voces ensordecedoras como remedio para disipar los miedos, la fatiga y el vértigo del mar abierto durante la travesía. Una nube de carromatos tirados por mulas y decenas de vagones descubiertos procesionaban como hormigas sobre los raíles del muelle, transportando la carga de los desembarques. A la vista se ofrecían elevadores de trigo, dársenas y cargaderos donde llegaban diariamente vapores de todos los puertos del mundo en busca de carne y cereales.

Aliviada por el viento salado, seguí la fila de paso por la aduana, rellené los papeles de registro, enseñé el pasaporte y el aval de mi padre. Luego traspasé la baraúnda que se agitaba en una promiscuidad banal y agresiva.

Un taxi me condujo al hotel Continental, en el barrio Balvanera y cercano a la catedral. Tenía ocho pisos y su fachada imponía con sus altas columnatas de piedra. Al entrar temí resbalar sobre el suelo abrigado de marquetería. En un apartado del salón dormía un Steinway y unos hombres jugaban al billar en mangas de camisa, sujetas por gomas negras.

Tras un baño reparador, me eché a la calle trémula de rumores, campanas, silbatos, fiacres, tranvías y automóviles circulando a cien por hora como fieras sueltas. Un hervidero de gente recorría las calles yendo y viniendo en un termitero humano. Dejaba la acera a todos por miedo a que me atropellaran sus prisas para arrostrar un peligro mayor, el de caer pisoteada a los pies de los caballos o cortada en dos por una rueda, más cruel que aquel enjambre de transeúntes.

Era una ciudad excesiva en todo: ruidosa, caótica y abarrotada de gente. Oviedo con diez lentes de aumento. El centro antiguo podría ser el hermano mayor de cualquier capital española, con sus anchas avenidas, sus parques, sus monumentos y sus estatuas.

También allí la ciudad era todo bullicio y ajeteo, un revoltijo de blancos, negros, cobrizos, mezclados como verduras en la sopa.

Me perdí por Almagro y Belgrano, y una larga caminata me llevó al barrio de San Telmo, la zona portuaria más inquieta y revoltosa, pícara y juguetona. Una legión de limpiabotas napolitanos repartía su destreza por las aceras. La Avenida de Mayo alineaba sus farolas medianeras, repleta de coches de caballos que se esparcían por los bulevares y las anchas calles trazadas a cordel como un tablero de ajedrez.

Un peatón increpaba a un taxista, a la vez que agitaba los brazos como las aspas de un molino:

—¿No ves que estoy cruzando por la senda, pedazo de forro?

A juzgar por la abundancia de compatriotas, no en vano se decía que Buenos Aires era la quinta provincia española, donde se concentraba la mayoría del millón y medio de compatriotas que habían llegado a La Argentina desde las costas españolas. Al anochecer, la ciudad derivaba como una ola humana hacia los tugurios del puerto. Por todas partes me cruzaba con caras y acentos de argentinos y extranjeros, rostros de italianos, checos, irlandeses y galeses, alemanes, húngaros y polacos. En el desmesurado espacio capitalino y mestizo todos los cielos, todos los infiernos, parecían posibles.

En los balcones el viento de la bahía sacudía la ropa que las mujeres habían puesto a secar. Al llegar a una plazoleta, me paré a fisgonear un bailongo. La orquesta, parca en músicos, tocaba piezas bailables por parejas. Si era un tango, los hombres se convertían en simples comparsas para el triunfo de las mujeres de largas faldas floridas y gestos altivos, aunque esa mañana hubieran cuidado críos o fregado escaleras.

Unos jóvenes futboleros iban de caravana. Quise pasar por una callejuela y uno de ellos, vestido de una camiseta azul y oro, con una franja diagonal, me avisó amablemente:

—¡No vayas por ahí, que la calle topa!

Era sábado por la noche y Gardel había fallecido en 1935, siete años antes de mi llegada a Buenos Aires. En La Boca, decenas de casitas se inclinaban al paso de las estrechas callejas. Sus fachadas se adornaban de colores chillones con la pintura sobrante de los marineros. Por todas partes se oía la música de tango, los bandoneones y los violines templados. Las letras de estas piezas oscilaban entre la pasión y la amargura.

*Ya seas bueno o malo,
ladrón o robado,
luches o no,
acabarás muriéndote,
pudriéndote
o convertido en humo y cenizas.*

Por las puertas abiertas de los salones veía bailar las parejas con mujeres pintarrajeadas, algunas fumando y otras con el pelo a lo *garçon*. Algunas *percantas*, como allí se las llamaba, acodadas en el mostrador, engullían tragos de ginebra u otros licores. Dos de ellas tenían marchito y ajado el rostro, camuflado con una máscara de pintura, dos trazos negros sobre las cejas, polvos en las mejillas, una raya bermellón sobre los labios y en los pómulos un exceso de colorete que les daba la apariencia de estar ardiendo de fiebre. Entré en la taberna y pedí un cuenco de mate que no supe preparar. En una esquina, un negro cumbiero tocaba un organillo recargado de espejuelos, de níqueles y de pinturas. Cuatro timberos empedernidos jugaban al mazo con baraja española.

Enseguida se me acercó un hombre grueso, de rostro porcino, pelo ensortijado y ojillos de gorrino, con el bigote goteando cerveza.

—¿Estás sola, *pibe*? Arriba tengo mi habitación, si *querés* divertirme. Aquí tengo mi *picho pa' tu pachula*; seguro que se *arregustan*.

—Yo no estoy muy ardiente de cuerpo —reliqué—. Busque a otra, que me voy.

—Se te *embroca* desde lejos, *pelandruna abacanada*. No eres más que una *pendejita acabadora* que gatea por las calles.

Me levanté bruscamente y salí a la calle, asqueada, buscando una bocanada de aire fresco. Me alejé camino abajo, huyendo del zumbido de los moscones y de los truhanes llenos de palabrería y avarientos de porfías. En el puerto que nunca duerme, las grúas, erizadas como monstruosos crustáceos marinos, giraban con su carga a la luz de los focos blancos y los faroles amarillentos.

Como a dos cuabras entré en una cafetería, me senté en una silla metálica, apoyé los codos en la mesita de mármol y con un revoleo de la mano llamé al mozo. Al poco llegó con su delantal blanco y me sirvió una tacita para enanitos que degusté sorbo a sorbo.

En el camino de vuelta miré al cielo y la luna iba rodando por Palermo.

Regresé al hotel cansada y sudorosa, como si el cuerpo se hubiese impregnado del olor de otros cuerpos, como si una trenza me tuviera maniatada a la ciudad y a sus gentes, en un solo corazón que siguiera latiendo.

Al día siguiente me desperocé y me estiré en la cama. Desayuné un café con croissant y mermelada. Al salir se me cruzó un micifuz; era tan negro que me pregunté si era de buena o mala suerte. Enfrente esperaba un taxi para conducirme a la estación ferroviaria Plaza Constitución, muy hermosa y peligrosa por los carteristas que la infestaban, a decir del taxista. De allí partían los trenes del Ferrocarril del Sur de Buenos Aires, propiedad de una compañía inglesa.

XVII

EL VIEJO EXPRESO PATAGÓNICO

Salimos de la capital por un gran viaducto que atravesaba los suburbios, rodando el tren sobre el nivel de los tejados, tras unos minutos de espera para franquear el puente levadizo sobre el Riachuelo. Era mediodía cuando la locomotora se lanzó a tumba abierta entre las chispas y el humo que vomitaban sus calderas. Una hora después, experimenté la sensación embriagadora de una potencia que me arrastraba también a una velocidad misteriosa y violenta, sincopada por el ritmo metálico de las ruedas que golpeaban las juntas de los raíles. Los ejes se balanceaban, mecían mi conciencia adormecida, fuera del espacio y del tiempo, suspendida en un vacío de voluptuosidad.

Al Viejo Expreso Patagónico lo llamaban *El Rápido*, pero se paraba en todas las estaciones.

Siete días tardó el ferrocarril del Sur en recorrer la distancia entre la capital y Bahía Blanca. Tuve el acierto de reservar un compartimento junto al vagón-restaurante, servido por camareros uniformados y amueblado con mesas cubiertas de manteles blancos.

En los vagones comunes el olor humano y el aroma de las bocanadas humeantes de las pipas hacían que el ambiente fuera irrespirable.

En el restaurante trabé conversación con dos viajantes; uno mayor, con una poblada barba canosa; el otro un joven imberbe, calzado con unas botas altas sin encerar. El primero pasó el viaje leyendo un libro; el segundo, adormilado y recostado, se despertaba de vez en cuando para tocar una pieza con su armónica Hohner. Uno era asentador de frutas, el otro vendedor de pianos. A cada dos por tres, el anciano sacaba de su bolsillo un reloj plateado y verificaba la hora, como si le fuera en ello la poca vida que le restaba.

La locomotora gimoteaba y respiraba a borbotones. En algunas estaciones los viajeros se apeaban para comprar alguna rebanada de pan fresco con mantequilla y a llenar una botella de agua o de sifón, comiendo luego por el andén hasta que el conductor accionaba el pito de la locomotora. En algunas estaciones se apiñaban los humildes para subir al tren, acarreando sus hatillos. Los paupérrimos, al ir más ligeros de equipaje, con facilidad pasan de una ciudad a otra.

Dormí en el coche-cama, tambaleándome con el balanceo del vagón, aturdida por el paso de los viajeros por el pasillo, envueltos en la oscuridad, despertada por el ruido de los trenes con los que nos cruzábamos y el estruendo de los vagones sobre los puentes. El compartimento era estrecho; estaba equipado de un baño diminuto y un lavabo con un grifo de agua fría que se accionaba con el pie. Cerca de los poblados, las luces atravesaban las rendijas de las cortinas corridas de la ventana. A través de la bruma de mi cerebro, como si fuera una ensoñación, oía el traqueteo de las ruedas, el golpeteo de las puertas y el chirrido de los frenos, cuando no el silbato de los jefes de estación y las voces de los viajeros en los andenes. Soñolienta y fatigada, me dejé recorrer por los minutos, las horas y los kilómetros.

El campo desfilaba por la ventanilla a una velocidad vertiginosa. Continuaba por tierra mi viaje marino, surcando un océano por las monótonas llanuras de La Pampa. Los postes telegráficos pasaban ante mis ojos como una secuencia de fotogramas. De vez en cuando, una pradera verde, los meandros de una ría, algún rebaño vacuno desperdigado, rompían la insípida monotonía del paisaje argentino.

Las paradas se sucedían como si no fueran a tener fin. Así desfilaron Las Flores, Azul, Olavarría y Saavedra. Por fin, el convoy rindió sus últimos estertores de vapor, silbó la locomotora y el tren se detuvo en la estación de Bahía Blanca, donde tendría que esperar correspondencia con la terminal del recorrido.

XVIII

BAHÍA BLANCA

Estábamos a mediados de marzo: compartiendo su poder celeste con el sol, una luna desvaída, casi llena, iluminaba aún el cielo azul de una mañana despejada y gélida.

Junto a un cortejo incesante de caballos y calesas, pasaban modernos tranvías eléctricos sobre raíles, pintados de negro y con sus pértigas como antenas succionando la energía de un cable aéreo. Todavía di un paseo por los jardines próximos a la estación, a la espera del enlace con destino a Neuquén.

Por fin llegó el tren. Su locomotora estaba armada en su parte delantera con una pala metálica como un peine de acero para apartar los obstáculos que pudiera encontrar en los ochocientos kilómetros del trayecto.

El tren arrancó con dos toques de silbato y un sacudón, traqueteando.

La estación de Viedma, ciudad famosa por ser la puerta de la Patagonia, me pareció diminuta, pintada de blanco y una gama de azules patrióticos. Una veintena de trabajadores se hacinaban en gastados vagones de madera, varados en una trocha paralela. Según explicó un viajero, era un grupo de operarios contratados por la compañía inglesa para tender las nuevas vías férreas, alemanes, rusos, polacos e indios principalmente.

Paramos en un sinfín de apeaderos, atravesando las provincias de Entreríos, Córdoba y San Luis, pueblos sin pasado y sin futuro. Poco antes de nuestro paso por Chelford atravesamos el Río Colorado. Y a partir de Darwin, el tren se acercaba y se alejaba del Río Negro, bordeando las aguas que bajaban tumultuosas de las cumbres andinas. A ratos, un camión manchaba el horizonte con una nube de polvo. A medida que avanzábamos, las aldeas se hacían cada vez más escasas y dispersas, perdidas entre grandes extensiones desiertas e ignoradas por el raudo avance de la locomotora.

Pronto el convoy penetró en terreno indio, por los apeaderos de Choele Cheó, Chimay, Chelforó y Chinchinales, cuyos exóticos nombres apuntaba en mi cuaderno de viaje.

—Ya queda poco para Neuquén —me avisó el revisor—. Ahí está el Río Negro.

Me asomé a la ventanilla y, mirando abajo contemplé el inmenso río, imaginando una corriente de aguas negras como la tinta china. Pero eran más bien verde oscuro y en sus orillas se inclinaba una hilera de sauces llorones. Nos había acompañado durante cientos de kilómetros desde Viedma, paralelo a la vía y en sentido contrario a la locomotora, con grandes meandros e islas fluviales.

En el tramo final de nuestro recorrido, el convoy fue parando en las estaciones de Villa Regina, General Roca y Cipolletti. Me dirigía hacia un rincón perdido al final del mundo.

—Es mi castigo, será mi jaula —pensé.

Se me antojaba una mazmorra abierta a la nada que me esperaba, un esquife varado en el desierto, una tumba donde enterrar mis ilusiones. Temía haber saltado de una barca podrida a otra que hacía agua.

MARRÓN

Tierras

XIX

ACOGIDA EN NEUQUÉN

Cuando, al fin, el tren se detuvo en la solitaria estación de Neuquén, mi destino, enseguida distinguí la silueta de mi tío Alonso, que se avanzó impaciente en el andén. Me había reconocido por una fotografía descolorida y robada al tiempo, que le había enviado mi madre. Me tendió su mano áspera y grande; luego me abrazó y se detuvo un instante mientras me miraba embelesado.

Para recibirme se había vestido con elegancia: sombrero de fieltro de ala ancha, traje y botas de buen sastre y zapatero, gemelos plateados apretando los puños de la camisa, a juego con el alfiler de la corbata y un pañuelo blanco en el bolso superior de la chaqueta, a altura del corazón. Todo en su aspecto denotaba salud y energía. Su espesa cabellera, suave como la seda, y sus dúctiles movimientos así lo demostraban. Aparentaba unos cincuenta años, a juzgar por las finas arrugas que surcaban su frente y las canas que asomaban de entre las sienes.

El barullo era indescriptible: los alrededores de la estación hervían de viajeros y de trabajadores atareados en la carga y descarga de mercancías que llegaban en convoyes de cinco o seis pesadas galeras repletas de sacos de lana y tiradas por ocho caballos cada una. Otros descargaban carros de patatas, frutas y verduras, y las transportaban a unas naves cercanas para su acondicionamiento con destino a los mercados de Buenos Aires.

En el exiguo despacho de la estación, el telegrafista pulsaba las teclas de su aparato con monótono movimiento. Se oyó un estallido de vapor y el silbido de la locomotora que continuaba su trayecto hacia Zapala, en las estribaciones de los Andes; observé cómo serpenteaba el tren y se alejaba hasta convertirse en un punto apenas visible.

En la puerta nos esperaba una berlina. Alonso ordenó a un porteador que cargara mi baúl en su carretilla y lo subiera en el carruaje uncido a los dos caballos del atelaje que aguardaban pacientemente.

Mi tío azuzó levemente a los corceles, el carruaje chirrió y se puso en marcha. Los adoquines se estremecían a nuestro paso.

Cuando abandonamos los arrabales de Neuquén, la calesa atravesó dos hileras de cerezos entreveradas de flores que conformaban un mar de blancura.

Íbamos sentados en el pescante, yo muerta de miedo; me agarraba a su codo para no caer y brincaba como una cafetera en ebullición sobre un hornillo. La velocidad de la marcha inflaba mi camisa en la espalda como un globo. A un lado y otro desfilaban los árboles, alternando con los postes telegráficos en la fila derecha, semejantes a lapiceros clavados en la tierra.

Tras los últimos aledaños de la ciudad daba comienzo el campo. Ante nosotros se desplegaba una llanura vasta, limitada por un mar de colinas que se extendía hasta el mismo horizonte, donde asomaban los pies de la cordillera. Al principio del recorrido, en una recta sin fin, el cielo se volcaba sobre unas zarzas marchitas, agostadas por el calor; las piedras blancas se me antojaban cráneos de reses muertas; no había rastro de viento, ni se vislumbraba una sola nube. Pero un largo trecho después, como por arte de magia, cuando nos aproximábamos a las primeras colinas, se oyó el bramido de un trueno; se levantó un viento fresco. Alonso fustigó a los caballos, temiendo una tormenta, aunque todos en la comarca se hubieran alegrado de que estallara la lluvia. Pero como si obedecieran a un conjuro, las nubes recién nacidas se ocultaron, el viento se detuvo y el sol volvió a reinar.

El trayecto se me hizo corto, embriagada por el traqueteo de la calesa, el batir de los cascos sobre la calzada, la velocidad de los corceles y el alegre repicar de sus cascabeles. En algunos tramos los caballos iban al paso, debido al mal estado del camino; en otros, parecíamos inmóviles en un paisaje uniforme y unas rectas sin fin.

XX

LLEGADA A LA HACIENDA

Por fin llegamos a Arroyito, la última aldea cercana a nuestro destino. En medio de las primeras sombras crepusculares, surgió de la nada un rancho, escondido en los pliegues del tiempo.

Bordeamos el murete interminable que rodeaba las edificaciones de la hacienda. A la entrada del rancho, una tabla de madera pintada con letras grandes anunciaba el nombre de la propiedad: La Esperanza.

La casa principal, rodeada de un vallado bajo de piquetes de madera pintada de azul, tenía una sola planta.

Primero nos recibieron los ladridos de tres perros pastores, ágiles y bien cuidados a juzgar por el lustre de su pelaje. Al reconocer a mi tío, empezaron a saltar alegremente. En cuanto la calesa se detuvo junto al porche, se oyeron voces entremezcladas de hombres y mujeres que, alineados como un coro en formación, gesticulaban y alzaban los brazos para acogernos.

—¡Qué alegría, señorito! ¡Ya está aquí la señorita!

—¡Échenles avena a los caballos! ¡Bajen el equipaje y llévenlo a la casa. ¡Acompáñame, sobrinita! —ordenó el patrón con una sonrisa en los labios.

Me cogió en brazos y me depositó en el suelo como una pluma. Subió dos escalones de un salto y empujó la puerta.

—¡Pasa, por favor! —exclamó.

Me desvestí en la habitación que me habían asignado y me regalé una larga ducha de agua caliente. Cerré los ojos mientras el vapor penetraba en los poros de la piel y rejuvenecía mi cuerpo entumecido por el largo viaje. ¡Por fin sola! Qué alivio cuando me quité el sombrero de campaña prendido al moño con un alfiler y recuperé mi cabeza oval y mi pelo suelto ensortijado, desabotoné mi corpiño, la falda y las medias blancas sujetas con ligas del mismo color.

Contemplé mi dormitorio, que sería mío estos meses: un biombo, una cómoda y, sobre ella, tres lámparas con bombillas muertas, una en vidrio, otra en bronce y la tercera en porcelana, con sus pantallas pintadas con motivos artísticos: un velero, una gacela y un guerrero indio. Sobre la mesita de noche, otra lámpara de tela de lino con una pera blanca para encenderla. La cama de nogal parecía una concha de mar, una caverna blanda para el colchón cubierto de un edredón tan grueso que al acostarme podría desaparecer engullida. El colchón era de lana, un lujo en esta tierra, donde los jergones de las camas se rellenan con hojas de maíz.

Colgado en la pared, un cuadro representaba una batalla en la que unos soldados uniformados cabalgaban y alzaban los sables sobre las cabezas y las espaldas de un grupo de indios a pie, armados con primitivas lanzas, arcos y flechas.

El ventanal estaba oculto por una espesa cortina aterciopelada como un gato dormido, impenetrable a la luz del Sur. Entreabierta, la cristalera daba al jardín y una enredadera trepaba por la pared. Desde allí veía las huertas de los trabajadores y algunos árboles frutales.

Entré en el salón, donde todo era orden y sosiego: cortinajes adornados con borlas, candeleros de plata y, frente a la chimenea de piedra, un mueble reloj de balancín con la esfera dorada. Llamó mi atención que en toda la casa no hubiera imagen santa alguna, siquiera un crucifijo, que abundaban en la casa familiar de Tineo ajustándose a las conveniencias.

La cocinera, Amalia, nos sirvió un refrigerio y al fin tomé asiento en la blandura de un sillón forrado de terciopelo, con los pies descalzos en la mullida alfombra que sostenía los muebles de la estancia. Unas espesas cortinas tamizaban el sol que, todavía alto, calentaba con ardor.

Mi tío se sentaba en su butaca de cuero y adornada con tachuelas doradas, la pipa en la mano y el mirar perdido más allá de la ventana. En las paredes colgaban cuadros de caza y la cabeza disecada de un puma. Y sobre la mesa baja se tambaleaban unas botellas de anís y de coñac, la caja en la que guardaba unos puros habanos y una bolsa de tabaco mentolado para su cachimba.

Alonso se había desabrochado el cuello de la camisa almidonada y se mesaba el pelo canoso y revuelto. Su cara, fundida en una sola colada, estaba coronada de una ancha

frente, mapamundi de su pensamiento. Al verme sus ojos brillaron un instante, más cercanos a la curiosidad que al relámpago. Era su mirada inquisitiva y sagaz, pero en un instante su aparente rigidez se metamorfoseaba en divertida ironía o en un encanto aterciopelado. Como en toda isla solitaria, anhelaba y temía todos los desembarcos. Me hizo algunas preguntas sobre mi persona, aunque enseguida percibí que ya conocía episodios de mi vida.

—Mi pequeña Isabel, tienes 28 años; yo cincuenta y pico, misterioso pico que no te diré. ¡Qué alegría de volverte a ver! Eras una niña cuando fui a Tineo por última vez. Seguí los pasos de tu juventud por las cartas de tu madre, tus progresos, tu carácter, tu inteligencia.

Sus manos eran cuadradas y poderosas. Tenía el pelo ondulado, tempranamente encanecido. Ojos azules y profundos. Era de donosa apostura, alto y alegre, muy dado a complacerme.

Esa noche, vencida por la fatiga, dormí como un lirón. De pequeña cantaba en voz alta para ahuyentar el miedo a la oscuridad. Todavía hoy mantengo encendida una lámpara en mi mesita, pero me sentía segura y no la prendí.

XXI

EL RANCHO

Al día siguiente de mi llegada, Alonso me había presentado al capataz del latifundio, de nombre Policarpo.

—Este indio es mi brazo derecho y el izquierdo. Dice que es descendiente del cacique Mañil o Quilapán.

Policarpo calzaba unas botas altas de caña, arrugadas como el fuelle de un acordeón, y vestía una holgada camisa de mangas largas por encima del pantalón.

Era el capataz un hombre enorme, más grande que Amalia y yo juntas. Entre las innumerables variedades de la fisonomía humana quizá no se encuentre una tan singular, con cara de mármol y barba de nieve. A primera vista parecía esquelético, canijo y esmirriado, pero pronto descubrí que tenía la fuerza de un cable de acero en tensión. Su voz era extrañamente aplomada, monótona y sin estridencias.

Lo llamaban el Viejo. Era la suya una estampa recia, con la frente surcada por las arrugas del tiempo y de la intemperie; no inspiraba compasión, sino respeto, pues tenía la prestancia y la sabiduría de haber vivido.

Me enseñó las distintas dependencias de la hacienda.

En torno a la casa principal se agrupaba una decena de barracas de madera, frágiles y cosidas como con alfileres, cada una con dos ventanucos que apenas dejaban pasar la luz del día. Todas las puertas estaban abiertas. En un segundo círculo alternaban las caballerizas, una gran vaquería, un almacén donde guardaban las máquinas y aperos de labranza, la granja de animales domésticos y, más lejos, un extenso corral donde se guardaba a las cabras de leche y a las ovejas lanudas. Apilados bajo un techo de madera se alineaban cientos de troncos cortados para el invierno, bien secos y ventilados, dispuestos para abastecer las humildes estufas de las chabolas y la noble chimenea de la casa. De una de las chozas salió una viejecita pequeña y arrugada, olvidada por la muerte. Me sonrió.

—Es mi mamacita —se confió Policarpo con ternura, aunque algo avergonzado.

Me invitaron a entrar en su modesta morada, compuesta de un solo dormitorio, un minúsculo servicio y una estancia más amplia que presidía una chimenea de piedra oficiando de fogón de cocina y calefacción. Jamás había visto en una casa tanta soledad, tanta tristeza, un cuarto tan oscuro. Hacía frío. Aquello no era una casa, era un sepulcro. Al anoecer, terminadas las labores, las familias se apiñaban en sus chamizos y compartían cariño y pan untado con grasa de capón, al calor de la ceniza.

No había en el rancho trabajo para los cerrajeros, por falta de ladrones. Y si los hubiera mi tío guardaba dos rifles de caza en el armario.

Al lado de las cabañas había unas huertas y unas parcelitas cercadas con alambre donde criaban conejos y gallinas para consumo propio. Más lejos, algunas colmenas y, ordenado en surcos de una parrilla interminable, un ejército arbolado de manzanos, perales, castaños y nogales. Las corolas de los ciruelos se habían abierto, preñadas de savia y de vida.

—Estamos esperando que la luna haga el menguante para sembrar los cereales — me explicó Policarpo.

Su gran fuerza era palmaria. Verle dar órdenes constituía un espectáculo delicioso. Discutía, montaba en cólera y amenazaba, regañando a su hombre para la galería, y acababa por pasarle cariñosamente el brazo por el cuello, cuando no por reír con él como buenos compañeros. Rara vez tuvo que echar del rancho a alguna fruta podrida.

—Todos son buenos —decía—. Pero, algunas veces, hasta el perro fiel muerde. Luego me fue presentando a los peones, hombres de manos grandes, callosas y huesudas. Recuerdo a los patagones Atanás, Odilo y Armindo; a los gallegos Martiño, Celio y Odón; apunté algunos de sus pintorescos nombres en un cuaderno: los italianos Rocco, Antistio y Tigelio; los checos Frantisek y Jaromir; el galés William Chislett, el polaco Waldemar y otros nombres imposibles de pronunciar.

Ese día, casi todos enfardaban el pasto y la avena para el invierno.

Cerca del corral, un peón se encargaba de las caballerizas. Amarraba los caballos, los lavaba y peinaba sus largas crines, rascando la piel que daba forma a los potentes músculos de las bestias, llenaba el comedero con forraje de heno seco de hierba, cambiaba el agua del bebedero, limpiaba los establos, removía la cama y sacaba el estiércol que serviría de abono a las huertas y de asiento a los frutales.

Alrededor de él, unos caballos negros y blancos resoplaban y rumiaban el heno; no muy lejos pastaban tres vacas de manto rojo cereza, cuernos mochos y cabeza blanca, adornada de caprichosos rizos.

Por todas partes olía a heno y alfalfa, y en el jardín a flores tardías; era un olor espeso, empalagoso y tierno.

Entre el tintineo de los cencerros y el bramido de los toros, las mujeres, cada una con un cubo y un taburete ordeñaban las vacas de mansa mirada, reservadas para el consumo de las familias. Varias ovejas caminaban patizambas a la espera de su ordeño e iban tropezando en el suelo con su tetamen. Una parturienta daba a luz con la ayuda de un peón y el aire sabía a sangre y vibraba con los primeros vagidos de la cría. Una decena de niños correteaban felices por los jardines, como si no hubiese ayer ni mañana, solo aquí y ahora.

Una pobre mujer empujaba a un niño sentado en un carrito. Había crecido con un cuerpo raquíutico y los médicos pensaban que tendría una corta vida. Sin embargo, sobrevivió encorsetado en hierros, más tiempo recostado que en pie, observando el mundo de los sanos desde una silla de ruedas, con ojos tristes y arrastrando su condena. Mujeres y hombres lo acariciaban al pasar y le decían cosas bonitas. Su madre recibía de ellos las mejores piezas de las huertas.

Otra mujer me pareció muy desgraciada. Se llamaba Esmeraldina y su esposo había fallecido años atrás. La viuda, de lozana madurez y cuerpo quejumbroso, guarecía su soledad en una coraza que le roía el alma. Su trabajo consistía en seleccionar las mejores frutas y meterlas en cajas de madera para su consumo en las grandes ciudades. También llevaba a los peones las botellas de zarzaparrilla que aliviaban la sed y reanimaban su energía.

Agitando las manos, Aldo el italiano hablaba sin parar a un indio silencioso, el doble de rápido que toda la gente que conozco, como una fuente de agua que fluye en copioso torrente.

Un jinete a lomos de su caballo se afanaba junto a un pozo. Su tarea llamó mi atención, pues nunca hasta entonces había visto cómo se sacaba agua de un pozo para ganado.

Era un gran pozo de balde calzado en piedra y protegido por un brocal. Encima de él habían montado una barra de hierro que sostenía una polea. Por esta roldana, como allí

la llaman, pasaba una sogá prendida, en uno de sus extremos, a un gran cubo de cuero, y en el otro a la cincha del caballo. Una vez que el balde desciende al pozo, el jinete lo tira hasta que sube por encima del brocal. La sogá se dispone de tal manera que cuando el caballo ha tirado el balde un trecho suficiente, la boca del cubo lleno se inclina y el agua se derrama en una gran cisterna donde bebe el ganado. Esta operación se hace con facilidad y con bastante rapidez. Policarpo me aseguró que cambiando caballo por una sola vez, puede darse de beber a dos mil cabezas de ganado en menos de ocho horas.

Isaías, el herrero, conocía todas las aplicaciones del fuego que robamos al sol. Armado del yunque y una colección de tenazas, mazas, martillos y clavos, alimentaba el brasero, el horno y la fragua, gobernando sus llamaradas con fuelles y soplillos. Era un hombretón con boina y guantes de piel, los brazos hercúleos, las mangas arremangadas y una sonrisa bonachona, casi siempre refugiado en su cobertizo, martilleando sus herramientas. Fuera de su exiguo taller, no paraba de herrar vacas y caballos.

Cuando una yegua se encabritaba inquieta al clavarle una herradura, Isaías decía a quien quisiera oírle:

—Si las moscas no le picasen, no daría coces.

Era como la muela, capaz de dar filo al hierro aunque ella no pueda cortar.

En el perímetro más cercano, olía por todas partes a lana y oveja, a orines y boñigas de las vacas, por mucho que las flores plantadas en el jardín exhalaran sus perfumes en torno a la casa.

Al final de la jornada, los peones se juntaban en el patio para limpiar sus herramientas o lustrar sus botas camperas, como grandes gatos entregados a la tarea de acicalarse.

Los peones no tienen historia, callan a gritos su nostalgia antigua. Las familias huelen a humo que los abriga y a los capones que malcomen; al sudor que empapa su ropa, a estiércol de las vaquerías y al catre de hojarasca donde duermen. El sol y el viento reseca su piel y el polvo enronquece sus voces.

XXII

LA ODISEA DE ALONSO

Al día siguiente me crucé con mi tío en el pasillo que llevaba a las habitaciones. Acababa de salir del baño con los cabellos mojados, vestido de un albornoz y llevaba al hombro una toalla. A juzgar por la tez de su rostro y la fortaleza de sus brazos, debía estar acostumbrado al trabajo y a la vida al aire libre. Quizá debía al aire patagónico una salud de hierro.

Mientras le esperaba en el salón, se vistió con una camisa de manga corta y un vaquero ceñido. Saliendo de la cocina, Amalia nos sirvió un copioso desayuno de panceta con huevos fritos, café con leche a la española y unas rebanadas de pan fresco con mantequilla.

Era Amalia una sirvienta de ancha cintura y cuello corto, vestida con prendas de lana cardada y de camisas limpias y planchadas con esmero, cubierta de un delantal apretado sobre su vientre, del que habían salido tres hijos de tres padres distintos. La curva de su barriga y la de su nariz eran las líneas paralelas de su servidumbre. Hablaba a borbotones, más allá de toda lógica. Por las mañanas se cepillaba el pelo largo y brillante, mimado de tantos días aburridos; luego lo giraba hasta enroscarlo sobre la nuca, haciendo un nudo que nunca se desataba. Atrincherada en la cocina, siempre tenía colgada de un gancho una ristra de rosquillas. De la alacena bien provista de buenos manjares y la bodega atiborrada de botellas de vino añejo sacaba cada día el yantar apetecido. Nunca faltaban los pepinillos, las mermeladas, la mantequilla y el requesón fresco. Tampoco un cesto lleno de manzanas, que preparaba en compota o asaba al horno con un chorro de verdejo. Ella misma amasaba y horneaba una hogaza de pan blanco. Servía la comida, casi siempre aderezada con salsas de sus pucheros; doblaba el mantel, recogía la vajilla y restregaba las ollas de cobre. Después de comer, fregaba los suelos con gran ruido de cepillo y de aclarar bayetas y luego, encerrada en la lavandería, lavaba y planchaba nuestra ropa. A las siete, prendía el farolillo de afuera, corría las cortinas y servía la cena, antes de marcharse a su bohío, donde le esperaban su esposo y sus tres hijos, a los que alimentaba con las sobras que se llevaba en un hatillo y con una botella de leche ordeñada del día, envuelta en una servilleta. Con el paso de las semanas, empecé a prestarle ayuda; encendía la lumbre de la chimenea, hacía las camas y barría las alcobas mientras ella

preparaba la comida para el mediodía y para la noche. Yo permanecía junto a la ventana, esperando el regreso de los hombres con mi tío al frente, y viendo morir la luz del día.

Después del desayuno, arrellanado en su butacón, Alonso encendió su pipa con un fósforo, cruzó las piernas y me contó su odisea.

—Cuando Ulpiano el de la Braña retornó a Tineo, al ver que envejecía, y contó que en La Argentina corría el oro como antiguamente por el río Navelgas, unos cuantos jóvenes siguieron su camino. Pronto comprobaron que no era oro todo lo que relucía.

»Para arribar aquí seguí el sonido de una flauta que ningún otro podía oír. Era la flauta de mi destino. Te confieso que cuando llegué, los vastos y abiertos espacios que contemplaba apagaban mi ánimo. Una planicie inabarcable con un fondo de montañas amenazantes. Fría, desabrida y hosca en verano; seca, cocida por el sol durante el invierno. Y siempre, el viento. Pese a todo, para mí fue un viaje sin retorno.

»A finales del siglo pasado, la Patagonia era la quimera de los colonos: haciendas inabarcables, ciudades que nacían de la noche al día. Sobraba tierra y nadie se mataba por defender sus lindes. Para los pioneros galeses, fanáticos puritanos, esto era la tierra prometida. Hubo un tiempo en que Neuquén era una aldea tan minúscula que sólo Dios podía apercibirla, y sus calles no eran más que barrizales. La llegada del ferrocarril la despertó de su letargo. Tuvo que esperar hasta 1904 para ser reconocida por las autoridades de la República. De los trenes y las carretas bajaban cada día decenas de tenderos, campeadores, pastores, boyeros, reseros y caballerizos. Cuando llegué aquí por vez primera, llamó mi atención la abundancia de agua. La ciudad está enclavada en la confluencia de los ríos Limay y Neuquén. Por eso compré veinte mil hectáreas de tierra en el triángulo formado por ambos ríos que tiene por vértice a esta capital. Los viejos caciques de la provincia me tomaron por necio cuando invertí mi dinero en estas tierras lejanas y miserables, pero no tardaron en constatar su equivocación, pendientes de que la lluvia escasa empapara sus surcos. Pronto comprobaron que las mías eran el reverso de su universo seco y baldío.

»Hoy día, gracias al trabajo humano y animal, entre el Río Negro y los Andes los valles son fértiles por la abundancia de agua que los cruzan por doquier, procedentes de la cordillera. Los manantiales, arroyos y ríos irrigan el suelo, haciendo brotar vigorosas arboledas y pastos suculentos. Con el agua no se juega; sin ella no hay vida.

»Bauticé la hacienda con el nombre de La Esperanza y contraté una plantilla variopinta de gallegos *galenzos*, galeses que cuidan ovejas y beben whisky, italianos comediantes y ocho indios cobrizos, todos ellos como capas superpuestas de una cebolla, una Torre de Babel de idiomas y acentos, un quilombo de nacionalidades. Descarté a los *tumbiadores*, maestros de la simulación, la astucia y la vagancia, que van de rancho en rancho esquivando el trabajo; al *chulenguiador* que caza guanacos y vende sus pieles en horario laboral; a los *carreadores* que roban ovejas del camino y las camuflan en su carga de ganado para el matadero; y a los boliches que cambian de una estancia a otra y se apegan a los mostradores sin que sea posible despegarlos de las copas y cuando tienen un peso en el bolsillo no paran hasta que lo gastan. La humedad, más que la escasa lluvia, es el maná de la Patagonia. De los confines chilenos de los Andes llega el viento a la llanura, arrastrando un cortejo de nubes cargadas de agua de las nieves y del hielo de las cumbres blancas, empapan la arcilla y la enriquecen con los granos de polvo que arrastran, cubriéndola de un manto fértil al que se agarran los hombres y las mieses.

»Luché con esta tierra a brazo partido, para dominarla. Traje un técnico de Mendoza y contraté a treinta obreros que cavaron un canal de dos metros de anchura desde el río Limay hasta la finca, ramificándolo en una tupida red de regueras que se abren o cierran con otras tantas compuertas. Instalé un sistema de estaciones de bombeo y aspersores, dando de beber a la tierra seca, aguardando el arado y la siembra. Las huertas y los trigales ya no dependerían de los caprichos del clima, aunque los pastos más lejanos seguirían necesitando la lluvia para alimentar los rebaños de ovejas. Pero mis gauchos las pastorean entre el monte bajo y las praderas de mala hierba, donde tienen su aprisco.

»Compré fertilizantes para nutrir el barro, bestias para roturarlo y brazos para trabajarlo. De este modo, el campo yermo se convirtió en tierras de regadío, fértiles para cultivos. Traje las mejores semillas y organicé la rotación de cultivos.

»Aquí se convierte uno en agricultor o en perdedor si se limita a mantener la cabaña de vacuno y ovino sin completar la estancia con diversos cultivos.

»Al año mis peones plantaron de todo: trigo y centeno, perales y manzanos, algunas vides y hortalizas donde antes había un montón de polvo.

»Al cabo de dos años, las espigas se doblaban hacia la tierra, encorvadas por su propio peso.

»La Gran Guerra del 14 me fue rentable. Exporté más carne y cereales en cuatro años que en todos los anteriores. Por el puerto de Bahía Blanca exporté terneras en pie, cueros, astas y sebos que me hicieron rico.

»Por eso tengo veinticinco mil merinas en seis rebaños, cinco mil vacas de raza Hertford, que proporcionan la mejor carne de ternera, y unas treinta de leche para el consumo de la hacienda. Tengo también cinco tractores, una segadora, una gavilladora y una cosechadora que compré a unos americanos en Santa Rosa. Para todo lo demás, desde los víveres hasta el calzado y las herramientas ligeras, me abastecía en la bodega que regentaba un gallego de Neuquén hasta que la vendió a unos usureros sicilianos.

Hablaba con calma y sensatez, con un punto de solemnidad. Aunque en su cabeza empezaban a despuntar las canas, no era hombre joven ni viejo, le gustaba comer bien, beber buen vino y hablar del futuro más que alabar el pasado. Cuando sonreía ponía cara de pillo; cuando estaba serio, de melancolía y nostalgia contenida.

—Quien llega a América sin la fiebre del oro en las entrañas la contrae enseguida porque está hecho de la misma sustancia del sol. Pedir lo imposible es cosa de locos. Pero aquí en estas tierras el oro es la cosecha de sus trigales dorados, la esmeralda de sus praderas, las blancas perlas de sus rebaños de ovejas que triscan la hierba verde y los matorrales. En este oficio, los años dorados nunca vuelven. Algunos de los que triunfaron cerraron su negocio para vivir de las rentas, pero no podían disfrutar de su peculio y conservarlo al mismo tiempo. La mayoría acabaron arrastrándose por la calle, como si la única finalidad que perseguían en esta vida fuese dilapidar todo lo que habían amasado. Fueron muchos, sobre todo en Buenos Aires, quienes no pararon de trabajar en toda su vida y cuando miraron sus manos estaban vacías. Uno de los colonos más prósperos y antiguos, un tal Figueredo, conoció en Santa Rosa a una criolla de buen ver y se amancebó con ella, pese a que ya estaba casado en Cambados. Vendió su hacienda y malgastó su fortuna. Cuentan —será cierto o no— que cuando volvió a Galicia, viejo, solo y arruinado, picó a la puerta de su antigua casa y su esposa lo echó, diciendo: «Quien te ha comido la carne, que te cuide los huesos».

»La Patagonia es un país dentro de una gran nación, muy distinto a Buenos Aires. La periferia es nuestro centro; es como un iceberg: cuando lo has visto aún te queda todo por descubrir.

Sacudió los restos de ceniza de la cazoleta de su pipa y exhaló la última bocanada de humo, cuyo aroma sutil se expandió por el cuarto de estar.

—Aunque esté mal decirlo, esta guerra que desangra a Europa está engrosando nuestros bolsillos. La Argentina manda flotas de barcos cargados de alimentos. La muerte es la infame aliada de mi suerte —confesó.

»Llegaron los grandes calores y el campo estaba lleno de vida. Por la noche, sirvientes y señores nos reuníamos bajo un inmenso tilo plantado a escasos metros de la casa. Mientras los tertulianos, sentados en corro en torno a una hoguera, desgranaban recuerdos y los indios compartían historias heredadas de sus antepasados, la brisa les acompañaba con sus gemidos en la espesa copa del árbol.

»Aquí no es como en Europa, donde el pasado se presenta como un paisaje en ruinas; los indios se alegran cuando lo invocan y lo llevan vivo y presente en sus corazones. La Argentina es aún un pueblo sin historia, reliquia de cien naciones indias pisoteadas por el paso del tiempo y por unos conquistadores que arrebataron el poder a unos caciques que bebían el néctar de la sangre en el cráneo de los sacrificados. La historia es un libro siempre abierto, del que nunca se escribe la página final.

»En estas tierras, como en el resto de América, miles de nativos fueron capturados, esquilmados, reventados en las minas, con los pulmones estallados buceando a la búsqueda de las perlas, cuando no mutilados o exterminados. Aquí en Río Negro alcanzó en 1878 la fama el general Julio Argentino Roca, conquistador del Desierto y dos veces presidente de la Nación. Al frente de sus tropas aguerridas, expulsó a los indios tehuelches y derrotó a los caciques Pincén, Catriel y Epumer, sin otras armas que sus lanzas primitivas. Luego los argentinos cayeron sobre la Patagonia con avidez, como una plaga de langostas en estos pastizales donde el estiércol se torna en oro. El Estado nunca llegó a esta tierra y aquí mandan los estancieros. ¿Quién se acuerda de los patagones de pies grandes que vivían aquí antes de nuestra llegada? Fueron cazados como conejos, guanacos y liebres en nombre de Dios y del Registro de la propiedad. Verás que los indios no hablan; solo asienten o te contestan con respuestas lacónicas. Y hay que tenerles respeto, porque tienen amor propio y por él se harían matar. No es un pueblo sumiso que espera que lo machaquen. Saben que los caciques están hechos de la misma madera que los caciqueados. Quien tiene fortuna está cebado de carne. Pero un hambriento no dejará de tirar dentelladas como el puma en el cuello de su presa.

»No siempre la Patagonia fue una provincia tranquila. Hace tan solo veinte años, a petición de los estancieros, el presidente Irigoyen hizo fusilar a un millar de huelguistas que protestaban contra el empeoramiento de sus condiciones laborales. Todavía hoy se acuerdan los rancheros. Tienen miedo que se les suban a las barbas y les pierdan el respeto. Por eso tienen a la guardia en Santa Rosa para hacerles comprender que no deben pasarse de la raya. Y no olvides que el compositor del himno nacional de Argentina fue el catalán Blas Parera.

De repente, se puso a cantar:

*Oíd, mortales, el grito sagrado:
¡libertad, libertad, libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas,
ved en trono a la noble igualdad.*

Cuando me contaba su odisea, la fluidez y el brío de sus explicaciones, su carácter arrebatado, las risotadas casi diabólicas con que acababa alguna de sus frases, su llamativo atractivo físico... todo aquello transmitía una sensación de juventud que me divertía. Pero al pronto cambiaba de registro y se reencarnaba en el paternalismo propio del patriarca.

—Intento devolver a los indios algo de lo que les arrebataron en oro, plata y madera, a cambio de poco o nada. Hasta el rey de España tenía el monopolio de la nieve para fabricar sorbetes para los ricos. Traté de aliviar el desamparo de quienes por el bronce de su piel quedaron dispersos y a merced de la caridad. Pero mi autoridad no es la del Amo, ni la del Jefe, ni la del Juez, sino la del Padre. Dividí una hectárea de tierra en veinte lotes con una casita que asigné a cada uno de mis peones y sus familias, sin otorgarles títulos de propiedad. Regalé una huerta a cada familia, e hice construir sus casitas con los materiales de construcción comprados en Neuquén. Verás que huelen al humo que les abriga en sus bohíos, pero antes de venir conmigo vivían sin piel, en carne viva y doliente, la ilusión marchita para siempre. A mis peones les traje la prosperidad y quiero que sean felices. Les subí el sueldo y conquisté su estima y su afecto, aunque al mejorar su condición me gané la animadversión de otros hacendados, temerosos de ver mermados sus beneficios si mi ejemplo se generalizara en la región.

»Esta finca da de comer a todos con sus sembrados, con sus frutas y vides. Los árboles que rodean la casa regalan con abundante sombra a su dueño. Este escondrijo es el que me mantiene sano y fuerte en invierno como en verano. Aquí paso los días con

mis libros y con mi gente, o recorriendo la propiedad, sin relacionarme con los demás colonos y viajando a Neuquén para comprar lo estrictamente necesario para la hacienda. No me gusta el gentío, más de dos me parece una multitud.

»Sólo me visita de vez en cuando mi amigo Onofre Munárriz, otro propietario a veinte leguas de aquí. Mató a un hombre en una bolera de Belmonte y para huir del castigo puso mar por medio y se fugó a Ushuaia, la última aldea al sur de Argentina. Le pudo más su afición a la caza y remontó hasta esta provincia, más cerca de la tierra que del agua, lejos de los puertos que para él eran una amenaza por la llegada de miles de asturianos, alguno de los cuales hubiera podido reconocerle. Ahora consagra la mitad de su tiempo al placer y la otra al arrepentimiento.

»«De poco sirve la vida. Ya no se puede comprar en cuanto el último aliento atraviesa la empalizada de los dientes», solía decir.

»Nunca le vi lloriquear, porque los que lloran a sueldo en los funerales vierten más lágrimas que los que se duelen de veras. Pero su pasado le persigue; es y será un hombre inquieto, que solo encontrará refugio seguro en su tumba.

»Nos reíamos de sus ocurrencias, casi siempre involuntarias. Cuando llegó y vio la cordillera, se exclamó: «Este paisaje es tan virgen que el ojo humano nunca ha puesto el pie en él».

»No me arredro ante las dificultades. Y si me acecha el fracaso, me recojo en mí mismo y de mi soledad recobro nuevas fuerzas. Son legiones los hombres que, después de haberse atormentado durante su vida, han dejado de existir y se han disuelto en la tierra como los demás. En el fondo, somos granos de arena en el vasto mundo, pero basta que uno solo se alce empujado por el viento para levantar una duna.

Así pasaban los días y los meses. Al atardecer, sentados junto a la lumbre, no parábamos de hablar de todo y de nada.

Yo no apartaba de él los ojos y observaba cada uno de sus movimientos.

Hablaba despacio, con sencillez, sin pliegues ni repliegues; reía jovialmente y despertaba la simpatía de quien le escuchaba.

—Aquí poseo mi Paraíso; hace tiempo que renuncié al que se espera en la vida eterna, dondequiera que eso esté.

No tenía fe alguna, ni había en la casa una sola imagen religiosa. La Biblia no estaba entre sus libros preferidos, relegada por Demócrito y Darwin, que al parecer había pasado por estas tierras patagónicas.

Le pregunté si creía en Dios.

—Ya no creo en nada, ni siquiera en mí mismo. Mi finca es mi religión —contestó, sonriendo—. No hay creación divina, solo procesos naturales. Yo lo veo claro, pero el mundo está ciego.

Se detuvo ante su escritorio y abrió un armario cerrado con llave, enseñándome una caja de caudales guarnecida de hierro y con sellos de plomo:

—Guardo en este cofre unos lingotes de plata y de oro como un valor seguro, que no se ve afectado por las continuas variaciones del cambio. No necesito más dinero ni ovejas, ni vacas; no quiero que la gente me tema y se quite el sombrero cuando paso; no soy un dictador, soy un ser humano.

Quizás para desviar la conversación, dio una calada a su pipa y me miró con gran ternura.

—Mírame, Isabel —me dijo. Así lo hice y él también me miró.

»¿Sabes una cosa? Has cambiado mucho desde que te conocí en Tineo. Eras una niña y eres una mujer, llena de vida y alegría. Viéndote, casi siento deseos de romper a reír de satisfacción.

Su entonación me pareció tan extraña que bajé los ojos, pensativa.

XXIII

CRUZ Y RAYA CON ESPAÑA

Quise averiguar si Alonso había vuelto a Asturias alguna vez. Frunció el ceño y se tomó un tiempo antes de contestarme.

—Solo hay una manera de curarse de la nostalgia y es regresar sobre los propios pasos y retomar lo que alguna vez uno dejó interrumpido. Y eso es lo que hice en 1931, con la proclamación de la República, cerré con llave la puerta de esta hacienda y partí para Asturias. Creí que todavía llevaba a cuestas ausencias por resolver. Me acerqué a mi lugar natal, la aldea de Bustiñán, a la que esperaba dar lustre con una escuela de párvulos, una fuente nueva y un dispensario médico. Pero la vista de los lugares de mi terruño, cuyos recuerdos dulces e infantiles me arrancaban lágrimas de alegría, se vio oscurecida por el estado lamentable en que se encontraban las casonas labriegas, la inercia y el envejecimiento de los pocos habitantes que en ellas moraban, más necesitados de enterrador que de médico. Tantos años después de mi partida, me había convertido en una sombra del tiempo. Era una aldea casi vacía, habitada por viejos a la espera de la muerte. Los tejados de algunas casas de emigrantes, privadas de la presencia de sus dueños, lo estaban también de parte de sus tejas, de suerte que llovía hasta dentro de las habitaciones como en los patios, con la diferencia de que el pavimento del patio se secaba enseguida, mientras que en las habitaciones el agua formaba charcos que no se secaban jamás. ¿Para qué una escuela, si no había niños? ¿Para qué una fuente, sin lozanas mujeres que en ella llenaran sus cántaros? Alivié mi renuncia con la entrega de veinte mil pesetas al Ayuntamiento de Tineo, que me brindó un homenaje por haber contribuido al alumbrado de la calle Mayor. Hubiera comprado un título para exhibir mi triunfo y un panteón en el cementerio para perpetuar mi nombre en el tiempo. Pero percibí demasiada envidia en algunos ojos por mi fortuna y abrevié mi regreso a la Plata. Pero todavía hoy, cuando me meto en la cama y apago la luz, imagino que estoy en la misma aldea que cuando niño; que allá a lo lejos se oye el ñáu-ñáu de los carros que cruzan los valles; las vacas y *xatinos* que mueven sus cencerros al tiempo de pastar; y aquella *ventanina* por la que contemplaba montes, valles y tierras alfombrados de esmeraldas. Oigo el eco de aquellos cantos lánguidos, tristes y a la par bravíos que arrancan de los nobles pechos asturianos.

Le pregunté si en sus planes estaba volver a España. Advertí que no le gustaba el derrotero que estaba tomando la conversación. Se reclinó en el respaldo de la butaca. Sorprendido por mi pregunta. Contempló ascender un anillo de humo, que fue haciéndose más y más grande, hasta disiparse en el aire. Luego se quitó despaciosamente las lentes que usaba para leer, las dejó sobre la mesita y se pasó la mano sobre la cara, como para apartar una invisible tela de araña.

—Hace veinte años que me fui y nunca más regresé. El que una vez ha visto cuánto mejor es lo que deja que lo que pretende, vuélvase pronto atrás y recobre lo que ha abandonado. Nunca me olvido de Tineo y de mi gente; nunca, nunca, nunca; lleva treinta años ardiendo en mi pecho, y seguirá ardiendo hasta mi muerte. Cualquier sitio donde me empuje el destino sentiré como asturiano la obligación y fe inagotable por el rincón en que nací. Pero en esta tierra americana permanecerá mi huella, aunque ni siquiera seré una leyenda por relatar. Ya no sueño con volver para morir en una casona entre palmeras, ni embarcar con un compás sin aguja. Para mí el Sur es el centro del Universo. Aquí los periódicos me llegan tan solo con espaciados intervalos. Al principio, cuando llegaba el correo, los arrebatava y devoraba los titulares. Pero ahora mi antiguo interés en los asuntos de España me ha abandonado, como las jugadas que se registran en el gran ajedrez del mundo. Me limito a escuchar por radio los vaivenes de los precios de la carne y del grano en Argentina. En Tineo ya no estoy en la memoria de nadie, salvo quizás de una mujer. Soy libre si quisiera regresar, aunque aquí me retengan estas tierras que yo labré. Pero no lo haré jamás, porque no quiero hacer daño a esa mujer. Hay sentimientos que se transmiten mejor en silencio que con palabras. No cogeré ese barco que retorna, porque cuando avanza, marcha atrás.

»Por buen tiempo descanso bajo las ramas de aquel castaño y cuando es malo me quedo repantigado en este sillón, al que vuelvo cada tarde como un animal a su madriguera. Y cuando ya no esté, habré sido polvo del tiempo.

Era fino de oído y sagaz de vista; se fijaba en todo. Me miró largamente, como si estuviera procurando leer mis pensamientos. Cogió un habano de una caja de madera, lo cortó y lo encendió, contemplando el humo enroscarse en el aire.

—No husmees jamás en asuntos privados ni dejes que el vino o el enfado suelten tu lengua —me aconsejó.

No me gustaba ver que me viese. Más por juego que por añoranza intenté despertar su apetencia por nuestra *tierrina*. Con la ayuda de Amalia preparé una fabada y un postre de *frixuelos* acompañados de arroz con leche cubierto de azúcar requemado. Al ver la mesa puesta con tan buen yantar, soltó una carcajada, me besó en la frente y esbozó una tonada de los vaqueiros de alzada. Luego bajó a la bodega y subió con una botella de sidra. Me trataba como a una niña, como si quisiera moldearme a su imagen y semejanza. Una vez fijó su mirada en el anillo que rodeaba mi dedo anular. Aspiró una bocanada de humo y me preguntó:

—¿Y ese anillo? ¿Estás comprometida? Cuéntame. —En su rostro impasible centelleó de pronto un atisbo de curiosidad.

—Mi novio se llama Gabriel. —Enrojecí vivamente—. Es gallardo y apuesto, un buen mozo de ojos negros que echan fuego, cuello robusto, bigote poblado y bien recortado. Y me quiere desesperadamente. Mira, tío, esta foto suya que llevo siempre conmigo.

Alonso observó la fotografía con interés. Le conté las circunstancias de mi enamoramiento y contestó:

—¿Estás segura que él no ve en tu compromiso la culminación de su orgullo; y que poseyendo tu cuerpo se desquita de las humillaciones a que tu padre le ha sometido? Sabes que el odio tiene paciencia.

—No es así, su amor es sincero —le defendí—. Le quiero, y lo que busco es que él también sea feliz. Y yo quiero vivir. Mis padres dicen de él que nunca llegará a ninguna parte; y no puedo remediar que en lo profundo de mi ser piense con terror algunas veces que están en lo cierto.

—Pues no lo dudes, si le quieres tanto como traslucen tus ojos. Puede que tus dudas te atormenten porque pienses más con la cabeza que con lo más hondo de tu corazón. ¿Quién sabe si viviréis mañana? ¿Por qué no te casas con él sin esperar más tiempo y os vais de Tineo? ¿O prefieres pasar el resto de tu vida lamentando lo que has perdido? De nada sirve vivir en las nubes cuando el verdadero amor llama a tu puerta.

Mientras esto decía, se arremangó la manga de la camisa y me enseñó su antebrazo, en el que un tatuaje azul entrelazaba mi nombre con el dibujo de una flor.

—Se dice que la juventud es la edad de la esperanza porque en ella se espera algo del otro. Si no se espera nada, se envejece.

No se le conocían mujeres. Pero no escondía el por qué:

—El joven es blando como la cera para torcerse hacia el vicio, el viejo se vuelve intratable y gruñón, dado a alabar el tiempo pasado y a censurar a los jóvenes, Muchas cosas buenas traen consigo los años y muchas se llevan cuando se van. Cuando era joven pasé volando sobre lo que se ponía a mi alcance y daba caza a lo que se escapaba. Pero al pisar la tierra argentina, ya no busqué lo que estaba prohibido, la mujer rodeada de una empalizada, por mucho que me enloqueciera. Hui de los encuentros furtivos con mujeres decentes y de los sobresaltos con las impúdicas, moliendo en mujeres ajenas.

Un día me invitó a permanecer con él unos años más, en la seguridad de su hacienda. Cuando rechacé su oferta, creyéndola una broma, sentí que a aquel hombre fuerte, vozarrón y reidor, aún le quedaba un fondo de tristeza.

Le dije que mi amor era el principal motivo por el que tenía que volver.

—Haces bien, niña. En cuanto a mí, no volveré a España. Seguro que en Tineo el aire ya no se puede respirar, si las tinieblas se han adueñado de sus calles. Lo que se ha perdido, perdido está. Cuida bien cada día, porque es la esencia de todos los días pasados y por venir.

Aprovechando su ausencia, abrí un cajón de su escritorio. Me intrigó un fajo de cartas sujeto con una cinta azul y protegido bajo un pisapapeles de cristal. Cedí a la curiosidad, deshice el lazo y comprobé el contenido. Reconocí mi letra de inmediato y leí la decena de billetes breves e ingenuos que mi tío atesoraba, casi todos para desearle un feliz cumpleaños. Al dorso de una postal de Tineo había escrito una fecha: el 14 de abril de 1931.

Esa noche, tendida en la cama, observé la luna y pensé que su misma luz alumbraba a Gabriel. El calor era húmedo y sofocante. Me deleitaba el placer del aire fresco que acariciaba mi cuerpo desnudo y aliviaba el sudor de mi frente, despeinando mis cabellos desparramados sobre el almohadón de pluma envuelto en satén.

XXIV

LA BIBLIOTECA

Crepitaba la lumbre en la chimenea. El espacioso salón-comedor estaba amueblado a la antigua con madera de roble. La biblioteca llamaba mi atención.

Decenas de libros se amontonaban en los anaqueles, donde Valle-Inclán y Galdós se mezclaban anárquicamente con autores argentinos, mientras el gatopardo perseguía a los hermanos Karamazov en busca del tiempo perdido y Stendhal, vestido de rojo y negro, cortejaba a madame Bovary, escondida entre varios tomos de economía, agricultura y ganadería. Alguno estaba lleno de minúsculas anotaciones escritas a lápiz con letra diminuta. A falta de autoras asturianas, suplían su ausencia unas obras de Rosalía de Castro, Emilia Pardo Bazán y Concepción Arenal, todas ellas escritas en lengua gallega. El lomo de algunas brillaba con su encuadernación de tafilete dorado.

Alonso era expansivo, de imaginación viva y fuerte como sus libros; leía en voz alta, con hermosa entonación, grave y rítmica, interrumpido tan solo por los latidos del reloj.

Sobre un escritorio cuidadosamente encerado y brillante, mi tío mantenía al día la correspondencia con sus agentes y clientes, junto a un juego de plumas, un frasco de tinta y un libro de contabilidad escrito con letra clara, bien rasgueada y limpia. Le gustaba dictarme algunas cartas de negocios, que cuidaba hasta el mayor detalle.

Diré como curiosidad que sellaba los sobres de sus cartas comerciales con una barra de lacre español, del que guardaba una colección en una caja de habanos.

—Este es mi único cuaderno de bitácora —me decía, señalando su libro de contabilidad—. Los demás libros, los necesito para vivir. Y mientras mis ojos los puedan leer, cualquier tiempo futuro será mejor.

Algunas tardes jugábamos a las cartas, a las damas o al ajedrez, que para mí era tan difícil como jugar al dominó sin el seis doble. Se reía a carcajadas cuando ganaba, que era las más de las veces. A veces reaccionaba bruscamente, como si algún secreto torturara su mente. Detenía el solitario, dejaba los naipes extendidos sobre la mesa y se levantaba con una rigidez repentina y vigilante, y permanecía en silencio, absorto en sus pensamientos.

En esos momentos me parecía temible, con un no sé qué de violento. Era alto y esbelto. Sus rasgos, largos y rectos, recogidos en un haz como las flechas de un carcaj, no parecían de carne. Eran, sin embargo, de una belleza regular y severa.

Era amigo de hablar y enemigo de oír, quizá por miedo a escuchar preguntas indiscretas.

Intenté llevar la conversación al recuerdo de nuestra familia común en Tineo, pero él rehuía toda referencia a ella y sus ojos adquirían un brillo acerado, buscando refugio en el silencio donde va a morir toda palabra. Desviaba entonces el diálogo hacia cualquier anécdota de juventud o aludía a personas de su tiempo, que ya no era el mío. Me resultaba difícil averiguar de quienes me estaba hablando, por mucho que él me guiara por el laberinto de parentescos complejos e imposibles. Su episódica locuacidad y sus observaciones lacónicas disfrazaban con digresiones lo que estaba pensando, como si diera un paso atrás para esconder su pensamiento. Supe entonces que la verdad de un hombre está en lo que oculta.

Y si yo insistía, guardaba silencio, chupaba el habano y exhalaba el humo lentamente para encubrir con él la revelación de sus emociones. Solo le escuché una vez decirme la admiración que tenía por mi padre.

—Me recuerdas a tu madre, pequeña Isabel —se confió cariñosamente una tarde.

Pero lo quisiera o no, algo conservaba de la tierra en que nació, de los juegos infantiles que disfrutó, de las historias que escuchó, de los libros que leyó y del dios en que creyó y ahora había abandonado.

Tal era, para mal o para bien, mi tío Alonso. Viéndolo solo y sin familia en aquella estepa perdida, pensé que su vida no dejaría de su paso por la Tierra señales más profundas que un canto arrojado al río deja sobre la superficie del agua.

XXV

EL TELESCOPIO

Mi tío tenía un telescopio, con el que me enseñaba los secretos del orbe. Pasé con él la Noche de San Juan observando el firmamento, cuajado de millones de estrellas bajo la Cruz del Sur, y el vacío incommensurable hizo saltar mis lágrimas de emoción. Sobrecogida ante el inmenso abismo de la eternidad que me había precedido y que me seguirá, mi insignificancia ante las fuerzas naturales que rigen los mundos me hizo ver en el cielo presagios indefinibles que me hicieron temer por mi futuro.

Mi imaginación buscaba a mi amado en el firmamento, en las estrellas que por las noches habíamos mirado juntos y que quizás él mismo ahora estaría mirando.

—Nos creemos el ombligo del mundo, cuando solo somos sus comediantes, una gota de vida carente de significado para la mecánica celeste —apuntó mi tío acertadamente.

Disfrutaba cuando, moviendo entre los dedos las ruedecillas que orientaban las lentes, mi tío escrutaba los caminos de los astros y me enseñaba las doce constelaciones del zodiaco, con un trasfondo en el que se adivinaban más luceros que en el cielo.

—El planeta va a seguir girando, nosotros no. La vida está llena de catástrofes que vienen cuando quieren, y nada se puede hacer para impedirlo. Lo que reina no es la armonía, sino el azar. Al Universo no le importamos más que una lagartija —sentenciaba mi mentor—. Pero pasa en él lo que en las relaciones humanas: hace falta una eternidad para formarlas y solo un instante para deshacerlas. Lo viviente no es más que una variedad de lo muerto, porque estamos hechos de los mismos elementos. Y todo lo que parece muerto sigue vivo, como la masa contiene la energía.

XXVI

LOS GAUCHOS

Al final del verano, me despertaron unas fuertes voces masculinas, el piafar y el relinchar de una reata de caballos.

—¡Ensillen sus caballerías! ¡Dense prisa! —gritaba el capataz.

Me asomé a la ventana, entreabriendo las cortinas de mi cuarto. Los gauchos salían de madrugada, a galope tendido, envueltos en una nube de polvo calcinado, encaramados sobre sus cabalgaduras, pertrechados con el bolsón de alimentos —tasajos de carne salada y seca, una rebanada de pan y una bolsita de mate— acompañados por el castañeteo de los cascos y el bamboleo de la cantimplora. Llamaban la atención sus botas altas, sus perneras de cuero, el poncho holgado que les abrigaba el torso, las boleadoras de acero que colgaban del talle, sujetas por unas cintas de cuero, y el gorro negro que cubría sus cabezas, muy parecido a una boina asturiana. Apretaron las espuelas y la tropa se alejó. Paisajes desmesurados, jinetes empequeñecidos.

Cuando desaparecieron en el horizonte, como saetas al viento, cabalgando hasta las primeras quebradas de los montes, a mi alrededor reinaba un silencio sepulcral. Solo oía el latido de mi corazón.

Los más experimentados ordenaban los rebaños con gritos imperiosos. Llevaban a su lado mastines y border collies. Los primeros eran centinelas tranquilos; los segundos salían disparados a buscar las ovejas descarriadas, olisqueándolas para reconocerlas. Cuando una faltaba y yacía moribunda en un aprisco, detectaban fácilmente el olor de la muerte y avisaban a su peón.

Los jinetes solo volverían grupas al atardecer. A su regreso al rancho, soltaban los estribos, brincaban al suelo y sacudían con la fusta el polvo de las botas de cuero. Antes de que anocheciera, todavía les quedaba tiempo para jugar a las cartas. Casi todos eran diestros al mus y, ganaran o perdieran, eran capaces de dar a sus contrincantes su último peso y de quitarles el último que les quedara.

XXVII

LA DOMA

Un día de octubre los gauchos capturaron un potro salvaje de escasa alzada y corto de patas, que galopaba en libertad por las praderas. Era un potro soberbio, de crin ondeada y cola larga y espesa. Lo metieron en un corral tapizado de arena, haciéndole dar vueltas y vueltas hasta cansarlo. Entonces un peón consiguió lacear sus patas traseras, le hizo caer y le colocó un bozal y las riendas; luego el cimarrón se levantó y el peón le cubrió el lomo con una ligera frazada y encima una rudimentaria silla de montar de la que colgaban los estribos.

Antemil Milaqueo, un jinete indio calzado con botas de espuelas, pantalones bombachos sujetos con un rebenque atado en la cintura y con la cabeza cubierta por un *chapéu* se acercó al corcel, le dio a oler su brazo estirado y la mano, mientras los demás hombres, las mujeres, los niños y hasta los perros miraban la escena sin perder un detalle. El peón era fuerte como un toro y tenía el corazón de un mulo. De su cintura colgaba un facón enfundado en una vaina de plata labrada. De un salto se sentó entre el lomo y la grupa. El caballo inició una veloz galopada y se frenó en seco, tratando de librarse del montador. Pero éste resistió y alzó el sombrero en señal de victoria, con gesto varonil. Lejos de rendirse, el potro piafó, caracoleó, extremó sus brascas sacudidas y empinó los cascós delanteros hasta la vertical, zarandeando al caballista como a un monigote agarrado al cuello del equino.

—¡Dale *guaraca!* —le animaban los peones.

—¡*Chaque!* —le avisaban del peligro.

Al cabo de pocos minutos, la bestia pasó de salvaje a mansa entre los aplausos y gritos de júbilo de los espectadores, alejándose al trote con su carga humana hacia las caballerizas.

Policarpo, entusiasmado, celebraba riendo la hazaña de su peón:

—Es como el gaucho Zapata, si no la gana la empata.

En torno al rancho, el viento comenzó a soplar y torbellinear, arrastrando ovillos de hierba seca.

XXVIII

EL ESQUILEO

Un domingo Policarpo anunció a voz en grito:

—¡El jueves habrá esquila! Prepárense.

Cundió la alegría y la impaciencia por contemplar aquel acontecimiento anual que rompía la aburrida rutina diaria de la granja.

Alonso me contaba lo que a él le habían contado. Los galeses habían sido los primeros colonos que se instalaron en estas tierras salvajes con sus rebaños. La vida era dura, pero encontraron su salvación con la Trochita, un trenecillo a vapor de vía estrecha que ahora llaman el Expreso Patagónico. Con él pudieron transportar lana y ganado hasta la costa.

—En estas vastas praderas la hierba es ideal para las ovejas merinas. Sus espesos vellones blancos son un tesoro y yo tengo diez mil.

Llegó la fecha señalada para el esquila y los gauchos, que habían salido temprano, trajeron los primeros rebaños de ovejas y las apiñaron en el corral, que los peones habían unido a una manga estrecha, vallada con talanqueras de madera hasta la gran nave de la que se había apartado la maquinaria.

Por la tarde los niños, apostados a la entrada de la hacienda, alborotaron al personal.

—¡Ya vienen!

Una pequeña guagua se acercaba dando tumbos por los baches del camino de tierra y piedra. Cruzó el portalón abierto y se detuvo junto a la nave en medio del bullicio general. No eran más de diez los esquiladores. Parecían cansados y adormilados por el viaje, ellos que rodaban de una hacienda a otra durante meses, vivían, comían y dormían juntos en cualquier establo, arropados con mantas y al abrigo de las bestias. Saludaron a la gente y llevaron sus petates a una esquina de la nave, donde pernoctarían después de una cena frugal, pero caliente, que les habían preparado las mujeres.

Al día siguiente madrugaron con el sol, se lavaron con unas mangueras y desayunaron café con pan. Azuzadas por los peones y los perros, las ovejas iban desfilando por la manga en fila india y en tandas de diez en diez. Una vez en la nave, el esquilador

tumbaba al animal, lo sujetaba con la mano y cortaba la lana con la otra. La pelaba con una destreza pasmosa, sujeta entre sus muslos, y la despojaba de su precioso abrigo con una potente maquinilla eléctrica que colgaba de unos cables. Luego remataba el corte con tijeras afiladas, antes de marcarla con un pigmento natural.

Me dijo Policarpo que algunos seducían a las jóvenes y se fugaban si las dejaban embarazadas.

Si alguna mujer asomaba por el portalón, siempre había alguno que le gastaba una broma obscena para ahuyentarla:

—¡Ojo con éste, que está siempre alzado! ¡Deja que te apriete la argolla!

Por la noche, durante la cena a la luz de la luna, divertían a la comunidad con sus chistes, historias y canciones. Jamás dejaban de reír sus penas.

Les gustaba contemplar el accidentado perfil de la cordillera y decían de las tierras planas:

—La Pampa tiene tanta llanura, que un pampeano le dice montaña a cualquier loma.

Uno de ellos nos alegraba el oído con los rasguídos de su guitarrear. Otro se arrancó con un tango del que aún recuerdo la letra, porque me la escribió después en un tosco papel de estraza:

*¿Me da su permiso, señor comisario?
Disculpe si vengo tan mal entrazao.
Acaso usted piense que soy un matrero,
yo soy gaucho honrado a carta cabal,
no soy un borracho ni soy un cuatrero;
¡Señor comisario... yo soy criminal!...*

*¡Señor... me traicionaban,
y los maté a los dos!
Mi china fue malvada,
mi amigo era un sotreta;
cuando me fui a otro pago
me basureó la infiel.
Las pruebas de la infamia*

*las traigo en la maleta:
¡las trenzas de mi china
y el corazón de él!*

*La noche era oscura como boca'e lobo;
Testigo, solito, la luz de un candil.
Total, casi nada: un beso en la sombra...
Dos cuerpos cayeron, y una maldición;
y allí, comisario, si usted no se asombra,
yo encontré dos vainas para mi facón.*

*¡Arrésteme, sargento,
y póngame cadenas!...
¡Si soy un delincuente,
que me perdone Dios!*

Atanás, el indio con pies de gigante, nos decía que en el Sur, muy lejos, había visto llanuras de hielo, pingüinos y ballenas en el mar. A todos nos sorprendió, porque de costumbre hablaba con sus silencios, ahorrando saliva en lo ya conocido, presupuesto o intuitivo.

Un gaucho, por no ser menos, contó cómo una manada de pumas lo había acorralado en la nieve. Los trasquiladores le escuchaban, sentados en su derredor, con el vello erizado por su relato o quizás por la ventisca que rizaba sus barbas y les enrojecía las orejas. De repente, se oyó un trueno, un relámpago iluminó el patio y el cielo se desplomó en un aguacero. La reunión se dispersó, los pumas huyeron y la nieve se deslizó en avalancha hasta que apagó la fogata y sus ascuas aún olían a grasa del cabrito.

La víspera de su partida, el rancho les ofreció una cena compartida con los peones y sus familias. No quise ver cómo desangraban a los animales; no me remuerde aplastar un mosquito, pero no soporto ser testigo de la matanza de un cordero lechal. Habían encendido tres fogatas de leña, cada una coronada por una cruceta vertical de la que colgaba el costillar de un cabrito o una pieza de ternera. Luego la movían y la asaban lentamente. Cuando el churrasco estaba a punto y la piel bien dorada, goteando grasa sobre el fuego, los gauchos la troceaban con un hacha de mano y un cuchillo carnicero

con filo, y depositaban los trozos de carne, morcillas, chorizos y tripa gorda encima de una parrilla horizontal calentada sobre un lecho de madera de arce. De allí salían directos a los platos, bifés, cuadriles, lomo y matambres, que comían todos de pie en un círculo alrededor de las viandas braseadas. Mi tío me sirvió a cuerpo de reina. Cortó la carne asada con precisión quirúrgica hasta dejar el hueso desnudo. Luego presentó las rodajas sangrantes y alineadas en el plato.

En una semana, a razón de mil quinientas merinas al día, los temporeros habían acabado su tarea, cobraron y desaparecieron a bordo de la guagua. Atrás dejaban tristeza, monotonía y alguna chica enamorada.

Cuando se fueron, los peones recogieron la lana recién cortada en un santiamén y la empaquetaron en sólidos fardos, inmediatamente pesados en la báscula de dos mil kilos, unos setenta mil en total, preparados para su acarreo a Neuquén, debidamente etiquetados.

—A finales del siglo pasado venían por las haciendas unos franceses dedicados a la compraventa de lana, a cambio de una comisión. Les llamaron *langostas* porque llegaban, tomaban la mercancía y desaparecían. Al que se ponía a su alcance no solo lo arruinaban, sino que se reían de él. Pero hace tiempo que fueron expulsados de estos territorios — explicó mi tío.

XXIX

PAISAJES

El camino es más atractivo cuando se ignora adónde nos conduce. Era monótona la campiña. Alegrada y cocida por el sol durante la canícula, era ventosa, fría y desabrida en el largo invierno. Pero me prestaba asomarme a ella desde el porche de la casa y disfrutar del panorama interminable. La vastedad del terreno que desde allí se contemplaba era acicate que empujaba a la aventura.

Recorrimos la comarca en caprichosas excursiones, al albur de las obligaciones propias de mi tío Alonso. Me encantaba galopar por las praderas, allí donde la hierba se arrodillaba, peinada por el viento enardecido del oeste. Otras veces nos acercábamos a la falda del monte, a la sombra y abrigo de los alerces, donde no había ni huella de la mano del hombre. Allí gozábamos de un fresco delicioso, a pocas leguas de los parajes abrasados por el sol y azotados por los vendavales.

—Cuentan que esta tierra está despoblada, y es cierto. Pero no cuentan los árboles, nubes, aguaceros, todo lo que respira y queda para siempre —apuntó Alonso.

Recuerdo un día en que, lejos de los remolinos, en una zona poco profunda, vadeamos un arroyo tanteando las piedras. Si aguas arriba era estruendoso, luego bajaba burbujeante y ahora plácido y cristalino. El agua fluía con alegre sonido, y los rayos de sol se bañaban desnudos en ella sin pudor alguno. Sorprendimos a dos castores que algunos ganaderos habían traído para una fracasada granja peletera.

El sendero terminaba junto a un pequeño pontón, de donde partía una pesada barcaza; la proa estaba pertrechada de unos toscos asientos y la popa, libre como una balsa, disponía de una decena de argollas y cuerdas para atar a las caballerías o los bueyes. El barquero, que vivía en una humilde cabaña a la vera del agua, accionaba el motor y guiaba la chalana en su lento avance hasta alcanzar la otra orilla del río. Allí el panorama era admirable, con una pradera verde en dulce pendiente, adornado de unos bosquecillos diseminados por la ladera de la montaña. Al fondo de las llanuras se divisaban las cúspides azuladas de los Andes.

Eran muchas las bromas con las que Alonso me alegraba los días.

—¿Ves aquella montaña, remota en su lejanía? Pues solo basta con levantar el pulgar con el brazo extendido para que quede tapada. —Yo obedecía y él sentenciaba—: Nunca retrocedas frente a los obstáculos, por importantes que parezcan.

Efectivamente, la brizna de hierba que tiembla a unos centímetros de nuestros ojos, cuando estamos recostados en el prado, puede ocultarnos la vertiginosa aguja de una cumbre distante. Aunque a veces en las cosas pequeñas podemos intuir las grandes.

La vaca y los caballos mugían o relinchaban; los perros no cesaban de ladrar.

La mirada se alzaba hacia las nubes blancas o grises, con tonalidades rojas, liliáceas o azulinas, cambiantes en las distintas horas del día.

Con tantas correrías al aire libre, empecé a lucir la tez tostada de los habitantes de la llanura, que resaltaba el azul de mis ojos y la blancura de mis dientes cuando la risa prestaba a mi boca su gracia fugitiva. Mi carácter había adquirido más determinación, mi voluntad más fuerza. Y mi espíritu contemplativo y sumiso se inclinaba ahora hacia la acción.

Era tal el ajetreo de mi nueva vida, que me olvidé de arrancar las páginas del calendario.

XXX

LA CAZA

En una de las paredes del salón, Alonso guardaba a la vista dos escopetas de caza de dos cañones. Su mayor habilidad estaba en el manejo de la escopeta y en su destreza con la pistola que siempre llevaba colgada al cinto.

—Por aquí siempre hay que tener el rifle al alcance de la mano para espantar al puma y a los bandoleros.

Madrugamos para aprovechar la luz del día. Algunas mañanas las cumbres nevadas brillaban bajo la bóveda terrestre de un azul perfecto, y otras, estaban embozadas en nubes y nieblas tan espesas que apenas se veía nada.

—Buen sol tenemos esta mañana. ¡Ojalá dure! —nos deseó Policarpo.

Anduvimos cerca de una hora, apartándonos de los senderos conocidos. Mirando abajo, contemplé como la reluciente bola roja del sol se deslizaba por los tejados de la hacienda.

El cielo era azul, invernal el sol austral. No caía la luz sobre los picos, era toda la sierra la que ascendía hacia ella.

—El frío es violento, no pide permiso; llega y golpea —advirtió mi guía—. Nadie entiende la ferocidad de este lugar.

La cordillera se alzaba de repente como un muro vertical, erizada de picachos de hielo y fuego. No tardé en jadear, porque el camino se iba haciendo cada vez más empinado. Allí el deshielo llenaba cascadas que brotaban y caían directamente del cielo. Llegamos a pisar el nevazo que alfombraba el macizo, pero tuvimos que retroceder a falta de un calzado adecuado. No había visto hasta entonces la suciedad del color blanco de nieve antigua. Elevando la mirada, avistamos la cabaña de un trampero sobre la nevisca; parecía una isla negra en medio de un mar blanco.

Delante de mí, abriendo el camino, trepaba el cuerpo cimbreño y ágil de mi tío, con el fusil al hombro, embutiendo la cabeza en el cuello de su abrigo. A sus cincuenta años y pese a la circunferencia de su tripa, no era mal escalador.

—Si continúo así —bromeaba—, ascenderé al Chimborazo a los cien años.

Conocía la comarca como la palma de la mano. Enumeraba decenas de nombres de ríos y lagos, volcanes, pueblos y montañas que al poco yo ya no sabía cuáles eran unos y otras. De vez en cuando divisábamos en lo alto, describiendo en silencio inmensos círculos, algún cóndor o bandadas de gavilanes que emprendían el vuelo desde las crestas más elevadas.

—El orden del cielo es como el de la tierra. Sobre los buitres vuelan los halcones y más arriba las águilas —sentenció mi tío—. Más de una vez quise trepar sobre los cabellos blancos de esos picos gigantes, pero siempre tuve miedo al hielo y a ese viento que te empuja.

Luego de andar un buen trecho, subimos al altiplano, donde el verde oscilaba entre el azul y el dorado. El viento dejaba oír su incansable rumor, como si permaneciera desde el comienzo del mundo. La naturaleza se brindaba en toda su plenitud, y bajo las cumbres nevadas, un delicado verde respunteaba las pintorescas laderas. El paisaje fluctuaba entre lo pequeño y lo inmenso. Con su catalejo, estirados sus tres tubos, mi tío tenía dominado el valle y todo lo que se moviera más abajo. La tierra se había pintado de rojo, ocre y verde, con el cielo azul como bandera. A lo lejos se extendían praderas infinitas, donde pacen plácidos rebaños de miles de ovejas. Y en la vertiente que lindaba con los Andes chilenos las verticales y espigadas araucarias. Trepano hacia los volcanes que se alzan como colosos, encontramos pocos árboles, pero sí muchos matorrales, gencianas y flores diminutas moradas y azules que salpicaban las laderas. A esa altitud la cordillera es un animal que echa fuego por sus bocas y de vez en cuando sacude la Tierra con sus coletazos.

Cuando la pendiente se convirtió en una rampa y la falta de oxígeno hacía estallar los pulmones, dimos media vuelta en busca de un paisaje menos inhóspito.

En el claro de una arboleda nos sentamos a comer las vituallas que mi tío acarreaba en su mochila y contemplamos la campiña en todo su esplendor. Entre helechos y zarzas, la espesura se movía blandamente, acariciada por el viento, unas veces susurrando su contento; otras, lamentándose de pena.

Había una sola vida derramada sobre las piedras, las plantas, los animales y los seres humanos. En el sotobosque jugueteaban los chingolos de pecho colorado y los gorrioncitos de cresta gris. Un pájaro carpintero picoteaba los insectos y se escondió en el

tronco de un árbol. Un grupo de mariposas revoloteaba en la floresta. Al igual que yo, sabían bien que el mundo no está hecho a su medida.

Algún tiempo atrás abundaban los animales de caza, cuya carne tenía fama de exquisita. Aún hoy, Alonso escrutaba el monte a la espera de avistar alguno, aunque en nuestras correrías solo vimos una manada de guanacos errantes, de cuello largo y porte elegante que protegían su harén. Ya no abundan el zorro de los Andes, ni las llamas lanudas de cuello alto y patiocortas, presas preferidas de los pumas, musculosos como leones y reyes de la cacería. Según el capataz, una vez que su amo fijaba el ojo en su presa, la cazaba con la tenacidad del puma.

—Los pumas cazan al guanaco; una vez con el cuello entre sus fauces es imposible salvarse y su manjar preferido es el hígado y el riñón —recordaba Alonso—. Estos son riesgos peligrosos, donde el cazador se convierte a veces en presa. Hace años cazaba el jaguar que entonces rondaba por estos montes, y cuya ferocidad hacía estragos en mis rebaños. Ahora me resigno a cazar liebres —soltó, compungido, antes de estallar en carcajadas.

Apostado detrás de una roca, disparó dos veces al aire. Falló el primer tiro y acertó con el segundo. Un ave de presa, no demasiado grande, cayó en picado en un bosque cercano. Lo encontramos, ya inerte, con un hilo de sangre que manaba del pico.

—Es un caracará, una especie de halcón andino. No te asustes de la muerte. Todo lo que constituye nuestro ser no es más que un poco de carne con un aliento de vida y la facultad de pensar. La vida es corta. ¿Qué quedará de nuestras pasiones y esperanzas? ¿Qué es la vida, sino un instante evanescente entre el pasado que ya fue y un futuro que no ha llegado?; no esperes nunca tu felicidad de los caprichos de otros: hila tú misma las hebras de tu destino.

Más de una vez le sorprendí observándome furtivamente, escrutando los rasgos de mi rostro, con una extraña mirada, como cuajada de sentimientos, de forma bien distinta de lo que acostumbraba al otear las montañas, la planicie o el azul del cielo.

La esplendente luz de la tarde había perdido su fulgor. Declinaba el día y se ofrecían a la vista los rojos resplandores del ocaso.

Atrás quedaban las cumbres heladas de las montañas, engullidas por las nubes movedizas por el viento que sopla con tanta fuerza que los indios lo llaman la escoba de Dios, arrastradas desde los escarpados picos hasta las tierras sedientas y el mar.

Esa noche cenamos en el porche, bajo un cielo cuajado de incontables estrellas y poca luz eléctrica. De regreso a mi habitación, reinaba tal oscuridad y era tan intenso el frío, que con la manta subida hasta la barbilla, añoraba el fuego de la chimenea crepitante en el salón.

XXXI

AÑORANZA DE GABRIEL

Los días se deslizaban uno tras otro como las cuentas de un collar de perlas de Majorica, e iban sumando semanas y meses. Las mañanas, por buen tiempo, visitábamos a los rebaños o salíamos de excursión a caballo. Pasaba las tardes ayudando a Amalia, leyendo o escribiendo cartas a mis padres, a mi hermana Cristina y a Gabriel. Luego jugaba con el anillo que me había confiado, haciéndolo girar una y otra vez en mi anular. Era la desesperanza que nos mueve a retener algún objeto pequeño, impregnado todavía por el delirio de quien nos lo regaló. En las noches ardientes, tan lejos de casa, me aferraba a mis recuerdos y soñaba entre las sábanas de lino con los besos de mi amado. Pero era bien poco ese amor que sólo se alimentaba de cartas, letras y remembranzas cada vez más lejanas. Porque nada es para siempre.

¡Qué impaciencia en mis venas! Cada segundo parecía interminable. ¡Tiempo!, pensaba para mis adentros, ¡huye rápido como el agua de un torrente que me acerque a él! Soñaba con el instante en que mis ojos le verían, el instante aún más espléndido en que sintiera su piel y sus labios.

Guardé en el último cajón de mi cómoda las cartas de Gabriel, que mi tío o Policarpo recogían con retraso en el apartado de correos cuando iban a Neuquén.

Leía y releía la primera:

Mi adorable y adorada Mabel:

Mis pensamientos van hacia tí, mi Amada, esperando saber si el destino nos escuchará o no. Yo sólo quiero vivir contigo y si no, no quiero nada. Sin tí sería como un sobre vacío, que no podría llenarlo de besos como hago ahora.

Vuelvo cada día por los senderos que guiaron nuestros pasos. Recuerdo todo, caminando en un hermoso día y ver tu mano anidando en la mía.

A veces me pongo en pie y me digo a mí mismo: «Me voy para allá». Luego me siento de nuevo, movido por la razón. Pero esto no es vida, tú me la has robado.

Estamos lejos, pero al menos puedo soñar contigo. Pronto, quizás, estarás de nuevo a mi lado. Te echo de menos.

No me olvides. Escíbeme y envíame una foto.

Siempre tuyo.

Gabriel

Era la primera carta que recibía en mi vida y era de él. En el sobre reconocí su letra armoniosa y serena, adornada de hermosos arabescos y trazos redondeados o ensortijados como los pámpanos de la vid.

Su correspondencia hablaba mucho de mí, poco de él. Sin embargo, había pasado tanto tiempo que temí que el amor auténtico que tenía por él se convirtiese en una caricatura.

XXXII

LA FIESTA DE LOS PEONES

Pasaron unas semanas hasta que los peones y las mujeres me consideraran parte de aquella gran familia. Hasta entonces, a cada momento se quitaban el sombrero o se inclinaban respetuosamente al cruzarse conmigo, interpretando a su manera la distancia social que les inspiraba.

A veces tomábamos el mate junto al fogón, en compañía de los peones y los gauchos, rudos y primitivos. Con ellos recorrimos a caballo desde los amaneceres hasta los atardeceres. Allí adquirí fuerzas, renové mi sangre, fortifiqué mis nervios y pasé entre gentes sencillas los días más tranquilos de mi existencia.

Un domingo la comunidad celebró una fiesta vespertina. En la sinfonía nocturna del verano, los tilos desprendían su perfume, mientras las ramas y las hojas tocaban su partitura. Aquello parecía un campamento de gitanos. Las caras de los reunidos brillaban como espectros en torno a la hoguera, a la luz vacilante del fuego. Hombres y mujeres bebían su yerba mate, que colocaban cuidadosamente en un cuenco con una paletilla; luego lo sacudían y lo cebaban con agua caliente para humedecer la yerba. Tras introducir una pipeta que llaman bombilla, tapando el pico para que no entrara el aire, vertían agua hirviendo en el cuenco, antes de saborear lentamente el preciado líquido.

En el círculo central se hallaban en convivencia casi todos los linajes, cabezas de todo tipo de cráneos: alargados, achatados, prominentes; cabellos de todos los colores, tonos y matices, desde el rubio de los checos al rojizo de los pueblos indios originarios.

Los que se habían sentado en corro entonaban quedamente canciones de sus países respectivos. Uno de ellos, de espaldas a la hoguera, empezó a contar una historia, al parecer, muy interesante, porque los demás mostraban en sus rostros una expresión sosegada y una profunda atención.

Nos entregamos al placer de oírlos cantar, acompañados de flautas y de rudimentarios instrumentos de cuerda. Las voces combinadas de hombres y mujeres, sus melodías, despertaban en mí una ternura indecible. Las mozas, con los rostros arrebolados, con la piel jugosa y fresca, trenzaban las danzas al son de las canciones, acompañadas de «iujujús» prolongados de los hombres.

—Acérquese, señorita, y beba con nosotros; alégrese con los acordes de nuestra tierra —me invitó Policarpo, con los ojos achispados por los tragos de una bota de vino que corría de mano en mano.

La belleza de sus baladas me recordó las que entonaban los labradores asturianos al acabar la faena colectiva en sextaferia, cuando acudían a segar las mieses, aventar la paja y recoger el grano. Hay canciones como antorchas portadoras de la luz del mundo.

Del fuego solo quedaba un ojo rojo de brasas moribundas y pavesas agitadas por la brisa como las esquirlas metálicas de un afilador. Los peones se retiraron a sus chabolas a descansar las fatigas del agosto, unos meditabundos, otros embriagados y todos soñolientos. Mi tío había salvaguardado mi lucidez durante la velada, saciando mi sed con una jarra de fresca zarzaparrilla.

Al volver a casa, Alonso siguió hablándome de los indios:

—No son salvajes. Su idioma condensa elegancia y matices, fuerza y dulzura. Dicen que este siglo escuchará los estertores del aborígen. Sabemos que en esta tierra, no todos bajamos de los barcos; que cuando llegaron los europeos, hacía milenios que vivían los tehuelches sobre la estepa saturada de implacables soles. Magallanes les bautizó en portugués como *pata gau*, pata grande, por las huellas enormes que encontró en la arena.

»Cada comarca alimenta un pueblo a su semejanza. Tantos siglos de aislamiento los ha hecho silenciosos como la bruma y solitarios como las estrellas; la vida junto al río les enseñó a nadar como lampreas. Es un pueblo extraño, que ríe de cosas incomprensibles. Estos son tranquilos como la noche; pero si les engañas te muerden y sacan sus garras como el rayo su lengua de fuego; un día te abrazan y el siguiente te apuñalan por la espalda. Para ellos, el sol es la luz de los vivos; la luna, la de los muertos.

»Todo lo que cuentan de estas tierras los ingleses es mera patraña. Es verdadero el adagio castellano, que «a luengas tierras, luengas mentiras». Aquí ni gigantes, ni ríos con peces de plata, ni ciudades encantadas, ni refugio de atracadores como Butch Cassidy, Parker y Longabaugh; sólo tierra, ganado y sudor. Nadie ha convertido el plomo en oro, por mucho que algunos sigan buscando el elixir de la inmortalidad y el legendario tesoro de los Templarios.

XXXIII

CORRERÍAS POR LA HACIENDA

Esa mañana había llegado un transportista irlandés llamado O'Donnell.

—Viene y va con su camión y lleva mi ganado al matadero —precisó mi tío—. Policarpo supervisa el pesaje en la báscula y el conteo de las reses antes de su embarque.

El gélido invierno empezó a ceder y después de unas semanas de lluvias y vientos que enervaban los ánimos, siguieron días frescos y soleados en que ya fue posible salir a campo abierto. Llegó el sol a la planicie, sin que por ello dejara de hacer frío muchas noches, pero el día nos invitaba a salir por la campiña, aún húmeda la hierba por la lluvia o el rocío.

A mi tío le gustaba exhibir sus magníficos caballos normandos y me prestó uno de sus preferidos. A los dos meses de aprendizaje con la ayuda de Policarpo ya cabalgaba torpemente al paso, al trote y alguna vez al galope.

Fuera de la hacienda, no había otra vivienda humana a veinte kilómetros a la redonda ni nada que valiese la pena.

Nos comunicábamos casi a voces o por gestos, las más de las veces, mientras los caballos luchaban contra el viento que batía el llano polvoriento.

Dispersos en las praderas como aldeas perdidas en un belén navideño, los rebaños de ganado vacuno atraían nuestra atención. Eran animales de raza Hertford, limusinas y charolesas, unas de capa colorada, otras de capa blanquecina, todas ellas productoras de carne de calidad.

Solo en la estepa, como en el mar, es posible apreciar la inabarcable profundidad y la infinidad del cielo. Aquí no hay voces, solo silencio. La mirada solo tiene una opción: o la enormidad del espacio abierto, o la visión de una flor minúscula. Hay que escoger entre lo diminuto y lo inmenso.

Nos internamos tierra adentro y nos detuvimos en los linderos del bosque. El sol, deslizando sus rayos entre la arboleda iluminaba los tejados de la hacienda y sacaba brillo a los meandros del río lejano.

Llegó el verano y con él las borrascas. Entonces las lluvias torrenciales se desplomaban del cielo, abrían surcos en la tierra y ahondaban los precipicios. El río Limay y su hermano el Neuquén, hinchados de agua con el derretimiento de las nieves, serpeaban y regaban la planicie, pero mostraban entonces su carácter bravío y traidor, desbordando las riberas y provocando estragos e inundaciones. Agitados por el viento, sufrían los arrayanes color canela, con su corteza sedosa y fría, con sus troncos torcidos hacia el río.

Milagrosamente, empezaron a florecer los almendros, y poco después los manzanos y los perales. Trinaban los pájaros en las ramas, y los rumiantes pacían en los prados reverdecidos de una hierba tierna y fresca, salpicados de florecillas blancas y azules que brotaban en los escasos humedales.

Confinada en la hacienda, los días se me hicieron largos como semanas; pasaba las mañanas mirando la lejanía desde la ventana y las tardes tumbada sobre la cama con algún libro entre las manos.

Una madrugada ensillamos los caballos y seguimos la frontera con la provincia de Río Negro, bordeando el río Limay. A medio camino, confiamos las caballerías a un indio que las cuidaría toda la jornada.

Los primeros contrafuertes de la cordillera apagaron el sol y engendraron la noche a pleno día. Alonso se detuvo y oteó las cimas en lo alto. Parecía que bebiera los vientos para averiguar dónde se engendraba la borrasca.

Un cielo tan turbio pedía una tormenta. Las nubes eran tan negras que no habían de reventar sino lloviendo a cántaros. De repente, estalló la de San Quintín. Primero los relámpagos blanquearon la oscuridad. Luego un trueno retumbó estrepitosamente, y nuestras caras se iluminaron de un resplandor verde azulado. El empuje del viento combaba las araucarias y los arrayanes como la suerte lo hace con el hombre y el destino.

—No te preocupes, las nubes de verano descargan muy rápido —me tranquilizó Alonso—. Aquí siempre estamos a la espera de un buen aguacero.

Al poco las nubes desfilaron como soldados y aparecieron jirones de cielo azul. Luego el aire quedaba limpio y alcanzaba a ver más lejos y con mayor claridad bajo una nueva luz. Un arroyo se descolgaba por entre los bosques del faldeo, trayendo en sus aguas el mensaje de los ventisqueros cumbreños para enfilear una garganta quebrada que abría sus fauces de roca.

Desde el Parque Laguna Blanca, contemplábamos cómo el cielo se oscurecía y una tras otra se encendían las estrellas, tan lejanas que me recordaban la brevedad de nuestra vida.

Mi tío me condujo hasta las crestas de aquellas rocas cortadas a cuchillo para contemplar sublimes paisajes. Lagos donde se miraban los vertiginosos picos, cascadas junto a bosques, crecidas de ríos, cielos estrellados, brisas cortantes, mar de soledades desprovistas de vida, caos de rocas, puertos inclinados en pendiente hacia la estepa acostada.

Desde la vertiginosa altura volcánica, contemplábamos una vista maravillosa de cerros y volcanes. A lo lejos se divisaba la blancura prodigiosa de las cumbres de occidente. Teníamos a nuestros pies la hermosa vega con sus cuatro ciudades, San Carlos de Bariloche y sus palacetes alemanes, Villa La Angostura, Junín y San Martín de los Andes; los lagos de Lácar, Espejo Grande, Correntoso, el gigantesco Nahuel Yuapi y más abajo el curso tortuoso del Río Limay que se derramaba por el valle, algunas arboledas umbrías en torno a cada hacienda y grandes rebaños de ovejas que moteaban la llanura con sus lanas blancas.

Alonso redujo el ritmo del ascenso.

—La ruta es más suave si vamos despacio —dijo con voz jadeante

En aquella bruma se iba desdibujando el rostro de Gabriel.

En una tierra sin tiempo, lejos de todo, varada en un planeta onírico entre cielo y tierra, en una frontera impredecible entre lo real y lo imaginario, las sombras de Tineo y Asturias me resultaban tristes y lejanas, y las preocupaciones que me atormentaban, absurdas. Aquí reinaba una eterna fugacidad, era el último confín.

Regresamos al rancho a trote ligero. Encima de nosotros, la luna estaba hinchada y roja como el ojo de un dragón. Había cesado de llover y ya se iban las últimas nubes hacia otros frentes, como yo anhelaba volver a España.

XXXIV

EXCURSIÓN A NEUQUÉN

Eran tantas las aventuras sucesivas de mi estancia, que aún soy incapaz de poner orden en mis recuerdos.

Un buen día amaneció manso, pero nublado. Alonso me llevó de excursión a Neuquén, donde iba a comprar tres sillas de montar para sus gauchos, unos cueros de talabartería y realizar algunas gestiones comerciales y bancarias. Policarpo nos preparó la berlina con dos caballos blancos de enganche, hermosamente enjaezados.

Nos cruzamos con varios camiones de ganado, unos hacia el norte, otros hacia el sur.

De cuando en cuando, una hacienda se cruzaba en el camino, casi siempre propiedad de colonos europeos atraídos por el pujante mercado de la carne, otros exiliados y algunos porque un pasado turbio hacía aconsejable su alejamiento del pasado. A pocos kilómetros se desplegaba la cinta del río Limay. Serpenteaba en la llanura y doblaba su trayectoria oblicua para arrojarse en el río Neuquén, cuyas aguas bautizaban la capital del mismo nombre. En sus riberas amarilleaban los álamos y los arces parecieran arder.

El viento no daba tregua. A un kilómetro de Neuquén divisamos de repente un gigantesco puente de hierro que cruzaba un caudaloso curso de agua, el gran Río Limay. ¡Pobre del que no ha visto más ríos que los de su patria! De lejos, parecía un mar andante, pero era tan solo un hijo rebelde de las nieves andinas. Visto de cerca, azuleaba y se amansaba el río. En sus remansos se oía el murmurar de las aguas. La luz tocaba el río y sus negras aguas relucían como un cestillo de diamantes y huían con la corriente hasta perderse en el tiempo.

Tan lánguido era el fluir que resultaba imposible imaginar que solo hacía un mes sus aguas tumultuosas habían inundado los bajos de la ciudad y las praderas aledañas, a una velocidad más rápida de lo que mucha gente es capaz de correr. El hacha y la tala de los árboles habían diezmado los bosques y las lluvias habían barrido el suelo para erigir la ciudad.

Habíamos llegado temprano y la Villa, que se había acostado soñolienta, amaneció sobresaltada. Mi tío tenía unas cuentas pendientes con los caciques de Neuquén, dos

hermanos ganaderos de estirpe italiana, Pasqualino y Giuseppe Rosa, que tenían la ciudad en un puño, pues eran propietarios del matadero, con su cámara frigorífica recién estrenada, y controlaban el comercio de ultramarinos. Su doctrina, según ellos mismos decían, era la siguiente:

—Si quieres que tus negocios prosperen, juega con todos, navega con todos los vientos y nada en todas las corrientes, hasta en el agua más turbia.

Protestando contra las condiciones draconianas que imponían a los españoles, más duras que a los italianos, mi tío subió conmigo a su despacho y les espetó, con la mandíbula apretada:

—No sean indianos de hilo negro como tacaños. Pueden ustedes llevar la mula al abrevadero, pero no obligarla a beber. Las cláusulas de sus contratos han de ser las mismas para todos los hacendados, cualquiera fuere nuestra nacionalidad.

El pulso no fue a más, gracias a un chileno llamado Epifanio Opazo, que sin saber leer ni escribir, era más diplomático que ellos y verdadero motor de la empresa.

Al salir de allí, mi tío masculló:

—Creo en la Humanidad sin creer en los hombres. ¡Lástima que el sol también brille para el diablo!

Mientras Alonso sacaba dinero del Banco de la Nación Argentina y realizaba distintas gestiones administrativas, vagué por el centro urbano. Admiré la fachada del Cine Teatro Español, inaugurado en 1938 por la Sociedad Española de Socorros Mutuos. Reconocí la marca de sifones de soda Marcucci Hnos. —que bebíamos en casa—, pintada sobre el gran panel que presidía la fachada de la fábrica. Luego en la farmacia La Cordillera, en la calle Sarmiento, compré los medicamentos encargados para el botiquín de la hacienda. Conversé con su dueño, un médico de Somiedo apellidado Abellán. Me dijo que había emigrado con su esposa y dos hijas casaderas; una estudiaba en Buenos Aires y la otra permanecía en la trastienda, postrada en una silla de ruedas por una poliomielitis contraída en la infancia. Seguí andando y en la tienda de un galés afincado en la Avenida Olascoaga adquirí tres regalos para mi tío: una cachimba con su boquilla de madera de baquelita y su cazoleta esculpida con figuras de lobos, una brújula y un catalejo. Luego me hice un retrato en un estudio fotográfico, la recogí una hora más tarde y la envié por correo a Gabriel.

En la almendra central de Neuquén, espaciosa y cuadriculada por sus calles principales, se levantaban con orgullo las casas más suntuosas, de robusta construcción y de grandes ventanales. En la periferia, por las vaguadas del río, se amontonaban caóticamente las cabañas de los recién llegados.

En los cruces de algunas calles, entrañables charlatanes y erráticos vendedores hacían las delicias de los transeúntes. Un excéntrico ganapán pedía a quien quisiera oírle una moneda para alquilar un bajo al que le tenía echado un ojo y que le hubiera venido pintiparado.

Bajé al río y en su orilla me entretuve contemplando unos patos torrenteros que se sumergían con sus polluelos en busca de alimento, a pesar de la intensidad de la corriente y a riesgo de perecer en los rabiones que se precipitaban aguas abajo.

Al atardecer, me reuní de nuevo con mi tío en el almacén La Nacional, en la avenida Olascoaga, donde vendían maquinaria agrícola y artículos de ferretería y de talabartería. Salimos con las sillas de montar y las cargamos en la calesa, antes de emprender el viaje de retorno a la hacienda.

Todavía se acordaba de la reunión con los italianos y abatió la fusta con demasiado brío sobre el lomo de los corceles. La berlina arrancó entre las chispas de los cascos sobre las piedras.

En el camino de regreso, nos cruzamos con dos *chatas* tiradas por caballos e intercambiamos saludos con los colonos que las conducían camino de su hacienda. Pronto anocheció y las nubes bajaban sus párpados sobre el campo, mientras palidecían las lejanas luces de los ranchos.

XXXV

NOSTALGIA DE LA TIERRA

Había pasado casi un año y las semanas se ralentizaban con una lentitud exasperante.

Gabriel me enviaba frecuentes misivas, cada vez más implorantes. En una de ellas se declaraba dispuesto a cruzar el Atlántico para que viviéramos en Buenos Aires el resto de nuestras vidas. Le disuadí de inmediato a vuelta de correo.

—Me iré de casa, ellos lo quieren; si tú me quieres, siempre estaré contigo. Sólo me queda un océano para llegar a ti.

Fuera del sobre que le enviaba, quedaban cautivos mis miedos y deseos, mi ilusión perdida en medio de la nada.

¡Sus cartas!, papel muerto, mudo y blanco, pronto amarillento. Y no obstante, palpitaban cuando aflojaba la cinta y, cayendo sobre mis rodillas, cobraban vida y me estremecían sus palabras. Sólo se escuchaba el surtidor en el jardín; caía el agua sobre el mármol como cae el corazón desde el suspiro hasta las lágrimas.

Me preguntaba si volvería a verle, inquieta como estaba ante la incertidumbre de mi porvenir. Me sentía muy sola y besaría los dedos de esa mano que me escribía, como besaría sus huellas sobre la nieve en ese invierno de Tineo.

De España no me separaba más que el Atlántico. En esa lejanía sentía pasar las horas en un cortejo frío. Pero pensaba que volvería y brillaría otra aurora; como en un cuento reviviría en el bosque su risa sonora como el cristal del río Narcea.

Había una cierta inclinación de la luz en las tardes de invierno que me oprimía como un mal presagio a lomos del aire. En las noches de tormenta, sola en mi lecho, tenía la sensación de estar en un arca de Noé, navegando por la llanura. Aquella noche, inusualmente, el viento aullaba sobre un fondo de tinieblas y la lluvia repiqueteaba en los cristales estriados de la ventana apenas entreabierta, por la que penetraba el olor de la tierra mojada. Gemía la madera cuando el viento y el agua atravesaban sus venas.

Una súbita ventolera abrió el ventanal de par en par y un frío glacial penetró en la estancia. Esa noche hasta la luna temblaba. Mientras el cielo esperaba la nieve, en mí despertaba el alba del retorno a España, preñado de promesas.

Para mí, quejumbrosa por los tiempos felices que nos habían arrebatado, fluían lentos los días que aplazaban mi deleite.

Atrás quedaban los días de verano. El sol ya tintó las uvas y el frío amarilleó las hojas de los árboles. Sol, tinieblas, estrellas, albas y crepúsculos, sombras y penumbras, nubes fugaces, tableteo de la lluvia, verdes del verano y grises del invierno, chirridos de las cigarras, cricrí de los grillos, voces de los boleros, órdenes del capataz, gestos repetidos, todo me hacía percibir el paso del tiempo, pero tan lentamente que me parecía una eternidad. Si pudiera, lo abreviaría para refugiarme de nuevo en los brazos de mi amado.

No cesaba de pensar en él, manteniendo viva mi tristeza y alimentando mi melancolía. La carne inmóvil e inservible se me antojaba mineral. Solo mis recuerdos mantenían vivo un soplo de esperanza.

Elevando la mirada al cielo ¡qué distantes parecían las estrellas, qué lejano nuestro último beso!

Los sueños me esperaban a diferentes profundidades.

Me adormecí cuando la luna apenas parpadeaba en los visillos de la ventana. Dormida ya, encontré al despertar los recuerdos de mis fantasías con él, cuando en el cielo aún se disputaban el sol naciente y la luna moribunda, como en el pensamiento mis deseos y pesares.

De madrugada, cuando empalideció la lámpara de noche, me di cuenta que clareaba el día.

Desde la cristalera del ventanal, apartando la cortinilla contemplé el campo abierto, como un navegante al mar que rodea su barca. Solo vi un océano de tierras onduladas, ocreces incesantes y un cielo plomizo y agobiante. A lo lejos, unas olas montañosas. Afuera, en el patio, hojas secas danzaban en círculo y golpeaban las paredes de la casa.

Me senté frente al espejo un día y contemplé mi desesperación. Una brizna de melancolía oscureció mis ojos y vi una mujer pequeña y regordeta, de cabellos rojizos y ojos entre verdes y garzos, mandíbula ancha y boca grande y carnosa. Me encontré

envejecida. No me sentía hermosa, tuve miedo e ignoraba por qué. Temblaba por mí porque lo que creía eterno solo era efímero.

¿De qué servía llorar por su ausencia? ¿Quién sabría nada de ello? Porque, si estaba sola, no había quién.

A veces, me dejaba arrastrar por la quimera. Apenas pensaba ya en el placer carnal y se desvanecía poco a poco el recuerdo del cuerpo de mi amado, atlético y lleno de energía. Pero no cesaba de sentir su presencia, su compañía en mi soledad. En cuanto nadie me veía, me servía de consuelo su fotografía, refugiada en el libro que me regaló.

Su recuerdo me resbalaba en la imaginación como el mercurio entre los dedos. ¿No quedaría nada de nuestro afecto? ¿Desaparecería como polvareda en el viento? Todo lo que nos parece imperecedero tiende a la destrucción. ¿Cómo podría pedirle que me quisiera, si con mi destierro maté su corazón? Temblé de miedo a perderlo.

Pensé que la ilusión es lo último que se pierde. Pero también se pierde. Aquí el futuro no tenía para mí sentido.

Salí al jardín en busca de aire fresco y el paseo me calmó un poco.

Con el paso de los meses, la soledad se fue haciendo menos soportable. No había conocido primavera ni otoño, solo frío y ardencia. Una tarde acudí a cenar. En el salón mi tío carraspeaba, soñoliento, con la Radio del Estado emitiendo un discurso del presidente Roberto Marcelino Ortiz, hijo de vascos, diabético y casi ciego. Acodado en su sillón, Alonso apoyaba la cabeza sobre una mano, en un gesto pensativo a la manera de Jovellanos en el lienzo de Goya. El péndulo del reloj de pared sonó de repente las ocho de la tarde y se despertó. Apagó la radio y me sonrió.

—Tío, me aburro. Tengo ganas de regresar y encontrarme de nuevo con Gabriel —confesé—. Me siento perdida en estos amplios horizontes y añoro a nuestro pueblo, sus callejuelas y sus pequeñeces. Me veo flotando en un mundo onírico, lejos de las certezas del presente y de la incertidumbre del futuro. Llevo un año entre algodones y me apetece volver al empedrado de las aceras y al asfalto de las calles. Este espejismo se ha acabado y necesito pisar el terreno firme de la realidad. El recuerdo de Tineo agrava el deseo de tornar en busca de un nido verdadero donde cobijar mi existencia, una maleta donde ir y no volver.

—Claro, nena. Te entiendo —me respondió con tristeza—. Cuando vuelvas, alterna con la gente joven. ¡Diviértete! —Me conmovió y lo abracé.

Con mi destierro había sido peor el remedio que la enfermedad. Una mujer, privada de vida en destierro forzado, podría volver con un deseo feroz de placeres, esa ferocidad que algunas hembras llevan en su naturaleza.

XXXVI

EL RETORNO

En abril recibí una carta de mi padre anunciándome que mi destierro había finalizado y que me permitía volver a casa. Al poco recibí un giro postal con mil duros y un sobre certificado con un billete de embarque con salida fechada para el 5 de mayo de 1942, con destino a Santander. A partir de aquel mensaje, el tiempo pasó como una exhalación. Cuanto más se acercaba la hora de mi partida, la ilusión de volver a ver a mi amado se iba alejando, temerosa de que ya no estuviera en lo porvenir, sino en lo pasado.

Llegó el día del adiós.

Policarpo me abrazó y me deseó suerte.

—No temo por vos, sé que te *sabés* defender. Igual, cuidate: el diablo está suelto por todas partes, *mirá* que no te atrape.

Su madre, la más vieja, encorvada y de rostro curtido, lloraba al estrecharme la mano y despedirse. Amalia, apoyada en la barandilla del porche, no sabía qué hacer: ora retorció su mandil, ora agitaba una mano en abanico a la hora de partir.

Alonso me acompañaría en calesa a Neuquén. Las mujeres de la hacienda, con sus hijos y algún peón agitaban sus pañuelos y me puse a llorar a la vez que sonreía. Mi tío hizo chasquear el látigo y los caballos salieron al trote.

Una hora más tarde se despidió de mí en la estación. Lloramos y la emoción apenas nos dejó aliento para expresar nuestra congoja. Sólo recuerdo una frase:

—La vida son tres días y dos de ellos, nublados. Aprovéchala al máximo, *neña*. Has pasado un tiempo desterrada, pero tú tienes patria adonde volver.

Bajando la mirada hacia el andén, le vi sonreír. Una sonrisa que probablemente nunca volvería a ver. Por la ventana del compartimento, de piso alfombrado y persianas venecianas levantadas, pude ver el galpón de frutas de Porzio Siracusa, que abastecía Buenos Aires de peras y manzanas compradas a la estancia La Alianza, contigua a la de mi tío.

Arrancó el tren y cruzó el Río Negro. Las bellas provincias que se atravesaban, cada una con sus ríos; los parajes pintorescos que enternecían mi alma, la alimentaban de sentimientos exaltados y delicados. De cuando en cuando, al llegar a un apeadero, me despertaban el chirrido de los frenos, la agonía de la locomotora, el choque de la parada.

En los vagones se oían las risas de los pasajeros, las informaciones de los revisores y las conversaciones de tratantes de caballos. Pero yo permanecía pensativa. El embrujo de Patagonia y el susurro de la Pampa no se han acallado del todo en mi memoria.

A la llegada a la capital, me hospedé de nuevo en el Continental. Eran las dos de la tarde y me hice servir el almuerzo. Al adentrarme en la ciudad, plegué los ojos para acostumbrarlos al paisaje urbano, tan lejos de las vastas soledades andinas.

Al día siguiente, un taxi me condujo al puerto y facturé el baúl en consigna. Luego me entretuve paseando por la orilla del Río de la Plata. Pensé que mi vida era un juguete en sus aguas, cuya rápida corriente y la fuerza de su caudal arrastraban sin remedio todo lo que se acercaba a sus márgenes. Estaba tan ensimismada que tuve que acelerar el paso para embarcar. Ni el tiempo ni la marea esperan a nadie.

En el barco sólo había camarotes de primera y de tercera, y a los de tercera mandaban únicamente a los pasajeros más humildes. Si llevaban levita o se vestían como un burgués le pedían el billete de primera clase.

Por fin, el navío levó anclas rumbo a España, en medio de la densa humareda que escupía la chimenea. En sentido contrario, tres vapores se acercaban envueltos en sus penachos de humo entre mar y cielo. Las nubes volaban como vellones de plata en el cielo argentino.

Pasé el viaje sumida en la incertidumbre de lo que me esperaba en mi destino. En la sala-comedor, unos jugaban a las cartas, otras cuidaban de los niños, mientras los jóvenes alborotaban la cubierta en ruidosa animación, la cabellera expuesta al vendaval que lloraba sobre el mar errabundo. A media travesía nos sorprendió un viento huracanado. El océano atacaba por los costados del navío, elevando grandes olas de espuma y haciéndolo cabalgar como a lomos de un potro salvaje, mientras la tripulación preparaba los chalecos salvavidas. Zarandeado por el rudo rugido del oleaje, el barco se llenó de miedo y empezó a cabecear. El silencio del pasaje era sobrecogedor. Cuando el temporal amainó, estallaron las conversaciones. La gente se reía de quienes se habían quedado en

cubierta y habían acabado despeinados por el viento que soplaba en todas las direcciones. Yo permanecí encerrada en mi cabina, en la seguridad de que Danilo me esperaba en el puerto de Santander.

El camino más corto no es el más recto, sino aquel en que los vientos más propicios hinchaban nuestras velas.

A medida que la tierra se acercaba crecía mi impaciencia. El buque avanzaba y, sin embargo, parecía inmóvil para mi ansiedad.

Cinco días después avistamos Santander. Empezaba a anochecer y en la capital montañesa, cada vez más cercana, se encendían como luciérnagas las luces de sus calles trazadas a escuadra. El cerro de Somorrostro dominaba la bahía. Un año antes el centro medieval había ardido en un pavoroso incendio.

MORADO

Castigo

XXXVII

DE NUEVO CON GABRIEL

Danilo me esperaba acompañado de un fornido portabultos revestido de un gastado mandilón azul y una vetusta gorra de plato con visera. El mozo nos guió con su carretilla hasta el automóvil y cargó el baúl en el maletero, como si fuera un juguete. El trayecto en coche de Cantabria a Asturias transcurrió sin novedad. Al llegar el coche a Tineo, bajo el balcón desde el que el general Riego pronunció una arenga contra el tirano Fernando VII, aparecieron mis demás hermanos. Asomados a un ventanal de la casa familiar, mis padres y mis hermanas saludaban mi llegada agitando las manos.

Al cruzar la plaza, escuché de nuevo la agitación del bronce de las campanas y el bullicio del mercado. Apostado en una esquina, apercibí la cara sonriente de Gabriel. Nada más verle, el año transcurrido quedó reducido de una eternidad a un pestañeo.

Subí lentamente a mi habitación. Mis vestidos seguían alineados en sus perchas como los dejé. Durante el año transcurrido desde mi partida, había olvidado el tacto de los tejidos de calidad, largos y ligeros, en los que encajaré mi cuerpo este verano. Escogí para verle uno azul cielo, con un escote ribeteado de seda escarlata, nada provocante. Lo luciré para él, para que esté orgulloso de mí. Peinaré mi cabello ondulado y perfumaré el torso con un chorro de agua de Colonia para refrescarme con su fragancia.

Al día siguiente nos citamos en San Roque. Por fin lo distinguí entre la niebla. Era él. Caminé con el aleteo del deseo batiendo en mis sienes y un cálido peso en el vientre. Nada más verme, su cara se iluminó de alegría, corrió hacia mí, me estrechó fuertemente en sus brazos y sus bigotes rozaron mis mejillas. Sus besos se alternaban con profundas miradas a los ojos, a mi rostro acaramelado y a mi piel morena por el sol americano.

—Había olvidado cómo se besa —confesó.

Hacía un año que no nos veíamos. No tardó en decirme que estaba deslumbrante con mis ojos verdes, mi ondulado pelo rojizo y la misma alegría de vivir. Pero por mucha alegría que en el momento mismo pudiera darme nuestro reencuentro, sentía que no iban a tardar en presentarse las mismas dificultades por parte de mi familia.

—Por aquí nada ha cambiado desde tu partida —me dijo.

Caminamos por un sendero entre altos tilos y magnolios, disfrutando de la brisa fresca que relevaba al calor del día.

—¡Ha pasado tanto tiempo! Cuando llegaste de América con tu vestido escarlata parecías una amapola en un prado verde. Estabas tan guapa que me hubiera podido quedar mirándote un año entero. Si antes te recordaba como una muchacha algo regordeta, ahora te encuentro más delgada, con la piel curtida por el sol y el viento, las mejillas más enjutas, más brillante el fulgor de tus ojos, con tu cuerpo bien torneado y tan esbelta como pudiera desear. Has vuelto más hermosa, morena y saludable. Eres el aire que respiro, mi misma existencia. Tu ausencia me ha embrutecido, me ha dolido cada día oprimiéndome el pecho y tan solo me aliviaba el néctar de tus cartas.

De su pecho fuerte surgía una llama cuyo fulgor aún seguía inextinguible. No había pasado una hora y nos encontrábamos conversando en su casa con la misma confianza que antaño, yo a trompicones en mi afán por contarle mis aventuras de ultramar y él con el mismo aplomo y dominio de sí mismo.

—Nunca había salido de Asturias. Antes la Patagonia era apenas un punto del mundo —dije—, pero ahora es un recuerdo imborrable. Mas por muchas maravillas que encontré en el camino argentino, sólo fue un viaje: mi hogar eres tú.

La cicatriz de nuestra separación no se había cerrado del todo; pero un soplo de su voz y una caricia la volvieron a abrir y desgarrar. Como una loba hambrienta de deseo, me cobijé de nuevo en sus brazos, descalza y con el pelo suelto, ajena al pudor. La sangre volvió a encenderse con la misma efervescencia que antes de mi partida y el desorden de nuestros sentidos completó el que ya dominaba nuestras cabezas. Mi corazón se derretía al contacto de su fuego ardiente y sentía el rumor profundo de la sangre galopando por mis venas. En cuanto me abrazaba me rendía y era cuerpo inerte en su poder, sin querer sublevarme contra leyes que no conocía. Sentía la llamada de la naturaleza que me

arrastraba a un delicioso abismo donde no quería caer. Y la sangre me subía a la cabeza, sumida en la confusión, causándome deleite en las entrañas y respingos en la médula de los huesos.

El sol estaba ya bastante alto cuando me desperté con el dulce aliento de Gabriel que sentí en mi nuca. Cerré los ojos, fingiendo seguir durmiendo. Se apretó contra mí y sentí la fuerza de su pecho, el perfume de su pelo y el aliento de su boca. Soltándome, murmuró tiernamente:

—¿Por qué cierras los ojos? Ábrelos que los vea.

Mezcló sus pestañas con las mías, jugando al beso de las mariposas. Sentí sus labios en la mejilla y de nuevo me pidió suavemente que despertara. Me enderecé entumecida y abrí los ojos. La chispa que flameaba en los suyos revelaba un oscuro ardor.

Le gustaba verme alegre, oírme hablar; adivinaba mis menores pensamientos y nuestro amor aumentaba de día en día hasta el colmo de la felicidad. Me miraba en todos los espejos para ver el cambio que en esos meses se había producido en mí. Mi amante había encendido en mí una luz inesperada que alumbró el camino hacia mi destino.

Nada importaba ya que nos vieran paseando por la floresta, besándonos, disfrutando de los trinos de los pájaros, respirando la fragancia de las flores y bebiendo de la fuente que manaba en el recodo del camino.

XXXVIII

EL ANILLO DE COMPROMISO

De nuevo confié mis sentimientos a mi compañera Amparo:

—Está enamorado de mí como antes y se cree que soy la mujer más encantadora del mundo.

Nada sabía mi amiga del rechazo que hacia él mostraba mi familia.

—Preséntalo a tus padres, que coma en vuestra casa y les haga la petición de mano oficial, como corresponde —me aconsejó con inocencia.

—Mi padre nunca lo aceptará —le revelé.

—Entonces obedece a tu sentimiento; estar viva es arder siempre, y un arrebatado del cuerpo nunca miente —trató de persuadirme. Además, no has de dar nada por perdido. ¿Has visto cómo mira a la gente con una intensa seriedad y cómo habla con calma y lentitud? Y cuando quiere convencer, cómo inclina el torso hacia adelante, con esa seguridad que expresa una voluntad de hierro.

—Hace falta mucho más para impresionar a mi familia.

A partir de entonces, busqué con mayor empeño la compañía de mi amado. En cuanto sentíamos el fresco del anochecer, volvíamos a nuestros paseos crepusculares, unas veces por el Camino de San Roque, otras por el Camino Verdeamor.

Al cabo de unas semanas, me citó en su casa, nuestro nido de amor. Subí por la oscura escalera hacia el piso superior, inundado de luz. Me esperaba en el dormitorio, trajeado. Llevaba reloj de oro en el chaleco y alfiler de plata en la corbata. Trataba de darse tono y parecer más señor de lo que era en realidad. Hincó sus rodillas teatralmente en el suelo y me preguntó:

—¿Quieres casarte conmigo? Te ofrezco mi amor y mi cariño, mi trabajo y mi ambición; una vida sencilla, pero digna y feliz. Cuidaré de ti mientras viva. No busco una esposa joven —dijo—. Ya he cumplido los cuarenta, soy sobrio y reposado.

Me quedé de piedra, no sabía si reír o llorar. Bajé las manos y las ceñí en torno a su cabeza, acariciando sus cabellos.

—Te quiero tanto, vida mía... —balbuceé. Lo eres todo en mi existir.

Aún no tenía treinta años, apenas veintinueve. Me encontraba en esa edad en que los sentimientos tienen aún la frescura de la juventud y las pasiones, pero en la que ya apuntaba la serenidad de la mujer madura.

Mi amado se puso en pie, abrió un cajón de la cómoda y sacó una cajita con dos alianzas que había comprado en Oviedo. Cuando me entregó el anillo de compromiso, me eché a reír de alegría, como una adolescente.

—Iré a tu casa y pediré tu mano.

—No lo hagas —le supliqué—. Caerías en una trampa.

XXXIX

LA PETICIÓN DE MANO

Una tarde, cuando pasaba delante del despacho de mi padre, le escuché hablar con mi madre. Le decía:

—Me ha pedido cita, pero se hace ilusiones. Cebaré bien el anzuelo y el pez picará. Y cuando haya mordido, no le soltaré.

En contra de mi opinión, Gabriel se había decidido a presentarse ante mi padre y yo temía por su altivez.

Sin más rodeos, mi pretendiente se explicó:

—Su hija es una buena muchacha, sencilla, alegre y he sentido por ella un gran afecto, un verdadero amor. Su ausencia del último año no me ha desalentado, ni creo que a ella. Mabel merece un esposo que no se ocupe más que de ella. La quiero para toda la vida, y por ello me atrevo a pedirle respetuosamente su mano.

—¿Cómo ha podido creer en esa posibilidad, rayana en la insolencia? Y si de verdad lo cree, es que es un mentecato. Usted no cree en nada, ni siquiera en Dios. ¿Qué querría usted, que le abriera de par en par las puertas de mi casa, que le agasajara y me riera de sus bromas? Eso no ocurrirá o solo pasando por encima de mi cadáver. Su posición no es igual a la de Isabel y también le aleja de ella la desproporción en la edad. La lleva diez años y sería enlazar la vejez con la juventud, que se marchita pronto. Bien sabe usted que el honor de una mujer es como una cerilla; sólo arde una vez. Piénselo detenidamente. Quizá todavía se figura usted que va a casarse con ella. ¡Deje tranquila su imaginación! Y si lo hace, le arruinaré. Comeréis pan negro y castañas, viviréis entre harapos.

—Oiga, usted ya conoce los sentimientos que guardo hacia su hija. No hablo para ofenderlo ni para herirlo.

No podía haber acuerdo alguno. Eran dos hombres dispares, zarandeados por la discordia. Faustino prosiguió:

—El desgraciado aprecio que usted inspira a Isabel no es un secreto para nadie. Pero aunque ella le amara con locura, nuestra casa no lo consentirá. Si lo hiciera, no sería el hombre que soy. Le recuerdo, señor Fernández, que el dueño de mi hija soy yo. He calculado en cuánto supera nuestra fortuna a la suya y el resultado arroja más de trescientas veces; para arrebatarle a Isabel necesitaría pagar una dote inalcanzable para su bolsillo.

—¿Cómo se atreve a hablarme de esa forma y de su hija como si fuera una yegua? ¡Se está excediendo usted! No me compare con los que son más, sino con los que son menos que yo. No por ser rico cabrá en su estómago más que en el mío, pues más que graneros me basta un arcón. La Parca lleva amarrado a su carro brillante no menos a los siervos que a sus amos linajudos. Ya que todo lo reduce a dinero, sepa que tengo un negocio y un buen caudal ahorrado. Pero sobre todo, a su hija le entrego mi amor.

—¡El amor, el amor! Eso dura un suspiro. El matrimonio sale del hórreo, depende de la panera, si está llena o vacía. Y el dinero es el narrador del mundo. Y lo demás son *murundangas*. Isabel no se mueve de aquí sin mi autorización. Como decía Sancho Panza con buen juicio, «dos linajes hay en el mundo, que son el tener y el no tener».

—No lo creo así. Solo hay dos clases de personas en el mundo: las que son buenas y las que no lo son. Pero todos los hijos de Adán estamos hechos de la misma pasta. De alguien tiene uno que descender. ¿Acaso tengo yo la culpa de haber nacido en un caserío, y no en un palacio en la ciudad? El cementerio de Tineo está lleno de cuerpos que antaño fueron sus dueños y hoy han caído en el olvido como los demás, que apenas han exhalado el postrer suspiro, se hundieron de inmediato en la nada sin que siquiera su nombre sea recordado. ¿De qué sirve acumular caudales sin límite? Prefiero contentarme con lo poco que es necesario. No seré el usurero que cuanto más arruinado está uno, tanto más implacable lo apremia; porque la avaricia es tan insaciable como la sed de Tántalo y no hay días suficientes para disfrutar tanta riqueza. Los hay para quienes nada es bastante y siguen la ley del tanto tienes, tanto vales. Pero no soy de éstos.

—Tengo en casa nueve bocas que alimentar, además de mi esposa. El dinero me proporciona seguridad y consideración en estos tiempos convulsos. Agrandar y unir fortunas es un deber al que una hija sensata no puede sustraerse. Todos tienen asignado su sitio en este mundo: el obispo en el altar, el labrador en la tierra y el criminal en la horca. Reconózcalo de una vez. Usted no es de nuestro rango, ni su casa es de abolengo.

—Mire usted, señor. Soy de Lantero y nada me asusta. Sabe que en mi aldea prefieren golpear un poco más que un poco menos. Me juzga sin conocerme, pero no hace falta que me insulte. Hay quienes olvidan, pero no soy de éstos. —Lanzó sobre mi padre una mirada enfurecida.

—Puede desahogarse y decir lo que quiera. Pero el matrimonio no solo depende de un sentimiento amoroso, sino de la fortuna, el respeto y la fidelidad. El amor, si llega, llega más tarde, con el paso de los años. Es como una empresa familiar, el resultado de un concierto y una dote, registrada con capitulación matrimonial ante notario, para que no haya equívocos.

—Sí, ya escuché eso en una aldea vaqueira. Cuando se negociaba una boda por un ganado, dicen que la novia contestó a su pretendiente: «Cásate *entós cola vaca*».

Exasperado ante el fracaso de su estrategia, mi padre recurrió a su último cartucho, entre oscuras y veladas amenazas:

—Esta es mi oferta definitiva: le daré diez mil pesetas y un mes para que renuncie a mi hija y se vaya con la música a otra parte. Si se va de aquí, le daré una recomendación para mis amistades en Oviedo.

—En poco valora usted a Mabel. Que me carbonice un rayo si yo fuera tan cobarde. Guárdese su dinero y que le entierren con él.

—Parece empeñado en hacer siempre lo contrario de lo que se espera de usted. Si no se tratara de mi hija, hasta podría llegar a estimarle, pero no le creo. No necesita justificarse ni darme más explicaciones. ¿Para qué, si no son ciertas?

»Señor mío, estoy enterado de todo y tengo el disgusto de decirle que se vaya de esta casa, que deje en paz a mi hija y que se vaya de esta Villa para siempre. Y si no se va voluntariamente, conseguiré su destierro, incluso al precio de calumniarle.

—No estoy en mi casa y me iré. Pero sepa que si no fuera por su hija, ya le hubiera arreado. Dé las gracias a que la sangre de mis antepasados se ha entibiado hasta llegar hasta mí.

Al ver salir a Gabriel, tan serio y dolorido, los ojos centelleantes, tuve un mal presentimiento y rompí a llorar.

—¿Qué te ocurre, niña? —Se acercó mi madre.

—¡No es nada! ¡Nada! —murmuré, tratando de dominar mis sollozos.

Tuve la sensación que experimenta una persona a la que se le ha roto una arteria cerebral y en la que queda inhibida una parte de la memoria. Recordé cuando de pequeña me regalaron un caleidoscopio, un tubo de cartón que creaba múltiples imágenes simétricas y luminosas. Lo desmonté y en su interior sólo encontré tres espejos y unos trocitos de cristales de colores. ¿Era su reflejo lo que creaba tan brillantes figuras? ¿Nada más? ¿Eso era la belleza? Lo mismo cuando mi madre nos llevó a la iglesia y levanté el faldón de la Virgen. Sólo había una cabeza atornillada a un tosco armazón de madera. ¿Era el mundo tan solo una ilusión?

Mi esperanza se derritió como nieve al sol. Fui incapaz de pronunciar una sola palabra, como si me apretara un nudo corredizo. Mis padres formaban un bloque inexpugnable ante el cual se estrellaba cualquier actitud que no fuera la de obediencia y respeto. Hubo momentos en que tuve miedo, pero me faltó coraje. Me invadió el sentimiento de que todo lo que hacía estaba mal, y lo que pensaba, y lo que era. Nada podía hacer, sino obedecer, porque cualquier otra decisión estaría equivocada. No había remisión y me resigné a la derrota.

¿Debía resignarme a lo que el destino me deparaba y someterme ante la imposición, o dar rienda suelta a mis sentimientos, a mi pasión carnal ya tardía? ¿Con quién me casaría mi padre? Con cualquiera que tuviera fortuna, suya o heredada. ¿Qué vida me esperaba después? Sería como estar enterrada en vida. Pero solo se vive una vez. Y no soy de las que piensan que es mejor cualquier marido que ninguno. La vida es corta y no aplazaré mi felicidad por los caprichos de otros ni les dejaré tomar las riendas de mi destino.

Algo me hizo entender que si no lo tomaba ahora, el destino lo perdería todo. Mi amor por él se había apoderado de mis huesos hasta el tuétano.

A partir de entonces, mis hermanos no me dejaban a sol ni a sombra, negándome el privilegio de la soledad. Mi deber, según ellos, consistía en renunciar a mis proyectos de mujer, a ahogar mi libertad con sus tradiciones centenarias.

En los días siguientes a la reunión familiar, caí en una honda depresión, el aire absorto y ausente, sufriendo atroces dolores de cabeza que me dejaban el cuerpo tan flácido como

un trapo mojado. Antes de acostarme, acariciaba mi anillo de compromiso. Por la mañana me lo quitaba y lo escondía en mi joyero.

Deseaba tanto ser responsable de mí misma. Quería recuperar lo que había sido la obsesión que siempre había albergado desde la adolescencia: ¡Que me devolvieran mi libertad de amar!

No estaba dispuesta a resignarme ni esperaba al príncipe azul, porque ya lo había encontrado. Tenía veintiocho años y, como decía mi hermana Macrina, se me estaba pasando el arroz y dentro de poco no encontraría quien me quisiera. Pero ¿hay alguien que renuncie, pudiendo tener?

XL

LA FUGA

Gabriel maduró su plan y me lo explicó:

—Hay que salir de aquí para casarnos. Tu padre nunca te dará el permiso ni el párroco se atrevería a desafiarle.

—Quieren que nuestro amor sea imposible.

—¡Ven conmigo, huyamos ahora mismo!

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—¡Fuguémonos en este mismo instante! ¡Vámonos!

—¡Pero eso no es posible, sería un escándalo!

—No te abandonaré. No puedo, no quiero. Tú serás mi esposa, te haré feliz, te cuidaré. Una vez casados, nadie podrá impedir que seamos felices.

—No puede ser. Me quedaré hasta que mi familia se calme. Soy incapaz de darte una respuesta así, de sopetón. Pero no te atormentes, te prometo que lo pensaré.

Pero en mi fuero interno, estaba tan enamorada que le hubiera acompañado al fin del mundo. Mi ser volaba hacia él sin remedio, como un halcón adiestrado por el cetrero.

Todavía se observaban en Tineo las secuelas de la guerra, las penurias y la tristeza que había traído el nuevo Régimen: cuerpos escuálidos, caras macilentas, cetrinas y demacradas, miradas huidizas o llenas de coraje, indumentarias con remiendos y los zapatos gastados, sin que se pudiera adivinar el color que habían tenido. Las conciencias no podían encontrar reposo. Pero cada uno buscaba la vida como podía. El pueblo quiere vivir, vivir como sea.

Al final, coloqué en la balanza mi amor y mi obediencia, no sabía a qué platillo inclinarme. Temía perder a mi familia para siempre, pero pudo más mi corazón. La misma humillación y los reproches que pretendían herirnos y separarnos, sólo habían servido para reforzar nuestra complicidad.

—¿No has cambiado de opinión? —le pregunté esa noche.

—No. Verás cuando te cuente mis planes.

—¿Qué planes?

—Nuestra fuga, nuestra boda. Saldremos mañana de madrugada a Zaragoza.

Esa misma noche hice la maleta. Apenas dormí. De madrugada, sin hacer ruido, refresqué el rostro con una toalla mojada, engalané mi pelo rizado con horquillas de plata, vestí un traje de franela azul, calcé unos botines de piel y me envolví en mi abrigo de lana negra.

La casa estaba a oscuras, no entraba un rayo de luna. Salí descalza de mi dormitorio, con una pequeña maleta en una mano y los zapatos en la otra. Tentando las paredes, avancé sigilosamente por el pasillo, cuidando no tocar ningún mueble; bajé la escalera de puntillas y llegué al recibidor, me calcé y me cercioré de que nadie me había seguido.

Ya no era cosa de volver atrás. Corrí el pestillo y di dos vueltas a la llave en la cerradura bien engrasada, con el corazón a punto de estallar.

El cielo estaba plomizo y acribillado por las agujas heladas de aguanieve.

Al salir a la calle, un aire frío alivió el fuego que me consumía. No se veía un alma. A esa hora de la madrugada, la niebla era tan espesa que apenas acertaba a ver a un palmo de distancia. Ya sin tino, aceleré el paso y doblé la esquina. Allí me esperaba Gabriel, de pie junto a un coche. El chófer calentó el motor, le dio la manivela y avanzó lentamente hasta la salida del pueblo; luego aceleró y se fue alejando en dirección a Salas y Cornellana. Atrás quedaba la ciudad encaramada entre los montes, oculta en la niebla, postiza y falsa.

Al pasar por el puerto de La Espina la nieve empezó a caer en gruesos copos y temí que tuviéramos que detenernos o regresar a casa. El viento penetraba hasta los huesos por la rendija que el taxista había dejado en la ventanilla para atenuar el olor a tabaco. Yo tiritaba de pies a cabeza. Me dormí unos minutos, acurrucada en el hombro de Gabriel. Cuando quise sacudirme la modorra y vi la luz del alba, me di cuenta de lo que habíamos hecho y pensé que estábamos perdidos sin remisión.

Bajando el puerto, paramos en Cornellana a desayunar y esperamos la salida del autobús diario con destino a Oviedo.

—¿Qué va a ser de mí ahora? —me pregunté—. ¿Qué estoy haciendo?

Huí de un nido deshecho y de mi yerma juventud, para encontrar con Gabriel un horizonte de ilusiones compartidas.

XLI

LA BODA EN ZARAGOZA

En Zaragoza nos alojamos en una modesta pensión de barrio. Luego acudimos a la Plaza de la Rebolera, al domicilio de Ramón Bueno, el amigo de Gabriel que había duplicado su documentación militar de exento y se la había entregado para que no fuera enrolado a la fuerza en las tropas que partían de Barcelona a la guerra del Rif. Ramón era un hombre ya maduro, de ojos oscuros y dientes amarillentos. Cuando le explicamos lo que esperábamos de él, se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa y espantó a una mosca. Era propietario de una pequeña imprenta y, arriesgándose de nuevo, confeccionó un falso certificado por el que mis padres autorizaban mi matrimonio.

—Te lo debo por aquel favor que me hiciste. Sin tu dinero no hubiera podido estudiar. —Tiró el cigarrillo en el suelo y lo aplastó con el pie.

Mi hermana Edelmira nos recibió en su casa. Le conté nuestra odisea y entendió la situación. Su marido, empleado del Juzgado, tramitó el documento a sabiendas de su falsedad. Lo llevamos a la iglesia de Santa María Magdalena, una vieja torre mudéjar enladrillada. Bajo el púlpito labrado de madera oscura y dorada, adornado con un angelito regordete, el cura nos condujo al despacho parroquial, leyó y aceptó el documento de consentimiento, las partidas de nacimiento y la fe de bautismo. Dos días después ofició la boda ante el altar, rodeado de blancas paredes y un techo bordado con falsas colgaduras pintadas de laureles y corazones. Ramón y Edelmira fueron nuestros testigos y nuestras voces resonaban en la nave vacía. Gabriel llevaba un traje con chaleco y una corbata de seda prendida con un pasador de plata. Bajo mi chaqueta de terciopelo, forrada de seda, yo lucía un vestido de raso con *moiré* y calzaba unos zapatos nuevos de charol. Un rizo se escapaba de mi peinado y caía sobre la frente.

Salimos a la calle y emprendimos un largo paseo. El cierzo, que se había despertado furioso, amainó de repente y sus ráfagas decayeron como un mastín se recuesta a nuestros pies, dejándonos el regalo de su frescor. El repique de las campanas, el sol radiante y los gritos de la gente, el Pilar, el Ebro y sus puentes, obraron un milagro en mí. Brotó la idea de que junto a mi vida discurría otra nueva en compañía de Gabriel, una vida corriente y ordinaria, una vida feliz. ¡Ansiaba vivir! ¡Vivir y nada más!

Al pasar por la calle Predicadores, cambiamos de acera y aceleramos el paso. Un nutrido grupo de falangistas, ataviados con su camisa azul y pistola al cinto, se habían agrupado delante de la Delegación Nacional de Información, donde habían sido convocados. El cierzo nos azotaba de nuevo, nos despeinaba y nos lanzaba polvo a los ojos.

Nuestros testigos nos acompañaron a un restaurante cercano al río, en una terraza. El camarero preparó la mesa, descorchó una botella de champán y el primer brindis burbujeó en nuestras gargantas. Asesorados por Ramón, almorzamos pollo al chilindrón regado con unas copas de vino Valdiñón y un postre de merengues de Calatayud.

Las horas transcurrieron en grata conversación. Ya la noche se disponía a esparcir por el cielo las estrellas y sobre la tierra sus sombras, como la madre que arropa con un manto a sus hijos. Había llegado el momento de la despedida, con todo nuestro agradecimiento.

Apretados en la cama de la pensión, Gabriel enjuagó mis lágrimas con un pañuelo y nos consolamos mutuamente:

—Tu pureza será la joya de tu dote —me decía.

—Seré tu esclava, pase lo que pase —respondí.

—No. Serás mi soberana y yo tu esposo con todas las de la ley.

—Prometo quererte siempre.

—No me prometas nada. Los juramentos más solemnes son paja para la hoguera. No necesito tu ofrenda, porque la leo en tus ojos.

Por fin creí que había encontrado el amor tranquilo, sin angustias ni temores. ¡Cuánto me equivoqué! Tuve miedo por un instante. Recordé una frase de mi tío Alonso y es que corremos con igual prisa en pos de nuestra felicidad o de nuestra desgracia.

Gabriel era el hombre de mi vida. ¿Y si no le hubiera encontrado, si en otro lugar hubiera conocido a otro, sería ese para mí el hombre único?, ¿o son todos innumerables? Por muy dulces, ya no podría desprenderme de las cadenas que yo misma había forjado.

Esto explica el largo viaje que emprendimos juntos, primero a Zaragoza para casarnos, luego para caminar juntos el resto de nuestras vidas.

En casa nadie estaba al corriente de nuestros planes de fuga, ni siquiera mi querida hermana Cristina. Mi padre, herido en su orgullo, trató de averiguar dónde nos escondíamos. Preguntó primero a los conductores de Tineo, luego a los de Salas y Cornellana. Allí le dijeron que habíamos subido al coche de línea con destino a Oviedo, donde perdió la pista. No quiso denunciarnos a la Guardia Civil para no dar pábulo a un escándalo del que se sentía avergonzado. Alguno que había oído campanas creyó incluso en Tineo que había sido un rapto como el de las Sabinas.

XLII

CONSEJO DE FAMILIA

La crisis había estallado y, cuando me dieron por perdida, mi padre me convocó por última vez al Consejo de familia. Tenía que comunicarme una noticia importante.

Primero se reunió con mis hermanos en el salón.

Las mujeres de la casa esperábamos fuera, mantenidas al margen de los varones y confinadas en el rincón de pedir, donde mi padre hacía esperar a los pedigüeños que de vez en cuando acudían a solicitar sus favores o a pedir lo que nunca les iba a dar. Y si les prestaba algo, lo hacía como si estuviera haciendo un favor a quién lo recibía. Me fijé en mis hermanas y en mi madre, sentada a mi lado. Era pequeña, con un hermoso pelo rojizo y ojos verdes muy abiertos, con los pómulos marcados, casi siempre vestida de oscuro; gobernaba la casa con firmeza y tenía un fuerte carácter, que ejercía con todos a excepción de su marido. Su sensatez le decía que quien quisiera tener éxito en este mundo tenía que aceptar sus convencionalismos; y quien decida salir del camino trillado, aceptar las consecuencias.

Por lo que a mí respecta, me vería en un aprieto si tuviera que definir el sentimiento que inspiraba en mi madre. Aunque sin duda me quería, se hubiese dicho que temía resucitar conmigo un pasado ya pretérito, por mucho que siempre pugnara por emerger del olvido.

Pero en aquel momento se retorció las manos, suspirando. Derramó unas lágrimas, no muy gruesas, que pronto enjugó con su pañuelo cuando Danilo salió del salón y nos ordenó que entráramos junto a los hombres.

Los minutos transcurrían lentamente, pesados como el plomo. Me pareció que llevaba horas esperando. Oíamos voces detrás de la puerta, como si resonaran en una cueva sellada.

Por fin, se abrió.

Mi padre nos esperaba de pie y muy tieso. Debajo de su sonrisa se escondía una capa de hielo. Se atusó la barba y sus ojos tiernos y bonachones se tornaron crueles. Tenía el rostro alterado y miraba fijamente algo que no había sobre la alfombra.

Dirigiéndose a todos, resoplando hondo, amenazó:

—¿Quién os casó? ¿Qué sacerdote ha podido cometer semejante indignidad?

—Fue un cura de barrio de Zaragoza, ignorante de nuestras circunstancias; nada tuvo que ver en este asunto. Podíamos habernos casado debajo de un roble, con los raitanes como testigos.

—¡Ah, desgraciada! Haré que anulen ese matrimonio; para eso está el Tribunal de la Rota, que acaba de ser restablecido. Conozco en la catedral de Oviedo a uno de sus auditores.

Sollocé y de repente, alzó la mirada hacia mí y, sin preámbulo alguno, con su voz grave, de inapelable sentencia, me espetó:

—He decidido desheredarte para siempre, porque has empañado el honor de esta casa. Tu madre y tus hermanos respaldan mi decisión. Vivirás el resto de tu vida como una pobretona. O, en el mejor de los casos, volverás humillada a casa, cuando ese *lloramigas* te deje tirada en la cuneta.

Sus palabras se clavaron en mi frente como venablos y me causaron un terrible desaliento. Fue como si el frío negara mi existencia. Parecía que todo se estaba desmoronando. Luego masculló entre dientes, con el índice apuntándome como el cañón de un revólver:

—Dejaré mi herencia en manos de mentes vigorosas para que esta casa no se torne en ruina. No he de abrir ninguna grieta que mañana haga caer sus muros, sus piedras y maderos; he de ahuyentar los cínicos rapaces que revolotean acechando ese momento y abren sus garras sobre nuestra fortuna.

No me atrevía a desafiar la indignación de mis hermanos y yo misma me moría de vergüenza, al considerarme la única culpable. Cediendo al miedo y al dolor, derramé un río de lágrimas. Cristina sacó su pañuelo y se puso a sollozar conmigo. Mi madre gemía y mis hermanos habían enmudecido, con las miradas clavadas en el suelo. Uno se aferraba al reposabrazos del sillón como si trataran de arrebatarle un tesoro; los otros dos se miraban el uno al otro, avergonzados y a la vez cómplices de mi repudio. Mi padre tronaba con fuego graneado, me señalaba y agitaba un dedo, en el que lucía un grueso anillo de oro.

—Primero es la familia de sangre, luego todo lo demás. No hiciste caso y ahora serás una desgraciada. Te arrepentirás toda la vida. Te has casado sin mi consentimiento y podría deshacer tu matrimonio por ilegal. Pero no lo haré. Naciste en una cuna de oro forjado, pero tú lo has querido: viviréis y moriréis pobres sin remedio. Ese será tu castigo —prosiguió.

Luego se volvió hacia mis hermanos:

—Y vosotros, quiero que toméis buena nota. Seguiréis su camino si troceáis nuestra fortuna y debilitáis mi estirpe. Lo único que pido es que os comportéis como si aquí no hubiera pasado nada. No consentiré que mi buen nombre sea arrastrado por los suelos. ¡Ah, y que nadie se entere en Tineo!

Mamá se sublevó por primera y única vez en su existencia. Alzó hacia él los ojos y le dijo:

—Déjala vivir su vida, si lo quiere de corazón. ¡Cuántos varones se han comprometido sin conocer a sus esposas y lo han lamentado toda la vida! Así nos ocurre a las mujeres. Isabel debería atraer tu compasión, no tu desprecio.

Sorprendido, el patriarca lanzó hacia ella una mirada gélida.

—No te metas en esto. Sólo un aventurero o un cualquiera puede pretender a la tonta de tu hija. No vuelvas a las andadas —le dijo sin pestañear.

Pero en el fondo, sobre ella pesaban las tradiciones de los siglos, cuando el matrimonio se concebía como una operación comercial. Un prejuicio que honra a los más adinerados o a los de mayor alcurnia quería que eligieran los cónyuges de sus hijas entre los hijos de igual riqueza o superior, aunque ellas se sintieran malcasadas. Aún se oía en Tineo aquel dicho de los antiguos asturianos, de «somos nobles como el rey y un poco más». Según la tradición, a la generación de los padres debía seguir la de los hijos, manteniendo la unidad familiar y los bienes heredados con el fluir del tiempo a través del nacimiento, el matrimonio y la muerte.

De nada sirvió que le recordáramos mi derecho a la libertad personal, mientras nos miraba con reproche. Si fueran otros tiempos, me sacudiría un fustazo y me diría unas cuantas groserías.

Aquel golpe me había llegado a las entrañas. Estaba pálida como la nieve; temblaba como una rama agitada por el viento. Al salir de allí me sentí culpable. Ese matrimonio desigual

había dado un disgusto a mis padres, que habían roto conmigo por conservar intacta su fortuna y la herencia de la que se consideraban dueños por derecho.

Bajando la escalera, Bernardo me preguntó, cogiéndome del brazo:

—¿Por qué estás enojada conmigo?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes.

—No habéis abierto el pico para defenderme.

—Ya sabes cómo es papá.

—Estáis echando a perder mi vida.

Días después, como encargado de la herencia, me hizo firmar entre otros papeles y facturas un documento por el cual yo renunciaba a todos mis derechos. Cuando fui a comprobarlo en el juzgado, estaba firmado por dos testigos desconocidos que habían sido comprados.

Pasé dos días llorando sin parar. Al tercero me mudé a la tintorería de Gabriel. Y al cuarto se presentó una pareja de la Guardia Civil para preguntarme si vivía allí por propia voluntad. Les enseñé el certificado de matrimonio expedido en Zaragoza y lo revisaron concienzudamente junto a la documentación de mi esposo, conminándole a tenerse quieto y a andar con cuidado. Por fortuna, no descubrieron que había sido prófugo de la guerra de Marruecos, veinte años atrás, y que había pasado media vida bajo una falsa identidad.

XLIII

GABRIEL

Gabriel creía ser víctima del acoso promovido por mi padre.

—¿Qué quiere ese hombre? ¿Despojarme de mi negocio y contratarme como recadero para traer la ropa sucia y llevarla una vez planchada? ¿Con quién cree que te has casado? ¿No aprecia mi talento, mi dedicación, mis planes? —se preguntaba.

—No has de sospecharlo. Mi padre es de mejores sentimientos que lo que aparentan sus palabras. Está chapado a la antigua, entiéndele —intenté apaciguarle.

Él intentaba razonar:

—Las leyes, que a mí me favorecieron, ahora te perjudican. La herencia de la tierra favorece exclusivamente al primogénito, que era yo. Y con ese dinero abrí mis comercios en La Habana. Tu padre conoce la ley y la aplica, por injusta que sea. Al despojarte de tus derechos no hace más que ejercerla.

Gabriel quiso forzarme a devolver a mi padre el dinero que me había entregado con tal de que abandonáramos Tineo.

—Yo te acompañaré, y te prometo que no abriré la boca —me dijo.

Le supliqué que no me hiciera pasar por eso y finalmente desistió de su propósito.

XLIV

SECRETO DE FAMILIA

Una tormenta de nieve se abatió sobre la Villa y sobre la precaria salud de Guillermina, mi madre. Cayó postrada en cama, febril y agitada por escalofríos.

Avisado por mi padre, acudió raudo el médico de familia, le diagnosticó una neumonía y le administró la primera inyección de penicilina. Unos minutos después, reapareció con diez minúsculos frascos que agenció en el cuartel de la Guardia Civil, único lugar de Tineo donde se custodiaba tan escaso y preciado remedio, descubierto pocos años antes por Alexander Fleming.

Mis hermanas me pidieron que acudiera a la casa familiar para cuidar de nuestra madre por turnos.

Esa noche oí a mis padres que hablaban en su dormitorio. Me levanté y caminando descalza por el pasillo, me acerqué a su puerta y escuché su conversación.

—Esa hija no es nuestra —decía mi padre en voz baja—. Nació fuera del matrimonio en pecado. Y se ha convertido en un problema para nuestra reputación. ¿Por qué trae a esta casa tanta desgracia?

—Hace mucho que lo sabes, Faustino. No me lo recuerdes ahora —contestaba mi madre—. Todo se olvidó y ya es demasiado tarde. Entonces me dejabas aquí sola, todo el día, como si no existiera.

—¡Cállate, insensata! Una palabra más me obligaría a alzar la voz. ¿Cómo te atreves?

Lo que había oído me atormentó. A la mañana siguiente entré sin permiso en el despacho de mi padre y le espeté:

—Anoche le escuché hablar con mi madre en la habitación. Dígame, ¿Quién es mi padre?

Lívido, se levantó del sillón y, farto de aire, apoyó sus manos sobre el escritorio.

—¡Cállate! ¿Quién eres tú para fisgar lo que decimos?

—Tengo derecho a saberlo.

—Y yo a negártelo.

No sabía llegar a mi corazón, sino fuera hiriéndolo. Como león en jaula, acorralado y consciente de haber entrado en un callejón sin salida, se acercó al ventanal y miró a la plaza, sin correr los visillos. Luego cerró las espesas cortinas, dejando pasar tan solo un hilo de luz que iluminó su rostro y acentuó su palidez. Motas de polvo danzaban caprichosamente en el aire.

Sus angulosas facciones le daban un aire más adusto e intimidante que el de costumbre, mas al observar la expresión de sus ojos cansados, intuí que por primera vez en su vida le había sorprendido llorando.

—Te veo muy afectada por lo que anoche oíste de mis labios. También mamá está triste, sombría y taciturna.

»Más lo estoy yo. Ya conoces mi preocupación por tus planes, pero has de rendirte. Legalmente, eres nuestra hija y hermana de tus hermanos. Pero te diré la verdad, pues tienes derecho a ella. Tienes razón, no llevas mi sangre en tus venas. Todavía éramos jóvenes y tu tío Alonso, mi hermano, se enamoró de tu madre y cayó en la tentación de la carne. Desde entonces, no dejo de pensar en aquello. No es el amor el ciego, sino los celos. Quería a mi hermano tanto como él me quería a mí, pero confiar en los hombres es como querer guardar agua en un colador. Estudió en Madrid y volvió envenenado por las ideas modernas, las de Voltaire y Jovellanos. Cuando naciste, decidí abandonar España para siempre y me hice cargo de tu paternidad. Tu madre y yo hicimos lo mejor para ti.

Una brisa heladora atravesó la estancia como un puñal, temblaron el suelo y las paredes y dos lágrimas se asomaron a los ojos. Mis piernas se doblaron y, cuando estaba a punto de perder el conocimiento, Faustino me cogió en sus brazos. Lo abracé y lloré sin consuelo.

—¡Papá, cómo siento el dolor que os causé! —le dije con la voz entrecortada.

—No fue culpa tuya. Tu madre se moría de hastío y yo estaba absorto en mis negocios. Ella tenía treinta años y la juventud huía veloz. Fuiste el fruto de un amor verdadero. Para Alonso, aquél deseo no era sino una forma de rebeldía. Eran jóvenes y la sangre es ardiente. Tú misma lo sabes. El amor es lo único por lo que vale la pena vivir.

Así que yo era el fruto de aquella relación. Nunca hubiera creído que de mis ojos brotaran tantas lágrimas. Había perdido a mi familia y con ella la mitad de mi vida. Abandoné la estancia y dejé a quien hasta entonces había sido mi padre en una trágica soledad.

XLV

LA CARTA DE ALONSO

Unas semanas después, recibí una carta lacrada desde Argentina. Alonso tenía algo importante que decirme. Abrí el sobre con curiosidad y leí su misiva:

Hija mía, querida Isabel:

Sé que volver al pasado es correr tras el viento. Pero ya no puedo ocultar el secreto que te escondí durante tanto tiempo. Comprenderás que el ayer esconde muchas de las respuestas a nuestras preguntas de hoy.

Fui desleal a mi hermano; a él, a quien más respetaba y admiraba en el mundo. Pero el remordimiento es, como la mordedura de un perro a una piedra, una estupidez.

Una tarde en que tu madre y yo nos abrazábamos en el sofá del salón, apareció de sopetón en la casa, en busca de un documento que se le había olvidado llevar. Sé que nos vio. Le extrañó verme en su casa a aquella hora. Me dio tiempo a sentarme en un sillón con un periódico en la mano. Ella fingió estar cosiendo en el sofá. Calló por discreción, se despidió desde el pasillo y se fue escalera abajo.

Tú fuiste el fruto de aquel amor. Eres sangre de mi sangre y huesos de mis huesos, consuelo de mi corazón.

Fue una pasión intensa y febril que, como todas, se fue apagando como una vela. La mujer que yo había amado no era más que un pálido recuerdo.

¡Qué tormento es para mí el que haya de pedirte perdón por el pasado! Nunca podré rescatarte de sus tinieblas, ni recuperar el tiempo perdido.

Tu madre fue un modelo de virtud y ella me dijo que eras mi hija. Creí que mi hermano ignoraba lo ocurrido, pero un día me llamó a su despacho y me dijo: «Hay puñales en las sonrisas de los hombres; cuanto más cercanos son, más certeros... pero no lo esperaba de ti. Reconoceré al vástago que vais a tener y aseguraré su subsistencia como si fuera mía. Tú desaparecerás de Tineo y de Asturias. Te daré el equivalente de tus acciones en la mina y la parte que te corresponda por nuestras

casas y tierras. Con esa fortuna podrás labrarte un futuro en cualquier parte con gran holgura. Si no aceptas el trato, haré que te maten. Nuestra familia no podría soportar un escándalo de esta magnitud, que sería aprovechado por quienes nos envidian para restarnos toda credibilidad ante los poderes económicos y políticos imperantes».

Le prometí entonces que abandonaría el país en cuanto liquidase mis bienes.

Opté por hacerle caso y un mes después me embarqué hacia Buenos Aires como si fuera un condenado a galeras. Quemé la nave en la que había navegado hasta entonces. Esperaba que una galerna hundiera el barco y la maleta llena del dinero que me había entregado mi hermano, al que había sumado el producto de la venta de mi casa, de la que me había desprendido para siempre.

Tu padre lo admitió y te acogió como si fueras su hija.

Nuestro secreto planeó cada hora sobre mi vida. Nunca tu madre confesó a tus hermanos que eras mi hija. Pero en cuanto te vi al llegar aquí supe que lo eras.

Tíneo me asfixiaba, aunque la villa nada sabía de nuestro secreto. Vendí cuanto poseía y anuncié que me iba a América para siempre. Me fui con los primeros emigrantes en el primer barco que encontré. Invertí todo mi dinero en esta finca tan fértil, varada entre dos ríos, donde el clima por sí mismo vale una fortuna.

Hay hombres tan dominados por un impulso tan fuerte de alcanzar un objetivo que no pueden resistirlo y tienen que hacerlo. Y para satisfacer su ambición son capaces de sacrificarlo todo. No busco en mi vejez la ventripotente riqueza, pero tampoco la pobreza desdentada.

La lejanía me aseguraba un sereno distanciamiento de todas las cosas. Llegué a pensar que el cinismo alejaría y ahogaría mi dolor. Pero nadie en este mundo escapa a su destino. La verdad es que hace mucho tiempo que olvidé aquellos momentos tan dulces de amor que nadie me devolvería jamás. Quizás los años perdonaron mi desvarío, del que yo mismo me había perdonado desde el primer segundo de mi partida, o bien el silencio que mi hermano guardó siempre conmigo, negándose a saber de mi existencia, no expresaba más que su olvido. En cuanto a Guillermina, tu madre, al verla liberada de mi influjo, me sentí feliz de estar tan triste.

Pasarán los años, se platearán mis cabellos. Mi corazón te amará mientras le quede un solo latido. Eres mi hija. Un día, cuando ya no esté, si se habla aún de tu pobre padre, será sólo por ti, fiel a mi recuerdo.

En pocos días recibirás un sobre certificado. Dentro encontrarás una copia de mi testamento, sellado y rubricado por el notario principal de Neuquén. Todos mis bienes se repartirán en dos: la mitad para mis indios, la otra para ti, mis tierras, mi casa, mis caballos, mis ovejas, mi fortuna.

Me causarías una gran ofensa suponiendo que esos años me olvidé de ti. Desde que me fui de España mi carácter se volvió un tanto más sombrío.

Siento haberte dado la vida para que con este escrito tengas que desaparecer para mí, para siempre. No será fácil borrarle de mi memoria para que seas feliz; la memoria es un cuento que nos contamos; elegimos lo que queremos recordar y el relato que nos conviene de lo que pasó.

No me olvido de tus desvelos, de tu amor por Gabriel. Quiero tu felicidad por encima de todo. Y si no puedes cumplir tu anhelo, piensa que aún te queda vida, pues el tiempo cura todas las heridas.

Tu padre que te quiere y te ha querido siempre,

Alonso.

Su carta me inspiraba esa ternura que sentimos por los ausentes, propagando en mi ser un oleaje de felicidad y de tristeza que me iba invadiendo toda entera.

Ahora iba a tener un padre para mí; me prometí amarle con toda mi alma y contribuir a su felicidad.

Nada le dije a mi madre del secreto de familia que me había revelado Faustino. Él tampoco lo hizo. Ninguno de mis hermanos se hubiera enterado, si no hubiera sido por la curiosidad de mi madre. Descubrió en mi mesita de noche la carta que mi tío me había enviado al apartado de Correos. La sustrajo del cajón y la escondió en su armario, donde su esposo la halló.

—Estos sellos son de Argentina. ¿Es de Alonso? —le preguntó—. ¿Qué noticias trae?

—Más negras que su tinta.

—¡Déjame leerla!

—¡Quita de ahí! ¡No has de saber!

Sintiéndose descubierta, mi madre se la entregó y confesó.

Faustino la leyó en silencio, levantando la mirada al término de cada párrafo, unas veces al techo y otras fijándola en los ojos de su esposa.

—¡Bastarda! ¡Es una bastarda, y mi propio hermano la engendró!

El patriarca convocó de inmediato un consejo de familia. De pie en el centro del salón, extendió la mano y entregó la misiva a mi madre.

—¿No la lees? —le dijo.

—¿Qué he de leer?

—Esa carta.

—Ya la he leído.

—Pues léela aquí en voz alta.

Guillermina leyó el pliego arrugado de papel, deteniéndose al final de cada párrafo para alzar los ojos y mirar alternativamente a cada uno de sus hijos, fija la mirada, escudriñando sus reacciones. Cuando terminó, Faustino se exclamó teatralmente:

—Esa carta es de un loco. Ya no hay honor en esta casa, sólo vergüenza. Si la gente pudiera escucharnos y ver lo que hay aquí, de tejas para abajo... Esto ha de quedar secreto y vosotros, mudos como una tumba.

Mi madre bajó la cabeza y estalló en lágrimas y sollozos, acreditando la veracidad del escrito. Mis hermanos la miraban, estupefactos. Faustino abandonó el salón a paso ligero, sin pronunciar palabra. Cerró la puerta con estrépito y salió, dejando atrás pasillos y habitaciones para refugiarse en su despacho.

Mamá, hundida en su sillón, se dirigió a sus hijos:

—Lo que hicimos vuestro tío y yo fue pecado. Por eso lo escondí y no lo dije a nadie. Pasaron los años; pensé que también era pecado ocultarlo y se lo confesé a Faustino. Para entonces Alonso ya se había establecido en Argentina, y todo siguió como si no hubiese pasado nada.

Levantó la mirada por primera vez y prosiguió:

—El domingo, siguiendo la procesión del brazo de vuestro padre, detrás del Cristo, me fijé en la Madre, tambaleándose sobre las andas, pálida y transida como Él, con siete espadas clavadas en el pecho. Su imagen me ha vuelto ahora a la mente, porque yo también me siento herida como lo fue la Dolorosa.

Antes de salir del aposento, se detuvo junto a mí y cogió mis manos entre las suyas, apretándolas.

—Hija mía, no llores.

Ella misma estaba llorando.

—De nada sirvió que me postrara ante tu padre; pero ni mis súplicas, ni mis lágrimas han podido arrancarle sino estas palabras: «Si desobedece, ya no será de esta casa». Nada pude hacer y lo siento en el alma.

En aquél invierno llovió a cántaros agua y tristeza, con una monotonía interminable.

VERDE

La última frontera

XLVI

CRISTINA

Mi hermana Cristina no era fea, pero algo torpe como la chica que no acaba de crecer. Su juventud se perdía sin provecho, reclusa en casa. Nunca salió del pueblo. Tampoco se casó. Cuando le preguntaban por qué, decía:

—El hombre que me quiso se fue y está muy lejos.

—Recuerdo que de pequeña eras enclenque. De repente se te aflojaban las piernas y caías sentada. Los hermanos se reían y te incorporabas y te dejabas caer de nuevo, feliz de divertirlos.

—Sí, pero ahora me mortifican a menudo. Me toman por tonta porque estudiaron Derecho.

Soy rubia y ella morena, las dos somos pequeñas; sus ojos, verdes, los míos entre azules y verdes. Nuestra madre nos reñía si nos comparábamos en voz alta.

—Las dos sois guapas. Os quiero a las dos por igual.

Coleccionaba figuritas de porcelana, una finura de la que ella misma parecía modelada.

Se mostraba poco en público. Pasaba horas en la galería acristalada de la primera planta, leyendo un libro u observando cada movimiento que alteraba la quietud de la calle. Me apenaba su soledad y cuando volvía de mi trabajo subía a darle un beso y disfrutar de su compañía. Aderezábamos nuestras confidencias con mil bromas sobre los pretendientes que nuestros padres le presentaban de vez en cuando para casarla. Había para todos y si nos hubieran escuchado detrás de la puerta, ninguno de ellos habría tenido ganas de volver.

Creyéndome afectada por la reciente revelación de mi origen, se sentó a mi lado para consolarme. Observé el contorno de sus senos escasos y su boca algo abultada. Los párpados anacarados engarzaban sus ojos verdes. Entonces Cristina habló en el lenguaje de los recuerdos en un intento por aliviar mi pesar:

—Jugué con tus muñecas, compartí tus vestidos y tus cuadernos, salté en tu rayuela. Dormíamos en la misma cama, con nuestras mejillas apretadas una contra la otra y con nuestros cabellos entrelazados en las trenzas involuntarias del sueño. Hablemos. Tenemos tanto que decirnos.

Me tomó la mano para preguntarme:

—Anoche te escuché sollozar. ¿Por qué te tapas la cara?

Perpleja ante mi silencio, reaccionó con nerviosismo.

—¿Vas a explicarme qué es esto? —me preguntó escandalizada agitando en la mano el billete a Oviedo que me había entregado Gabriel y que yo había escondido en mi bolso de terciopelo sin imaginar que alguien lo abriría.

—¿Quién te dio permiso para hurgar en mis cosas? —pregunté contrariada.

—¿Qué vas a hacer ahora, insensata? ¿Nos abandonarás?

Se puso a llorar y recordé la antigua intención de mis padres para que entrara en el convento. Tres veces visitó nuestra casa don Benito, dos en sotana y la tercera con levita y pantalón negro. Pero Cristina se asustó y todo fue en vano. No habría monja en la familia.

Su único pretendiente, un joven impetuoso y atolondrado a quien llamaban Raitán, había sido durante años la causa de sus desvelos. Cuando atrapas un hombre entre las piernas no suele quedarse mucho tiempo.

—¿Qué fue de él? —le pregunté.

—No tengo noticias. Cuando te marchaste a La Argentina, se casó con Herminia, la heredera de los Arias. Se arruinó en el casino de Oviedo y desapareció, como si se le hubiera tragado la tierra. Pensando en él, algún día quedaré ciega de tanto cerrar los ojos.
—La palidez alternaba en su cara con el carmín más vivo.

Apenada de su pena, la cogí en mis brazos y la besé en la mejilla.

—Nadie te quiere más que yo, hermanita. ¿Te acuerdas cuando cumpliste veinte años? ¿Aquél vestido que descubría tus pantorrillas? Se rompió el hilo del collar y las cuentas se desparramaron por el suelo; las dos nos arrodillamos para recuperarlas. Nos entró la risa y al levantarnos nos dimos un abrazo —se compadeció al escuchar mis palabras.

—Pobre Mabel, ¿qué será de nosotras? —preguntó, sollozando.

—No te preocupes por mí, niña mía. Todos estos hombres respetables, sin tacha, que podrían haber sido causantes de mi desdicha, lo fueron sin saberlo de mi felicidad. Sin Gabriel hoy sería una soltera apergaminada, con menos vida que la corteza de un roble seco, recordando un amor perdido.

XLVII

EL ARCO IRIS

Sus manos tranquilas poseían una eficacia y unas proporciones que se advierten en el amor y en el trabajo, cuando mezclaba los colores en tinajas de agua ardiente, mojando y remojando las prendas.

—El tiempo gastado en comer y dormir es tiempo perdido —decía medio en serio, medio en broma.

Sin embargo, no le interesaba el dinero, como no fuera para gastarlo en agrandar su patrimonio.

—Poseo este negocio y dinero ahorrado. Pero la vida es lo más preciado que tengo y es tuya toda ella —me decía.

A veces el sol se ocultaba antes de que acabara su faena. Se había acostumbrado a descansar cinco horas por la noche y se levantaba a las seis de la mañana. Pasaba el día lavando, tiñendo, cosiendo y planchando la ropa. Había que verle acarreado las prendas humeantes a la pila para aclararlas.

Cuando se enfadaba, soltaba vapor como un caldero de agua hirviente.

Para darme ánimos, en las fiestas de San Roque me llevó al baile y nos sentamos en un banco corrido junto a otros vecinos, acodados en una larga mesa de madera. El calor, la música y el vino se me subieron algo a la cabeza. Salimos a la pista, cogidos de la mano. Él bailaba bastante bien y hacíamos buena pareja. Su cara se pegó a la mía y me di cuenta que me deseaba. ¡Y yo a él! Cuando paró la música, después de unas piezas, continué abrazada a él. Al salir de la plaza me besó, ¡qué maravilla!, y regresamos a la tintorería, nuestra casa.

Ante mi tozudez, la hostilidad de mi familia iba creciendo. Una tarde, cuando salía por última vez de mi trabajo en la centralita, mi hermano Zalo se abalanzó sobre mí y me echó las manos al cuello, haciéndome doblar las rodillas. Talmente apretó que estuve a punto de ser estrangulada. Con la cara descompuesta, me gritó, salpicándome de saliva el rostro, me trató de idiota y me ordenó que volviera a reintegrar la familia. La gente que pasaba me salvó, aunque las marcas de sus dedos permanecieron varios días en mi

garganta. Le contemplé como quien contempla a un perro ante una carnicería, al cual el temor al amo no le deja avanzar, ni el apetito retroceder; y que abre los ojos como si fueran bocas. Gabriel, que era un hombre inflamable, quiso denunciarlo, pero le disuadí haciéndole comprender que era inútil promover la acción de la Justicia en un pueblo donde mi padre era procurador. Al fin y al cabo, eran mis hermanos. Una misma leche nos había alimentado y yo misma había descansado en la misma cuna.

XLVIII

EL SOL SE APAGA EN TINEO

Tineo ya no era la misma. Si alguna insensata se quejaba del racionamiento o se atrevía a criticar a las autoridades, aunque fuera levemente o incluso con razón, enseguida otra le tiraba del sayo y le aconsejaba —o la amenazaba— diciéndole:

—Es mejor que se calle, o aténgase a las consecuencias.

Por las arterias de Tineo bullían el odio y el dolor en un tenso compás.

La ciudad vivía, pero no dejaba vivir. Había sido una aldea sencilla, próspera y alegre, llena de chispa. La guerra la pintó de gris y la volvió silenciosa y hermética. Como los rostros, las casas parecían mal encaradas, torcidas y sucias; la miseria impedía su cuidado y permanecían sin reparar, todas leprosas, con desconchones, humedades y micciones; un estilo bastardo como los perros callejeros. Cada día se ahondaba la trinchera entre ricos y pobres. Se vivía a salto de mata, trapicheando con el estraperlo, tirando de la cartilla de racionamiento o navegando entre el fatalismo y el miedo.

Deambulando como somnámbula por las calles, los semblantes de la gente me parecían más demacrados que antaño, los cuerpos más desnutridos, las ropas más oscuras, las miradas más tristes. Nadie se reía ya, salvo los niños. Al atardecer, las parejas jóvenes iban y venían por el paseo, sin poder besarse por miedo al cura o al municipal. Algunos hombres escondían en su mirada la rabia dormida del derrotado.

Pronto la noticia de nuestro matrimonio prohibido corrió como la pólvora entre bien pensantes y mal pensantes. Alguien había divulgado mi secreto. Cien ojos me vigilaban por doquier y las bocas murmuraban a mi paso.

—¡Una hija ilegítima! —se escandalizaba una mujerona con moño gris, ropa anticuada y ganas de gruñir.

Otra, altísima y delgada como un espárrago, despotricaba con hipocresía, mientras encorvaba los hombros, disculpándose por ganar en altura a las demás.

Todas desconocían la verdad; sólo sus atisbos, sus versiones, su alargada sombra.

Del bizco dice su madre que mira un poco de lado. ¿Por qué con los nuestros vemos los defectos de otro con ojos legañosos y con los adversarios los vemos con vista de águila? Muchos se hacían de nuevas, pero nunca se ve nada que uno no mire. Padecí las miradas burlonas de los hombres y el acecho oblicuo de las viejas apostadas a la puerta de sus casas o en los corros del mercado. Me sentí abierta en canal y observada como un pedazo de carne colgado de un gancho en el mercado. Balcones y ventanas, plazuelas y hasta el chapoteo del agua de las fuentes se me antojaban ahora el eco de todas las murmuraciones. Las frustraciones del beaterio y del chismorreo se conjuraban contra nuestra felicidad. El pueblo donde nací ya no era la Asturias arcádica en la que yo creía desde joven.

Los rumores se extendían por doquier. Unos se escondían tras las cortinas, otros en los matorrales; otros, en el follaje de los árboles o en las grietas de las rocas; unos se arrastraban, otros revoloteaban como pájaros de mal agüero. ¡Qué carnicería constante bajo el barniz apacible del pueblo! Tras cada puerta había un villano dispuesto a matar por sus mezquinos intereses. Los zumbidos se oían por todas partes. Las malas lenguas habían escupido su veneno en todos los rincones de Tineo y el mundo que creía tan sólido se movía bajo mis pies. Recuerdo que mi amiga Amparo le restaba importancia y decía:

—No te importe el viento que de bocas sale.

Pero yo, que dormía poco, pasaba las noches en vela. Mi orgullo estaba herido y llegué a aborrecer el qué dirán. Desconfiaba de todos, porque no confiaba en mí misma.

Las lenguas se habían soltado contra nosotros, cuando ya creíamos que, una vez casados, no habría que temer su rencor.

Gabriel, que había vivido en La Habana, Barcelona y Madrid, estaba enfurecido. Su indignación subía como la marea.

—En un pantano todo huele a podrido. Odio los pueblos de provincias, enfermos de envidia, emponzoñados de celos y ambiciones, donde vuelan los puñales. Lleva razón quien dice «Pueblo pequeño, infierno grande» —se desahogaba—. Parte de mi clientela, los más pudientes, me han abandonado o me entregan la ropa de tapadillo. Tu familia busca mi caída. Pensé que antes tenía su aprecio, hoy me aíslan y hasta sus sombras se

han desvanecido. Pero tengo la serenidad como respuesta porque estoy seguro de tu amor.

Se reía al contarme anécdotas que extraía de su trabajo:

—Alguno de los que tienes por rico tienen tan poca ropa que se ven obligados a mandarla lavar a menudo en mi establecimiento. Son muchos los que se hinchan, pero un alfiler puede llevarles al suelo. Todos nos consideramos superiores a los demás. En eso somos todos iguales.

»Estoy harto de Tineo. Aquí el futuro no tiene sentido, tenemos que irnos lejos para emprender otra vida. Uno tiene que ir por caminos por donde no hay pisadas. Partiré contigo a cualquier rincón de Asturias, o del mundo si fuere necesario. No me van mal las cosas; voy a abrir una tintorería en Oviedo y le pondré de nuevo El Arco Iris. Por ti quemaría todos mis ahorros en el fuego que calienta las calderas del taller.

Y yo le tranquilicé:

—No te inquietes, te acompañaré; no malgastaré un segundo en preocuparme por lo que otros hacen, por lo que dicen o piensan. No haré nada contra mi voluntad.

—Siempre habrá brasas bajo las cenizas. No nos faltará el pan. De mi trabajo depende, pero también de la suerte. Todo es casual; nada tiene un por qué. Todo tiene un por qué; nada es casual.

Todo se concitaba en nuestra contra. Pero, como decían en mi tierra, cuando está a punto de salir el sol es cuando la noche es más negra.

En 1948 recibí una tosca carta de Policarpo, en la que me comunicaba la defunción de mi progenitor en su habitación del rancho, rodeado de sus peones. La muerte se le había enroscado una madrugada y emprendió con él un largo viaje a las estrellas, más allá de La Patagonia. En su misiva, el capataz me comunicaba que el patrón había legado el rancho a sus peones, y que yo heredaba sus ahorros atesorados en el Banco principal de Neuquén. Mi padre había cumplido su promesa.

XLIX

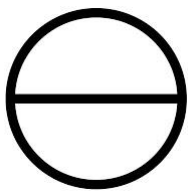
SAL, MERCURIO Y AZUFRE

Con la herencia de mi padre nuestra vida prosiguió tranquila y feliz durante cincuenta años más, en un trasiego por tres ciudades.

No fueron mi destino las islas maltesas Vittoriosa, Sanglea y Cospicua. Tampoco las tres estrellas más brillantes del Universo —el cingulo del cazador «Anitak», el collar de perlas «Almilan», ni el cinturón «Mintaka»— en la Constelación de Orión, sino Oviedo, Valladolid y Madrid, alineadas como ellas en una misma recta ligeramente inclinada. Tres ciudades oscuras, turbias y sórdidas, decadentes y hambrientas en la España de postguerra. Ninguna muralla las defendía; ninguna las resguardaba del furor de los bárbaros, porque ya estaban dentro. Solo eran fortalezas fronterizas sobre las que pendía una promesa de libertad aplazada e inconcreta, un viaje emocional, incierto y sombrío hacia la nada.

Las tres juntas condensaban la sal, el mercurio y el azufre que rezumaban en el breviario de los alquimistas.

Gabriel y yo comenzamos la trashumancia, un camino de las tierras altas a las tierras bajas, salpicado de emboscadas, emociones y belleza.



Oviedo, la sal.

Jano bifronte entre el cuerpo y el espíritu, trazo que une la luna doble y el sol, fluye en la orina y el sudor.

(Hiram Abiff, maestro de obras del Templo de Salomón, 988 a.C.)

Vosotros sois la Sal de la Tierra... y si la Sal perdiera su sazón, ¿quién la sazonará?

(Yeshua ben Josef, verbum magistri, 3.760 del calendario hebreo)

En Vetusta compramos taller y vivienda en la calle González Besada, cerca del seminario situado en el Prado Picón, en una colina cercana. Aunque ya no necesitábamos recurrir a una hipoteca bancaria y nos sobraba el dinero, Gabriel insistió en seguir trabajando en nuestra nueva tintorería de El Arco Iris.

El paseo era parte sustantiva de nuestro ritual no sólo en Oviedo, sino en nuestra vida. Con él, cogida de su brazo, recorrí Tineo y la ribera del Ebro; en Oviedo el parque San Francisco, la calle Uría, la Escandalera y, frente al Teatro Campoamor entrábamos en una cafetería con puertas giratorias, donde tomábamos leche merengada; en Valladolid por el paseo Zorrilla y en Madrid por la Gran Vía hasta la calle Claudio Coello, donde vivíamos.

En la dramática penuria de postguerra, la diversión se concentraba en el cine, el deporte y en los bailes, que entonces siempre estaban abarrotados. Recuerdo que en Oviedo fuimos una vez al Alcázar, un salón donde llegó a tocar la orquesta Negresco, famosa por aquel entonces. La pista de baile se convirtió en un carrusel sobre el que girábamos al unísono, como si estuviéramos solos en el mundo. Por su embeleso me di cuenta de que me seguía queriendo. Subimos a un taxi y el trayecto de vuelta se me hizo más corto que un suspiro.

Me gustaba hacer mis compras en el mercado de El Fontán, y algunos domingos, como decenas de ovetenses, íbamos de excursión a Colloto para comer tortilla y filetes empanados a orillas del río Nora, en una pradera cercana al Puente Romano. El pueblo estaba plagado de llagares de sidra y paneras en torno a la fábrica de cerveza de El Águila Negra.

En aquellos años del hambre y de las cartillas de racionamiento, por todas partes se recurría al mercado negro o estraperlo. La Fiscalía de Tasas solo multaba a los pequeños traficantes y se incautaba de sus mercancías, pero hacía la vista gorda con los grandes, algunos de ellos conchabados con las autoridades corruptas. Pescadores en río revuelto, conducían coches americanos —los *haigas*— y fumaban a todo pasto Philip Morris,

dejando a su paso un rastro de risotadas para escarnio de un pueblo con las heridas aún en carne viva.

En torno a nuestro establecimiento se instaló un ejército de modistas, sastres y costureras que hacían arreglos a quienes carecían de medios para renovar su guardarropa: daban vuelta a las gabardinas y a los abrigos ajados, sacaban el bajo de unos pantalones, cambiaban los puños raídos de las camisas, remendaban las prendas deshilachadas y zurcían calcetines embutiéndolos en huevos de madera.

El Arco Iris no cesaba de dar beneficios. Gabriel era un buen maestro tintorero y enseñó a sus operarios las técnicas de remojo en cubas de bombo con agua hirviendo, y el manejo de las máquinas de lavado a vapor, secado y planchado. Teñía con pericia toda clase de prendas y tejidos de lana, fieltros y algodón.

Las mayores ganancias provenían del teñido en negro de las prendas de las viudas, cuando las mujeres tenían que guardar un luto prolongado al fallecer algún familiar, generalmente el padre o el marido. La muerte constituía entonces una fiel auxiliar del negocio.



Valladolid, el mercurio.

Hijo del cinabrio, veneno y fuerza pasiva que hay que despertar y encender para que disuelva el oro y la plata.

Nada es veneno, todo es veneno. La diferencia está en la dosis.

(Teofrasto Paracelso, 1531)

Gabriel había contraído el asma durante sus dos estancias en Cuba. En invierno solía dormir recostado sobre un gran almohadón, después de haber fumado un cigarrillo de

marihuana para purificar las vías respiratorias. Los médicos le aconsejaron salir de Asturias y buscar un clima seco como el de Castilla.

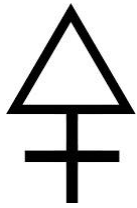
¡Cuántos senderos marcan nuestras vidas, a veces desconocidos o borrosos en la niebla!

En 1950 hicimos las maletas y llegamos a Valladolid. Compramos una casa en la Plaza del Corriño, en el meollo de la ciudad, y contratamos a una chica para las labores domésticas. Como Gabriel no podía vivir sin trabajar, abrió una fábrica de baldosas de barro cocido o cemento compacto, suficientemente baratas para abastecer un mercado mortecino, cuando en toda la ciudad no había más de cuatrocientos empresarios y seis mil obreros de la construcción. La factoría, de pequeñas dimensiones, estaba instalada en el Paseo de Zorrilla, cerca de la Plaza de Toros y del Campo Grande y enfrente del estadio del Real Valladolid, donde llegó a jugar el famoso guardameta Ramallets.

En los años cincuenta Falange había perdido gran parte de su influencia anterior, sustituida por los toros, el fútbol y la liturgia católica, plagada de misas, procesiones y cofradías de la Semana Santa. Todavía reinaban los tiempos del hambre, y no eran pocos los que criaban gallinas y conejos a escondidas en las terrazas de sus casas.

Solíamos pasear por Las Moreras, a orillas del Pisuerga y bañarnos en las piscinas Samoa, una especie de oasis en la vida gris y menesterosa de postguerra, cuando todo escaseaba, hasta la alegría.

Por mis amigas supe que en el centro de la ciudad abundaban los *meublés* para queridas y lupanares para recibir de tapadillo, donde ejercían cientos de mujeres, algunas viudas o con el marido en la cárcel. Los restaurantes más ostentosos servían una carta de lujo a doscientas pesetas por persona, y registraban lleno absoluto de burgueses, estraperlistas y autoridades del nuevo Régimen. La ciudad era una ciénaga putrefacta y hasta las aguas del Pisuerga se habían estancado. Si antes había sido el alma de Castilla, ahora por las aguas mercuriales de su río corría el frío de la muerte.



Madrid, el azufre.

Pero los cobardes, los incrédulos, los depravados, los asesinos, los lujuriosos, los hechiceros, los idólatras y todos los falsos, tendrán su herencia en el estanque de azufre ardiente, que es la segunda muerte.

(La Biblia Católica. Apocalipsis, 21)

Llegó nuestra jubilación y en 1963 nos instalamos definitivamente en Madrid. Por fin Gabriel pudo respirar a pleno pulmón, liberado del agobio que hasta entonces había oprimido su pecho.

Era febrero y desde nuestro apartamento en la calle Claudio Coello nos gustaba contemplar los atardeceres de oro sobre los tejados y, al fondo, la Sierra con sus crestas blancas recortándose en el cielo transparente y azul, esperando la aurora roja del nuevo día.

Lejos de tan cercana quietud, el estrépito de una barahúnda de coches Seat 600, taxis con una franja roja a lo largo de sus laterales, tranvías, trolleys, autobuses de dos pisos a la inglesa, vespas y biscúters, la capital se agitaba como un nido de abejas, ensordecida por el zumbido de los motores. Más abajo, entre las cañerías y los desagües, los vagones del Metropolitano horadaban la tierra como topos, atestados de gentes, golfos, carteristas y descuideros amigos de lo ajeno. Encaramados en sus minúsculos templetes plantados en los cruces más problemáticos, los guardias de circulación intentaban regular el tráfico con su silbato, ataviados de una chaqueta blanca y la cabeza cubierta de un casco del mismo color, y equipados con una porra colgada al cinto como argumento de disuasión.

En ese Madrid galopante, donde latía el corazón de la ciudad, aún se podían ver por las aceras algunos limpiabotas con sus cajas de cepillos y betunes, ateridos de frío, mientras las castañeras se calentaban las manos junto a sus bidones alimentados por las brasas de carbón. Los vendedores de periódicos, levantados desde las seis de la mañana, voceaban

con ingenio los titulares más llamativos del día. Tres horas más tarde, desfilaban las procesiones de mendigos que se peleaban por un lugar privilegiado en el porche de las iglesias, a la espera de piadosas limosnas, que no alcanzaban a socorrer tanta necesidad y que antiguamente sustituían los comedores católicos del Auxilio Social. La ciudad despertaba con los transeúntes más presurosos, empleados, pluriempleados y dependientes de los comercios, todos ellos envueltos en sus gabanes, guantes y bufandas. Abrían los mercados como el de Maravillas o el de La Cebada, adónde llegaban temprano las carretas de arrieros cargadas de patatas, legumbres y otros productos que traían de la Sierra y de los fértiles campos del Sur. Las verduleras pregonaban la excelencia de sus frutas y hortalizas, mientras los carniceros desplegaban sus dotes oratorias para camelar a su clientela femenina.

En las callejuelas adyacentes al Rastro todavía sobrevivían los depósitos de traperos, caldereros y chatarreros, junto a los talleres de zapateros y talabarteros. En los barrios populares, más alejados del centro y de los grandes almacenes, el afilador pedaleaba en su bicicleta y anunciaba su paso con el silbo del chiflo de caña que recorría las notas de su escala tonal, de graves a agudas y viceversa, como una escalerilla musical.

Al caer la noche, en la calle Montera y otras adyacentes ofrecían sus servicios las busconas más baratas, casi siempre portadoras de enfermedades venéreas. Y en los barrios más pudientes se escondían los pisitos de las queridas y los prostíbulos que dejaban pingües beneficios a sus propietarios. En los barrios ricos, como el nuestro de Salamanca, los serenos —muchos de ellos, asturianos— nos abrían la puerta y anunciaban una a una las primeras horas de la noche y el tiempo que hacía: «¡Las doce, y sereno!», gritaban a media voz. En muchas porterías anidaban los chivatos, antiguos policías, militares y mutilados de guerra.

Entre los establecimientos de la Plaza Mayor, además de los bares y restaurantes, abundaban los de compraventa de oro y las casas de empeño de joyas. El Monte de Piedad, antiguamente en el monasterio de las Descalzas Reales, tenía su sede en la Caja de Ahorros de Madrid.

Los colores de los vestidos iban por barrios, del rojo carmesí y el verde chillón en los arrabales hasta apagarse en el centro con tonos cenicientos y oscuros. Del mismo modo ocurría con el temperamento de la gente. Más frío y formal en la almendra central, más carnal y auténtico en las zonas populares, herederas directas del Madrid castizo del siglo

XIX. Pese a sus raíces norteañas, a Gabriel le encantaba la manera de ser capitalina, la de gente bulliciosa y ocurrente, e imitaba con maestría el simpático deje madrileño, arrastrando las sílabas finales, deleitando la lengua y los dientes con la «d» final de las palabras hasta convertirla en una «z» como Madriz. El alma briosa y rebelde de la ciudad, me hizo comprender que ninguna losa de miedo podría sepultar jamás la gracia revoltosa y la alegría vital del pueblo madrileño.

Éramos asiduos espectadores del teatro Lara, del Monumental y del Reina Victoria. Una vez libres del acoso de los revendedores que se agolpaban a sus puertas, agradecíamos el tacto aterciopelado de las butacas y la intimidad de los palcos. También frecuentábamos los cines de Gran Vía; el cine Barceló, cercano a Tribunal y el cine San Carlos un edificio *art déco* con su fachada en chaflán. Pese a los cortes de la censura y los diez minutos obligatorios del Noticiero Documental (el NO-DO) que precedía todas las películas para exaltar la figura del Caudillo, allí disfrutamos de *El pisito*, *Bienvenido Mister Marshall* y *Muerte de un ciclista*, además de otras extranjeras como *Espartaco* y *Casablanca*.

L

LA ÚLTIMA FRONTERA

*Sobre la clara estrella del ocaso,
como un alfanje, plateada, brilla
la luna en el crepúsculo de rosa
y en el fondo del agua ensombrecida.*

(Machado, Antonio: *Sobre la clara estrella del ocaso*, 1903)

En medio de aquella vida holgada y placentera, fueron pasando las primaveras hasta que los años esmaltaron de plata nuestras sienas. Gabriel, siempre conmigo hasta su muerte, falleció a los ochenta y cuatro años en la residencia de Canto Blanco, entre los pinos de El Pardo. Hasta sus últimos instantes se preguntó:

—¿Dónde estará esa vida que se pierde en vivir? Yo nunca la perdí.

Inviernos como veranos, seguí observando desde mi ventana los cielos cambiantes de la Sierra de Guadarrama, espejos del crepúsculo de mi mente y de mi vida, un paisaje sin camino, indeciso e inefable. Tras mis noches en vela, me bañaba en esa claridad que empieza a vislumbrarse desde que raya el día hasta que sale el sol, o en la que el astro rey declina hasta las tinieblas más oscuras, en tránsito hacia la nada.

Tras la muerte de Gabriel me fui convirtiendo en un cuerpo mudo, pétreo e inerte, materia impura, como si no tuviera sangre en las venas, simple espectadora de mi propia existencia. Ya no se unían en él el lenguaje y el deseo; me fui olvidando poco a poco de sentir. Me escondía detrás de las palabras para seguir viviendo, para no hundirme en un estado inorgánico. Huía del pánico a mi propia finitud. Por nada, se me llenaban los ojos de lágrimas y se me quebraba la voz.

En cuanto a mis padres, jamás volví a verles ni contesté a sus cartas, cada vez más espaciadas hasta su agotamiento como el agua escasa de un manantial que acaba por secarse en la tierra.

Han pasado 85 años desde que nací y ahora llega el invierno. Permanezco adormecida en mi habitación. Sigo como un autómata la rutina del comedor, me siento en un sillón, pegada al televisor, la nueva caja mágica de los sueños, o salgo de paseo por los jardines, observando a otros ancianos, absortos en la soledad de sus pensamientos. Las realidades se diluyen en sombras fantasmagóricas. Busco hacer cualquier cosa para tener algo que hacer, encadeno mis bordados, leo incluso sin entender, con la mente vacía. No pienso en el futuro, porque ya no creo en el presente. Sin fuerza para nada, me acerco al final del viaje y el tiempo transcurre a toda velocidad. Ya sé que el amor es lo único que detiene el tiempo y el deseo la mayor fuerza que mueve el mundo.

Pero mientras vaya escribiendo, la vida sigue y nada puede terminarse del todo.

En mis sueños sigue brillando la luz en los cielos de La Patagonia.

*«Paxarinos que ufanos y alegres
Cruzáis la praera,
Y esnaláis pe los aires llixeros
Camín de otra tierra,
Si acaso algún día, rodando pel mundo,
Pasáis pe l'América
Y alcontráis al mío fiu del alma,
¡Decí que se güelva!
Pos ya en esti mundo, cansá de la vida,
Tan solo quíxera
Volver a abrazálu,
decí que lu quiero
Y cayérme muerta».*

(Díez de la Torre, Isidro: *Canción de la madre*, tomado del libro *Los nuevos bablistas*, 1925)

¿Quién mató a Marcel Lahaut?

Esta vez, el senador Jean Tervé me citó en el bar de la Estación de Midi, donde la Stella Artois corría en abundancia por el gacete de los viajeros, sumidos cada uno en su mundo, vigilando el reloj y sus maletas. Temible tribuno en el Senado, conmigo apenas despegaba los labios. A cambio de una generosa gratificación, me limitaba a cumplir sus encargos, siempre escritos en una minúscula cartulina blanca, dentro de un sobre cerrado.

Llegó puntualmente, enfundado en su gabardina y con el sombrero inclinado sobre la frente, sin que nadie le reconociera por su cabellera blanca y su ojo de cristal, recuerdo de la Resistencia.

Cuando llegué a casa, abrí el sobre y leí la cartulina. Decía: «Liège. Camarades Espagnols. ¿Qui a tué Marcel Lahaut?».

A la mañana siguiente fui a la hemeroteca de la Biblioteca Real, en el Boulevard de l'Empereur y consulté los periódicos en busca de algún rastro del tal Marcel. Sólo mencionaban profusamente el asesinato del diputado comunista Julien Lahaut, acribillado a tiros a la puerta de su casa en Seraing por cuatro pistoleros de extrema derecha el 18 de agosto de 1950. La víspera de su muerte, Lahaut había gritado «*Vive la République!*» en la ceremonia de coronación del rey Balduino tras la abdicación de su padre el rey Leopoldo III, colaborador de los nazis. En el diario *La Wallonie*, propiedad del sindicato socialista, 27 años después, apareció la noticia con el nombre de los asesinos a sueldo de la red Gladio, una tela de araña urdida por la OTAN y financiada por la flor y nata de los capitalistas belgas, en plena guerra fría. Su objetivo era la desestabilización de las democracias en toda Europa mediante atentados sangrientos, señalando a los comunistas como chivos expiatorios para justificar su ilegalización. En *La Meuse* de Lieja, donde Georges Simenon trabajó como periodista de sucesos, encontré una reseña sobre el entierro de Marcel en 1976, asesinado a tiros como su padre, esta vez en el salón de su vivienda, por un autor desconocido.

Esa misma tarde cogí el tren en la Estación del Norte y llegué a Lieja una hora después. La vieja Estación de Guillemins se había renovado por obra y gracia de Santiago Calatrava. Sólo al llegar al Hotel Ibis, en la Plaza de la Ópera, tumbado en la cama, mil recuerdos asaltaron mi memoria: La llegada a la ciudad en 1960 desde Asturias con mi padre, refugiado político, mi ingreso en el Partido, el fútbol, la mina, la lucha. España y Bélgica como presencia obsesiva bajo el mismo cielo, las mismas estrellas. El pasado siempre vuelve.

Necesitaba ver a Morán, el asturiano, en quien tenía alguna confianza. Hacía diez años que no lo veía, puede que más. Lo encontré de nuevo en aquella ciudad maldita. Así fue cómo sucedió. Llovía a cántaros en la noche sin luna. El agua caía sin piedad, emponzoñada por el humo expulsado por las chimeneas de los altos hornos, faros de fuego encendidos noche y día, vigilando la ciudad. Su ácido mineral empapaba mi gabardina, asfixiaba el valle y envenenaba el río Mosa. Aceleré el paso, boquiabierto, con los pulmones podridos implorando más aire. Ráfagas oblicuas mojaban mis labios con chorros de líquido frío y salado.

Pasé deprisa por las estrechas callejuelas que se desparraman desde la Rue Hors-Château, donde viejas prostitutas, sentadas en su sillón tras el escaparate de su cuchitril, las piernas cruzadas y el escote generoso, atraían con un farolillo rojo a los inmigrantes, solteros en su mayoría. Primero habían sido italianos el grueso de su clientela en los cincuenta, luego españoles en los sesenta y ahora turcos y polacos. Hoy como ayer, la vecindad de la muerte en las minas sigue espoleando el deseo y la vida.

Al entrar en la Rue Saint Léonard, tropezando en los adoquines de la acera, una luz cadavérica se proyectaba parpadeante sobre los charcos. Era El Sol de España. El mismo bar de aquellos mis años juveniles, el mismo futbolín, las mismas cortinas ahumadas por el tabaco. Entré empapado. Más en busca de refugio que de nostalgia.

Sequé los cristales de mis gafas con el pañuelo y levanté la mirada.

Allí estaba Morán. Sentado en un taburete, la cabeza entre los codos clavados en el viejo mostrador de zinc, cobijando un vaso de vino. Al fondo, alrededor de una mesa, cuatro mineros jubilados jugaban al dominó bebiendo carajillos. Pedí otro a Pepón, el dueño del tugurio, y me acerqué a mi amigo.

—Hola, viejo —le susurré al oído.

Sobresaltado, despertó de su letargo y torció la cabeza hacia mí.

—¡Róxiu! ¿Pero qué fexes aquí? ¡Tantu tiempu! Desde que xugabas en el Standard y fichaste por el Anderlecht yá non te vimos por Liège.

—Ahora ya soy viejo para eso. Sólo voy al estadio de Heysel cuando viene el Real Madrid o algún otro equipo español.

—¿Alcuérdeste del partido España-Bélgica, en febrero de 1969, aquí en Sclessin, cuando espleguemos cien banderes republicanas y glayábamos «Franco, asesino. Libertad para España»? Lieja yera muy roja en los sesenta. Había siete pozos y cinco mil españoles.

—¿Cómo no me voy a acordar? Pero no he venido a recordar batallas. Dime, ¿quién mató a Marcel Lahaut? —le pregunté de sopetón.

Morán tragó saliva, calló un instante y me cogió del brazo, casi afónico.

—Non escarbes, Róxiu. Hazlo por el Partido. Ten cuidáu. Non sólo hai coses bones na cabeza d'un home.

—Dime lo que sabes, cabrón. Acuérdate que me lo debes. Si aquel día en que cedió la mampostería no te saco a rastras de la galería, no perdías esa mano que te falta, sino la vida.

Le traicionaba el temblor de sus labios. Pero acertó a decirme:

—Yo casi nun sé nada. Lisardo sabe más que yo.

—Pues vamos a su casa. Ahora.

—Yé bien tarde. Igual nun tá levantáu. Amás, tá morriéndose de la silicosis.

Apuré el carajillo, pagué las consumiciones, cogí del brazo a Morán y salimos a la calle. Había parado de llover. Lisardo vivía a doscientos metros, junto a la vía del tren de Lieja a Maastricht, en la planta baja de una miserable casa de ladrillo ennegrecido. Había luz en el salón, tamizada por una cortina sucia y deshilachada, roja a cuadros como un mantel de cocina. Mi amigo pulsó el timbre y dijo:

—Tá d'arriendu. Non yé baratu. El propietariu vive enriba d'él y chúpai su pensión.

Salió Lisardo encorvado, en zapatillas y pijama.

—Me *cágüen*... ¡Morán! ¡*Róxiu!* Entrad, que hace frío. ¿Qué queréis a estas horas?

Se sentó en su sillón. Nosotros enfrente en un sofá.

—¿Qué sabes de Marcel Lahaut? —le pregunté a quemarropa.

Palideció de repente. Le sacudió una quinta de tos y escupió sangre en un pañuelo. Acercó a duras penas la bombona de oxígeno, que tenía montada sobre una plancha metálica con cuatro ruedas, y se puso la mascarilla, quizás para ganar tiempo y pensar.

—La piedra me está matando.

Le miré a los ojos con frialdad inquisitiva. Volvió a toser y entonces cantó.

—Ya no tengo nada que perder. Me muero. Soy de los últimos que quedan vivos aquí. La mayoría se pudren en el cementerio de Robermont o han vuelto a España.

La historia que contó era sórdida y sombría. Según nos dijo, en una reunión de la célula del Partido en Seraing, el responsable político trasladó al Comité la confidencia de un capataz de la empresa siderúrgica Cockerill-Ougrée, que a la sazón contaba con veintidós mil obreros. Pocas semanas después del asesinato de Marcel, un español apodado El Zamorano se había comprado un Volkswagen y había pedido un mes de excedencia para, según él, comprar unas tierras en España. Vivía cerca de la fábrica y Marcel le impartía gratis en su propia casa un curso de delineante. El Zamorano tenía mala fama. Era un chivato en la fábrica y un esbirro del Consulado que espiaba a los antifranquistas. Pero Marcel no hizo caso de nuestras advertencias.

De vez en cuando teníamos que parar la conversación, interrumpida por el traqueteo o por el silbido agudo de un tren nocturno.

—¿Quiénes estábais en la reunión del Comité y qué fue de ellos? —pregunté.

—Arregui El Vasco, el responsable político, el que se mató en Bilbao en 1977 al chocar su coche con un tranvía. Perseguido por la dictadura desde joven, no se resistió a volver tras la legalización del Partido. Belardo El Pintor, se desnucó al caer de espaldas desde un andamio, apenas a un metro del suelo. Onofre, el que apresaron en Barajas porque un infiltrado le señaló por haber participado en aquel curso del Partido en la RDA, sigue viviendo en Herstal. Y Tolivia, aquél minero que clavó el hacha en la mesa

del director durante la huelga del pozo Hasard de Cheratte y le obligó a anular las sanciones a los huelguistas, vive ahora en Totana para aliviar su silicosis con la brisa mediterránea.

Por fin liberado de su secreto de años, Lisardo no paraba de hablar:

»Marcel Lahaut era ingeniero en Cockerill y nos ayudó a abrir el Club García Lorca de Seraing. Era amigo de los españoles y se preocupaba por su formación profesional. Su asesinato nos indignó. Decidimos ajusticiar a El Zamorano. Una noche le acorralamos y confesó que la empresa le había entregado la pistola y le había pagado cincuenta mil francos para matar a Marcel, porque el ingeniero había descubierto un plan del Consejo de Administración para despedir a catorce mil obreros y amortiguar la competencia del acero asiático. Tolivia quería tirar de inmediato al sicario al Mosa desde el Puente de Seraing, para que las hélices de las gabarras que transportaban carbón y acero a Rotterdam despedazaran su cuerpo. Pero acordamos llevar a cabo la propuesta de Arregui. Él era quien manejaba el paso de las vagonetas aéreas que llevaban el caldo ardiente de acero desde el convertidor Bessemer hasta el tren de laminados. Y el Zamorano tenía su puesto fijo a diez metros de la banda de laminación.

Lisardo tragó saliva y terminó su relato.

»El 6 de diciembre de 1976, durante el turno de noche, una vagoneta volcó a quince metros de altura y el acero en fusión cayó sobre El Zamorano. Se oyó en la nave un grito espeluznante y su cuerpo se disolvió al instante. En su entierro no hubo ataúd. Sólo una pequeña caja con un lingote de acero recogido en el lugar donde murió. Como dijo el cura en su responso, «la tierra siempre reclama a sus hijos».

—¿Por qué no detuvieron al vasco?

—Porque lo defendieron los mejores abogados del Partido belga, entre ellos Raskin, y concluyeron que el accidente se debió a la rotura de una polea. Por si acaso, consiguieron entre bastidores que la empresa retirara su denuncia, con la amenaza de divulgar sus planes de reconversión, que hubieran sido una catástrofe para la región.

Aquella noche cené en el hotel, redacté el informe, fumé un cigarrillo y dormí apaciblemente.

Al día siguiente, de regreso a Bruselas, entregué al senador el resultado de la investigación. Pasó una semana y Terfve me llevó a la Grand-Place, me invitó a mejillones en T'Kelderke, y me dio el sobre. Cuando lo abrí en casa, junto a los quince mil francos habituales, encontré otra cartulina que, con la letra de siempre, rezaba así: «Bon travail. Affaire close». Caso cerrado.

A ñales

Se llamaba Onofre Camblor. La primera vez que le vi fue hace un año en septiembre. La última ya estaba muerto.

Corría que se mataba el año 1959. Mis padres se habían mudado de Pola de Laviana a Sotrondio, algo más de doce kilómetros que para mí supusieron una distancia sideral.

¡Qué irrepetible luz la de la infancia en la Pola! Allí disfruté de los besos de mi madre y del cariño de los maestros en el instituto. No existían más heridas que las de los espinos en mis brazos tiernos, ni llagas más intensas que las de las ortigas en los paseos por el campo. No había más allá, pues todo estaba allí: el principio y el fin, la calma y la galerna, el amor sincero, las verdades más puras, la grandeza y la nada.

Pronto las aguas negras del río Nalón iban a vestir mi vida de luto. Desde que llegué a Sotrondio la mala sangre empezó a galopar por mis venas.

Conocí a Onofre en primavera y enseguida me uní a su pandilla. Era todo lo que yo no era. Soñaba a lo grande y era feliz. Sus frases lapidarias restallaban como el látigo y sostenían la atención de sus seguidores. El entusiasmo le salía a borbotones por la boca. Siempre decía lo que pensaba. Yo callaba, seguro de que lo que dijera no tendría importancia, pues nada la tiene. Y eso que no soporto el silencio. Cuando todos callan, toso para romperlo. Pero mis palabras sobran, donde hablan los demás. Me ven como un intruso. Envidiaba su arrojo y su imaginación desbordante.

Comparado con Mael, con Lisardo, con Tano o con Tolivia, no soy grande y habitar mi cuerpo me inquieta. Aspiro a la amistad, pero malvivo siempre aislado. Amigos, ninguno. Si los tuviera no dudo que me traicionarían, como yo les traiciono. No confío en nadie porque no confío en mí.

Querría ser como él. Pero a su lado no soy nadie. Absolutamente nadie. No soy nada y lo quiero todo.

Algunos nos creían amigos. Pero éramos como dos barcos, cada uno con su meta y su camino. Pronto sentí los dardos punzantes de la cizaña. Primero fuimos extraños y a la postre, enemigos.

—No intentes ser bueno con él; intenta no ser demasiado malo —me había aleccionado Lisardo—. ¡Ándate con cuidado!

Junto a Onofre nunca tuve la alegría de ganar, siempre la amargura de perder. Nunca experimenté los abrazos que le prodigaban las chicas de la escuela y del barrio, alegres mariposas con las que mantenía relaciones frágiles y efímeras.

Al entrar en la pandilla me enamoré de Llarina y de sus trenzas rubias. Con ella despertaba el hombre que en mí dormía.

Era tan hermosa que no es posible más. Los hoyuelos de la cara se le marcaban cuando reía enseñando sus dienteillos blancos entre sus labios pintados de carmín. Sus cabellos eran tan suaves como el pecho de un pájaro. Su piel era de nácar y alabastro. Sus ojos brillaban como esmeraldas. Y una fina cadenita adornaba su cuello como un hilo de plata.

Hablaba por los codos, gastando diez palabras en lo que hubieran bastado dos. Sus manos eran tan finas que daba la impresión de que de un momento a otro aparecería una paloma blanca entre sus dedos.

Un día le escribí una carta de amor. Pero cuando iba a entregársela en el patio, Onofre me la arrancó de las manos y la leyó en voz alta, poniéndome en ridículo ante los demás. Lo hubiera matado pero por cobardía uní mi sonrisa bobalicona a las risotadas de sus leales.

☞ SÁBADO ☞

Las chicas apenas tienen defensas. Pero hacen milagros con las pocas que tienen.

Una tarde la encontré en el quiosco de música. En los espacios pequeños se comprimen las pasiones. Un escalofrío me recorrió las entrañas y un impulso irrefrenable me empujó a coger sus manos en las mías. Quise darle un beso y ella me rechazó.

—Pero ¿qué haces, imbécil? —Se soltó con gesto airado—.

Corrí tras ella y la agarré por el antebrazo.

—Ya sé que te gusto. Estás loco por mí —dijo despectiva—. Pero me das asco. Eres feo y no te quiero. Quiero a Onofre y estoy preñada de él.

Sus palabras golpearon mi cara como una fusta.

—¿Por qué me tratas así? —me quejé.

—Es que llevo prisa —replicó, soltándose bruscamente—. ¡Márchate y no vuelvas más!

La sangre que bullía en mis sienes se congeló al instante. Pensé que había sido tan cariñoso con Llarina que se asustó y no me quería. Por fin me vi como ella me veía y pasé a despreciarme. Porque quien da amor, pierde amor.

Se alejó riéndose y me invadió un sentimiento tan profundo que eché a llorar, sorbiendo las lágrimas que me abrasaban los ojos. «Eres mala, pero no importa. Seguiré queriéndote», pensé para mis adentros, sin creérmelo del todo.

Ese día terminaron de arder las astillas de mis sueños.

En la cuadrilla, sólo Onofre disfrutaba de mi ansiada Llarina, de los pétalos de su perfume, de sus dulces besos y de sus ojos verdes. Ella era para él una realidad tangible. Desde que me desairó, para mí el amor efímero que sentía por ella tan solo era fingimiento. Pero hermosa fue aquella llama, breve como todo lo hermoso: luz y ocaso.

Llarina debió contar lo nuestro a su amante. Por la tarde, Onofre se acercó a mí con el pecho henchido y la mandíbula carnífera. De hombre a hombre, me espetó:

—Chaval, ¿alguna vez la has metido en caliente?

No lo entendí a la primera. Luego me puse colorado como un pimiento y guardé silencio.

—Búscate a cualquiera —continuó—. Llarina no te quiere y te odia a muerte. Primero porque eres un enano. Luego porque eres feo. Y en fin, porque estás capado. Quítale el ojo de encima y déjala en paz.

De cada tres palabras soltaba un juramento. La lengua es un cuchillo afilado. Sus dardos siguieron atormentándome.

—Y con lo fácil que es ligar. Escúchame bien. En amor hay dos tipos de mujer. La nena caliente que se entrega sin pudor y la que quiere salvar las apariencias. Si quieres sacar algo de ellas hay que tratarlas con dureza. Y tú eres demasiado blando —me clavó.

Apreté los puños y los nudillos se pusieron blancos. Pero no dije nada. Si tuviera una pistola se lo hubiera dicho con balas.

ODIO

Su rostro sólo tiene dos juegos, el duro y el muy duro. Más se siente odiado, más quiere ser temido. Todo lo que dice y hace es basura ajena que se amontona en el zaguán de mi cerebro.

Su crueldad es la quintaesencia del Mal. Quisiera gritar altamente contra el dolor y el miedo, por descastar afrentas y denunciar los abusos que se vuelven rutina.

Odio la burla a la que me somete ante los demás. Me enfurece y me hace llorar de rabia. No puedo defenderme, porque a los bajitos es muy fácil hacerles sombra. Acorazo mi sufrimiento en el silencio, incluso en un goce mortificante. Y es imposible oír a los que no tenemos voz. Soy su chivo expiatorio. Le obedezco sin rechistar y le temo. Pero ahora me temo a mí mismo. A veces me doy miedo. ¿Cuántos soy? ¿Quién es yo?

La juventud no es un paraíso, incluso puede ser un infierno. El alma humana es un abismo oscuro y viscoso, un pozo en el que la conciencia se atolla como en una ciénaga.

Cuando su mirada no me vigila, clavo la mía como una puñalada en su espalda, entre el desprecio y el odio. Una vez se dio cuenta de mi hostilidad y bajé los ojos. Él, y solo él, es el culpable de todo lo que me está pasando. Su valentía es la prueba de mi cobardía; su lozanía, la de mi fealdad, su fuerza, la de mi debilidad. Su atrevimiento con las chicas, la de mi enfermiza timidez para abordarlas.

No deseo lo que tiene. Quiero que no lo tenga. Cuanto peor para él, mejor para mí.

—¡Qué horrible es la vida! ¡Dios! ¡Le odio, le odio!

O puede ser que no le odie, sino que me odie a mí mismo.

DOMINGO

LA ASCENSIÓN

Los domingos subíamos al monte muy temprano y vagabundeábamos por las huertas y las arboledas. Conocíamos el *conceyu* como la palma de la mano. Unas veces subíamos a Santa Bárbara, otras a La Cerezal, otras a La Felechosa. Llegábamos hasta las lindes con Laviana, Langreo y Mieres, y a veces rozábamos Siero y Bimenes.

Esta vez salimos *a ñales*¹ hacia Perabeles, pasando por La Invernal. Onofre había visto muchos nidos y conocía a sus moradores: verderines y verderones, raitanes, peñerinos, cuquiellos, gorriones, andolines, mirlos, pegas y papamosques.

Al cruzar las calles de El Serrallo, nos cruzamos con Arsenio, el jorobado que pintaba con cal las líneas del campo de fútbol. Le arrojamos unas piedras y se alejó corriendo en zigzag.

Por la carretera hacia El Entrego nos adelantó un Haiga descapotable a cien por hora. Lo pilotaba una rubia despanpanante con pañoleta y gafas de sol, fumando un cigarrillo con boquilla blanca. Creímos estar soñando con aquella visión, la primera y la única en la cuenca del Nalón.

—¡Putá! ¡Ramera! —le gritó Onofre a destiempo, cuando la rubia ya habría llegado a Laviana.

Abandonamos la calzada principal y nos adentramos entre los helechos que tapizaban la falda del monte y ascendían hacia las tierras altas.

A lo lejos, en el fondo del Valle donde culebreaba el Nalón, se divisaban las primeras casas de El Entrego. Dos veces estuve allí con la pandilla. La primera en las fiestas de La Laguna para presenciar un combate amañado de lucha libre. Recuerdo que la estrella de la tarde era un tal Peltop, Cabeza de Hierro. La pelea acabó en el ring como el rosario de la aurora y con la gente gritando: «¡Tongo! ¡Tongo!». Por la noche escuchamos a los Cuatro Ases de la canción asturiana: Cuchichi, Miranda, Botón y Claverol. Y en agosto fuimos a ver *Testigo de cargo*, una película interpretada por Tyrone Power. A la entrada,

¹ Expresión asturiana que significa salir a buscar nidos y robar sus huevos.

un paisano en *madreñes* se empeñaba en llamarle «*Tirón el probe*», provocando las carcajadas de los espectadores que esperaban en la fila.

Onofre marchaba en cabeza, arrastrándonos con el ardor de su palabra. Los tristes y los alegres caminábamos al mismo paso. Pegados a él como el estío al otoño, como el dolor a la vida. Mirábamos al frente, siempre adelante, sedientos de conquistas. No había más futuro que el presente.

La luz flameaba sobre el bosque verde. Y el río brillaba abajo como arriba el cielo.

Pero al pasar por Peñateyera vimos una densa neblina de azufre que ascendía desde el pozo Sotón con un olor a neumáticos viejos. Esa semana había marejada minera porque a un *guaje* al que una piedra le había aplastado tres dedos, la Duro Felguera sólo le había pagado dos mil pesetas porque eran de la mano izquierda y él era diestro. Los pozos hervían y la patronal echaba más leña al fuego.

La caldera iba a estallar tarde o temprano. En Sotroñido decían que un comunista retornado de Francia, Ron, y su mujer, Sela, eran los agitadores de la revuelta. Pero la Duro no se atrevía a echarle porque era buen picador y los mineros le seguían como corderos. La gente cantaba en los chigres: «De Laviana a La Felguera ¡Viva la *xente* minera!».

El bosque estaba sediento en el otoño sin lluvias, a la espera de la nieve que refresca la cuenca con su blanca pureza.

Por el camino engullimos moras de los zarzales. Al pasar por las huertas, robamos *ablanes* y manzanas en una fresca pumarada. Unos paisanos trabajaban a la vera de Santa Bárbara, agachados entre espantapájaros, y no pudimos saquear los generosos niales, nucéus y prunales que abundaban en aquél paraje. Al lado de una casona, la panera estaba cubierta de ristras de abundancia. De los prados colindantes nos llegaba el olor penetrante de la hierba recién segada para el invierno. Subiendo por un *caleyu* atravesamos arboledas de *fayas* y castaños, escuchando la música del aire que entraba en sus brazos abiertos.

Pronto los lobos bajarán a La Invernal, saliendo de sus guaridas. Nuestra manada llegó la primera.

LA MUERTE

Onofre se detuvo a la vera de un *texu* gigantesco y venenoso, sombra y frontera entre el otro mundo y la oscuridad, con las ramas a ras del suelo. Luego dio unos pasos hacia un *carbayo* de buen porte, nudoso y retorcido, en busca de un nido.

—Allí hay uno —dijo Onofre señalando la copa.

Los demás nos agrupamos al pie del árbol, gesticulando y apuntando con el índice a una incierta sombra escondida entre el ramaje preñado de hojas.

Trepó al árbol y desde unos dos metros de altura me desafió ante los demás:

—¿*Atrévete* a seguirme? —se burló.

Asentí con poco entusiasmo.

—¿*Tás* seguro? —insistió, poniendo en duda mi valor.

—Sí —le grité para que todos me oyeran.

Esguilando por las irregularidades del tronco, intenté seguirle. Él trepaba de rama en rama con la agilidad de Tarzán. Yo necesitaba tomar aire y descansar de vez en cuando en mi ascensión. Miré hacia abajo y permanecí inmóvil durante un tiempo, paralizado por el pánico. Sentí un escalofrío y las rodillas me empezaron a temblar.

Más arriba, Onofre se dio la vuelta y dijo:

—Ya llegamos. Mira el nido.

No vio la trampa mortal. Un cable de alta tensión atravesaba el follaje, tendido desde una torreta cercana.

Un raitán inquieto daba saltitos de rama en rama con su mancha roja entre pecho y cara. Onofre alargó el brazo y su mano se deslizó en el nido para robar sus huevos.

En su último cumpleaños, su madre le había regalado un reloj que lo acercó puntualmente a la muerte. Ya no había vuelta atrás.

Le empujé a traición. Perdió el equilibrio y se agarró al cable eléctrico con las dos manos.

Resonó un siniestro chasquido. Brilló un relámpago y estalló una bola de fuego. Un grito salvaje se oyó en el mundo.

Contemplé cómo le ardían el pelo y las cejas. Su piel se oscureció y se agrietó, desprendiendo un insoportable olor a quemado. Su cara chisporroteó y se descarnó al instante. Toda la eternidad se concentró en aquel soplo de fuego.

El cuerpo inerte se precipitó entre las ramas y quedó colgado boca abajo en la última antes de caer a plomo en el suelo. Se desplomó como el trapecista que suelta su columpio y no alcanza el siguiente, estrellándose en el suelo sin red. Como el velocista que cae casi en la meta, cuando era, hasta allí, el primero.

Los demás se estremecieron y quedaron petrificados de espanto. Silencios sin ruido, soles sin luz.

Bajé del árbol como un autómatas y me uní a ellos, tambaleándome. La cabeza me daba vueltas como una peonza.

Sus miradas se giraron hacia mí. Llarina lo hizo con un aire acusador. Me pregunté si había visto mi acción traicionera y empecé a sentir la mordedura de la sospecha.

—Ciérrale los ojos —me ordenó Tolivia, señalando el cadáver.

Lo intenté, pero el derecho se resistía. El párpado chamuscado se levantaba como si Onofre quisiera seguir viendo. Pero el fuego de sus ojos abiertos se había apagado. Se le había cortado el estambre de la vida.

Una mariquita roja se posó un instante en su calavera y, espantada, reemprendió el vuelo y desapareció entre los matorrales.

El sol perseguía las sombras sin piedad. Presos de un miedo irracional, corrimos cuesta abajo hacia el pueblo. La carretera, El Serrallo, el Puente del Pontón, la iglesia, la casa de Falange y las primeras casas de La Llera desfilaron vertiginosamente ante nuestros ojos mareados. Entramos gritando en la comandancia de la Guardia Civil y, hablando todos a un tiempo, avisamos de la tragedia.

LA AUTOPSIA

Allá en lo alto, subiendo a La Felechosa estaba la caseta que servía de morgue, con el tejado cubierto de musgo y pizarra. En el interior, en una única estancia alicatada hace un siglo, faltaban algunas losetas blancas y, en su lugar, cuadrados de cemento oscuro completaban la pared como un tablero de ajedrez. Sobre una mesita metálica, una botella mediada de Anís del Mono y un vaso no muy limpio esperaban al forense en el caso de que quisiera atenuar con un trago el olor a enmohecido.

Una bombilla encendida y desnuda reforzaba la luz tamizada que entraba por la puerta entreabierta donde se agolpaba la gente y el guardia municipal, tan curioso como los demás. Ocultas tras sus machos, se escuchaban los sollozos apenas reprimidos de las hembras.

Por fin llegó el doctor, un tipo vestido de luto, camisa blanca y pajarita de lunares rojos. Un pañuelo rosa sobresalía del bolsillo superior como un ramo bajo la pechera. No era Carnaval, pero le gustaba distinguirse del ropaje desharrapado de la gente corriente.

Concienzudo, golpeó suavemente el pecho de Onofre con sus nudillos. Luego partió el esternón con un hacha, abriendo el tórax a martillazos con el corte del cincel. Examinó los pulmones y ojeó el corazón, reajustó las vísceras. Luego cosió el pecho con una gran aguja e hilo de sutura, antes de lavar el cuerpo con una esponja. Gotas de sudor perlaban su frente. De vez en cuando dictaba algo al practicante, que lo apuntaba en una libreta minúscula con un lápiz de punta fina. Cuando terminó la faena se quitó los guantes de látex, se lavó las manos en el fregadero y pidió una toalla.

—¿Cuándo lo entierran? —preguntó al practicante.

—Parece que mañana, según dice el cura. El juez ya firmó los papeles.

El matasanos sentenció:

—A mí que me incineren. Es mejor arder que pudrirse lentamente.

EL REMORDIMIENTO

Al llegar a casa subí a mi habitación sin probar bocado. Me desnudé y me hice un ovillo en la cama, enrollado como un gato, apretando la barbilla contra las rodillas. Pasé la noche en vela, quieto en la cama y con la lámpara encendida como si fuera el ojo de mi conciencia.

Las horas, como un carro al atardecer, regresan chirriando por las sombras de mi pesadumbre.

Yo lo maté. El miedo me mordía y la sangre me remordía. Recordé aquel pasaje del novelista de Entrialgo:

*Tráeme ¡Oh Viento!, a mi madre. Vuelve a darme el
silencio, mi cuna y la canción con la que me dormía.
¡Dormir! ¡Sin mundo. Sin luz, sin sentimientos!
Como un náufrago que se ahoga, sin pasado ni
futuro, sin aquende y allende.*

Al día siguiente me levanté como un remolino, girando sobre mí mismo. Me miré al espejo y la cara que vi me resultó familiar. Descubrí un rostro indiscutiblemente mío, pavorosamente yo. Di la vuelta y me pareció que mi propia imagen me miraba por la espalda. Me enjuagué la cara con agua fría. Me sentí mejor, pero no mucho. Esa mañana no fui al instituto.

❧ MARTES ❧

EL INTERROGATORIO

Por más que nos escondemos, la realidad siempre nos encuentra.

Un policía de la Brigada vino de Oviedo para iniciar las pesquisas. Junto al comandante de la Guardia Civil nos interrogó uno a uno. Por el imponente mostacho que lucía, al guardia le apodaban Bigotes. Tenía fama de torturador, cínico y competente. Me obligaron a acompañarles al lugar del accidente y a darles mi versión al pie del carbayo. Bajamos a toda prisa al cuartelillo, porque la noche se estaba echando encima. Los

faroles de los mineros del turno de las diez serpenteaban como luciérnagas por los caminos.

La vida es una cuesta que baja. Las luces amarillentas del pueblo eran un manto inacabable de resplandores. Los tejados estaban llenos de excrementos de pájaros y hollín. Allí abajo, ajena a todo, dormía la ciudad con el corazón de piedra, donde todo se vende y se alquila. Allí la gente vivía y moría, se emborrachaba, se acuchillaba, la golpeaban, la robaban, la estrangulaban. Era la villa de todos los deseos, no peor que las demás.

En la Comandancia, el despacho olía a polvo y a colillas. Me sentaron frente a una mesa y el policía me lanzó una mirada dura como el mármol. Se sentó a horcajadas en una silla al revés y apoyó los brazos sobre el respaldo. Bigotes me miró fijamente a los ojos, como el coleccionista que estudia un escarabajo clavado en un alfiler.

Protesté por sus sospechas. Sabía lo que me iba a decir y, efectivamente, lo dijo:

—¿Por qué lo mataste?

—Nunca se me hubiera ocurrido. Soy un buen chico.

Sacaron mis antecedentes con la pandilla y nuestras fechorías.

—En la calle puedes ser el rey. Aquí no vales una colilla —dijo, cortante.

—Anda, sé breve; cuéntalo todo —añadió, tamborileando la mesa con sus dedos.

Me puse a temblar y a mordisquearme las uñas. La nuez del cuello subía y bajaba sin control por mi gatzate. Tenía la boca seca y me humedecí los labios con la lengua antes de hablar.

—Onofre era muy pesado y la rama se rompió. Intentó agarrarse para no caer y no vio que era el cable entre el ramaje —mentí sin demasiada convicción.

Seguí cantando mi versión, un cuento tan poco creíble como el pedigrí de un coche de ocasión.

El de la Brigada me interrumpió.

—Algo le falta a tu historia —dijo.

—¿Qué? —pregunté.

—La verdad —me espetó.

Una mosca revoloteaba sobre el escritorio. La cazó al vuelo y la aplastó entre el índice y el pulgar.

—¿Confiesas los hechos? —insistió.

Contuve el aliento, me mordí el labio inferior y negué con la cabeza.

—No tengo nada que declarar y no diré nada. Yo no fui.

Bigotes dio un bufido y su espalda golpeó con fuerza el respaldo de su sillón. El rojo de su cara se hizo más intenso. Respiraba como una foca.

—Aquí las reglas las dicto yo. Dime algo que no sea un disparate. Soy todo oídos.

Dio un golpe bajo a su paquete de Celtas y extrajo un pitillo. Prendió una cerilla y lo encendió. La primera bocanada de humo se estrelló en mis narices y tosí. Las siguientes se elevaron en volutas como anillos azulados.

—Tengo la corazonada de que has tenido algo que ver. Si no confiesas, el agujero que cavas se hundirá contigo. Dormirás con un pijama de pino —intentó asustarme, como un perro de caza que no suelta a su presa.

No moví un músculo y el policía de Oviedo le dijo:

—Déjalo que se vaya. Mañana tendremos pruebas. La chica sabe más de lo que ha dicho.

El Comandante descargó un puñetazo sobre la mesa. Los papeles, el cenicero y un bolígrafo saltaron a un palmo de altura. Luego me espetó:

—Venga, ¡lárgate de una puta vez, cabrón! Mañana nos veremos las caras —vomitó.

MIÉRCOLES

EL ENTIERRO

El miércoles amaneció desapacible. Soplaban el viento en ráfagas heladas. Hacía un frío de mil demonios. Temprano tañeron las campanas de la iglesia tocando a difuntos.

Las mujeres entraron en la iglesia en pelotón. Los hombres permanecieron fuera. La mayoría habían abandonado la religión, si es que alguna vez habían creído. Hablaban en corros y golpeaban el suelo con las botas para espantar el frío.

Dentro del templo el cura dio un responso.

—Nuestro joven Onofre pasó por nuestras vidas como una estrella fugaz —se exclamó, mientras la madre gimoteaba y secaba sus lágrimas con un pañuelo arrugado.

Al muerto lo habían metido en una caja blanca esmaltada, rodeada de rosas baratas de invernadero. El cura la remojó esparciendo agua bendita con un hisopo dotado de una bola metálica hueca y agujereada como lo era su doctrina.

A la salida, el séquito se puso en marcha en silencio, al menos en la vanguardia del desfile.

Una pobre mujer bajó descalza al río en busca del zapato que su hijo había perdido, hundido en el cieno de carbón. Asomados al murete, los caminantes de las últimas filas, menos compungidos que la cabecera, se asomaron para escudriñar los muslos de la madre de aquel crío.

El cortejo fúnebre pasó por el puente sobre el río negro y crecido. Unos bebedores de sidra salieron a la puerta de un chigre con la boina entre las manos.

La bolera bostezaba vacía, porque los jugadores se habían unido al cortejo.

Las bocas exhalaban vapor y los dientes castañeteaban de frío. El sacristán seguía en el campanario y los tañidos resonaban en los huesos de los vecinos, zumbando en sus oídos.

Camino del cementerio la gente reía por cualquier cosa, quizá porque todavía seguía viva.

VENGANZA Y CASTIGO

Dos guardias civiles llamaron a la puerta. Venían a por mí.

Un chorro de orina se disparó en mi pantalón y la mancha empezó a propagarse por la pernera. Para Bigotes era la hora del triunfo.

—Llarina lo vio todo y nos lo ha contado con pelos y señales. Quedas detenido. Pasarás unos cuantos años en el reformatorio, en busca de redención —me anunció en voz alta.

Bajé la cabeza y me eché a llorar. No era más que un perro perdido, un pobre diablo. Me asomé al abismo y lo miré de frente. La marioneta que había sido tenía los hilos rotos. Y Llarina los había cortado.

Aquí en el correccional no soy más que una aguja en un pajar. Pero mi futuro ya no me importa. Soy amigo de la soledad y enemigo de la multitud. Vivimos la vida entre dos oscuridades: el nacimiento y la muerte. Onofre ya no está y las malas hierbas crecen sobre su tumba. Lo peor no es que no haya nada después de la muerte, sino antes. La eternidad está en la nada.

Por la ventana con barrotes de mi celda sólo veo gentes que se agitan por la calle, como bichos cuando se levanta una piedra, bajo un cielo negro, abstracto y sin sentido.

No lloraré por nada que la vida traiga o lleve. Otros creen que viven porque ven y oyen, porque hacen y gozan.

Pero un día más en la vida es un día menos en ella. La vivo como un insomnio. Nada quiero y nada deseo. Por fin soy lo que soy y he sido. Me muevo lentamente por el calabozo, como esos troncos arrastrados por el río. Aquí estoy seguro, fuera está el peligro.

Un día, cuando sea viejo, en cualquier cama de hospital, haré la única cosa en el mundo que nunca se hace dos veces.

El ojo de cristal

❧ 1977 ❧

Era abril de 1977 y la libertad había brotado en España como la hierba en los tejados o en los intersticios de las baldosas. En los valles de Valonia el invierno se resistía a partir.

Mi padre agonizaba en el exilio.

El último día, en la cama mortuoria del hospital de Baviera, en Lieja, se fue sumergiendo en el largo sueño, murmurando frases inconexas y fragmentos de los recuerdos, verdaderos o ficticios, del hombre que había sido. Yo, su hijo, le escuchaba asintiendo, midiendo en las oscilaciones del pulso la distancia entre la vida y la muerte, entre su juventud, la guerra, la cárcel y el destierro.

Dos días después, una triste comitiva de mineros españoles, socialistas y comunistas condujo su ataúd por las calles nevadas de Lieja a su última morada en el tétrico cementerio de Sainte-Walburge, un trozo de tierra en la Europa húmeda y oscura. Tenía cincuenta y tres años. Viento, frío y nieve. Nieve, frío y viento.

Tras el entierro volví a casa. En la complicada geometría de su escritorio, entre fotos sepia y una insignia, descubrí un papel doblado, con mi nombre y un texto escrito de puño y letra, fechado en 1959:

Nunca te olvides. En diciembre de 1937, tras la caída de Asturias en manos de Franco, tuve que emboscarme en Langreo, en casa de mi compañero Etelvino. Pero a los pocos días un falangista luarqués me reconoció en la calle y me detuvo a punta de pistola. Fui condenado a muerte por rebelión militar en Consejo de Guerra junto a otros veinticuatro jóvenes como yo. Pasé cuatro meses en la cárcel de Oviedo, a la espera de ser fusilado. Cada día, a las seis de la mañana, dos funcionarios abrían la puerta de la celda donde estábamos hacinados, pronunciaban los nombres de los señalados y les decían: «¡Vístanse!»; los llevaban a misa y luego al patio para su ejecución. Por suerte, me conmutaron la pena y pasé muchos años prisionero en el

penal de Burgos hasta mi liberación vigilada. La cárcel hace lentas las horas y veloces los años. Tuve que salir de España. Pero un día volveré en busca de justicia.

Pero el exilio es un lugar del que no hay retorno —pensé. Un triste camino entre los escombros de la Historia.

Aquella lectura devoró mi vida. Quise romper la nota para librarme de ella. Pero ¿me libraría? ¡No! Al fin y al cabo, era parte de mi vida.

El odio nació en España. No quería que me envenenara la sangre y añadiera muerte sobre muerte. Era un odio frío y lento, preñado de amarguras antiguas, estrecheces, prisiones y destierros. Me pregunté si el resentimiento sobrevive a quien odia, si es algo sustancial que se transmite. Pero algo turbio se impuso, que no tenía remedio. Una invisible corriente me arrastraba, más poderosa que mi voluntad. El sagrado rencor de los arrojados y perseguidos. Para acercarme a quien me había dado la vida, la ruta pasaba por mí mismo, como sólo la sombra desvela la luz.

Tres meses rumié mi venganza. Al término del curso, tomé la decisión. Sería la espada del Bien, el verdugo del Mal. Para que resplandeciera la luz. Por el bien de mi estirpe. Por la epopeya de aquellos hombres.

¿Quién era y dónde estaba ahora aquel falangista? Buscaría al culpable. Confiaba en que alguno de mis cinco sentidos me guiaría para descubrirlo y castigarlo, si es que aún vivía.

No había vuelta atrás. Abandoné la tierra firme, corté las amarras y me hice a la mar. Me até al mástil y no me dejaría atrapar por cantos de sirenas.

La semana siguiente, cogí el tren en la estación de Guillemins, atravesé Francia y crucé la frontera por Hendaya, como quien cruza un puente entre el pasado y el futuro. Con el cambio de tren para ajustar la anchura de los raíles, el vagón se llenó de viajeros. Después de tantos años sin volver a España, me estremecieron las altas y recias voces de mis compatriotas. El deseo de querer saber, de averiguar quién fue el causante de la desgracia de los míos, marcaba mi destino. Era la brújula que me guiaba camino de Asturias. Un viaje en tierra hostil, envuelta en la bruma del tiempo.

En mi agenda, tres nombres y tres direcciones. Los de mi tío Mino y los de mis primos Tini y Saúl, hijos de mi tía Lola.

14 de agosto

Llego a Luarca a las once por el alto viaducto del tren. Las montañas, como olas de tierra, van al encuentro de las olas de agua, achicándose hasta ser colinas y lomas que buscan el lamido del mar. Allí en el fondo se acurruca la Villa Blanca, partida en dos por el río Negro y respirando de pleamar a bajamar.

En la estación me esperan mis primos. Tini es un joven treintañero, flaco, con patillas, tostado de rostro, cargado de espaldas, de andar tardo y oscilante, como buque entre dos mares. Lleva un chaquetón pardo abotonado, una gorra azul y mucha greña. Cada uno de sus puños es un potente martillo. En su mano mi maleta pesa menos que una pluma de gaviota. Sólo habla con los ojos y hay que sacarle las palabras con sacacorchos. No ha cambiado y se expresa con frases y sentencias solemnes.

—La mar se hizo *pá* los hombres que deben andar en ella y han *andao* siempre — decía—. Si la vida nos da poco, es por lo poco que le damos.

Desde la muerte temprana de su esposa, la sangre se había fugado de su cuerpo. Se había vuelto enemigo de la multitud. La ropa arrugada, ya perdida la memoria de su primitivo color, da testimonio de su soledad. Últimamente se había vuelto tan huraño como un puñado de chinchetas. La tristeza y la amargura son los peldaños que tarde o temprano le llevarán a la locura.

Los primos me dejan en casa de Saúl en el barrio de El Cambaral, cuna de pescadores. Tienen prisa porque sus hombres les esperan para salir a la faena en el barco de su propiedad.

Saúl es grueso y pequeño, fuerte como un toro. Derrocha simpatía y es el amo del muelle. Sus mofletes rojos rebosan de salud a raudales. Su frente está plagada de arrugas y su piel quemada de tanto navegar.

Solo, en casa de Saúl, me aseo y salgo a pasear. Todo me recuerda a mi juventud. La alegre paleta cromática de los barcos amarrados. Los chillidos de las gaviotas, el olor mezclado de gasoil, brea, yodo y sal. Es viernes y me asombra el tráfago del muelle, el rumor del puerto, la abundancia de tabernas, las canciones entonadas a coro por los marineros que respiran el aire enrarecido por el humo del tabaco, el fresco perfume de la

sidra y el olor a sardinas en su fritura de aceite. Varias mujeres acuden en fila india con sus canastas a comprar los bocartes que por cientos resbalan de un pesquero recién llegado de alta mar.

Por la noche, a su retorno a puerto, ceno con Tini y Saúl en *La Repiconá*. Me invitan a acompañarles el día siguiente a la fiesta del Rosario. Tras ventilar una espesa caldereta de marisco y un postre de compota de manzana, se acerca el camarero:

—¿Queréis algo más?

—Tráete el Cantábrico y otra botella de sidra —le responde Saúl.

Levantamos el ancla a medianoche y vamos midiendo las aceras entre chispa y melopea. Yo, algo *pimplado*.

∞ 15 de agosto ∞

Es jueves y acudo con los primos a la Fiesta del Rosario. Los voladores, que allí llaman *dinamita*, despiertan a la gente con sus estallidos y sobresaltan a los paseantes tempraneros. No se sabe si están recién levantados o sin dormir.

Finalizada la misa, la cofradía alza el paso de la Virgen, cubierta de un manto granate y de pie sobre un lecho de rosas. Ya en el muelle, la gente canta una Salve marinera en honor de los pescadores fallecidos en el mar y nos abrimos paso entre charangas, gigantes y cabezudos, gaiteros y tamborileros para subir al buque de mis primos, que ya está de bote en bote. Al poco, al subir la pleamar, los cofrades colocan a la Virgen en la proa del barco designado para conducirla en su recorrido por el litoral. Tras ella, por la bocana del puerto, sale en fila toda la flota pesquera engalanada con flores, globos y banderas prendidas a las cuerdas entre los mástiles. El aire tiembla con el pitido de las sirenas. En la cubierta de nuestro barco, repleto de vecinos de El Cambaral, Tinín lleva firme el timón mientras Saúl, de pie sobre una caja de botellas de sidra, escancia con admirable puntería el líquido verde en la boca sedienta de los vasos que le tienden los viajeros. Las olas verdes espumajean bajo la proa.

Las gaviotas siguen al barco. Vuelan en espiral y a veces bajan en vuelo raso para abanicar a los pasajeros con sus alas blancas y combadas. Parecen inmóviles sobre la nave y cuando alguna se retrasa, bastan un par de aletazos para volver a colocarse verticalmente sobre nosotros.

Terminado el *saleo*, el circuito de apenas cinco millas náuticas, las embarcaciones vuelven al puerto en medio de los gritos de júbilo y los aplausos de la gente, apiñada delante del edificio de La Aduana, donde se ubicaba a principios de siglo la fábrica de salazones *La Figalona*. Excitados por el ambiente, varios mozos se tiran al agua desde el muelle.

La alegría reinante en las calles contrasta con los siniestros pensamientos que me embargan. Me siento extranjero en mi propia cuna.

16 de agosto

Luarca se despierta de una larga noche. Quedo a comer en El Báltico con Saúl. Mientras despachamos una fabada, le cuento las razones de mi viaje y me aconseja que hable con El Roxu, un tendero que había sido amigo de mi padre.

Voy a verle en su negocio de la calle Lobo. Cruzo la puerta; tintinea la campanilla y al pronto aparece El Roxu. Es una tienda de ultramarinos, donde las mercancías se amontonan en un caos perfectamente ordenado. En el aire se mezclan efluvios de café, canela y aguardiente. A la entrada unas cestas redondas de arenques se pelean con dos sacas de altramuces. Al fondo, las anclas y las redes, los cabos y aparejos, las gorras y camisetas de marinero. Del techo cuelgan jamones y grandes bacalaos resecos. En el suelo, junto a una romana, hay sacos de judías y garbanzos, cada uno con su recogedor correspondiente. Sobre el mostrador, una guillotina para cortar el bacalao y una caja registradora que marca números como las teclas de una máquina de escribir.

—Vengo de parte de Saúl —me anuncio.

Le enseño la foto de mi padre. La mira a fondo y exclama:

—Coño, chaval. *Ésti yé Gonzalo, ¿Qué yé de él, ó?*

—Murió hace un mes en Bélgica. Soy su hijo. ¿Sabes quién apresó a mi padre?

Tiene una verruga en la nariz pero su tartamudeo muestra que no es Cicerón. No suelta prenda. Saca un pañuelo y seca una lágrima que le brota del alma. Su calva brilla como una bola de billar. La nuez de Adán sube y baja sobre el esófago cada vez que traga saliva.

—No sé nada. Mis razones tengo para callarme —intenta justificarse.

—También las tengo yo para que hables —contesté.

—Tengo hijos y el silencio es oro. Lo siento de verdad —concluye.

Salgo de allí desmoralizado, sin decirle adiós.

Un buen paseo me distraerá del percance.

Enfilo la calle Rivero. A mi lado, el río Negro se hincha y se deshinchaba con el vaivén de la marea, nutriendo las arterias de Luarca. Cruzo el puente del Crucero y a mi paso se espantan las palomas del parque que rodea la plaza de Alfonso X, donde se alza el nuevo Ayuntamiento, reconstruido en 1957 sobre el antiguo de 1770. A cincuenta metros de altura sobre el edificio, en lo alto del despeñadero que lo protege, asoman los ojos blancos de la capilla de San Timoteo, el santo patrón que vigila su Villa.

El río Negro

Desde la plaza del Ayuntamiento me acerco al barrio de La Pescadería. Al pasar por la Comandancia de la Guardia Civil me acuerdo de César, mi amigo de infancia. Subo los peldaños de un estrecho callejón y pico a la puerta de su casa, apiñada con otras chabolas humildes de pescadores. Me abre su padre y me anuncia que su hijo murió de tuberculosis a los quince años. El hombre vive solo, desarbolado por la mala suerte, malviviendo de su magra pensión, con la piel curtida y ennegrecida por tantos soles, la cara llena de arrugas y los remos de su barca cruzados en el salón. Le abrazo y me despido de él.

Cruzando el Puente del Beso me apoyo en la barandilla y contemplo el paso veloz del agua transparente y el juego de los peces con las algas del fondo. Mareado, alzo la mirada y todo me da vueltas. Casas, comercios y almacenes desfilan por la ribera del río. Entonces me viene al recuerdo una canción que cantábamos de niños: «¡Corre, corre, río al mar!».

Cuenta la leyenda que hace siglos el terrible pirata Cambaral, *home malfacedor* que abordaba los buques de los luarqueses y les tomaba lo suyo sin su placer, fue apresado y herido por un vecino llamado Hidalgo. Noble generoso, albergó en su casa al corsario de los mares, a la espera de su curación. Pero el bucanero enamoró a su hija y organizó su fuga. El noble Hidalgo, rabioso por la traición, salió en busca de los jóvenes encelados y los descubrió sobre el puente, donde se besaban apasionadamente. Sacó su espada y les cortó las cabezas, arrojándolas al río.

Se acerca una barca, ganduleando sobre el agua, columpiándose al capricho de las olas. El agua del Cantábrico vibra y borbotlea en el puerto.

La Rula

En la rada de la lonja, que allí llaman Rula, unos marineros calientan alquitrán para el calafateado de sus barcos. Otros carenan y pintan lanchas o reparan los aparejos. Algunos *rapazuelos* pescan con unas cuerdas rudimentarias a las que han enganchado una piedra y un anzuelo con trozos de mejillón.

Los pescadores llevan a La Rula sus cajas de calamares, langostas, centollos, erizos y pescados, sargos, cabrachos, salmonetes de roca y cantidades enormes de bocartes, unas sardinillas aún vivas y plateadas. Mientras se procede a la subasta, me acerco a tres viejos sentados en un saliente de piedra, a la sombra del edificio.

Noto que me observan. Me acerco, les enseño una foto en sepia de mi tío Belarmino y pregunto:

—¿Alguno de ustedes conoció a este guardia municipal?

—Ya está jubilado. Si pasara ahora por ahí le atábamos esa piedra al cuello y lo tirábamos al agua —contesta el más parlanchín.

—¿Por qué? Soy su sobrino, el hijo de su hermano Gonzalo.

—¡Gonzalo! ¡*Schmeling!* *Ési* sí que valía mucho.

—Murió hace poco en Bélgica y de allí vengo ¿Por qué le llamas Schmeling?

—¿No lo sabes? Antes de la guerra, el 13 de febrero del 36 —me acuerdo porque fue el día en que me casé—, tu padre se peleó con Florentino por cuestiones de política. Fue en el chigre del muelle, delante de la iglesia de Santa Eulalia. *Pegó* un puñetazo en la barbilla y *tumbólu K.O.*, *enroscáu* como un ciempiés. *Montóse* la de mi madre. Y Florentino, El Drácula, nunca se lo perdonó. A Gonzalo podían haberle llamado Uzcudun, El Toro Vasco, pero desde aquél día la gente *llamólu Schmeling*, un alemán que era por entonces campeón del mundo de boxeo.

—¡Sonó la campana, aunque no *pá* anunciar las doce! —añade el segundo viejo, riéndose a carcajadas—. —El dorso de sus manos es velludo y de las orejas le salen mechones grises.

—Tu padre nos hacía pensar y también reír con sus ocurrencias —dice el tercero—. El dinero no hacía asiento en sus bolsillos y su prodigalidad era proverbial entre sus amigos.

Reímos todos y continué preguntando:

—¿Por qué se la tenéis jurada a mi tío Belarmino?

—Tu tío es un cabrón, un franquista, un mujeriego. Era un fanfarrón. Cuando el alcalde lo nombró municipal a dedo y le dio el uniforme y la pistola, se paseaba por las calles y nadie le rechistaba. Más de uno recibió sus palizas en el calabozo de la Comisaría. Pero ésta es tierra de marineros y de indianos. Somos como aquellos cantiles que resisten el empuje de las aguas. —Los otros dos callan, asintiendo.

—¿Sabéis dónde vive?

—Vive en Villar. ¿Ves La Carril allí arriba? Subes y al final tuerces a la derecha y sigues andando por una vereda. Su casa está a la izquierda del camino.

El más viejo me da un último consejo:

—Nunca hables de esto a nadie. Pero acuérdate siempre de lo que te hemos dicho.

La casa de La Carril

Tras un almuerzo fugaz en *La Repiconá*, subo por los Escalerones; paso bajo el arco del palacio de los marqueses de Ferrera y emprendo el ascenso diagonal por la calle La Carril. A un lado, me impresiona un peñascal en cuyas grietas algunos helechos pugnan por crecer. Del otro, me asomo a un murete de piedra desde el que se divisa el muelle y los barcos amarrados, en vertiginosa caída.

A lo lejos, un pesquero regresa al puerto surcando el agua tranquila. El ronroneo del motor se oye como un susurro en la inmensa soledad del mar. La estela fugaz que traza en el agua se borra con mayor prontitud que el rastro de nuestra existencia. Más se oyen los plañideros tañidos de la iglesia, donde algunos rezan en demanda de perdón por sus culpas.

Trepando por la cuesta, el empinado carril se retuerce y culebrea. A ratos se ensancha y a ratos se encoge, cual si estas contracciones de sus contornos fueran obra de unos pulmones fatigados por la subida.

A medio camino está la casa de mi familia, la cuna de cinco generaciones. Tini me espera a la puerta y me acoge con un gran abrazo. Es hombre de pocas palabras. Para recibirme, no ha salido esta mañana al mar con su barco y ha dado día libre a sus cuatro marineros. Saúl le ha prometido la mitad de las capturas que consiga con el suyo.

La casa es grande, tiene anchos y firmes los balcones. Está protegida por una cerca que guarda por delante una minúscula huerta. Son blancas sus paredes, verde el color de sus puertas y ventanas. Un gato maúlla a la entrada su abandono.

En la planta baja, la cocina aún luce alicatada de azulejos blancos. Tini sube al primer piso y le sigo. Crujen los peldaños de madera. La parte trasera de la casona da al puerto. Desde su galería acristalada se ve el río, el mar y la montaña. En el despacho de mi abuelo distingo en la penumbra la antigua escribanía plateada de dos tinteros, entre los cuales se yergue la estatuilla dorada de un viejo timonel.

Salgo de allí y prosigo el ascenso hasta la cima de Luarca.

El cementerio

*Por la costa del sur, sobre una roca
alta junto a la mar, el cementerio
aquél descansa en codiciable olvido,
y el agua arrulla el sueño del pasado.*

(Cernuda, Luis: *Elegía anticipada*, 1924-1962)

A un lado, sobre un roquedal, se alza el cementerio, sin verdor natural ni abrigo de arboleda, más que algún ciprés. El paraje es solitario y tendido al sol, como un tranquilo alcázar de la muerte. Allí reina un silencio absoluto. Los latidos de mi corazón, el soplo

de mi aliento, el eco de mis pasos, son los únicos en quebrantarlo. Aquí la tierra madre guarda los huesos de mis antepasados.

Cruzo la puerta de hierro sin cancela y bajo entre las tumbas hasta la barandilla que da al acantilado y al mar. Tuerzo a la izquierda y llego a la esquina de una hilera de capillas familiares, donde se alza la de mi familia. En su interior, tras las rejas, figuran los nombres de Manuel y Jesusa, mis abuelos; de mis tíos Lola y David. Pienso en mi padre, ausente para siempre, enterrado en tierra extranjera. La sangre bulle en mis venas, la rabia restalla y la envenena con mordedura de sierpe.

Camino entre las tumbas de mármol blanco, donde se hermanan los muertos de primera y de segunda, algunas del siglo XIX. Peces gordos y flacos, pobres de solemnidad. Aquí llegaron uno a uno, los tristes y los alegres al mismo paso. Unos a hombros, otros en carro fúnebre tirado por caballos, adornado con cirios y cruces de distintos tamaños, caminando hacia una eternidad ficticia.

La capilla

Subo hasta la Atalaya, vértice donde se alza la ermita de Nuestra Señora de la Blanca. Parece la quilla del barco luarqués, con la proa avanzando hacia el Norte, sin ancla que la retenga.

Entro en la capilla. Está fría y desierta, a la espera de algún naufragio que congregue a los fieles. En lo alto de la torre, una campana vigila la llegada de cada nuevo morador del camposanto.

El faro

Pocos metros más allá, el viento muge y acosa al faro en la punta Focicón. La veleta rechina en sus herrumbrosos goznes. Desde su alminar, se avistaban las ballenas en siglos pasados. Entonces el atalayero encendía una *foguera de toxo verde*. Alertados por el humo, los balleneros salían a matarlas con sus arpones y las arrastraban al puerto para descuartizarlas y extraer de ellas el saín grasiento para los aceites de alumbrado, carne para los franceses y ámbar gris, tesoros que aportaban sustento y jugosas ganancias.

Sentado sobre una roca, contemplo el abismo de los farallones y la inmensidad del mar, como lo hice el día de 1960 en que abandoné España con mis padres. No sé por qué ese paisaje abierto de mi infancia me llega tan hondo, como algo instintivo y lejano.

Villar

Arriba, en la llanura de Villar, recorro el estrecho sendero de tierra que avanza en línea recta, tapizado de agujas de los pinos que lo flanquean. Camino como sobre una alfombra que soporta el peso de mis pasos con un sonido crepitante y deslizante. A cien metros de La Argentina, el palacio de un Indiano que hizo fortuna en América y aquí plantó una gigantesca palmera, veo por fin la casa solitaria de mis tíos que brilla al sol vespertino como un espejo en la vereda.

Es una casita de planta baja, encalada y adornada de un zócalo añil. Está rodeada de césped recién cortado y un exótico parterre de orquídeas, geranios, crestas de gallo y dientes de león. Cerca de la entrada, el perfume de un limonero se mezcla con el olor que la brisa trae del salitre marino.

Tiro de la cuerda de la campanilla y al poco me abre una mujer con un vestido estampado y un delantal.

—¿Argentina? —pregunto—. Soy Manuel, tu sobrino. El hijo de Gonzalo.

Se echa las manos a la cabeza y pierde el habla. Luego se enciende con una explosión de júbilo. Me abraza, me besa y vuelve el torso hacia el interior de la casa.

—¡Minín, mira quién está aquí! ¡Es tu sobrino de Bélgica! —pregona a voz en grito.

Mi tío sale al porche en albornoz y zapatillas a cuadros. Desconfiado, sólo me tiende la mano, sin más efusiones.

—¡Ah! ¿Eres tú? ¿Por qué no me avisaste de tu llegada? Venga, entra.

Los tres entramos al salón. El techo alto, en dos marcadas pendientes, aparece con sus vigas nudosas y retorcidas, barnizadas de un marrón ennegrecido. Belarmino cierra la ventana como si alguien, quizás su conciencia, pudiera escuchar nuestra conversación.

—Bien ¿Qué quieres? —pregunta.

Disparo directo al corazón.

—¿Qué sabes de mi padre? ¿Quién lo apresó en Langreo?

Pasaron un par de miles de años antes de su respuesta.

—¿Con que esas tenemos? ¿Qué coño buscas? —contesta.

Su mirada recorre mis facciones una a una sin pestañear.

—Si vienes en busca de venganza, pierdes el tiempo —dice.

—¿Sabes quién fue? —insisto.

—Paciencia, amigo.

Enciende un pitillo y se acomoda en una mecedora.

—Bien, hijo, ya estoy listo para escucharte.

Le cuento a lo que vengo, sin esconder nada. No suelta palabra hasta que termino.

—¿Todavía piensas en aquello? —se extraña.

—Pienso en pocas cosas más —confirmo.

Por la puerta de la cocina sale un olor a café recién hecho.

—¿Os sirvo una tacita? —ofrece Argentina.

—Sí. Y a mí con una copa de coñac —responde Mino.

Mientras sorbemos el café hirviendo, aprovecho para escudriñar su cara. Me recuerda a mi padre. Mediano de cuerpo y de complexión atlética, tiene la frente despejada, la nariz fina, los brazos recios, las muñecas finas, las manos cuadradas. Tiene un ojo de cristal, recuerdo del frente de guerra, cuando un trozo de metralla le vació el bueno en el Alto de El Escamplero. Sus dientes son blancos, los labios carnosos y los hoyuelos que alegran sus mejillas habían encandilado a muchas hembras de Luarca. Pero su sonrisa también podía helarse y su rostro convertirse en una peligrosa amenaza. Entonces se le hinchan las arterias en las sienes, dibujando meandros como un río. Parece descreído, cínico, pero cuando habla de los frutos de la vida el entusiasmo le sale a borbotones por la boca.

A juzgar por los objetos que adornan la repisa de la chimenea y los cuadros de las paredes, *gustánle* los mapas y relojes, como si quisiera dominar el espacio y el tiempo.

—A veces no hay peor cuña que la de la misma madera —sentencia. Fue el abuelo quien envenenó a tu padre con sus ideas. El viejo había nacido en 1885 y como todos los tipógrafos, se afilió al socialismo desde su fundación. Empezó como linotipista en *La Voz de Luarca* y luego trabajó como cajista por las noches, componiendo los textos de información y colocando los tipos de plomo sobre los chibaletes, a la luz de las velas o los candiles. Pero el viento de la guerra se lo llevó todo por delante. La cabra tira al monte y Gonzalo siguió su camino. Tu padre escogió el camino de la derrota y yo el de enfrente, con la artillería y la aviación de los vencedores.

Prosigue su alegato, centrándose en mi padre:

—Esto no va de buenos y malos. Viene de atrás y la mala simiente aflora. Por los azares de la vida, yo elegí el bando vencedor. Éramos jóvenes, demasiado. Tenía 23 años cuando fui a la guerra. Tu padre era un idealista. Estaba desbocado. Cabalgaba sin riendas. Un loco que creía en la libertad.

Le miro a los ojos, tratando de intimidarle. Pero el efecto es el mismo que hacerle un guiño a una locomotora.

—No te olvides —le recuerdo—. Hubo guerra y dictadura. Mi padre luchó en defensa de la República. Lo tuyo fue una rebelión militar contra un gobierno legítimo.

Endurece el semblante y su ojo válido me mira fijamente.

—No me cuentes *milongas*, chaval. Tengo canas y llego a esa edad en que la sal ha perdido su sabor. No me hables de ideales. ¿Quién recuerda un solo nombre de los milicianos rasos que murieron en la guerra? ¿De qué sirvieron sus ideales? Lucharon por un futuro que no sería el suyo. Se hicieron matar por su República y murieron en balde. No besaron, no gozaron, no rieron, no vivieron. Yo viví para contarlos, aunque igual que ellos acabaré cubierto de tierra y pisado por todos. Soy lo que soy y fui lo que quise. Y no me arrepiento. El mundo existía antes de nosotros y existirá después.

La presencia de Argentina suaviza el tono de nuestra conversación. Sentada en un sillón, baja los ojos y sus dedos aprietan nerviosamente el borde de su costurero de mimbre, a falta de otra cosa a la que agarrarse. Su esposo continúa:

—No sabes lo que fue la guerra, para unos y para otros. El olor a suciedad de cientos de hombres, de la sangre, de los excrementos de los caballos, el aire podrido de las trincheras y el hedor de los cadáveres. Todo era histeria y miedo, deserciones, violaciones, robos y traiciones. Toques de corneta, tímpanos perforados por la artillería. He visto milicianos destripados, desmembrados, descabezados. Los moribundos llamando a su mamá. Y los que temblaban o enloquecían de terror. Lo mejor y lo peor del hombre. ¿Qué queda de todos ellos? Huesos agujereados, el claveteado de una bota, un casquillo de máuser o una lata vacía de sardinas, el abrazo indiferente de las raíces bajo la tierra. Todavía me despierto sobresaltado.

Me molesta que se apiade de sí mismo y le contesto:

—Sí, pero cuando acabó la guerra, la vida volvió a sonreírte. Para mi padre todo fue negro y espantoso. Por la juventud perdida, por las ilusiones que ya no podía tener. Por los labios que no podía besar.

El ojo de cristal sigue impasible. Mi tío me devuelve el golpe.

—No creas que fue fácil en nuestra casa de La Carril. Gonzalo fue a la cárcel y seguro que lo pasó mal. Nuestra madre lloraba si alguno mentaba su nombre. Pero yo, que le seguía, tuve que hacerme cargo de nuestros padres y hermanos. Antes de la guerra había trigo en el granero, vino en la bodega. Cuando estalló, estalló para todos, salvo los ladrones engordados con la grasa del pueblo. Consumimos nuestras provisiones y fundimos la vajilla de plata para malvivir tres años pobremente. Por eso acepté el puesto de policía que me ofrecieron por mi ojo de cristal.

Como buen estratega, busca en mí algún punto débil:

—Tampoco tu padre era perfecto. Nuestro hermano pequeño, David, fue a verle al penal de Burgos. Iba en uniforme, porque estaba de permiso haciendo la mili. Cuando le vio así vestido, tu padre lo echó con cajas destempladas; se negó a abrazarle y a hablar con él mientras no viniera con ropa civil. A los tres meses, David murió de tuberculosis. Tan corta fue su vida que no pudo serlo más.

Mino se levanta y vuelve con un sobre en la mano.

—Tu padre debió de arrepentirse de su bronca a David. Días después de la muerte de nuestro hermano, nos envió desde la cárcel un sobre dirigido al pequeño.

Dentro encontramos este alfiler de corbata. Es de plata y te lo devuelvo —dice, entregándomelo.

—Cuando mi padre salió de Burgos, ya no era el mismo. Murió a los 53 años con el estómago destrozado. La sed de venganza no me abandonará hasta que se haga justicia.

Argentina sale a regar las flores del parterre. Aprovecho para lanzar otra andanada a mi tío.

—Tu sobrina Dunia, la de Tineo, me ha confiado un secreto. Cuando tenía seis años, fue testigo de tu visita a su madre, viuda tras la muerte de tu hermano Mael, cuando su cuerpo aún estaba caliente. Intentaste forzarla y te rechazó. Pretendiste comprarla como una puta a cambio de sus favores. Y Estella te echó de su casa para siempre.

Mientras disparo, Mino se crispa. Trenza y destrenza los dedos. El sudor perla su frente.

—¡Maldita sea, no le des más vueltas! ¡Cállate, antes de que te eche a patadas! — estalla

Traga saliva y palidece. Me arrepiento de haber resucitado el lado oscuro de su pasado. Su voz enronquece:

—Mira, sobrino. El cielo no está arriba, ni el infierno abajo, ni a la derecha ni a la izquierda. Están mezclados en el alma del hombre. Y de eso no se salva ni dios. Las ascuas de lo que fuimos nos causan grandes quemaduras. Pero tienes razón: Pasó lo que pasó, se cuente como se cuente. Me volvía loco y me hizo perder los estribos. Creí que jugaba conmigo. Y cuanto más arisca se mostraba, más la deseaba. Argentina lo sabe. No sé quién se lo dijo, pero estoy seguro de que lo sabe. Entre ella y yo hay como un muro invisible, una muralla de hielo.

Como la mejor defensa es el ataque, sale por peteneras:

—Vivir es una larga suma de equivocaciones y algún acierto. Tampoco los rojos eran angelitos. Mataron como cobardes al cura de Navia, un simple curilla de misa y olla.

Todavía guardo un proyectil en mi recámara.

—Cuando mi padre salió en libertad vigilada volvió a casa. Al poco descubriste bajo su cama un paquete de periódicos de *El Socialista*, le amenazaste con denunciarlo y lo echaste de casa. Tuvo que huir a Tineo. Eres un malnacido.

—Eso no fue así —salta.

En su ojo bueno trasluce la agitación que bulle en su cabeza. Creo que está mintiendo.

—No mientas, Mino. No más. No otra vez más.

—¡Te equivocas, majadero! Aquellos periódicos venían de Francia. Eran un peligro y los quemé. Tu padre era un insensato y quise proteger a la familia. No puedes imaginar siquiera lo que era España en aquellos años. Tu padre y yo éramos como dos escorpiones en una botella. En aquel verano de desconcierto, nos vimos arrastrados y zarandeados por el remolino de la guerra, él en un bando y yo en el de enfrente. Él se la jugó a una carta y perdió el envite.

Le enseño el reloj de oro que llevo en la muñeca.

—Lo heredé de mi padre. Fue el regalo de otro preso en la madrugada de su fusilamiento. Estaba roto entonces y sigue roto. Sus manecillas están paradas porque el tiempo se paró para los dos. Para su compañero se detuvo para siempre; para Gonzalo el resto de su vida.

Mino permanece en silencio, pensativo. Al cabo, como si quisiera abreviar la conversación, me pregunta:

—Bueno, *guaje*, ¿Has encontrado algo de lo que buscas?

—Nada que no esperara. Hablé con Tini y Saúl, pero son jóvenes y no saben nada. El Roxu tampoco quiso darme una pista.

—Puede que yo sepa algo —me dice mientras se levanta—. Entiendo tu afán de venganza. Pero tu plan no es el mío. No embarco en un navío sin brújula ni destino.

—Supongo que ahora debo marcharme —concluyo.

Salgo de la casa y me despido de Argentina con un nuevo abrazo. El sol se desploma sobre el océano para esconderse en el horizonte. Mino me sigue con la mirada hasta que me pierde de vista. El farolillo que lucía encima de la puerta se apaga. Un perro lejano rompe el silencio con sus ladridos.

Las respuestas de Mino me han sumido en un mar de confusión. Ya no sé si la historia de mi padre había sido así, de tal manera, o de otra con versión distinta. En este atardecer maduró el día, y también yo.

Al salir de la casa, continúo andando. Un poco más allá, el camino se retuerce bajando al mar hasta la angosta caleta de Portizuelo. Mi corazón late como las olas bravías que se estrellan contra las rocas. Ruge el oleaje al acercarse a tierra como un rebaño desbocado; pero al ver la playa las ondas se frenan y murmuran sobre la arena, lanzándome su nevada espuma. Luego huyen con resaca y vuelven a poniente.

En la oscuridad teñida de índigo, el faro parpadea. A lo lejos responde a sus guiños la aldea perdida de Barcia, con luces temblorosas que se encienden como luciérnagas en la noche del altiplano. Custodiado por las aleyas de El Corán, duerme el cementerio moro, donde los marroquíes incrustados en las «columnas gallegas» y acribillados en el frente de Luarca, se alinean en sus tumbas orientadas a La Meca.

Regreso sobre mis pasos hasta que oigo de nuevo el arrullo de las olas que bañaron mi infancia.

Al bajar al puerto alzo la mirada al cielo. Mirando las estrellas nocturnas siento la respiración del mundo. ¡Cómo brillan los astros de la noche!

∞ 17 de agosto ∞

El jefe de Falange

Amanece un día claro, con un cielo azul recién lavado, rasgado de cuando en cuando por algunas nubes blancas, nacaradas como caracolas. Saúl salió a la mar de madrugada.

Tomo un tazón de leche con pan de *boroña*. Bajo las escaleras y abro la puerta a la calle. Sentado en un bolardo de amarre está Belarmino. No lo esperaba. Tira la colilla al suelo y se dirige directo hacia mí.

—¿Desayunaste, chaval? ¡Sígueme! He quedado con alguien al que te interesa conocer.

A paso ligero llegamos a la plaza del Ayuntamiento. Desde el quiosco de música, me pregunta:

—¿Qué ves allí arriba? —me señala un gran edificio pegado al Hotel Gayoso.

El último piso es una buhardilla agujereada por tres ventanas.

Alzo la mirada y veo ondear dos banderas en la balconada, una rojinegra de Falange y otra rojigualda con el aguilucho negro. Las dos se retuercen, se enroscan y se estiran como lenguas hambrientas.

—Es arriba. Vamos.

Penetramos en el portal, subimos tres peldaños de mármol y cogemos el ascensor. Arriba nos espera un sesentón trajeado, con un pantalón abultado y sostenido a duras penas por un par de tirantes.

—Floren, ese traje marrón no pega con tu corbata azul. Te sienta como a un Cristo dos pistolas —le dice Mino, burlón—. —Y añade—: Éste es Manuel, el contable que he contratado para mi cetárea. Manuel, este es Florentino Lavandera, el que quiere comprármela por un precio de risa.

Le estrecho la mano. La tiene tan fría como un boquerón en vinagre.

Entramos en una espaciosa buhardilla. El tipo es gordo, ancho como un buey, chato y orejudo como un cerdo con andares de pato. Su garganta grasienta tiene más pliegues que una concertina. Sus ojos bovinos son de un azul turbio, opaco, sin luz interior, de mirada oblicua. Su nariz de payaso está estriada de venas violáceas como los antiguos ríos de Marte.

Todo en él es postureo. Una tiesura, un ademán, un bigotito, un pelo engominado. Habla alzando la voz, como si aún tuviera voz de ordeno y mando.

En su despacho todavía se respira el aire gélido de la inmediata postguerra. Es la guarida de un mundo en descomposición. Sobre una silla, la portada semanal de *El Caso* chorrea sangre del crimen de Jarabo. Posados sobre la mesa, dos periódicos: el *Arriba* y *El Alcázar*.

—Eran los viejos tiempos, Ni una rata podía moverse en España sin nuestro permiso —se ufana.

Saca pecho como si aún fuera portador de un orgullo trasnochado. Aprieto los puños y los nudillos se vuelven blancos. El asco y el odio me corroen la sangre y me ofuscan la razón.

Se da cuenta de algo. Me mira de abajo arriba y luego fijo a los ojos. Su mirada es un taladro. Me coge el brazo. Sus dedos se clavan en mi antebrazo como garfios de acero. Casi grito.

Los tres nos acercamos a la mesa. El Jefe de Falange nos enseña un gran libro encuadernado y protegido por una cubierta de cuero repujado con el escudo de Castilla.

—Mirad esto. Es el listado de todos los falangistas de Luarca desde 1934. Doscientos setenta y tres. Los tengo clasificados con cruces de dos colores: Aquí la nata, allí la escoria. Cuando murió Franco y todo esto se hundía, casi todos cambiaron de chaqueta. Pero yo ni tiro la toalla, ni arrío las banderas. ¿Qué es eso que llaman democracia? El vulgo, la turba que pide sin saber lo que pide y grita «Viva esto y lo otro», siguiendo a sus cabecillas. Yo no reconozco a partidos, solamente a españoles.

Luego, en un tono acusador, le espeto a mi tío:

—Tú nunca te afiliaste.

—Yo era militar, no falangista. Más que yo hicieron algunos, menos que yo, muchos que se entretenían limpiando la retaguardia —le suelta Belarmino.

Florentino se enfada.

—¡Vete al diablo!

Abre un cajón, saca una pistola y la pone encima del libro de afiliados.

—¡Cobardes! Ya no pagan las pólizas ni recogen el carné. Joder y comer, es lo que quiere la mayoría. ¡Traidores! Los ejecutaría a todos. Hasta el último. Saben que llevo pistola, pero no me importa que me odien, sólo que me teman.

Da miedo sostener su mirada. Seguramente porque se nota en ella la voluntad implacable de matar. Se me pone la carne de gallina.

—Mira como tiembla este jovencuelo. ¿Ves esta pistola con su culata de marfil? En el frente del Naranco tuvimos que desalojar a unos mineros que arrojaban cartuchos de dinamita desde una cabaña en ruinas. De noche, lancé la pistola a un metro de la ventana y al amanecer un miliciano, atraído por su brillo, salió a cogerla, como si fuera un trofeo. Lo despaché de un tiro. A los rojos todavía hay que tenerlos en vereda con la guiada. Nadie cambia. Ni ellos ni nosotros hemos cambiado. Bueno, nosotros, sí. La mayoría han traicionado su juramento de lealtad a la nueva España, la España eterna, vertical y viril.

Mi tío aprieta los dientes y le clava, acusador:

—Tú, tan amigo de contar historias, nunca me has contado la tuya. Sé que la tienes bajo llave dentro de tu boca. Pero sabes que lo sé, porque leí tu expediente en Comisaría. También sé lo de Gonzalo. Fuiste el chivato del Régimen. Y tus matones hicieron perrerías.

—No sigas por ahí, que te descerrajo un tiro.

—De algo hay que morir.

—Eso me dijo una vez un rojo. Un mes después, estaba muerto.

—Eres tan ignorante como un ciego hablando de colores. Ponte tus gafas negras, como acostumbras, para que la gente siga llamándote Drácula El Vampiro.

—No soy un chupacabras. Sabes que no soporto la luz.

Belarmino sigue pinchándole. Hace tiempo que el falangista le persigue con su propósito de adueñarse de la cetárea, donde mi tío almacena el marisco vivo que compra a los pescadores y vende a los restaurantes de Luarca, Navia y Gijón.

—¿Sigue en pie tu oferta de veinte mil pesetas? —le pregunta.

—¡Hombre, ya era hora! ¡Claro que sigue en pie!

—Pues tráeme el dinero pasado mañana a la cetárea, a las nueve de la noche, y te firmo la compraventa. Pero dime, ¿de dónde sacaste tu fortuna?

—El mundo es un negocio, Mino; y lo es desde que los humanos salieron del barro. Si no tienes dinero, más te vale no haber nacido.

Al salir, ya en la calle, pregunto a mi tío por qué vende ahora su propiedad.

—¿Tú qué crees? Ya lo verás —deja caer su enigmática respuesta.

☞ 18 de agosto ☞

La Mesa de Mareantes

Belarmino nos citó ayer en la Mesa de Mareantes y Navegantes, donde la Villa levanta al cielo su frente erguida.

Subo las empinadas callejuelas de El Cambaral, con más curvas que el cordel de un zapato. Me detengo a tomar aliento y vuelvo la vista atrás. Desde un mirador improvisado se abarcan los tejados de pizarra, brillantes como las escamas de un gigantesco lagarto, escalonadas hasta el fondo de la sima donde se ampara el puerto. A un extremo del barrio, una docena de casas cuelgan por las cejas de la ladera; pareciera que un estornudo bastaría para arrojarlas al mar.

Tres gaviotas planean chillando, con las alas desplegadas y empapadas de sol. Llego a la Mesa de Mareantes. Allí me espera Mino junto a Tini y Saúl, sentados al aire libre en torno a una gran mesa de piedra, la misma en la que el gremio de navieros se reunía siglos atrás para decidir cuándo los barcos saldrían a Terranova.

—Escuchad bien lo que os voy a decir —empieza Mino.

Sus tres sobrinos, abrazados con las manos entrelazadas sobre los hombros, acercamos las cabezas, pendientes de las palabras que salen de su boca.

—Fue Florentino quien detuvo a Gonzalo en Sama. Lo entregó al Ejército y su testimonio fue crucial en el Consejo de Guerra. Falange le premió con la Jefatura de Luarca. Y esta noche he tomado una decisión. Los cuatro vamos a vengar a mi hermano. Mañana a las nueve de la noche le esperaremos en la cetárea para matarlo. Lo ahogaremos y su cadáver será pasto de las langostas.

Tras la Mesa de Mareantes, un largo friso de azulejos pintados describe las hazañas de los luarqueses, cuando en 1830 remontaron el Támesis e incendiaron algunos barrios de Londres. Otra escena cuenta el apresamiento de un ballenero francés que había naufragado frente a Luarca y cómo los vecinos cortaron una oreja a cada tripulante, antes de reparar su barco y ayudarles a volver a Bayona. Me impresiona el azulejo del

Maelstrom, un remolino monstruoso que hipnotiza una chalupa, la atrae y la devora, inútiles los arpones, el remo y el timón.

Miro en derredor. Azul del cielo, azul del mar.

∞ 19 de agosto ∞

La cetárea

El mar se hincha y se deshincha, soltando trenes de olas que caen en cohortes y espuma que bate en los rompientes. El sol empieza a declinar. El cielo se torna rojo sangre. A lo lejos, camino de Punta *Muyeres*, el dique de La Encoronada se adentra como un cuchillo en el mar.

Me dirijo a la cetárea. Desde la primera de las tres playas de Salinas, desplegadas como una orla al pie de los acantilados y sembradas de rocas fantasmagóricas, distingo a distancia la forma oblonga del edificio, primero difusa como un oasis en el desierto y luego, a medida que me acerco, más nítida e incrustada de nuevo en el mundo real.

Lo que fuere, será.

Un tenue rayo de luna entra por la claraboya de la gigantesca nave y penetra a duras penas en el agua transparente de la piscina, reflejándose en el caparazón de las langostas y de los centollos que se arrastran por el fondo. Mueven lentamente sus antenas, sus pinzas y las perlas negras de sus ojos submarinos. El silencio es cavernoso.

Ahí llega Florentino en traje y corbata. Al entrar en la cetárea, cegado por la penumbra reinante en tan lóbrega nave, tarda unos segundos en buscar a Mino con la mirada.

Me coloco al lado de los míos. Encendemos nuestras linternas en la oscuridad de la cetárea. Los focos van de un lado a otro como ojos erráticos y apuntan finalmente hacia él.

Cuando ve que Tini y Saúl flanquean a Mino, tiene un sobresalto. Parecemos los cuatro jinetes del Apocalipsis. Se da cuenta de que algo extraño está pasando, y que no es nada bueno para él.

—¿Qué... qué me queréis? —pregunta, angustiado.

—¿Te recuerda algo el nombre de Gonzalo? ¿Olvidaste tu hazaña en Langreo aquel diciembre de 1937? Tú le reconociste, lo apresaste y le condenaron a muerte —bramo en tono acusatorio.

Es ahora cuando aperece el peligro. Se trastabilla y se apoya en la barandilla. Luego echa a correr al borde de la piscina gigantesca, pero su sombra le persigue sin piedad. Viéndose acorralado, saca la pistola de la chaqueta y apunta al pecho de mi tío. Tini, junto al cuadro eléctrico, alumbra un potente foco y lo orienta hacia el rostro del pistolero, deslumbrándole. Saúl coge una percha de tres metros, le golpea la mano con el palo y el arma cae al agua. Luego le cubre la cabeza con el colador de la percha, como si hubiera capturado a una langosta, y le empuja a la piscina. El cuerpo, por su peso y gordura, se hunde en el agua transparente en medio de un chapoteo estruendoso. Pero morir es lo último que desea. No es mal nadador, y pronto sale a la superficie. Trepa por una escalerilla y levanta a suelo firme un montón de carne flácida y bamboleante.

Mino lo atrapa y lo agarra por la corbata; tirando de ella, acerca su cara a la suya y le enseña los dientes.

—Te voy a colgar cabeza abajo, como de un gancho de carnicero —amenaza.

—Esto me lo pagaréis los cuatro —nos desafía a su vez, pero su voz suena ronca y mortecina.

Enseguida se le apagan los humos.

—Pero... ¡Mino! Acuérdate que te agencié el puesto de policía. Sin mí no hubieras sido nada —consciente de la situación, busca un aro salvavidas al que agarrarse.

Mi tío le aprieta la corbata al cuello y saca una pistola del bolsillo trasero, apuntando a la cabeza del falangista. Cuando ve la guadaña centellear sobre su cabeza, la muerte se escribe en su semblante, como un naufrago sin tabla de salvación con la que mantenerse a flote.

—¡No soy un perro, tengo derecho a vivir! —suplica, blanco como la cal, en un intento de robar al péndulo un segundo.

El reo resopla, gime, llora y se arrodilla, implorando por sus hijos. Se arrastra como una mosca sin ala. Siento un escalofrío y mis rodillas empiezan a temblar. El corazón me da un vuelco y grito, imperativo:

—¡No! Mino, no le mates, ¡no en mi nombre! No dispaes. La sangre no se lava con sangre. No somos jueces ni verdugos.

Se acabó la cacería. Los tres primos les rodeamos. Tini aparta el brazo armado de Mino y suelta a Florentino.

—Te arrepentirás de haber nacido, canalla —le espeta mi tío, airado por la presa que se escapa de sus fauces—. ¡Lárgate de aquí y de Luarca!

Mis planes de venganza se desmoronan. La figura que yo tenía del delator era una categoría abstracta, pero Florentino es un hombre concreto, un semejante, por mucho que sea peor que los demás. El odio que yo cobijaba se deshace en cuentas de sombras, en brumas y cascadas de tinieblas. Salgo a la playa con lágrimas en los ojos. Fuera, la luna había trepado y mi sombra había empequeñecido.

En la oscuridad de la noche tiemblan las aguas de plata. La brisa desfallece y abate el mar su crespado movimiento. La sombra envuelve el mundo... y siento frío.

La marea va llenando el estuario y las olas remontan el río Negro con su carga de angulas. En la desembocadura, frente al Club Náutico, me detengo y contemplo a los pescadores inclinados sobre la borda de sus lanchas, iluminando el agua con faroles y lanzando sus nasas para recoger el oro blanco que mañana venderán a los restaurantes de la Villa.

∞ 22 de agosto ∞

San Timoteo

El día 22, bajo un sol espléndido y un calor infernal, comienza la fiesta de San Timoteo, patrón de Luarca. Un hervidero de gente sube a la pradera por el flanco del acantilado que protege a la ciudad. Van vestidos con un mandilón a cuadros azules y blancos que llaman *chambrón*, «*pá non mancháse*»; llevan al cuello un collar con la letra «T» hecha de pan y se apoyan en un bastón de empuñadura curvada.

El cortejo, más profano que religioso, sube encabezado por un carro de vino, en medio de un trasiego de toneles y botellas de sidra. Luego los bebedores irán a *mexar mucho al maíz de Tanasio*.

Cuando termina la misa en la capilla del santo, los mozos sacan su minúscula imagen, alzada como un trofeo y zarandeado como un barco por las olas. Canta la gente con los bastones al aire, para recordar que los antiguos luarqueses mataron a Timoteo a bastonazos porque quiso prohibir las fiestas, la embriaguez y la lujuria.

San Timoteo, que todo lo ve, no parece darse cuenta de mi desconcierto.

☯ 5 de septiembre ☯

Cambio de rumbo

Se acabó el verano y llegó la hora de mi regreso a Bélgica. Regreso a la confortable normalidad de una existencia vulgar. Pero arrastro los restos de un naufragio. Una a una se habían derrumbado mis certezas. Salí en busca de un enemigo y encontré a un hombre.

Habían pasado demasiados años. Luarca era otra. Yo también.

Por fin desperté a mí mismo. Después de haber tocado el fondo de la nada, preferí salir de España para librarme de un pasado que me había enajenado.

Comprendí que sería incapaz de sostener y sufrir el rencor que albergaba mi alma. Nunca podría desempeñar un papel en el que ya no creo y en el que nada representa mi ser auténtico. Porque mi compromiso no era ya para los vivos, sino para los muertos. Matar siempre ha sido más fácil que cambiar. Nada tengo de un ángel exterminador.

El tiempo lo hace todo mezquino, sórdido y repelente. A su paso cambian los ecos, las voces, los caminos. Pero ahora el presente mira al pasado con cierta distancia. ¡Qué amargas son las aguas del recuerdo, transitando por donde habita la memoria!

Quería que el dolor pasara pronto por sus innumerables metamorfosis hasta su desvanecimiento.

El rostro que veo en el espejo ya no es el mismo que veía antes del viaje a Luarca. Pero es el verdadero. La vida, la auténtica, volverá a fluir y echaré de nuevo a andar. Sé que los rescoldos son brasas ardientes bajo la ceniza.

Nada es para siempre. Nada de lo que ha sido volverá. El rodillo de la Historia pasa sin contemplaciones sobre el dolor y la derrota, sobre unas vidas truncadas, fácil pasto del olvido. Nadie me quitará el frío que me atraviesa cuerpo y alma, un frío que quema.

El tren

Es inútil querer encerrar los recuerdos. No hay cerraduras, ni paredes, ni mazmorras de las que no se escapen. Son como el humo, siempre salen.

De Fontecha, R. (Director). (2002). *Túnel número 20* [Cortometraje].

I

EL SERRALLO

En Sotroindio el sol brillaba por su ausencia. La humedad se acumulaba en las nubes sin resolverse en diluvio. El barrio de El Serrallo, con su laberinto de calles y de casas iguales, cual colmenas de cuatro pisos, albergaba a doscientas familias mineras del pueblo y a las recién llegadas del Sur de España para extraer el carbón de los pozos de Santa Bárbara, San Mamés, Venturo y Sotón. Abducida por la incipiente xenofobia, la gente del centro urbano pronto bautizó el barrio como si fuera una morada de moros atrincherados en su serrallo.

Los capataces, alentados por los accionistas de las explotaciones para sembrar cizaña entre los trabajadores, empezaron a llamarles despectivamente *coreanos*, en referencia a la Guerra de Corea de 1951. Pero el recelo se esfumó con la primera huelga, cuando los mineros onubenses y de otras provincias, muchos de ellos tostados por el sol del campo andaluz, se unieron a los picadores sotroindinos con igual valentía.

A partir de *La Huelgona*, los jóvenes asturianos que al principio nos peleábamos en manada con los andaluces a pedradas, con escopetas de perdigones y flechas de ballestas de paraguas rotos, nos convertimos en sus mejores amigos. Juntos, formamos una horda salvaje, temida por todo el pueblo. En 1956 se había estrenado en el Cine Virginia la película *Atila, rey de los hunos*, con Jack Palance, y desde entonces, redoblando tambores, desfilábamos por las calles de El Serrallo con espadas de madera, uniformados con casacas de lana de oveja y precedidos de un estandarte de palo, coronado por una calavera de vaca y engalanado con una ristra de colas de caballo colgantes.

Aquella tarde de otoño invernal, al terminar las clases en la academia de Don José Calvo Miguel, una veintena de jóvenes fuimos a merendar a casa. Poco después, vestidos con camisetas deportivas y botas de cuero, emprendimos la marcha hacia nuestro improvisado campo de fútbol. En fila india, seguimos los raíles de la vía estrecha que unía desde El Rimadero el Valle de Santa Bárbara a El Serrallo, y continuaba hacia las minas de Santana. Nos apartamos para abrir paso al trenecillo renqueante que arrastraba un convoy de vagonetas de carbón. Una jauría humana le esperaba en un recodo del camino. Pese a las fingidas protestas del maquinista, varios niños se encaramaron a las vagonetas y empezaron a palear la antracita, arrojándola al borde de la vía, antes de saltar a tierra con agilidad. Sus madres cargaban el oro negro en sus bolsas de esparto, disputándose los montones más grandes, hasta que el convoy tomó velocidad y se alejó sin mirar atrás.

Cien metros más allá, siguiendo la vía, atravesamos el Puente de los Gallegos, también llamado Puente de los Fierros, construido en 1899 para salvar el Nalón hasta la vaguada de La Llera. Uno tras otro, saltamos de traviesa en traviesa, hipnotizados por las aguas negras del río, que desfilaba vertiginosamente bajo nuestros pies. Las primeras nieves de Picumea se habían fundido y desde Campo Caso y Laviana la corriente bajaba en un arrebatado de rabiones y remolinos.

Por fin llegamos al campo de fútbol, unas líneas pintadas de cal y unos postes de madera plantados en una escombrera plana y baldía, desde la que se divisaba a unos diez metros más abajo la línea ferroviaria principal de Gijón a Laviana y, a lo lejos, la estación de viajeros de Sotrandio.

El capitán puso a rodar el balón de reglamento y los jugadores corrimos tras él.

II

EL TREN

Empezó a *orbayar* y las porterías se convirtieron en barrizales. Paramos el partido y nos asomamos al borde de la escombrera, cobijándonos bajo los árboles.

Desde allí contemplamos la terrorífica escena.

Dirigiendo la mirada hacia abajo, observamos a dos poceros que se acercaban al paso a nivel de La Llera, carente de barreras y señales. Uno era Corsino Hevia, el de La Felechosa, que empujaba una carretilla, y el otro Atilano Camblor, que vivía en La Angariella. Habían terminado su jornada, vaciando cieno de los márgenes del río y regresaban a casa. Calzaban botas de goma por encima de las rodillas. Atilano llevaba los pantalones semicaídos y arrugados en acordeón. La chaquetilla azul de Corsino, manchada de fango, era negruzca y apenas se leía el nombre comercial de Duro Felguera en su espalda.

Caminaban despacio y la lluvia picoteaba los charcos, que estallaban bajo sus pies. Corsino se había rezagado unos metros para encender un *pitu*. Delante de él, Atilano continuaba su marcha, silbando una canción.

De repente, por la salida del túnel, a unos doscientos metros, apareció el tren como un ángel exterminador. Lo llamaban *El Carbonero* y a su vieja locomotora *La Triste*, por lo callado de su caminar y las lúgubres inflexiones de sus silbidos. Resoplaba carbonilla, escupiendo un reguero de humo por la chimenea. Espoleado por la presión del vapor, galopaba desbocado contra el viento, siguiendo la cadencia del estruendoso traqueteo de los vagones repletos de carbón y haciendo vibrar la telaraña de las casas colindantes, como se estremecen las cuerdas de una guitarra.

El maquinista, empapado de sudor y con el rostro tiznado por el polvo negro, se percató al instante de su presencia y accionó el freno y el silbato, cuyo alarido amenazante, cortando la vaga lejanía, nos puso a todos la carne de gallina. El pasamontañas de Atilano le impidió escuchar el silbido punzante de la máquina, que redujo su velocidad desesperadamente. Las ruedas rechinaron sobre los raíles, proyectando un penacho de chispas fulgurantes como las que dispara la muela del afilador.

En una huerta cercana, un hortelano paró de cavar la tierra y levantó la mirada hacia la vía. Una bandada de pájaros detuvo su vuelo y los perros del Valle dejaron de ladrar.

En ese trance, el tiempo transcurrió a cámara lenta. Se mascaba un drama que nadie podría impedir.

III

UN GRITO LANCINANTE

Viendo a Atilano en peligro de muerte, Corsino aceleró el paso, alcanzó a su compañero por la espalda y le dio un golpe tremendo con la parte delantera de la carretilla, proporcionándole un impulso violento y salvador. Atilano traspasó la vía y cayó de bruces, sano y salvo.

Pero la bestia de acero, como un dragón humeante, frustrado y colérico al no haber podido arrancar la vida de Atilano, dirigió sobre Corsino la luz amarilla de sus faros, encendidos durante la travesía del túnel. En una fracción de segundo, la locomotora se abalanzó sobre su presa inocente, y le embistió sin piedad. En todo el valle se oyó un grito lancinante y un topetazo tremendo, que se fundieron con el estridente silbido del monstruo y su bufido bullente de vapor.

Corsino apenas tuvo tiempo de ver cómo le engullían las fauces de la locomotora. La vía, las casas, las piedras del balasto, el cielo inmisericorde, todo le dio vueltas y le hundió en las tinieblas de una pesadilla. ¿Por qué acudimos siempre con obstinación adonde nos llama el destino?

La máquina ejecutó su siniestra carambola. Lanzó la carretilla a un lado y arrastró a Corsino cien metros más hasta que decidió parar.

El maquinista saltó al balasto. Resbaló sobre las piedrecillas de granito, cayó y se levantó. Corrió hacia el obrero, dando voces y llevándose las manos a la cabeza.

Hasta allí acudimos los jóvenes, resbalando cuesta abajo por la escombrera. Delante de nosotros, Atilano corría como loco, seguido del hortelano, que había perdido la gorra, y dos guardias civiles que habían salido disparados del cuartel. Pronto se unieron a nosotros los primeros vecinos, mientras las mujeres miraban la escena desde las ventanas, que se abrían unas tras otras. Eran casas impersonales, todas iguales, con la araña de yugos y flechas colgada sobre la puerta. En medio del gentío, un perro vagabundo ladraba sin cesar. Cuando vio que nadie le hacía caso, se alejó buscando compañía.

Desde la Comandancia cercana un agente telefoneó al médico del pueblo.

IV

LA MONEDA PARA CARONTE

El médico de Sotrondio era a la sazón Don Ariel Tornafoch. Dicen que había huido de Barcelona por algún hecho de la guerra o por haber sido republicano. Al hablar, mezclaba el castellano y el bable con su acento catalán, pegadizo como un esparadrapo.

Su porte conservaba una antigua dignidad y destilaba incluso un aire de superioridad. Afable de costumbre en el trato, cuando alguien le contradecía un cierto fuego le asomaba a sus ojos hundidos, un centelleo de sus pupilas, más expresivo que sus labios inmóviles. Entonces la gente le obedecía.

Largos mechones de un pelo blanco y abundante le caían sobre la frente arrugada y su pelambreira se prolongaba en una barba poblada del mismo color.

Era alto y huesudo, aunque su espalda encorvada atenuaba su gran estatura. Siempre vestía el mismo traje oscuro y gastado, testigo de un tiempo pretérito del que él mismo emergía.

Era soltero y no se le vio un pariente. Pese a su fama de hombre frío e impersonal, se le reconocían gestos de humanidad. No cobraba a los enfermos pobres y los domingos a mediodía repartía una moneda a cada niño que se acercaba a la puerta de su domicilio. En Navidad grupos de niños pasábamos por allí y a cambio de un corto aguinaldo le cantábamos esta estrofa de un villancico catalán:

*Ara ve Nadal,
matarem el gall,
i a la tia Pepa
¡li donarem un tall!*

V

EL GARAJE

Entre cuatro hombres levantaron a Corsino, lo sentaron en una silla y lo llevaron en volandas a un garaje espacioso, al borde de la vía. Tenía los ojos abiertos, cubiertos de un polvillo blanco que convertía su mirada en un espectro fantasmal. Yo miraba horrorizado cómo una pierna del pocero, embutida en su bota de goma, se bamboleaba libremente hacia todos los lados, sin otra sujeción al muslo que alguna esquirla del fémur y escasos músculos y tendones.

—¡Mis hijos! ¡Mis hijos! —no cesaba de lamentarse.

Se casó no sé cómo ni por qué, pero tenía cuatro hijos que alimentar.

Erundina, su esposa, fue de las primeras en llegar, pálida y tambaleante, cogida del brazo por la mujer de Atilano, Nela. Las dos se quedaron a la puerta del garaje, repleto de hombres, acompañadas de un corro de mujeres silenciosas, algunas en zapatillas, en bata o con delantal.

No gritó. Tampoco se desmayó. Sólo se le escapó una lágrima cuando su marido franqueó la puerta y los porteadores bajaron al suelo la silla de Corsino. Entonces se agachó y le dio un beso en la frente.

—Te quiero, Corsinín —musitó.

Dentro del garaje pestilente, alargaron al herido sobre una mesa de madera en el centro del taller, encima de una manta limpia que habían bajado de una casa contigua. Los vecinos se apretujaban como peces en un acuario de agua turbia, arremolinándose en torno a la mesa y, a la luz amarillenta de las bombillas, la escena me recordó el lienzo de La Lección de Anatomía. Aprovechando mi escasa talla, me coloqué junto a Atilano en primera fila. Maldita la hora.

En medio de nosotros, el accidentado ni gritaba ni lloraba; miraba a la gente con los ojos abiertos, como asombrado. Desprendía un olor penetrante a sudor y tenía las uñas sucias. Su dentadura castañeaba de frío y la pérdida de sangre acentuaba la palidez del rostro.

Tres o cuatro viejos se arrimaron a la estufa de leña para calentarse las manos.

VI

SANGRE Y MOSCAS

El médico llegó a paso ligero, con su pequeño cabás de cuero en la mano, escrupulosamente encerado y brillante con sus herrajes de latón.

Abriéndose paso entre los curiosos, sus manos huesudas sacaron del maletín unas tijeras de cirugía, un bisturí con mango de hueso, dos jeringas de cristal y una aguja gruesa, un ovillo de seda de sutura, algodón y un estuche de baquelita para medicamentos, que ordenó metódicamente sobre un paño blanco extendido sobre la mesita de acero que le trajeron del despacho del garajista.

—Mala cara tiene usted, amigo.

Don Ariel pidió una cuchilla y rajó la bota de goma de arriba abajo, descubriendo la pierna machacada. Con una toalla limpia trató de cortar la hemorragia, mientras las moscas zumbaban alrededor.

Alguien trajo una botella de orujo. El matasanos se la tendió.

—Beba un trago. Le calentará las tripas.

Corsino bebió media botella *a golotón*.

—Haces bien —comentó Don Ariel—. Superada la moderación, el alcohol muestra sus verdaderas cualidades.

Corsino sonrió. Pero cuando le vio aproximarse con la sierra en la mano, empezó a gritar.

—¡*Cágun Dios!* ¡No me corte la pierna! ¡Es el pan de mis hijos!

El médico se rascó una oreja.

—No te preocupes. Tu vida no corre peligro. Todos tenemos rachas de mala suerte.

—Sí, pero a mí me duran toda la vida.

Ambos bebieron un trago más de orujo y de repente el chirriar de la sierra se escuchó en toda la nave, silenciando todas las conversaciones. Don Ariel proseguía imperturbable su tarea, envuelto en el humo azul de los cigarrillos. De vez en cuando agachaba la cabeza, tosía y soltaba un salivazo en una lata que le servía de escupidera, en la que arrojaba los despojos de carne y los tendones que iba cortando.

Corsino aguantó el corte rechinando los dientes. Su cuerpo no era su cuerpo; sus músculos parecían de algodón, sus huesos bielas retorcidas. Un grito se ahogó en su garganta sin poder salir al aire. Chorros de sudor perlaban su frente.

Entre el olor a alcohol y a gasolina, el vahído de calor humano, el hedor azucarado de la sangre y el terrible ruido de la sierra, las piernas me flaqueaban y, apretujado entre la gente, creí que me desmayaba.

Cuando terminó la faena, Don Ariel sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente y la nuca. Luego depositó sobre una estantería la pierna recién cortada y las moscas que revoloteaban alrededor se cebaron en ella.

VII

LA PRIMAVERA EN SU ESPLENDOR

Entretanto había llegado la ambulancia. El conductor y un enfermero colocaron a Corsino sobre unas parihuelas y lo metieron en la parte trasera del vehículo, encima de una camilla móvil.

—Le están grapando el vendaje para contener la sangre que mana del muñón en carne viva. Y ahora le inyectan heparina en el antebrazo —dijo el practicante del pueblo para demostrar sus amplios conocimientos.

Tras cubrir a Corsino con una manta escarlata hasta el cuello, los sanitarios cerraron la puerta, arrancó el motor y la ambulancia se alejó a toda prisa con destino al Hospital Adaro de Langreo, que desde 1914 presta servicio a los accidentados del Valle del Nalón.

Allí le atendió Don Vicente Vallina, El Médico de los Mineros, gran experto en fracturas, amputaciones y quemaduras por grisú.

Tres meses después, Corsino ya paseaba toscamente por Sotrondio con la ayuda de unas muletas de madera. Y al anochecer se le veía alegre en el chigre de la bolera, cantando o jugando al tute con su amigo Atilano, en torno a una botella de vino tinto.

La primavera estaba en su esplendor. El Nalón discurría tranquilo, los pájaros revoloteaban en el aire y las arboledas del Valle habían recobrado su verdor.

Paso de fronteras

Remembranzas de anteayer

Todo recuerdo es el presente; todo lo que se ha vivido existe ahora.

(Georg Philipp Friedrich von Hardenberg, alias Novalis, Siglo XVIII)

Corría que se mataba el año 1969 y en Lieja hacía un frío que pelaba. Las aguas del Mosa se habían congelado y las gabarras yacían amarradas a los muelles, convertidos en improvisados cementerios de elefantes. Los jóvenes patinaban sobre el hielo del ancho río, dibujando con sus arabescos una estampa invernal de Brueghel resucitado.

Antonio Chacón Montilla era el delegado de las Comisiones Obreras de Solidaridad en Bélgica. Sevillano de Pruna, había sido jornalero en un cortijo, como su padre y sus abuelos. Hambriento de pan blanco, en 1951 emigró a Asturias con lo puesto y trabajó de *campanero* en la cimentación de la planta avilesina de Ensidesa. Día tras día, lo bajaban en una campana neumática para horadar la tierra pantanosa y retirar el fango antes de su drenaje y cimentación. Decenas de *campaneros* murieron por implosión de la cámara de descompresión, roturas de tímpano, embolias y derrames. Luego dio el salto a Lieja y, tras cumplir los cinco años obligatorios de minero de fondo, obtuvo el permiso de trabajo en superficie. Desde entonces, era un obrero más en la fábrica de laminados de zinc en Prayon. Los cirujanos le habían cortado el pabellón de una oreja, podrida por los vapores metálicos. Con el sombrero con el que siempre cubría su cabeza creía disimular su defecto, pero pronto empezaron a llamarle Van Gogh.

Listo como un lince y ágil como un gato montés, sus ojillos traspasaban a quien se le acercara, calibrando con la mirada su valía. Era un espíritu curioso, un alma libre, y todo despertaba su interés.

A mediados de diciembre, me buscó en el Club García Lorca y me pidió que durmiera esa noche en su casa, sin decirme por qué. Pedí tres días de baja en la universidad y al anochecer me presenté en Trooz, donde vivía con su familia.

—Levántate, Estudiante. Es la hora. —Me despertó a las cinco de la madrugada.

Aún brillaban los últimos luceros. Tiritaba la ventana temblona y se desperezaban crujientes los muebles del dormitorio. Me afeité y en la diminuta cocina desayunamos un tazón de café con un bocadillo de jamón. Narcisa, su esposa, bajó de su habitación vestida con bata y nos preparó dos grandes termos de café hirviendo cargado de coñac.

—Llevad estos carajillos, los necesitaréis.

Me entregó una zamarra forrada de lana, una gorra, calcetines gruesos y unas botas pertenecientes a su hijo mayor. Protesté porque me asaba con tanta ropa y el frío no era para tanto. Mis dos anfitriones se miraron y sonrieron con una complicidad que no alcancé a descifrar.

Subimos a la furgoneta Volkswagen de Chacón y paramos frente a la casa de su hermano Francisco. De ella salieron dos desconocidos, cargados con sendos macutos de piel a la espalda, abrigados con pellizas y guantes y calzados con botas altas. Cargamos el equipaje en el maletero y lo cubrimos con una manta. Una vez dentro del vehículo, rodando hacia Lieja por el valle del Mosa, mi amigo me desveló el objetivo del viaje:

—Ambrosio y Rafael vienen de Salamanca y vamos a llevarlos a Alemania, donde pronto encontrarán trabajo. Aquí ya es imposible por el cierre de las minas y el declive del metal. Ayer hablé por teléfono con nuestra organización en Aachen y nos esperan hoy en un punto de la frontera.

Los dos fugitivos, con barba de tres días y oliendo a tigre, se apretaban nerviosos uno contra el otro en el asiento trasero, escudriñando el despertar de las fábricas, sus chimeneas humeantes o llameantes y la interminable fila de coches cargados de obreros, cuyos focos encendidos se asemejaban a una gigantesca luciérnaga que reptaba en sentido contrario al nuestro. Los salmantinos no paraban de mirarnos y bebían nuestras palabras, como si viniéramos de otro planeta. Parecían niños desvalidos, desconcertados y desorientados, aunque eran hombres hechos y derechos.

—Ya no hay marcha atrás; no nos queda un duro para volver a España —se resignó Ambrosio, encomendándose a la buena suerte.

Rodeamos Lieja y atravesamos las Ardenas por Welkenraedt, antes de arribar a los cantones de habla alemana. Pasada su capital, Eupen, llegamos a una zona cercana a la frontera. Para evitar la vigilancia de las policías, decidimos aparcar en Raeren. Respiramos el aire frío a bocanadas y, cargando los macutos que pesaban más vacíos que

lentos de ilusión, trepamos hacia las tierras pantanosas de las Hautes-Fagnes y nos adentramos en el bosque, cubierto de un espeso manto de nieve.

Habíamos penetrado en el reino de las brujas, de las leyendas rebosantes de gnomos, pactos con el diablo, posadas rojas y fuegos fatuos. Los escasos moradores de aquellos andurriales heredaban de padres a hijos muchos cuentos medievales, quizás para espantar a los extraños. Uno de ellos aterrorizaba a los niños:

Una noche, nueve lobos salieron del bosque y se cebaron a dentelladas con el conde del lugar. A ocho les rompió las patas con su bastón; al último lo apuñaló, lo cargó a la espalda y regresó al pueblo. Creía que lo recibirían como triunfador, pero vio como todos huían de él, arrancando gritos de horror. ¡Ya no tenía cara! Y un ojo le colgaba por la mordedura de las bestias. Cuando se vio en un espejo, se ahorcó.

Silenciosos sobre la nieve y la hojarasca mojada que amortiguaban nuestros pasos, iniciamos la ascensión, entre arbustos sacudidos por el viento y tronchados por el peso de la cellisca. Más de una vez tropezamos en la oscuridad de la altanoche. Una luna mortecina pintaba nuestros rostros con su cara de muerte.

—Todavía no amanece. Hasta los matorrales me parecen arañas descomunales —decía Rafael.

—El día para los del día y la noche para los de la noche. Somos como los animales, que no respetan fronteras —sentenciaba Chacón.

Pronto amaneció y los trinos de los pájaros saludaban nuestro andar. El sol parecía el reflejo de un mundo onírico y lejano, un rubí como el ojo nublado de un gato. Sorprendía ver las campánulas anémicas de los narcisos de las nieves y las estrellas rosas y perfumadas del matacabras, la flor que mata y encandila por su belleza. Emergiendo de aquella túnica de nieve, la esperanza seguía viva en el tallo de las flores y en el corazón de los hombres.

Más arriba, los esmaltes de la arboleda cuajada de pinos oxidados, las hojas de los robles coloreados de esmeralda y las más plateadas de los abedules, contrariaban con su alegría la tristeza del cielo lívido y plomizo. Saltando de piedra en piedra, cruzamos un arroyo caudaloso, en cuyas aguas sangraba el sol rojo del amanecer.

A media mañana, divisamos una cabaña de agentes forestales. Estaba vacía. Estalactitas de plata colgaban de la techumbre, espolvoreada de azúcar cristalizado. Habíamos llegado a la raya de la frontera verde.

—Aquí es —avisó Chacón—. —Ya estamos en Alemania.

Un hombre de baja estatura, vestido con un anorak blanco, emergió de la parte trasera de la cabaña y vino a nuestro encuentro. Abrazó a nuestro guía, como si se conocieran de toda la vida.

—Hoy es un buen día —dijo Olegario—. Con esta nieve, la Guardia Fronteriza no habrá salido de caza. ¿Estos son los *Gastarbeiter*?

—Éstos son, Ambrosio y Rafael.

—Ya les tenemos preparada su casa y un trabajo en la Ford de Colonia. Mañana firman el contrato. Empezarán como peones para distribuir piezas en los talleres de montaje y ganarán mil marcos al mes.

Entre los cuatro vaciamos los termos y engullimos los bocadillos.

Le encantaba contar historias:

—El año pasado nos llegó un malagueño que nunca había trabajado fuera del campo. Un compañero de la Opel de Rüsselsheim le dijo que fuera a pedir trabajo en la empresa y que si le preguntaban por su profesión se hiciera pasar por fresador. Así fue y empezó a trabajar en una máquina al lado de nuestro camarada. Solo tenía que taladrar un agujero en una cruz trazada con tiza en medio de una placa de metal.

»A los pocos días, los ingenieros bajaron al taller porque la cadena de montaje no encajaba y tenían que encontrar el fallo. Cuando llegó a la fresadora del malagueño, el recién llegado se desmoronó y confesó su culpabilidad. Resulta que borraba la cruz de tiza, perforaba el agujero más o menos en el centro de la placa y después trazaba sobre él una nueva cruz con una tiza que escondía en el bolsillo. Pero no le echaron. Admirados por su creatividad, los ingenieros soltaron una carcajada y le facilitaron un curso de formación que supo aprovechar.

Todos nos reímos, pero de pronto empezó a nevar. Los dos fugitivos nos abrazaron, cargaron sus bultos y se alejaron cuesta abajo hasta perderse entre los árboles con

Olegario. Dimos media vuelta y regresamos a la furgoneta. Emprendimos el retorno a Lieja y caí en un sueño profundo.



Blanca era su tez, tibia su piel. Tan solo unas horas antes, Dionisio Villar era un joven de apenas veintisiete años, esbelto y lleno de vida, de complexión delgada, alegres ojos, pómulos regulares, frente amplia, nariz chica y labios carnosos. Ahora su cuerpo yacía sobre la cama, vestido con su único traje, el mismo que lucía los domingos en el baile de La Marina. Los botones de la chaqueta estaban cuidadosamente abrochados, pero se adivinaba su torso dislocado por múltiples fracturas.

La habitación desprendía un olor dulzón, atemperado por el aroma de las tacitas de café que sus hermanas y su novia nos servían de vez en cuando sin desfallecer, durante tres días y sus noches.

Las más de las veces reinaba el silencio o las voces apagadas y amortiguadas por el chasqueo de la lluvia que golpeaba la ventana. Tras los cristales, empañados de vaho, aún colgaban del tejado unos hilos de agua helados, como cuerdas de arpa.

Sus compañeros se turnaban a su lado. Aunque le habían lavado la cara con una esponja, en su frente hundida aún se observaban rastros de sangre y trozos de huesos y de masa encefálica. Las primeras manchas violáceas y cierta rigidez del rostro afeaban su fugitiva lozanía. El párpado izquierdo se negaba a cerrarse, como si el ojo velado por el polvillo de carbón quisiera ver lo que sucedía en rededor, en el mundo de los vivos. Todas las pasiones y las penas que habían agitado su corazón le habían abandonado.

—Cuando un minero enciende su lámpara, la muerte le llega a casa antes de que se apague —dijo Leopoldo, su amigo del alma.

Más atrás, al fondo del dormitorio, se habían agrupado sus seis hermanos y hermanas. Los siete eran extremeños y los varones habían sido peones en la mina de Barredos, a orillas del río Nalón. La represión que se abatió en *La Huelgona* de 1962 los arrojó a Lieja, donde fueron contratados en la Petite Bacnure, un pozo en el que ya trabajaban decenas de mineros españoles. Dionisio era un excelente picador a destajo, que avanzaba siete metros diarios en una estrecha rampa a quinientos metros de profundidad. De vez

en cuando, paraba para apartar los trozos de carbón y cada paletada medía el espacio y el tiempo que le quedaba por vivir.

Aquella mañana había avanzado dos metros y bajó a comer un tentempié en la galería. Mirando hacia la entrada, reconoció cómo se acercaba el capataz por el fulgor de su lámpara minera y trepó de nuevo por la rampa con el hacha al cinto y la luz del casco encendida. Arrastrándose por el angosto pasadizo de apenas medio metro de altura, volvió a la talla, empuñó el martillo neumático y apretó el gatillo. El aire no estaba bien calibrado y el martillo saltó hacia el techo. El impacto provocó su derrumbe, la losa se abalanzó sobre él y lo aplastó. Instantes después, una docena de hombres liberaron su cuerpo aprisionado en las rocas y salieron del pozo como espectros negros.

A los tres días se celebró el entierro. Tres mineros, entre ellos Leopoldo, y otros tantos compañeros de su célula Las Trece Rosas portaban a hombros el ataúd. Encabezaban el cortejo los seis hermanos, cogidos de la mano, seguidos de cientos de españoles. De trecho en trecho, las mujeres prorrumpían en un mismo grito:

—¡Ay! ¡Aaaaay! Nisio, Nisín... ¿Por qué te vas?

A los hombres se les helaba la sangre y el vello se erizaba entre flores y llantos, abrazos, y silencios en el ascenso al cementerio de Herstal, a lo largo de un trayecto interminable, caminando por una carretera perdida.

En el camposanto, sin cura ni sermón, alguien entonó La Internacional, coreada por los asistentes. Por fin Dionisio volvía a las entrañas de la tierra que había vulnerado. A falta de cremación, su cuerpo fue enterrado en una sencilla tumba anónima. Al cabo de cinco años, sus restos serían arrojados a una fosa común. Fue en el invierno de 1963.



Lieja duerme tranquila, custodiada por siete colinas. No son las de Roma ni se alzan a orillas del Tíber, ni siquiera del Mosa. Son las altas escombreras de sus siete pozos, siete pirámides perfilando el horizonte; memoria de la tierra y de sus bosques antiguos. Siete pozos, siete españoles muertos. Desde lo alto de sus castilletes decrepitos ya se atisbaba la decadencia del valle.

También en el 63, recibimos a Montes en la Ciudad Ardiente. Era su nombre de guerra. El de pila era Jesús Redondo Abuín, un destacado sindicalista gallego. Perseguido por la Policía, cumplió doce años de prisión en distintos penales del país. En Canarias, había sido detenido en una playa junto con otros camaradas, entre los cuales se encontraba el pintor Pepe Ortega, también encarcelado y exiliado a Francia. Al salir de España, Montes fue enviado a un curso de formación en Moscú. A su regreso trabajó en Francia y finalmente lo destinaron a Lieja, donde se encuadró en un círculo de la Juventud.

Tenía veintiocho años. Curtido en mil luchas, decidido y peleón, era más rojo que una llama incandescente. Un fuego extraño lo habitaba y el pulso le ardía en un fragor de rebeldía.

Enseguida entró en la mina y armó la de dios. Cuando estalló una huelga en el pozo Hasard, se unió a los compatriotas que la encabezaban y subieron en tropel al despacho del director. Uno de ellos, el mierense Mino Fernández, clavó el hacha en la mesa de caoba mientras otro huelguista que chapurreaba el francés leyó sus demandas al grupo de gerentes reunidos en la estancia.

—Con esta gente, poca broma —advirtió el director.

Pero no se atrevió a denunciar los hechos a la policía y accedió a parte de las reivindicaciones.

Tras su apariencia bravía, Montes escondía un espíritu solidario: enseñaba a leer y a escribir a otros mineros.

Un buen día, desapareció por donde había venido. Se esfumó como El Gran Houdini, dejando su huella en cada uno de nosotros. Nos dijeron que había vuelto a España para reforzar la acción sindical.

Los de Lieja íbamos con frecuencia al Club García Lorca de Bruselas. Un camarada llamó enseguida nuestra atención. Siempre trabajando detrás de la barra, ayudando a su compañera Ana en la cocina o sentado en un corro con la juventud, disertando como un sabio, tenía madera de líder. Se llamaba Casimiro Bayón, más conocido como *el de La Camocha*. Algunos le admiraban por su destreza en escanciar la sidra como buen langreano, sin saber que era un héroe de leyenda. En la huelga de La Camocha de 1957, junto a Galache, Tenreiro y El Quicu, paró la mina gijonesa y organizó la primera comisión obrera de España, venciendo al miedo y haciendo frente a la dictadura. Llegó a

Bélgica en 1964, después de su exilio en Francia huyendo de la cárcel donde su padre había sido condenado a muerte. Recordaba con modestia su trabajo de picador y otros asturianos le recitaban:

*La mina La Camocha dicen que va baxu el mar
que por eso los mineros oyen les oles bramar.*

Montes y Bayón eran hombres verticales, con el rostro negro y el corazón rojo, duros como el acero.



En diciembre del 71 llegó en tren a Lieja un personaje singular. El compañero Muñoz le acogió en su casa y nos lo presentó al día siguiente. Era un hombre diminuto, de mirada alegre y risueña, con gran sentido del humor. Medía apenas un metro veinte y no hacía mucho que había salido del penal de Burgos por su incansable labor en el movimiento obrero catalán. Se llamaba Ángel Rozas. Perseguido por la Policía, partió al exilio y se refugió en París, donde se puso al servicio de la Delegación Exterior de las Comisiones Obreras (DECO).

De Francia traía una caja de tarjetas de Adhesión y Solidaridad del Emigrante Español con CC.OO. para su reparto entre los trabajadores de nuestra ciudad. El acto fue muy concurrido y hubo que subir al orador encima de un cajón para que su cabeza emergiera por encima del atril.

—Solo en eso me parezco a Franco —decía, riéndose de sí mismo.

La curiosidad que suscitaba su estatura se trocó en entusiasmo al escucharle hablar de la lucha contra la dictadura en España. Aquél geniecillo hizo vibrar las fibras de unos hombres fuertes, forjados en las fraguas de carbón y acero. Las lágrimas asomaron en los ojos de los más valientes. El reparto de carnets fue todo un éxito en un terreno abonado. Eran cartulinas rojas donde un círculo con la letra «C» movía once aspas, como el eje mueve los radios de una rueda.

Más tarde, Rozas nos informó en *petit comité* del nombramiento de Antonio Chacón, nuestro compañero, como delegado para Bélgica. Le invitó a conocer la sede de la

DECO y aceptó que le acompañara por si mi conocimiento del francés pudiera ser de utilidad.

Unas semanas después, subimos a la furgoneta y nos plantamos en París. Rodeando la capital, nos presentamos en la dirección que Ángel Rozas nos había proporcionado, en una calle tranquila. Era un edificio de dos plantas, anejo al Ayuntamiento de Montreuil, con la fachada recién pintada de amarillo miel.

Pulsé el timbre y salió un gigante de gesto adusto, con cara de pocos amigos. Le preguntamos por Rozas, dio una voz y apareció nuestro pequeño amigo. Se alzó de puntillas y nos inclinamos para abrazarle. Entramos los cuatro en una pequeña cocina, donde nos ofrecieron una taza de café. El gigante se llamaba Carlos Elvira, y era el director de la Delegación. Pasaba el tiempo a caballo entre París y Ginebra, donde oficiaba de embajador de las Comisiones clandestinas ante los sindicatos libres del mundo. Siempre de pie, acentuando su natural superioridad, nos contó algunos sucesos de su azarosa vida.

Al término de la guerra había sido internado en los destacamentos penales de Valdemanco y Bustarviejo, en la Sierra de Guadarrama, donde los presos perforaban túneles, dinamitando y barrenando a maza en roca viva, paleando el balasto y tendiendo las vías del ferrocarril Madrid-Burgos. De aquel campo de trabajo forzado se fugó con cuarenta compañeros y se incorporó a la lucha. Pronto volvió a caer y recorrió un calvario de presidios. En la cárcel de Porlier, condenado a muerte, conoció al poeta Marcos Ana, y de prisión en prisión pasó 22 años de su vida tras los barrotes.

Mientras desgranaba su vida, Ángel Rozas le escuchaba embelesado y sin pestañear. La extraña pareja se me antojaba como una estampa del Caballero de la Triste Figura y de su fiel escudero. Nos enseñaron un cuartucho donde guardaban una imprentilla de ciclostil con manivela, cilindros de tinta y boletines rudimentarios, en los que recopilaban informaciones de las innumerables empresas españolas en huelga. Comprobé que varios de ellos estaban traducidos al francés y al inglés para su difusión en los organismos internacionales.

De un despacho rebotante de papeles salió un hombre pequeño, más ancho que alto, vestido con un jersey de lana y un pantalón arrugado, con las perneras plegadas como un fuelle. Su cálida mirada traspasaba los cristales de sus gafas de culo de vaso, que atenuaban su miopía. Su inabarcable musculatura y su cuerpo hercúleo eran el recuerdo

de su juventud madrileña como aficionado a la halterofilia. Se llamaba Leónides Montero y, si no fuera por su físico, podría haber sido el famoso espartano, por tantos combates como había librado en la emigración. Había iniciado su periplo metalúrgico en Alemania, donde su activismo sindical en el IG Metall puso de relieve su inagotable capacidad organizativa.

Pronto se interesó en él la Oficina Federal de Protección de la Constitución. En una manifestación antifranquista la Policía intentó detenerlo. Nevaba y Leónides iba en jersey, como siempre, pues nadie le conoció chaqueta ni abrigo alguno. Le bastaba el espeso vello que cubría sus brazos y su extenso pecho. Era tan famoso que un jefe antidisturbios empezó a gritar:

—¡Aquél, aquél! ¡A por el Buda!

Pero los manifestantes escondieron a su líder tras un escudo humano y una boca del metro se lo tragó como a Jonás la ballena. Poco después apareció en Ginebra y de inmediato enhebró la prodigiosa aguja con la que tejía la urdimbre y la organización de los luchadores. Así nació la Asociación de Trabajadores Españoles Emigrantes en Suiza, que agrupaba a cientos de asociados, decenas de secciones y centros culturales en toda la Confederación Helvética, asesorada en Ginebra por un núcleo de intelectuales como Jaime Echanove y Miguel Candel.

Metódico, estudioso y viajero incansable, había venido a París con el propósito de cooperar con las Comisiones Obreras del interior.

Si alguien le preguntaba de dónde era, contestaba orgulloso:

—Soy zamorano de Villafáfila—. —Aunque allí solo había pasado los nueve primeros años de su vida.

Carlos Elvira nos comentó las duras condiciones de trabajo de los temporeros en el Norte de Francia. Nos ofrecimos a conectar con ellos de vuelta a Lieja y Rozas nos proporcionó un contacto, un tal Guzmán, y la dirección de una finca cercana a Valenciennes. Cargamos en la furgoneta dos paquetes de propaganda sobrante, almacenada en la Delegación. Compramos unas vituallas y nos recogimos en el piso donde se alojaba Rozas. Era la balsa de la Medusa donde se refugiaban los sindicalistas que llegaban de vez en cuando de España huyendo de la Brigada Política y Social.

A las siete de la mañana del día siguiente, salimos de Montreuil por Saint-Denis, camino de Valenciennes.



Con la ayuda del mapa, llegamos a la finca a mediodía. Era un terreno inmenso, en el municipio de Marchiennes, un mar verde cuajado de remolachas. Cerca y lejos se esparcían los jornaleros, orbitando en torno a tres camiones. Armados de hoces o cuchillos, doblados sobre la tierra, arrancaban las remolachas por el cuello, cortaban las ramas, decapitaban sus hojas en un rápido y certero corte y arrojaban los tubérculos violáceos y carnosos a un remolque que, una vez lleno, partía hacia la azucarera más cercana.

Entramos en la nave donde malvivían. Uno de ellos, llamado Fulgencio, preparaba un potaje en tres cacerolas gigantescas. Le preguntamos por Guzmán y salió del viejo edificio. Dio una voz y al poco vimos llegar a un joven de piel tostada, más alto que nosotros. A medida que se acercaba, parecía un fantasma caminando en un mar de niebla.

—Venimos de parte de Rozas a repartir propaganda de la nuestra.

—Sabía que vendrías por aquí algún día. Los demás lo saben y no se sorprenderán. Esperad un cuarto de hora a la hora de comer.

Fulgencio apagó los fuegos de gas, tapó las ollas y nos enseñó la enorme estancia única que albergaba a la cuadrilla.

—En esta nave guardaban el ganado antiguamente. Nosotros heredamos su pocilga. Dormimos en esos catres, hacinados y sin ventilación. Así pillamos catarros y alguna neumonía. En las viñas del sur, vivíamos entre pulgas y ratas. Pero muchos tienen miedo a que no les contraten el año que viene. No tienen otra cosa *pá* comer.

Miró su reloj de pulsera y salió a la puerta.

—Pronto pararán para almorzar y reponer fuerzas. Desayunaron a las nueve y estarán en el campo hasta la caída del sol.

De todas partes fueron llegando más de veinte trabajadores, salpicados de barro de los pies a la cabeza y con la ropa mojada de sudor. Algunos, con la nariz y las orejas rojas de frío, tosían para aclarar la garganta.

Casi todos eran malagueños de la Sierra de Yeguas y solo cinco venían de Teruel. Guzmán nos presentó y nos invitó a comer con ellos. Nos sentamos en cuatro bancos corridos, frente a frente. Fulgencio ya había dispuesto escudillas, cucharas soperas y canastillas de pan sobre dos mesas alargadas de madera. Nos servimos el puchero y dimos buena cuenta de él. Guzmán extrajo de su talego unos trozos de cecina. Un turolense dispuso un queso manchego, descolgó un jamón que pendía de una viga y empezó a cortar y repartir lonchas a saciedad. Las botas de vino pasaban de mano en mano, en medio de las risotadas de los comensales por los chistes, las anécdotas y las ocurrencias de los más lenguaraces. No habíamos terminado de yantar, cuando la conversación tomó otros derroteros. Habían trabajado cuarenta días la vendimia en el sur y un mes en la cosecha del arroz en La Camarga. Venían con contratos a tiro fijo, en las mismas fincas que en años anteriores. Las mujeres y los niños habían vuelto a España en agosto y solo los hombres viajaron al Norte, donde hacía décadas que los belgas ya no venían.

—No echamos raíces en ningún sitio y volvemos cada temporada como golondrinas. Los tres patronos nos conocen y nos llaman. Viajamos los veinticinco como sardinas en lata, en las tres furgonetas que visteis fuera aparcadas, porque son nueve, no más, los que pueden entrar en cada una si no quieres pagar multas a los gendarmes en carretera.

»Hace años era peor. Veníamos en tren de Sevilla a Atocha y de la Estación del Norte a la frontera. Viajábamos en tercera con nuestros bultos, en vagones de madera que te dejaban el culo cuadrado y pelado.

Tomamos unos carajillos y Manuel Alcántara, el más veterano de ellos, contó lo que le había pasado la primera vez que volvió a Málaga en tren, al terminar la campaña de la uva.

—Bajé en una estación a comprar agua, perdí el tren en una estación de mala muerte y me sentí como un naufrago en una isla. Cuando vi el tren desaparecer en el horizonte, me pareció que era España la que se alejaba de mí, dejándome abandonado en esta tierra extraña, con cuyos hombres no sabía entenderme.

Quisimos averiguar sus opiniones políticas.

—Franco caerá antes de que la Tierra dé una vuelta alrededor del Sol —dije con pedantería.

—¿Y eso es mucho? —preguntó Alcántara.

—Es un año, Manuel. Piensa un poco —respondió Guzmán, riéndose.

—No me lo creo, ojalá fuera así.

Chacón les habló de España con más juicio que yo, y más convincente con su deje andaluz. Guzmán no quiso ser menos y dijo en voz alta:

—Pues hace un mes fuimos a una asamblea de setenta temporeros que habíamos convocado en Lens. Hablé yo y recaudamos quince mil pesetas para el sindicato.

Los jornaleros escuchaban atentos nuestra conversación. Unos por verdadero interés, otros por curiosidad y la mayoría como si fuéramos una atracción de feria que desbarataba su aburrimiento. Los cinco turolenses, taciturnos y distantes, nos miraban disimuladamente por el rabillo del ojo. Sabían que, a veces, tras un rostro amigo está el enemigo.

—Ganamos más en los viñedos del Sur. Son nuestros racimos de oro —dijo un *granaíno*—. El franco vale más que la peseta. Es la brújula que guía nuestra vida y hay que seguir su aguja, porque la suerte solo llama a tu puerta una sola vez.

—Salud y pesetas, lo demás son puñetas —sentenció uno de Antequera.

—Aquí hace frío y llueve casi todos los días. El barro nos entierra y el agua nos cala hasta los huesos. Por la mañana todos nos lavamos con jabón y agua fría, desnudos bajo esas tres mangueras —dijo Rosendo Torres, el hermano de Fulgencio.

»Trabajamos a destajo y nos pagan por camión lleno. Cuando llegan las ocho de la noche, si falta un remolque por llenar, nos pagan la *chorreá*, una media hora más para colmarlo. No salimos de aquí en todo el mes, salvo para comprar víveres y echar cartas a Correos, a diez kilómetros de la finca. Solo falta que nos pongan capucha y nos encierren como frailes en un monasterio.

—Guzmán, nuestro cabezalero, nos vigila para que nadie se escaquee y nos disciplina por el bien de todos. Es el jefe de cuadrilla y está a la vez con dios y con el diablo —bromeó Eutiquiano Mancheño, el más socarrón de los aragoneses, todos ellos oriundos de Torremocha de Jiloca.

—No os asustéis —nos tranquilizó Guzmán—. —Aquí no hay piques, solo cachondeo para pasar el día. Y eso que algunos tenemos mala leche. Lo que pasa es que aquí el patrón es un cenizo. En el sur son más cercanos y nos hemos hecho amigos suyos y de sus familias. Éste es más duro; nos prohíbe hablar en el trabajo y si por él fuera no levantaríamos la vista del suelo.

—Así a todos nos duelen los riñones de estar todo el tiempo *agachaos*. Menos mal que apenas viene para no mancharse la ropa. Y si viene, nadie habla. *Tó el mundo callao* —aseveró uno de Casabermeja, que tenía la cara arrugada como un higo.

Empezó a llover. Algunos se acurrucaron en un rincón, pegados unos a otros, y se cubrieron de mantas. Era el momento de marcharnos. Con la ayuda de Guzmán anotamos los nombres y direcciones de los más comprometidos. Entre ellos, sorprendentemente, se ofrecieron los cinco turolenses, de los que tres eran hermanos.

Mojándonos bajo el aguacero, sacamos unos paquetes de propaganda y Guzmán se encargó de distribuirlos por la comarca donde, según él, trabajaban unos diez mil jornaleros españoles. Nos despedimos con abrazos, subimos a la furgoneta y tomamos la carretera de vuelta a Lieja.



La primavera siguiente, Ángel Rozas nos incitó a viajar a Holanda, donde el Partido le había facilitado algunos contactos. Siguiendo las riberas del Mosa, salimos por la autopista de Maastricht y llegamos a Rotterdam, el vientre de Europa con su puerto descomunal. Por el camino, mirando al cielo, abrimos los ojos como platos al ver un tren de dos pisos que nos adelantaba sobre un dique elevado. En los poblados rodaban las bicicletas, algunas para tres personas. Y en las afueras braceaban las aspas de antiguos molinos, pintados de llamativos colores.

Cien kilómetros al este, llegamos a Eindhoven. En la plaza nos esperaban impacientes Abelardo Cueto y Herminio Vallina.

—Daos prisa. Primero os llevo a mi habitación en la Philips y luego Herminio os acompaña a los Altos Hornos. Tenemos que pillar a nuestros compatriotas en los barracones, justo después de comer.

Llamaban a la Philips la ciudad prohibida. Nadie podía acceder si no tenía relación directa con la fábrica de bombillas y de electrónica. Chacón, Abelardo y yo fuimos de bungaló en bungaló, repartiendo propaganda. Las habitaciones tenían ocho literas y las puertas no tenían cerraduras. Al asentamiento lo llamaban El Prado, y la mayoría de los trabajadores eran extremeños.

—Estos holandeses nos atosigan —denunció uno que atendía la cadena de montaje—. Por todas partes han puesto carteles con sus consignas: «No pares ni un minuto». «Tienes que hacer más». «Puedes hacerlo mejor». Y cuando un equipo baja el ritmo se enciende una luz roja y tienes que acelerar.

Un guardia jurado nos vio de lejos y pusimos pies en polvorosa.

Fuera nos esperaba Herminio, al volante de su Seat español. Con él llegamos a los Altos Hornos de acero Hooghovens BK. No muy lejos de las chimeneas y del muelle de carga de laminados, los obreros estaban alojados en hoteles flotantes. Varado en tierra, se alzaba un gran barracón prefabricado y amueblado al estilo de un centro español, con carteles turísticos fijados en las paredes y un *juke-box* que alegraba los corazones con pasodobles y canciones flamencas. Unos cuarenta metalúrgicos jugaban a las cartas o leían periódicos en su hora de asueto.

Herminio dio un palmoteo y nos presentó con su impresionante vozarrón. Como yo era el pico de oro, subí encima de una mesa y les hablé de España y del nuevo movimiento obrero que se estaba construyendo. Mientras tanto, Chacón repartía publicidad y fotocopias del carnet de Comisiones, en las que había insertado su dirección de contacto.

Con el paso de los años, en esa empresa llegamos a tener más de treinta afiliados. En 1979, veintidós trabajadores andaluces y sus familias (noventa personas) consiguieron 170 millones de la empresa a fondo perdido para instalarse con ayuda del IRYDA andaluz en una finca de 252 hectáreas en Arcos de la Frontera. Dirigidos por el compañero Antonio Galván, bautizaron la cooperativa con el nombre de La Pequeña Holanda. Exportaban productos hortícolas a toda Europa y también a Holanda, incluidos los bulbos de gladiolo que más tarde plantarían los holandeses.



De regreso a Lieja nos detuvimos en Utrecht, ciudad que conocíamos como la palma de la mano. Fuimos al Club Miguel Hernández, un centro obrero en el Canal Viejo. En la planta baja nos acogió un compañero. Nos abrazó y nos dijo:

—Ahí abajo están nuestros amigos de Acción Fuego.

Bajamos al sótano y nos sumamos a una veintena de españoles y holandeses reunidos frente a un estrado. Allí estaban los brigadistas Rin Dijkstra y Piet Larios, respondiendo a las preguntas de los asistentes.

—Queráis o no, todos somos hijos de la guerra: los españoles, de la Guerra de España en los treinta; los holandeses, de la Resistencia contra los nazis en la contienda mundial de los cuarenta —decía Rin—. Aquí estamos todos juntos de nuevo. Aunque solo chapurree vuestro idioma, hay una lengua común que comprendemos todos: la del antifascismo. Y en eso fuimos, somos y seremos.

Rin Dijkstra, alto y fornido, calvo y barbudo, había combatido de 1936 a 1938 en el Jarama y el Ebro, junto a 628 compatriotas enrolados en la XI Brigada.

—Nací en España con mi primer combate, en esos tres años que cambiaron mi vida. Allí tengo mis raíces. Lo que hice en España fue lo mejor que he hecho en mi existencia —confesó con lágrimas en los ojos.

Piet Larios, pequeño y rebosante de energía, pedía a los jóvenes allí presentes que se apuntaran a su organización, Acción Fuego, para ayudar a los presos antifranquistas. Dos veces herido en los frentes de España, Piet había sido deportado a Sachsenhausen, donde conoció a Largo Caballero en septiembre de 1944.

Al término de la reunión, estalló la primera estrofa del himno al Ejército del Ebro. Los dos viejos se pusieron en pie y cantaron al unísono, cuadrándose y levantando el puño a la sien:

El Ejército del Ebro
¡Rumba la rumba la rum bam bá!
Una noche el río pasó,
¡Ay, Carmela, ay, Carmela!

Subimos las escaleras y tomamos unos vasos de vino en el mostrador. Espoleados por el alcohol, elogiaron a su amigo Raoul Baligand, brigadista, resistente belga, diputado y fundador del Club Federico García Lorca de Bruselas.



Nieve en mi memoria. Caen copos suavemente sobre la ciudad y tapizan las calles de blanco. Bebo agua fresca del manantial de mi existencia. Escribo a rachas, al filo de las fronteras, en un mundo de bruma sometido al azar, la aventura y el peligro.

Impulsados por una fuerza superior que guiaba sus vidas, entre 1959 y 1973 dos millones de españoles cruzaron las fronteras, también la que separa la ignorancia de la conciencia de clase. Si algo he aprendido es que la soledad es estéril, mientras que la solidaridad es una fuerza vigorosa. ¡Aquí se ve bien lo insignificante que es un hombre!

Alguien sopla y se apaga la llama en un parpadeo. De mi vida queda sombra, polvo y nada.